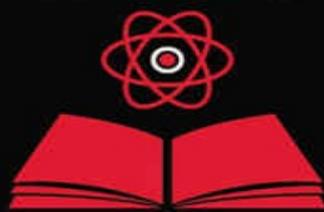




UNA
OBSESIÓN
PERVERSA

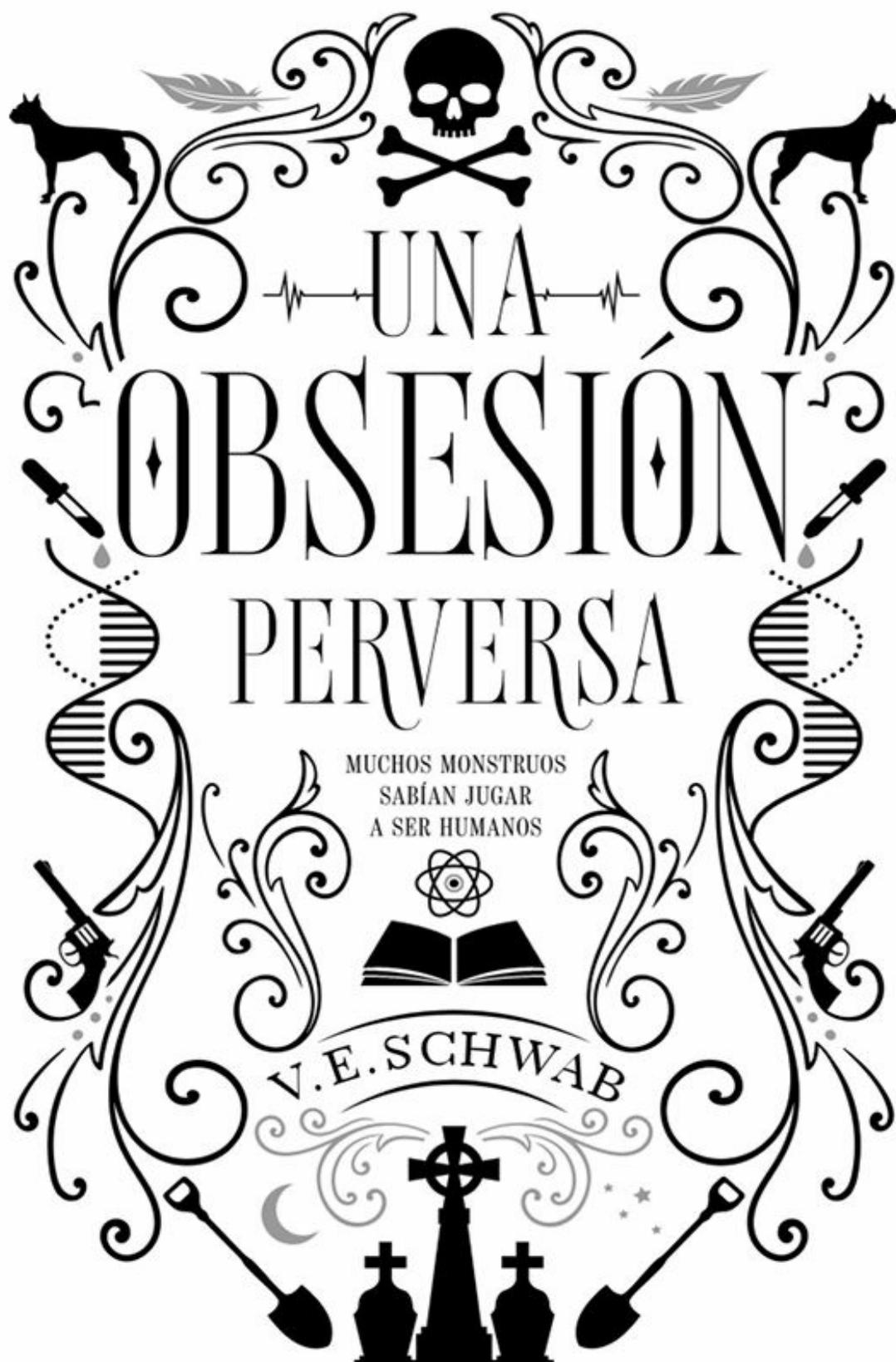
MUCHOS MONSTRUOS
SABÍAN JUGAR
A SER HUMANOS



V. E. SCHWAB



UNA
OBSESIÓN
PERVERSA



MUCHOS MONSTRUOS
SABÍAN JUGAR
A SER HUMANOS

V.E. SCHWAB

Traducción de Nora Escoms



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Vicious*
Editor original: Tor Books
Traducción: Nora Escoms

1.^a edición: Febrero 2019

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 *by* V. E. Schwab
All Rights Reserved

Publicado en virtud de un acuerdo con la autora, a través de BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción 2019 *by* Nora Escoms

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

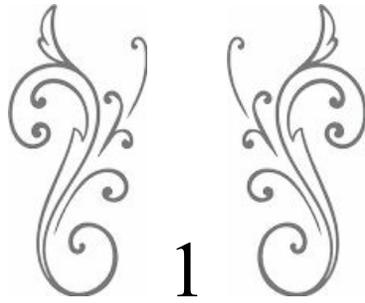
ISBN: 978-84-17312-97-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

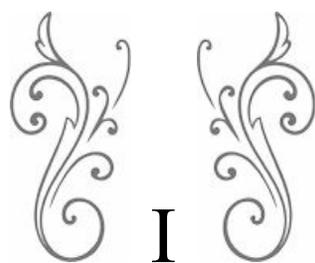
*Para Miriam y Holly, por demostrar una y otra vez
que son ExtraOrdinarias.*

La vida, en realidad, no es una batalla entre el Bien y el Mal, sino entre el
Mal y el Peor.

—JOSEPH BRODSKY



De agua, sangre y cosas que tiran más



ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

Victor se colocó las palas al hombro y pasó con cautela por encima de una tumba vieja, semihundida. Su gabardina se inflaba ligeramente y rozaba las lápidas mientras atravesaba el Cementerio de Merit, tarareando al caminar. El sonido se propagaba en la oscuridad como el viento. Hacía estremecer a Sydney, que lo seguía trabajosamente con su abrigo demasiado grande, sus leggins con los colores del arcoíris y sus botas de invierno. Los dos parecían fantasmas mientras zigzagueaban por el cementerio, ambos tan rubios y de tez tan blanca que podían pasar por hermanos, o quizá por padre e hija. No eran ninguna de las dos cosas, pero el parecido resultaba muy conveniente, ya que Victor no podía decirle a la gente que había recogido a Sydney unos días antes, al lado de una carretera empapada por la lluvia. Él acababa de escapar de la cárcel. A ella acababan de dispararle. Sus destinos se habían cruzado, o eso parecía. De hecho, Sydney era la única razón por la que Victor empezaba a creer en el destino.

Dejó de tararear, apoyó un pie ligeramente sobre una lápida y escudriñó la oscuridad. No tanto con los ojos como con la piel, o mejor dicho, con aquello que se arrastraba por debajo de su piel y se enredaba en su pulso. Aunque dejó

de tararear, la sensación nunca desapareció: continuó con un leve zumbido eléctrico que solo él podía oír, sentir e interpretar. Un zumbido que le indicaba que había alguien cerca.

Sydney lo observó fruncir ligeramente el ceño.

—¿Estamos solos? —le preguntó.

Victor parpadeó, el ceño fruncido desapareció y en su lugar quedó la serenidad que siempre demostraba. Su zapato se retiró de la lápida.

—Solo nosotros y los muertos.

Siguieron avanzando hasta el centro del cementerio; las palas golpeaban con suavidad el hombro de Victor al caminar. Sydney pateó una roca suelta que se había desprendido de una de las tumbas más antiguas. Vio que, en un lado, tenía grabadas letras, partes de palabras. Quería saber qué decían, pero la roca ya había caído entre la maleza, y Victor seguía caminando con prisa entre las tumbas. Corrió para alcanzarlo, y varias veces estuvo a punto de tropezar y caer al suelo helado antes de llegar hasta él. Victor se había detenido, y estaba observando una tumba. Era reciente; la tierra estaba removida y había una lápida provisional hasta que se pudiera cortar una de piedra.

Sydney emitió un sonido, un leve gemido de incomodidad que nada tenía que ver con el frío cortante. Victor miró hacia atrás y le ofreció un asomo de sonrisa.

—Ánimo, Syd —le dijo, en tono ligero—. Será divertido.

A decir verdad, a Victor tampoco le gustaban los cementerios. No le gustaban los muertos, más que nada porque no podía afectarlos. A Sydney, en cambio, no le gustaban por el marcado efecto que producía en ellos. Mantuvo los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho, y su pulgar enguantado acariciaba el punto en su brazo donde le habían disparado. Empezaba a convertirse en un tic.

Victor se volvió y hundió una de las palas en la tierra. Luego le arrojó la otra a Sydney, que abrió los brazos justo a tiempo para atraparla. La pala era casi tan alta como ella. Faltaban pocos días para que cumpliera trece, pero incluso para alguien de doce años y once meses, Sydney Clarke era menuda. Siempre había tenido poca estatura, y desde luego no la favorecía el hecho de que apenas había crecido un par de centímetros desde que había muerto.

Levantó la pala e hizo una mueca por el peso.

—Es broma, ¿no?

—Cuanto más rápido cavemos, antes nos iremos a casa.

En realidad, ir a casa era ir a una habitación de hotel donde no había más que la ropa robada de Sydney, la leche con cacao de Mitch y los archivos de Victor, pero esa era otra historia. De momento, ir a casa habría sido ir a cualquier sitio que *no fuera* el Cementerio de Merit. Sydney observó la tumba y sus dedos aferraron con fuerza el mango de madera de la pala. Victor ya había empezado a cavar.

—¿Y si...? —preguntó, nerviosa—. ¿Y si los demás despiertan por casualidad?

—No lo harán. —Victor la tranquilizó—. Solo concéntrate en *esta* tumba. Además... —Levantó la mirada—. ¿Desde cuándo les tienes miedo a los cadáveres, justamente tú?

—No les tengo miedo —replicó, demasiado rápido y con toda la fuerza de quien está acostumbrada a ser la hermana menor. Porque lo era. Solo que no de Victor.

—Míralo de esta manera —bromeó él, al tiempo que descargaba una pila de tierra sobre el césped—. Si los despiertas, no pueden ir a ninguna parte. Ahora cava.

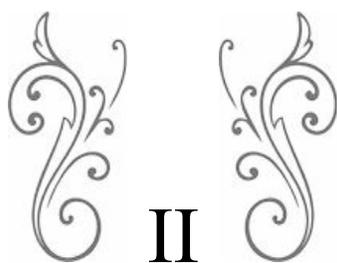
Sydney se inclinó hacia adelante y empezó a cavar; el cabello rubio y corto

le caía sobre los ojos. Los dos trabajaban a oscuras, y solo se oía el tarareo ocasional de Víctor y los golpes sordos de las palas.

Chaf.

Chaf.

Chaf.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Victor trazó una línea negra, recta y firme, tachando la palabra *maravilla*.

El papel en el que estaba impreso el texto tenía el grosor suficiente para que la tinta no pasara al otro lado, siempre que no presionara demasiado. Se detuvo a leer la página alterada, e hizo una mueca cuando se le clavó en la espalda una de las volutas de metal de la cerca de hierro fundido de la Universidad Lockland. La facultad se enorgullecía de su estilo, que era una mezcla de club campestre con mansión gótica, pero la reja trabajada que rodeaba Lockland, si bien *pretendía* evocar tanto el carácter exclusivo de la universidad como su estética del viejo mundo, solo lograba dar una impresión pretenciosa y sofocante. A Victor le recordaba a una jaula elegante.

Cambió de posición y colocó el libro sobre su rodilla. Le llamó la atención el tamaño del ejemplar, mientras hacía girar el Sharpie sobre sus nudillos. Era un libro de autoayuda, el último de una serie de cinco, de los mundialmente reconocidos doctores Vale. Los mismos que por esos días estaban en una gira internacional. Los mismos que, incluso antes de llegar a ser «gurús del empoderamiento», apenas habían reservado en sus agendas tan ocupadas el tiempo suficiente para engendrar a Victor.

Volvió algunas páginas atrás hasta encontrar el comienzo de su proyecto más reciente y se puso a leer. Por primera vez, no estaba tachando un libro de los Vale solo por placer. No, en este caso era parte de sus estudios. Victor no pudo contener una sonrisa. Sentía un inmenso orgullo al alterar así el trabajo de sus padres, al recortar los extensos capítulos sobre el empoderamiento hasta convertirlos en mensajes simples y de una eficacia perturbadora. Llevaba ya más de una década haciéndolo, desde los diez años de edad. Era un trabajo minucioso pero satisfactorio; sin embargo, hasta la semana anterior nunca le había servido para nada tan útil como sumar puntos en la universidad. Pero entonces, sin querer, había dejado su último proyecto en el salón de arte durante la hora de almuerzo (la Universidad Lockland tenía una asignatura de arte obligatoria, incluso para quienes estudiaban medicina u otras ciencias) y al regresar había encontrado a su profesor inspeccionándolo. Supuso que lo reprendería, que lo sermonearía por el precio cultural de mutilar la literatura, o quizá por el precio material del papel. En lugar de eso, el profesor había interpretado la destrucción literaria como arte. Prácticamente le había dado la explicación, y había completado las ideas que le faltaban con palabras como *expresión, identidad, arte encontrado o reformulación*.

Victor se había limitado a asentir, y había ofrecido una palabra perfecta para completar la lista del profesor (*reescritura*), y así como así, se había decidido el tema de su tesis de arte.

El marcador siseó al trazar otra línea, tachando varias oraciones en la mitad de la página. Se le estaba durmiendo la rodilla por el peso del libro. Si *él* hubiera necesitado autoayuda, habría buscado un libro simple y de menor volumen, alguno cuya forma representara lo que prometía. Pero tal vez algunas personas necesitaban algo más. Tal vez había quienes recorrían los anaqueles en busca del libro más voluminoso, suponiendo que más páginas equivalían a

más ayuda emocional o psicológica. Leyó someramente las palabras y sonrió al encontrar otra sección para tachar.

Cuando sonó el primer timbre, señalando el fin de su clase optativa de arte, las disertaciones de sus padres sobre cómo empezar el día se habían convertido en:

Perderse. Rendirse. Ceder. al final sería mejor rendirse antes de empezar. perderse. si te pierdes Entonces no te importará si nunca te encuentran.

En un momento, sin querer, había tachado *nunca*, y había tenido que suprimir párrafos enteros hasta encontrar otra aparición de la palabra para que la oración quedara perfecta. Pero había valido la pena. Las páginas de líneas negras que quedaban entre *si*, *nunca* y *te encuentran* daban la impresión justa de abandono.

Victor oyó que alguien se acercaba, pero no levantó la vista. Avanzó hasta el final del libro, donde había estado trabajando en otro ejercicio. El Sharpie cubrió otro párrafo, línea por línea, con un sonido lento y similar a la respiración. Una vez, Victor se había maravillado al pensar que los libros de sus padres eran realmente una autoayuda, aunque no del modo en que ellos lo habían planeado. Descubrió que destruirlos le resultaba increíblemente tranquilizador, una especie de meditación.

—¿Otra vez vandalizando la propiedad de la universidad?

Victor alzó la mirada y encontró a Eli de pie frente a él. La cubierta plástica de la biblioteca se arrugó bajo sus dedos cuando inclinó el libro para que Eli viera el lomo, donde se leía VALE con letras mayúsculas y en negrita. Él no pensaba pagar 25,99 dólares cuando la biblioteca de Lockland tenía una colección tan sospechosamente extensa de la doctrina Vale de autoayuda. Eli tomó el libro y leyó un poco.

—Quizá... lo más... conveniente... para... nosotros... sea... sea

entregarnos... rendirnos... en lugar de desperdiciar... palabras.

Victor se encogió de hombros. Aún no había terminado.

—Te sobra un *sea*, antes de *entregarnos* —señaló Eli, al tiempo que le arrojaba el libro.

Victor lo atajó, frunció el ceño y recorrió con el dedo la oración improvisada hasta encontrar el error; entonces tachó la palabra sobrante.

—Tienes demasiado tiempo, Vic.

—Debes hacerte tiempo para lo importante —recitó—, para aquello que te define: tu pasión, tu progreso, tu bolígrafo. Tómalo y escribe tu propia historia.

Eli lo miró un largo rato, con el ceño fruncido.

—Eso es horrible.

—Es de la introducción —explicó Victor—. No te preocupes, lo taché. — Pasó las páginas, una maraña de letras finas y líneas negras gruesas, hasta llegar al comienzo del libro—. Masacraron a Emerson.

Eli se encogió de hombros.

—Solo sé que ese libro es el sueño de alguien que inhala pegamento —dijo. Tenía razón: los cuatro Sharpies que Victor había gastado para convertir el libro en arte le habían dejado un olor increíblemente fuerte, que a Victor le fascinaba y repugnaba a la vez. La destrucción en sí le provocaba suficiente euforia, pero supuso que el olor era un complemento inesperado para la complejidad del proyecto; al menos, así lo interpretaría el profesor de arte. Eli se recostó contra la reja. El sol, demasiado brillante, al dar sobre su pelo castaño, le arrancaba destellos rojizos y hasta algunos dorados. El cabello de Victor era rubio pálido. Cuando le daba el sol, no le destacaba ningún color, sino que más bien acentuaba su *falta* de color, y lo hacía parecer más una foto antigua que un alumno de carne y hueso.

Eli seguía con la mirada fija en el libro que Víctor tenía en las manos.

—¿El Sharpie no arruina lo que está al otro lado?

—Cualquiera diría que sí —respondió Víctor—. Pero usan un papel anormalmente grueso. Como si quisieran que resista el peso de lo que están diciendo.

La risa de Eli quedó ahogada por el segundo llamamiento a clase, que resonó en el patio cada vez más vacío. Los llamados no eran timbres, claro (Lockland era demasiado civilizada para eso), pero sí eran muy fuertes y casi abominables: una sola campanada del centro espiritual que estaba en mitad del campus. Eli soltó una palabrota y ayudó a Víctor a ponerse de pie, volviéndose ya hacia el grupo de edificios de ciencias, con sus fachadas de ladrillos rojos que intentaban darles un aspecto menos estéril. Víctor se tomó su tiempo. Aún tenían un minuto hasta que sonara el último llamamiento, y aunque llegaran tarde, los profesores no les bajarían la calificación. Bastaría con que Eli les sonriera. Y con que Víctor les mintiera. Ambas cosas tenían una eficacia aterradora.



Victor estaba sentado en el fondo durante su clase de Ciencia Integral —una asignatura destinada a reintegrar a estudiantes de diversas disciplinas científicas para sus tesis de último año— aprendiendo sobre métodos de investigación. O, al menos, *oyendo hablar* de métodos de investigación. Molesto porque la clase se basaba en el uso de portátiles, y dado que tachar palabras en una pantalla no le daba la misma satisfacción, Víctor se había puesto a observar a los demás alumnos mientras dormían, dibujaban garabatos, se estresaban, ponían atención y se pasaban notas digitales. Lógicamente, pronto perdió el interés y empezó a mirar más allá de ellos, más allá de las ventanas y del parque. Más allá de todo.

Su atención volvió por fin a la clase cuando Eli levantó la mano. Víctor no había oído la pregunta, pero observó a su compañero de cuarto esbozar aquella sonrisa perfecta de candidato político antes de responder. En un principio, Eliot (Eli) Cardale había sido un problema. Víctor no se había alegrado en absoluto al ver a aquel chico desgarbado de pelo castaño en la puerta de su habitación, un mes después de comenzar su segundo curso de universidad. Su primer compañero de cuarto había cambiado de parecer en la primera semana (no por culpa de Víctor, claro está) y pronto había abandonado la universidad. Ya fuera por falta de estudiantes o debido a algún error de archivo gracias a la afición de su compañero Max Hall por cualquier desafío que tuviera que ver con hackear Lockland, nadie lo había reemplazado. La habitación doble de Víctor, dolorosamente pequeña, se había convertido así en una individual mucho más cómoda. Hasta que, a comienzos de octubre, había aparecido en el pasillo con su maleta Eliot Cardale, quien, según decidió Víctor de inmediato, sonreía demasiado.

Al principio, Víctor se había preguntado qué tendría que hacer para recuperar su cuarto por segunda vez en un semestre, pero antes de que llegara a poner en práctica algún plan, había ocurrido algo extraño. Eli había empezado a... caerle bien. Era precoz, y tenía un encanto aterrador; era de los que siempre se salen con la suya, gracias a sus buenos genes y su mente rápida. Había nacido para los equipos deportivos y los clubes, pero sorprendía a todos, y en especial a Víctor, al no demostrar ninguna inclinación hacia esas cosas. Aquel pequeño desafío a las normas sociales le hizo ganar varios puntos en la estima de Víctor, y lo hizo instantáneamente más interesante.

Pero lo que más fascinaba a Víctor era que, decididamente, Eli tenía algo que estaba *mal*. Era como una de esas imágenes llenas de pequeños errores, de

los que solo se podían detectar examinando la imagen desde todos los ángulos y, aun así, algunos siempre se escapaban. Por fuera, Eli parecía perfectamente normal, pero de vez en cuando Víctor detectaba una grieta, una mirada de reojo, un momento en el que el rostro de su compañero y sus palabras, su mirada y lo que quería decir, no se alineaban. A Víctor le fascinaban esos detalles fugaces. Era como observar a dos personas, una escondida bajo la piel de la otra. Y esa piel siempre estaba reseca, a punto de resquebrajarse y dejar entrever el color de lo que había debajo.

—Muy astuto, señor Cardale.

Víctor se había perdido la pregunta y también la respuesta. Levantó la vista cuando el profesor Lyne se dirigió al resto de los alumnos de último año y dio una palmada una sola vez con decisión.

—Bien. Es hora de declarar sus tesis.

Los alumnos, en su mayoría aspirantes a la carrera de medicina, algunos que iban a estudiar física, y hasta uno que pensaba dedicarse a la ingeniería —aunque no era Angie: a ella la habían asignado a otra sección— soltaron un gruñido colectivo, por principio.

—Bueno, bueno —dijo el profesor para apaciguar la protesta—. Cuando se inscribieron, sabían en qué se estaban metiendo.

—No lo sabíamos —replicó Max—. Es una asignatura obligatoria.

El comentario le regaló una oleada de aliento por parte de los demás alumnos.

—En ese caso, mis más sinceras disculpas. Pero ahora están aquí, y ya que no hay mejor momento que el presente...

—Sería mejor la semana próxima —propuso Toby Powell, surfista de hombros anchos, alumno de la carrera de pregrado de medicina, e hijo de un gobernador. Max solo se había ganado un murmullo, pero esta vez los demás

estudiantes rieron con intensidad acorde a la popularidad de Toby.

—Suficiente —dijo el profesor Lyne. Se hizo silencio—. Ahora bien, Lockland promueve cierto grado de... aplicación en lo que respecta a las tesis, y ofrece una medida proporcional de libertad, pero quiero advertirles algo. Hace siete años que dicto esta asignatura. No estarán haciéndose ningún favor si eligen un tema fácil y mantienen un perfil bajo. *Sin embargo*, una tesis ambiciosa no les hará ganar puntos solo a base de ambición. La calificación depende de la ejecución. Busquen un tema cercano a su área de interés sin seleccionar uno en el que ya se consideren expertos. —Miró a Toby con una sonrisa fulminante—. Usted primero, señor Powell.

Toby se pasó los dedos por el cabello, tratando de ganar tiempo. Era obvio que la advertencia del profesor lo había hecho dudar del tema que había estado a punto de elegir. Emitió algunos sonidos evasivos mientras revisaba sus apuntes.

—Este... Linfocitos Th17 e inmunología.

Tuvo cuidado de no elevar la voz al final como si fuera una pregunta. El profesor Lyne lo dejó en suspenso un momento, y todos esperaron para ver si le dirigía «la mirada» —aquella por la que era famoso, con el mentón ligeramente levantado y la cabeza ladeada; una mirada que decía: *Mejor haga otro intento*— hasta que al fin le concedió un breve asentimiento.

Su mirada se apartó de Toby.

—¿Señor Hall?

Max abrió la boca, pero Lyne lo interrumpió:

—Nada de tecnología. Ciencia, sí; tecnología, no. Así que elija bien.

Max cerró la boca un momento mientras lo pensaba.

—La eficacia eléctrica en la energía renovable —respondió, tras una pausa.

—El hardware por encima del software. Admirable elección, señor Hall.

El profesor Lyne continuó con los demás.

Patrones hereditarios, equilibrios y radiación fueron temas aprobados, mientras que los efectos del alcohol/tabaco/drogas ilegales, las propiedades químicas de las metanfetaminas y la respuesta del cuerpo al sexo fueron temas merecedores de «la mirada». Uno por uno, los temas fueron aceptados o modificados.

—Siguiente —ordenó el profesor Lyne, empezando a perder el sentido del humor.

—Pirotecnia química.

Larga pausa. El tema había sido sugerido por Janine Ellis, cuyas cejas aún no se habían recuperado del todo tras su última ronda de investigación. El profesor Lyne suspiró y le dirigió «la mirada», pero Janine se limitó a sonreír, y no hubo mucho que Lyne pudiera decir. Ellis era una de las alumnas más jóvenes, y en su primer curso de universidad había descubierto un nuevo tono de azul que ahora utilizaban los fabricantes de fuegos artificiales de todo el mundo. Si estaba dispuesta a arriesgar sus cejas, pues allá ella.

—¿Y usted, señor Vale?

Victor miró a su profesor y empezó a descartar opciones. La física nunca había sido su fuerte, y si bien la química le resultaba entretenida, su verdadera pasión era la biología: anatomía y neurociencias. Quería elegir un tema que se prestara a la experimentación, pero a la vez no quería perder las cejas. Y si bien quería mantener su rango en el departamento, hacía semanas que por correo (y meses, por vía informal) le llegaban ofertas de facultades de medicina, programas para graduados y laboratorios de investigación. Él y Eli habían decorado su vestíbulo con las cartas. No con las ofertas, sino con las cartas que las precedían, llenas de elogios y encanto, pestañeos y posdatas manuscritas. Ninguno de los dos dependía de su tesis para conseguir algo.

Victor echó un vistazo a Eli, preguntándose qué elegiría él.

El profesor Lyne carraspeó.

—Inductores de adrenalina. —Fue la elección impulsiva de Victor.

—Señor Vale, ya he rechazado una propuesta que tenía que ver con el coito...

—No —lo interrumpió Victor, meneando la cabeza—. La adrenalina, sus inductores físicos y emocionales y sus consecuencias. Umbrales bioquímicos. Lucha o huida. Ese tipo de cosas.

Observó el rostro del profesor Lyne, esperando una señal, y a la larga asintió.

—No haga que me arrepienta —le advirtió.

Y luego se volvió hacia Eli, el último en responder.

—Señor Cardale.

Eli sonrió con calma.

—Los EO.

Todos los alumnos, que se habían puesto a conversar en tono apagado a medida que iban declarando sus temas, callaron. La charla, el sonido de los dedos sobre los teclados y el movimiento en los asientos se apagaron mientras el profesor Lyne observaba a Eli pensativo, con una expresión nueva que oscilaba entre la sorpresa y la confusión, atemperada solamente por la comprensión de que Eliot Cardale siempre era el primero de la clase, incluso de todo el departamento del curso de pregrado de medicina; al menos, siempre alternaba con Victor entre el primer lugar y el segundo.

Quince pares de ojos oscilaron de Eli al profesor Lyne, y el silencio se prolongó hasta hacerse incómodo. Eli no era la clase de alumno que proponía algo en broma, o por hacer una prueba. Pero no podía estar hablando en serio.

—Temo que va a tener que explicarse un poco mejor —dijo Lyne

lentamente.

Eli no perdió la sonrisa.

—Una argumentación sobre la factibilidad teórica de la existencia de personas ExtraOrdinarias, derivada de las leyes de la biología, la química y la psicología.

El profesor Lyne ladeó la cabeza y levantó el mentón, pero cuando abrió la boca solo dijo:

—Cuidado, señor Cardale. Como ya les advertí, no se otorgarán puntos solo por ambición. Confío en que no va a hacer de mi clase una burla.

—¿Eso es un sí? —preguntó Eli.

Sonó el primer llamamiento.

Alguien movió su silla un par de centímetros, pero nadie se levantó.

—Muy bien —dijo el profesor Lyne.

La sonrisa de Eli se hizo más ancha.

¿*Muy bien?*, pensó Víctor. Y al ver las expresiones de los demás alumnos, vio en sus rostros desde curiosidad y sorpresa hasta envidia. Era una broma. Tenía que serlo. Pero el profesor Lyne se enderezó y recuperó su compostura habitual.

—Adelante, alumnos —les dijo—. A generar el cambio.

La clase estalló en movimiento. Se arrastraron sillas, se torcieron mesas, se alzaron mochilas, y el aula se vació como una ola, que llevó consigo a Víctor hacia el pasillo. Este buscó a Eli con la mirada y vio que seguía en el salón, hablando animadamente con el profesor Lyne. Por un momento, la calma de siempre desapareció y sus ojos brillaron llenos de energía, de avidez. Pero cuando Eli se apartó del profesor y se reunió con Víctor en el pasillo, aquella expresión había desaparecido, oculta bajo una sonrisa.

—¿Qué diablos ha sido eso? —le preguntó Víctor, preocupado—. Sé que a

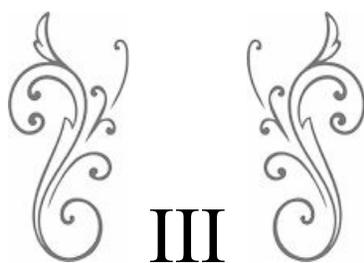
esta altura la tesis ya no importa mucho, pero de todos modos... ¿ha sido una broma o algo así?

Eli se encogió de hombros, y antes de que Víctor pudiera insistir, su teléfono empezó a sonar con un electro-rock. Víctor se recostó contra la pared mientras Eli lo sacaba del bolsillo.

—Hola, Angie. Sí, estamos en camino.

Cortó sin esperar respuesta.

—Nos llaman. —Eli rodeó con el brazo los hombros de Víctor—. Mi bella dama tiene hambre. No me atrevo a hacerla esperar.



ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

A Sydney empezaban a dolerle los brazos de tanto levantar la pala, pero por primera vez en un año, no tenía frío. Le ardían las mejillas, el sudor le mojaba el abrigo y se sentía viva.

En lo que a ella respectaba, eso era lo único bueno de desenterrar un cadáver.

—¿No podríamos hacer otra cosa? —preguntó, apoyándose en la pala.

Ya conocía la respuesta de Víctor, presentía que su paciencia estaba agotándose, pero aun así tenía que preguntárselo porque preguntar era hablar, y hablar era lo único que la distraía del hecho de que estaba de pie encima de un cadáver, cavando hacia él en lugar de alejarse.

—Hay que enviar el mensaje —respondió Víctor, sin dejar de cavar.

—Bueno, entonces tal vez podríamos enviar un mensaje *diferente* —sugirió por lo bajo.

—Hay que hacerlo, Syd —dijo Víctor por fin, levantando la vista—. Así que intenta pensar en algo agradable.

Sydney suspiró y empezó a cavar otra vez. Algunas paladas después, se detuvo. Casi tenía miedo de hacer la pregunta.

—¿Y tú, en qué estás pensando, Víctor?

Él la miró con una sonrisa leve, peligrosa.

—Estoy pensando en lo preciosa que está la noche.

Ambos sabían que no era cierto, pero Sydney decidió que prefería no saber la verdad.



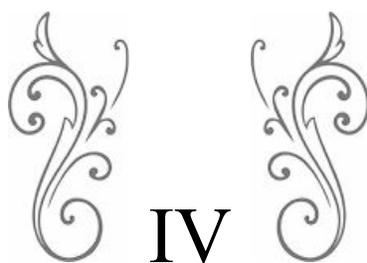
Víctor no estaba pensando en el tiempo.

Apenas sentía el frío a través del abrigo. Estaba demasiado ocupado intentando imaginar la expresión de Eli cuando le llegara el mensaje. Intentando imaginar la conmoción, la ira, y entrelazado con todo eso, el miedo. Miedo porque solo podía significar una cosa.

Víctor había salido. Víctor era libre.

Y Víctor iba a buscarlo... tal como había jurado hacerlo.

Hundió la pala en la tierra fría con un golpe reconfortante.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

—¿De verdad no vas a contarme qué ha sido eso? —preguntó Víctor detrás de Eli mientras cruzaban las enormes puertas y entraban al Comedor Internacional de Lockland, más comúnmente conocido como CIL.

Sin responder, Eli recorrió el salón con la mirada en busca de Angie.

A Víctor, aquel lugar le parecía un parque temático: tenía todos los elementos mundanos de una cafetería, pero escondidos bajo fachadas de plástico y yeso que, puestas una al lado de la otra, quedaban fuera de escala y de lugar. En torno a un espacio cuadrangular poblado de mesas, once puestos de comida anunciaban menús diferentes en letras diferentes y con distinta decoración. Junto a la entrada había un bistró, con un portón bajo para la fila. A su lado se oía música italiana y se veían varios hornos de pizza detrás del mostrador. Al otro lado, estaban las tiendas de comida tailandesa, china y de sushi, decoradas con farolas de papel coloridas, brillantes, primarias y atractivas. Junto a ellos había una tienda de hamburguesas, otra de carnes, una de comida casera, un bufé de ensaladas, un puesto de batidos y un café básico.

Angie Knight estaba sentada cerca del restaurante italiano, haciendo girar su tenedor entre las pastas; los rizos cobrizos le caían sobre los ojos mientras

leía un libro que tenía sujeto bajo la bandeja. Un ligero estremecimiento recorrió a Victor cuando la divisó: el placer voyeurista de ver a alguien antes de ser visto; de poder, simplemente, observar. Pero el momento terminó cuando Eli también la vio, y sin que dijera una sola palabra, ella lo miró. Eran como imanes, pensó Victor, que se atraían entre sí. Lo demostraban todos los días en clase, y también en el campus, porque la gente siempre se les acercaba. Incluso Victor sentía esa atracción. Y luego, cuando estuvieron bastante cerca... bueno. En un instante, Angie rodeó el cuello de Eli con los brazos y apoyó sus labios perfectos en los de él.

Victor apartó la mirada para darles un momento de intimidad, lo cual era absurdo pues aquella demostración de afecto era muy... pública. Algunas mesas más allá, una profesora alzó la vista de un periódico que estaba leyendo, arqueó una ceja y pasó la página con un fuerte chasquido. A la larga, Eli y Angie lograron separarse, y ella saludó a Victor con un abrazo, un gesto simple pero genuino, con la misma calidez pero sin el calor con que había saludado a Eli.

Y no le importó. No estaba enamorado de Angie Knight. Ella no le pertenecía. A pesar de que la había conocido primero, de que alguna vez él había sido el imán que la atraía, y ella se le había acercado en el CIL aquella primera semana de clases durante el primer curso, y habían bebido batidos porque aún hacía un calor infernal a pesar de estar en septiembre, y ella tenía la cara encendida por haber corrido en la pista, y él, por estar con ella. *A pesar de que ella ni siquiera había conocido* a Eli hasta segundo curso, cuando Victor había llevado a su compañero de cuarto a comer con él porque le había parecido que era buen karma.

Maldito karma, pensó mientras Angie se apartaba y regresaba a su asiento.

Eli compró sopa, y Victor, comida china, y los tres se quedaron sentados en

el comedor cada vez más ruidoso, y comieron y hablaron de nada en especial, aunque Victor estaba desesperado por averiguar cómo diablos se le había ocurrido a Eli elegir a los EO como tema para su tesis. Pero Victor sabía que no le convenía interrogarlo delante de Angie. Angie Knight era una *fuerza*. Una fuerza de piernas largas y la mayor curiosidad que Victor hubiera conocido. Tenía apenas veinte años, las mejores universidades la buscaban desde que había aprendido a conducir, le habían dado una docena de tarjetas de presentación seguidas por una docena de ofertas y otras tantas cartas de seguimiento, sobornos sutiles y no tanto, y allí estaba ella, en Lockland. Hacía poco que había aceptado una oferta de una firma de ingeniería, y cuando se graduara sería la empleada más joven —y, Victor estaba seguro, la más brillante— de la compañía. Y ni siquiera tendría aún veintiún años.

Además, a juzgar por el modo en que los otros alumnos miraron a Eli cuando eligió su tema, ella se enteraría muy pronto de todas formas.

Por fin, después de un almuerzo salpicado de pausas y alguna que otra mirada de advertencia de Eli, sonó la campana y Angie se marchó a su siguiente clase. Ni siquiera *tenía* otra clase, supuestamente, pero se había inscripto en una asignatura optativa más. Eli y Victor se quedaron sentados, observando cómo se alejaba su nube de cabello rojizo con toda la alegría de quien va a comer tarta, no a una clase de química forense, eficiencia mecánica o el tema que hubiera elegido esta vez.

Mejor dicho, Eli la observó alejarse; Victor observó a Eli observándola, y algo se le retorció en el estómago. No era solo que Eli le hubiera robado a Angie, lo cual ya era bastante malo; Angie también le había robado a Eli. Al menos, al Eli más interesante. No al de dientes perfectos y risa fácil, sino al que se ocultaba debajo de eso, brillante y agudo, como trozos de cristal roto. En aquellos trozos irregulares, Victor veía algo que reconocía. Algo peligroso

y ávido. Pero cuando Eli estaba con Angie, eso nunca se veía. Era el novio modelo, cariñoso, atento y *aburrido*, y Victor se encontró estudiando a su amigo, buscando señales de vida mientras Angie se alejaba.

Pasaron varios minutos sin hablar al tiempo que el lugar se iba vaciando, hasta que Victor perdió la paciencia y le dio una patada a Eli por debajo de la mesa. Este alzó la mirada con indolencia.

—¿Sí?

—¿Por qué los EO?

El rostro de Eli empezó a abrirse muy, pero muy lentamente, y Victor sintió que se le aflojaba el pecho con alivio al ver asomar el yo más oscuro de Eli.

—¿Crees en ellos? —le preguntó Eli, haciendo dibujos con lo que le quedaba de la sopa.

Victor vaciló, masticando un bocado de pollo al limón. *EO. ExtraOrdinarios*. Había oído hablar de ellos, tal como la gente oye hablar de cualquier fenómeno, en sitios web de creyentes y en algún que otro programa de madrugada donde algún «experto» analizaba videos borrosos de un hombre que levantaba un coche o una mujer que quedaba envuelta por el fuego, pero no se quemaba. Pero *oír hablar* de los EO y *creer* en ellos eran cosas muy diferentes, y por el tono de voz de Eli no podía diferenciar de qué lado estaba. Tampoco podía adivinar de qué lado Eli quería que estuviera *él*, por lo cual se le hizo infinitamente más difícil responder.

—¿Y bien? —preguntó Eli—. ¿Crees o no?

—No lo sé —respondió Victor con sinceridad—, si es cuestión de creer...

—Todo empieza con creer —replicó Eli—. Con la fe.

Victor se retrajo al oír eso. Era algo que le costaba entender en Eli: se apoyaba en la religión. Victor hacía lo posible por pasarlo por alto, pero era un escollo constante en sus diálogos. Seguramente Eli presintió que lo estaba

perdiendo.

—Con la curiosidad, entonces —se corrigió—. ¿Alguna vez *te preguntas* por algo?

Victor se preguntaba por muchas cosas. Se preguntaba por sí mismo (si estaba dañado, o si era especial, o mejor, o peor) y por otras personas (si realmente eran todas tan estúpidas como parecían). Se preguntaba por Angie, sobre lo que ocurriría si le contaba lo que sentía, cómo sería si lo eligiera a él. Se preguntaba por la vida, la gente, la ciencia, la magia y por Dios, y se preguntaba si creía en alguno de ellos.

—Sí —respondió lentamente.

—Y cuando te preguntas por algo —prosiguió Eli—, ¿no significa que una parte de ti *quiere* creer en eso? Yo creo que, en la vida, queremos demostrar las cosas, más de lo que queremos refutarlas. *Queremos* creer.

—Y tú quieres creer en los superhéroes.

Victor cuidó que su voz no denotara que lo juzgaba, pero no pudo contener la sonrisa que esbozaron sus labios. Esperó que Eli no se ofendiera, que lo tomara solo como buen humor, como un comentario ligero y no como una burla, pero no fue así. El rostro de su amigo se cerró.

—Está bien, vale, es una tontería, ¿no? Me has descubierto. Me importaba una mierda la tesis. Solo quería ver si Lyne la aceptaba —dijo, con una sonrisa más bien hueca, y se levantó de la mesa—. Eso es todo.

—Espera —pidió Victor—. No es todo.

—Es *todo*.

Eli dio media vuelta, vació su bandeja y salió antes de que Victor pudiera decir algo más.



Victor siempre llevaba un Sharpie en el bolsillo trasero.

Mientras recorría los pasillos de la biblioteca en busca de libros para dar inicio a su tesis, le ardían los dedos por sacarlo del bolsillo. Su conversación fallida con Eli lo había puesto nervioso, y ansiaba encontrar su silencio, su paz, su zen personal, en la lenta anulación de las palabras de otro. Logró llegar a la sección de medicina sin incidentes, y al libro que ya había elegido sobre psicología agregó uno sobre el sistema nervioso humano. Tras hallar algunos textos más pequeños sobre las glándulas suprarrenales y los impulsos humanos, los registró y salió, con cuidado de mantener las puntas de los dedos, permanentemente manchadas por sus proyectos de arte, en los bolsillos o por debajo del borde del mostrador mientras la bibliotecaria examinaba los libros. Durante su estancia en Lockland, había habido algunas quejas de «vandalismo» en los libros, y hasta de libros «estropeados». La bibliotecaria lo miró por encima de la pila como si él llevara sus delitos grabados en el rostro y no en los dedos; por fin, escaneó los códigos y le devolvió los libros.

Una vez en el apartamento de la universidad que compartía con Eli, Víctor vació su mochila. Se arrodilló en su dormitorio y colocó el libro de autoayuda marcado en una repisa baja, junto a otros dos que había sacado de la biblioteca y alterado, y se alegró en silencio de que aún no se los hubieran reclamado. Dejó sobre su escritorio los libros sobre la adrenalina. Oyó que la puerta principal se abría y se cerraba, y al entrar a la sala de estar unos minutos más tarde encontró a Eli sentado en el sofá. Había dejado una pila de libros y varios impresos engrapados sobre la mesa de café, también de la universidad, pero al ver entrar a Víctor tomó una revista y se puso a hojearla, simulando aburrimiento. Los libros que había dejado sobre la mesita eran de temas como la función cerebral en condiciones de estrés, la voluntad humana, anatomía, respuestas psicosomáticas... Pero los impresos eran diferentes. Víctor recogió uno y se sentó a leerlo. Al verlo, Eli frunció ligeramente el

ceño, pero no se lo impidió. Los impresos eran capturas de sitios web, carteleras de mensajes, foros. Nunca se los consideraría fuentes admisibles.

—Dime la verdad —pidió Víctor, al tiempo que arrojaba las páginas nuevamente a la mesita, entre los dos.

—¿Sobre qué? —preguntó Eli, como distraído.

Víctor lo miró fijamente, sus ojos azules no parpadearon hasta que por fin Eli dejó la revista, se incorporó y se volvió en su asiento, apoyando los pies con firmeza en el suelo como un espejo de la postura de Víctor.

—Porque creo que podrían ser reales —respondió—. *Podrían* —enfaticó—. Pero estoy dispuesto a tomar en cuenta esa posibilidad.

A Víctor lo sorprendió la sinceridad en la voz de su amigo.

—Continúa —dijo, con su mejor cara de inspirar confianza.

Eli pasó los dedos sobre la pila de libros.

—Intenta verlo de esta forma. En los cómics, con los héroes siempre hay dos opciones: nacen o se hacen. Tenemos a Superman, que nació así, y a Spiderman, que se hizo de esa manera. ¿Me sigues?

—Sí.

—Si haces una búsqueda básica en la web sobre los EO —dijo, señalando los escritos con un gesto—, encuentras la misma división. Hay quienes afirman que los EO nacen extraordinarios, y otros sugieren causas como la radioactividad, los insectos venenosos y hasta el azar. Digamos que logras encontrar un EO, o sea, que tienes la prueba de que sí existen; entonces la pregunta pasa a ser cómo. ¿Nacen? ¿O se *hacen*?

Víctor observó cómo brillaban los ojos de Eli al hablar de los EO, y cómo el cambio en su tono de voz —más grave, más urgente— acompañaba la crispación nerviosa de los músculos de su rostro al intentar disimular la excitación. El entusiasmo se le notaba en las comisuras de la boca; la

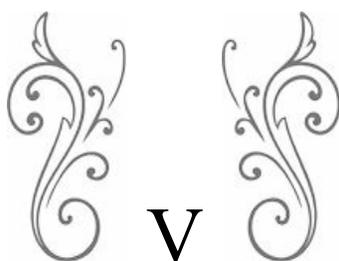
fascinación, en torno a los ojos, y la energía, en la mandíbula. Víctor observaba a su amigo, fascinado por aquella transformación. Él mismo podía imitar la mayoría de las emociones y hacerlas pasar como suyas, pero la mímica tenía sus límites, y Víctor sabía que nunca podría igualar aquel... *fervor*. Ni siquiera lo intentó. Conservó la calma y escuchó con ojos atentos y reverentes para que Eli no se desalentara y se replegara.

Lo último que Víctor quería era que se replegara. Le había llevado casi dos años de amistad poder ver más allá de la fachada encantadora y azucarada, y encontrar aquello que Víctor siempre había sabido que se ocultaba detrás. Y ahora, sentado junto a una mesa de café cargada de fotos de baja resolución de sitios mantenidos por hombres adultos que aún vivían con sus padres, era como si Eliot Cardale hubiera encontrado a Dios. Mejor aún, como si hubiera encontrado a Dios y quisiera guardar el secreto, pero no pudiera. Se le veía a través de la piel, como una luz.

—Entonces —dijo Víctor lentamente—, supongamos que los EO sí existen. Lo que vas a hacer es averiguar *cómo*.

Eli lo miró con una sonrisa que sería la envidia del líder de una secta.

—Esa es la idea.



ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

Chaf.

Chaf.

Chaf.

—¿Cuánto tiempo has estado en la cárcel? —preguntó Sydney, intentando romper el silencio. El sonido de la excavación, combinado con el tarareo distraído de Victor, la ponía nerviosa.

—Demasiado —respondió Victor.

Chaf.

Chaf.

Empezaban a dolerle los dedos por empuñar la pala.

—¿Y allí conociste a Mitch?

Mitch —Mitchell Turner— era el hombretón que los esperaba en el hotel. No porque no le gustaran los cementerios, les había asegurado con mucho énfasis. No, pero *alguien* tenía que quedarse con Dol, y además había trabajo que hacer. Mucho trabajo. No tenía nada que ver con los cadáveres.

Sydney sonrió al recordarlo buscando excusas. Se sentía un poquito mejor al pensar que Mitch, que tenía más o menos el tamaño de un coche —y

probablemente era capaz de levantar uno con facilidad—, era tan impresionante cuando se trataba de la muerte.

—Fuimos compañeros de celda —dijo Victor—. En la cárcel hay mucha gente mala, Syd, y muy pocos decentes. Mitch era uno de esos.

Chaf.

Chaf.

—¿Y tú eres uno de los malos? —preguntó Sydney. Sus ojos celestes lo miraron de frente, sin parpadear. En realidad, no estaba segura de si le importaba la respuesta, pero creía que debía averiguarlo.

—Algunos dirían que sí. —Fue la respuesta.

Chaf.

Ella no apartó la mirada.

—Yo no creo que seas una mala persona, Victor.

Él siguió cavando.

—Todo es cuestión de perspectiva.

Chaf.

—Y en la cárcel... ¿te dejaron salir? —preguntó ella en voz baja.

Chaf.

Victor dejó la pala clavada en la tierra y la miró. Luego sonrió, algo que ella había observado que hacía mucho cuando mentía, y respondió:

—Por supuesto.



HACE UNA SEMANA CÁRCEL DE WRIGHTON

La cárcel no tenía importancia salvo por lo que le daba a Víctor: tiempo.

Cinco años de aislamiento le habían dado tiempo para pensar.

Cuatro años en integración (gracias a los recortes en el presupuesto y a la falta de pruebas de que Vale tuviera algún tipo de anormalidad) le habían dado tiempo para practicar. Y cuatrocientos sesenta y tres presos con quienes hacerlo.

Y los últimos siete meses le habían dado tiempo para planear ese momento.

—¿Sabías...? —preguntó Víctor, hojeando un libro de anatomía de la biblioteca de la cárcel (le parecía una estupidez total dar a los presos una idea detallada de la ubicación de los órganos vitales, pero en fin...)—, ¿...que cuando le quitas a alguien el miedo al dolor, también le quitas el miedo a la muerte? Lo haces inmortal, a sus propios ojos. Por supuesto que no lo es, pero ¿cómo dicen? ¿Todos somos inmortales hasta que se demuestre lo contrario?

—Algo así —dijo Mitch, que estaba un poco abstraído.

Mitch era su compañero de celda en la Cárcel Federal Wrighton. A Víctor le caía bien Mitch, en parte porque no tenía el menor interés por la política carcelaria, y en parte porque era muy astuto. Aparentemente, los demás no se

daban cuenta por el tamaño de Mitch, pero Víctor sí veía su talento y lo aprovechaba. Por ejemplo, de momento Mitch estaba intentando provocar un cortocircuito en una cámara de vigilancia por medio de un envoltorio de chicle, un cigarrillo y un trocito de alambre que Víctor le había conseguido tres días antes.

—Listo —dijo Mitch un momento después, cuando Víctor estaba hojeando el capítulo sobre el sistema nervioso.

Dejó el libro a un lado y flexionó los dedos mientras un guardia se acercaba por el pasillo.

—¿Vamos? —preguntó, al tiempo que el aire empezaba a vibrar.

Mitch echó un largo vistazo a la celda y asintió.

—Después de ti.



VII



hace DOS DÍAS EN LA CARRETERA

La lluvia caía sobre el coche en oleadas. Llovía tanto que los limpiaparabrisas no alcanzaban a despejar el agua, sino que solo la movían de un lado al otro, pero ni Mitch ni Victor se quejaban. Al fin y al cabo, el coche era robado. Y obviamente, *bien* robado: llevaban casi una semana usándolo sin incidentes, desde que se habían apropiado de él en un parador, a pocos kilómetros de la cárcel.

El coche pasó junto a un cartel que anunciaba: MERIT - 37 KILÓMETROS.

Mitch iba conduciendo, y Victor veía pasar el mundo detrás del aguacero. Le parecía que iban muy rápido. Todo le parecía rápido después de diez años en una celda. Todo le daba una sensación de libertad. Durante los primeros días, habían viajado sin rumbo; la necesidad de estar en movimiento pesaba más que la necesidad de llegar a algún lugar. Victor no había sabido, al principio, a dónde iban. Aún no había decidido por dónde iniciar la búsqueda. Diez años eran tiempo suficiente para planear la fuga hasta el último detalle. Al cabo de una hora, tenía ropa nueva; al cabo de un día, tenía dinero; pero después de una semana aún no sabía cómo empezar a buscar a Eli.

Hasta esa mañana.

Había comprado un ejemplar de *The National Mark*, un periódico de circulación nacional, en una gasolinera; lo había hojeado, distraído, y el destino le había sonreído. O al menos, alguien había sonreído. Directamente desde una fotografía impresa a la derecha de una noticia titulada:

HÉROE CIVIL SALVA UN BANCO

El banco estaba en Merit, una extensa metrópolis a mitad de camino entre las paredes coronadas por alambre de púa de Wrighton y las cercas de hierro forjado de Lockland. Él y Mitch habían estado viajando hacia allá tan solo porque era un lugar adonde ir. Una ciudad llena de personas a las que Víctor podría interrogar, persuadir, forzar. Y una ciudad que ya empezaba a prometer, pensó, levantando el periódico plegado.

Había comprado el ejemplar de *The National Mark*, pero solo se había quedado con esa página, y la había guardado en su bolsillo casi con reverencia. Era un comienzo.

Ahora Víctor iba con los ojos cerrados y la cabeza recostada contra el respaldo mientras Mitch conducía.

¿Dónde estás, Eli?, se preguntó.

¿Dónde estás dónde estás dónde estás dónde estás?

La pregunta resonaba en su mente. Se la había formulado todos los días durante una década. Algunos días, distraído; otros, con una necesidad de saber tan intensa que llegaba a doler. En verdad le *dolía*, y para Víctor, eso era algo. Volvió a acomodarse en el asiento mientras el mundo pasaba a toda velocidad. No habían tomado la autopista —la mayoría de los fugitivos sabían que no les convenía—, pero el límite de velocidad de la carretera de dos carriles era más que satisfactorio. Cualquier cosa era mejor que estar quietos, pensó, mientras sus ojos se desenfocaban.

Tiempo después, el coche se topó con un pozo, y la sacudida arrancó a Víctor de su ensoñación. Parpadeó, giró la cabeza y vio pasar los árboles que bordeaban la carretera. Bajó la ventanilla hasta la mitad para sentir la velocidad, sin hacer caso a las protestas de Mitch porque entraba la lluvia. No le importó el agua ni los asientos. Necesitaba *sentirla*. Empezaba a anochecer, y a la última luz del día Víctor divisó una silueta que se movía por el lado del camino. Era menuda, iba con la cabeza gacha y como aferrada a sí misma, caminando por la orilla. Después de pasar junto a ella, Víctor frunció el ceño y habló.

—Mitch, vuelve atrás.

—¿Para qué?

Víctor volcó su atención hacia el hombre que iba al volante.

—No me hagas volver a pedirte.

Mitch no lo hizo. Puso marcha atrás y los neumáticos resbalaron sobre el pavimento mojado. Pasaron otra vez junto a la figura, pero esta vez en sentido contrario. Mitch volvió a poner el coche en marcha y se acercó a ella. Víctor bajó del todo la ventanilla y la lluvia entró.

—¿Estás bien? —preguntó.

La figura no respondió. Víctor sintió un cosquilleo en el límite de sus sentidos. Dolor. Y no era suyo.

—Detén el coche —ordenó, y esta vez Mitch obedeció de inmediato... un poco *demasiado* rápido. Víctor bajó, subió el cierre de su chaqueta hasta la garganta y se puso a caminar junto al extraño. Le llevaba casi dos cabezas.

»Tienes una herida —le dijo al lío de ropa mojada.

No se dio cuenta por los brazos cruzados apretados sobre el pecho, ni por la marca oscura en una manga, más oscura incluso que la lluvia, ni por el modo en que la figura se retrajo cuando él extendió una mano. Víctor olía el dolor

del mismo modo en que un lobo olía la sangre. Podía captarlo.

—Detente —dijo, y esta vez la persona aminoró el paso hasta detenerse. Alrededor caía la lluvia, fría y sin pausa—. Sube al coche.

Entonces la figura lo miró, y la capucha mojada de la chaqueta cayó sobre unos hombros angostos. Unos ojos celestes, feroces detrás del delineador negro y corrido, lo miraron desde una cara joven. Víctor conocía el dolor demasiado bien para dejarse engañar por la mirada desafiante, por la mandíbula firme a la que se adhería el cabello rubio. Aquella chica no podía tener más de doce, quizá trece años.

—Vamos —insistió Víctor, señalando con un gesto el coche que se había detenido a su lado.

La chica siguió mirándolo.

—¿Qué puede pasarte? —le preguntó Víctor—. No puede ser peor de lo que ya te ha ocurrido.

Al ver que ella no hacía amago de acercarse al coche, Víctor suspiró y señaló el brazo de ella.

—Déjame ver eso.

Víctor extendió la mano y sus dedos rozaron la chaqueta de la chica. El aire crepitó como de costumbre en torno a su mano, y la chica soltó un suspiro audible de alivio. Se frotó la manga.

—Oye, no hagas eso —le advirtió él, al tiempo que le apartaba la mano de la herida—. Aún no te he curado.

Los ojos de ella oscilaron entre la mano de Víctor y la manga de su chaqueta.

—Tengo frío —dijo.

—Me llamo Víctor —respondió, y ella esbozó un leve y exhausto asomo de sonrisa—. Ahora, ¿qué te parece si nos refugiamos de la lluvia?



VIII



ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

—Tú no eres una mala persona —repitió Sydney, mientras echaba tierra sobre el césped a la luz de la luna—. Pero Eli, sí.

—Sí. Eli, sí.

—Pero él no ha ido a la cárcel.

—No.

—¿Crees que va a captar el mensaje? —preguntó, señalando la tumba.

—Estoy casi seguro —respondió Víctor—. Y si no, lo captará tu hermana.

A Sydney se le estrujó el estómago al pensar en Serena. En su mente, su hermana mayor era dos personas distintas, dos imágenes que se superponían de modo tal que ambas quedaban borrosas, y eso le producía mareos.

Estaba la Serena de antes del lago. La Serena que se había arrodillado en el suelo antes de partir a la universidad —ambas sabían que estaba abandonando a Sydney en aquella casa vacía, tóxica— y que le había enjugado las lágrimas con el pulgar, repitiendo una y otra vez: *No me voy para siempre, no me voy para siempre.*

Y luego estaba la Serena de después del lago. La Serena de ojos fríos y sonrisa hueca, que hacía que las cosas ocurrieran tan solo con palabras. La

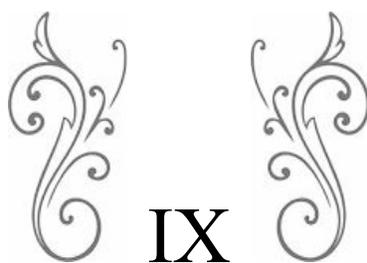
que había llevado a Sydney engañada a un campo donde había un cadáver, la había convencido de que hiciera su demostración y, luego de que la hiciera, había puesto cara triste. La que le había dado la espalda cuando su novio había alzado la pistola.

—No quiero ver a Serena —dijo Sydney.

—Lo sé —respondió Víctor—. Pero yo quiero ver a Eli.

—¿Para qué? —preguntó—. No puedes matarlo.

—Puede ser. —Víctor aferró la pala con fuerza—. Pero será divertido hacer el intento.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Cuando Eli recogió a Víctor en el aeropuerto unos días antes del comienzo del semestre de primavera, traía una sonrisa de las que ponían nervioso a su amigo. Eli tenía tantas sonrisas diferentes como sabores había en una heladería, y esta indicaba que tenía un secreto. Víctor no quería que le importara, pero no podía evitarlo. Y ya que no podía evitarlo, estaba decidido a disimularlo, al menos.

Eli había pasado las vacaciones enteras en el campus, investigando para su tesis. Angie se había quejado porque supuestamente iba a irse con ella. A Angie, tal como Víctor lo había previsto, no le entusiasmaba la tesis de Eli: ni el tema ni la cantidad de tiempo que estaba dedicándole. Eli afirmaba que se había quedado investigando durante las vacaciones para tranquilizar al profesor Lyne, para demostrarle que se estaba tomando la tesis en serio, pero a Víctor no le gustaba porque significaba que Eli le llevaba ventaja. No le gustaba porque él también había solicitado, por supuesto, quedarse durante las vacaciones, había solicitado la misma exención, y se la habían negado. Había tenido que apelar a todo su control para disimular el enojo, el deseo de tachar con su marcador la vida de Eli y reescribirla como parte de la suya. De alguna

manera, había logrado simplemente encogerse de hombros y sonreír, y Eli había prometido mantenerlo al tanto si lograba algún avance en su área de interés; lo había dicho como si fuera un proyecto de ambos, y eso había contribuido a aplacar a Víctor. Durante las vacaciones, este no había tenido noticias de su amigo, hasta que unos días antes de su regreso a la universidad, Eli lo había llamado para decirle que había descubierto algo, pero se había negado a contarle lo que era hasta que los dos estuvieran en el campus.

Víctor había querido tomar un vuelo anterior (no veía la hora de escapar de la compañía de sus padres, que primero habían insistido en pasar Navidad juntos, y después, en recordarle todos los días el sacrificio que estaban haciendo, ya que siempre iban de vacaciones para las fiestas de fin de año), pero no quería parecer demasiado nervioso, así que pasó esos días trabajando furiosamente en su investigación sobre las glándulas suprarrenales, lo que, en comparación, le parecía una tontería, una simple cuestión de causa y efecto, con demasiados datos documentados para poder considerarlo un desafío. Era un refrito. Organizado de modo competente y con redacción elegante, sí, pero salpicado de hipótesis que a Víctor le parecían insulsas, sin inspiración. Lyne le había dicho que el esquema era sólido y que había empezado bien. Pero Víctor no quería correr mientras Eli intentaba volar.

Por eso, cuando se acomodó en el asiento del acompañante en el coche de Eli, sus dedos tamborileaban sobre sus rodillas por la expectación. Se desperezó en un intento de aquietarlos, pero en cuanto los apoyó en sus piernas, reanudaron aquel movimiento inquieto. Había pasado la mayor parte del vuelo practicando la indiferencia, para que, cuando viera a Eli, su primera palabra no fuera *cuéntame*, pero apenas estuvieron juntos, su compostura empezó a fallar.

—¿Y bien? —preguntó, intentando sin éxito parecer aburrido—. ¿Qué has

descubierto?

Eli apretó los dedos sobre el volante mientras conducía camino a Lockland.

—Los traumas.

—¿Qué pasa con ellos?

—Fueron el único elemento común que encontré en todos los casos de EO que están más o menos bien documentados. El caso es que, en condiciones de estrés, los cuerpos reaccionan de maneras extrañas. Adrenalina y todo eso, *como tú sabes*. Supuse que un trauma podía provocar una alteración química en el cuerpo. —Empezó a hablar más rápido—. Pero el problema es que *trauma* es una palabra muy vaga, ¿no? En realidad, abarca muchas cosas, y yo necesitaba aislar un solo elemento. Cada día, millones de personas sufren traumas: emocionales, físicos, lo que sean. Si tan siquiera una fracción de esa cantidad de personas pasaran a ser ExtraOrdinarias, conformarían un porcentaje medible de la población humana. Y si así fuera, los EO serían más que algo que se encierra entre comillas, más que una hipótesis; serían una realidad. Sabía que tenía que haber algo más específico.

—¿Un género de traumas? ¿Accidentes de tráfico, por ejemplo? —preguntó Víctor.

—Sí, exacto, salvo que no había ningún indicio de traumas en común. Ninguna fórmula obvia. Ningún parámetro. Al menos, no al principio.

Eli dejó sus palabras en suspenso. Víctor apagó la radio del coche, que ya estaba a bajo volumen. Eli prácticamente saltaba en su asiento.

—¿Pero...? —lo instó Víctor, lamentando demostrar un interés tan evidente.

—Pero empecé a escarbar —prosiguió Eli—, y en los pocos estudios de casos que encontré (nada oficial, por supuesto, y me costó muchísimo encontrarlos) las personas no solo habían sufrido un trauma, Víctor. Habían *muerto*. Al principio no lo vi porque, nueve de cada diez veces, cuando

alguien resucita, ni siquiera se registra como ECM. Diablos, la mitad de las veces la gente ni siquiera se da *cuenta* de haber tenido una ECM.

—¿ECM?

Eli miró brevemente a Victor.

—Experiencia cercana a la muerte. ¿Y si un EO no es solo el resultado de un trauma cualquiera? ¿Y si su cuerpo está reaccionando al mayor trauma físico y psicológico posible? La muerte. Piénsalo: la clase de transformación de la que hablamos no sería posible tan solo con una reacción fisiológica, ni solo con una reacción psicológica. Hablamos del poder de la voluntad, hablamos de la mente por encima de la materia, pero no es una por encima de la otra: son las dos a la vez. Tanto la mente como el cuerpo reaccionan a la muerte inminente, y en aquellos casos en los que ambas son suficientemente fuertes (y es necesario que las dos sean fuertes; me refiero a la predisposición genética y a la voluntad de sobrevivir), creo que puede haber una receta para que se genere un EO.

La mente de Víctor se aceleró mientras escuchaba la teoría de Eli.

Flexionó los dedos sobre las piernas de su pantalón.

Tenía lógica.

Tenía lógica, y era una teoría simple y elegante, y Víctor detestaba eso, especialmente porque *él* debería haberla visto primero, debería haber podido formular la hipótesis. La adrenalina era *su* tema de investigación. La única diferencia era que había estado estudiando la transformación temporal, mientras que Eli había llegado a sugerir un cambio permanente. Víctor se llenó de ira, pero la ira era improductiva, de modo que la convirtió en pragmatismo mientras buscaba una falla en la teoría.

—Di algo, Vic.

Él frunció el ceño, y al responder se esmeró en eliminar de su voz el

entusiasmo de Eli.

—Tienes dos elementos conocidos, Eli, pero no tienes idea de cuántos desconocidos. Aunque puedas decir con certeza que se necesita una ECM y una fuerte voluntad de sobrevivir, piensa cuántos otros factores podría haber. Diablos, un sujeto podría necesitar una docena de elementos más para llegar a ser ExtraOrdinario. Y los dos componentes que sí tienes son demasiado vagos. El término *predisposición genética* comprende cientos de rasgos, cualquiera de los cuales, o todos ellos, podrían ser cruciales. ¿El sujeto necesita niveles naturalmente elevados de sustancias químicas, o glándulas volátiles? ¿Tiene importancia su estado actual, o solo importan las reacciones innatas de su cuerpo ante el cambio? En cuanto al estado mental, Eli, ¿cómo podrías calcular los factores psicológicos? ¿Qué se considera voluntad fuerte? Es una caja de Pandora filosófica. Y luego está el factor azar.

—No estoy descontando ninguna de esas cosas —dijo Eli, un poco menos animado, mientras entraban en el aparcamiento—. Esta es una teoría aditiva, no sustractiva. ¿No podemos celebrar el hecho de que tal vez acabo de hacer un descubrimiento clave? Para ser EO se necesita una ECM. Yo diría que es una noticia increíble.

—Pero no basta —objetó Víctor.

—¿No? —replicó Eli, cortante—. Es un comienzo. Es algo. Toda teoría necesita un punto de partida, Vic. La hipótesis de la ECM, ese cóctel de reacciones mentales y físicas al trauma, tiene sentido.

Algo pequeño y peligroso iba formándose en Víctor mientras Eli hablaba. Una idea. Un modo de hacer *suyo* el descubrimiento de Eli, o al menos, que fuera *de los dos*.

—Además, es una tesis —prosiguió Eli—. Estoy buscando una explicación científica para el fenómeno de los EO. No estoy tratando de *crear* uno.

Los labios de Víctor se crisparon, y luego se torcieron en una sonrisa.

—¿Y por qué no?



—Porque eso es suicidio —respondió Eli entre un bocado y otro de su sándwich.

Estaban sentados en el CIL, que aún estaba bastante vacío antes del comienzo del semestre de primavera. Solo estaban abiertos el restaurante italiano, la tienda de comida casera y el café.

—Pues sí, necesariamente —dijo Víctor, bebiendo un sorbo de café—. Pero si diera resultado...

—No puedo creer que realmente estés sugiriendo esto —se sorprendió Eli. Pero había algo en su voz, entremezclado con la sorpresa. Curiosidad. Energía. Ese fervor que Víctor había percibido antes.

—Digamos que tienes razón —insistió Víctor— y es una ecuación simple: una experiencia cercana a la muerte, con énfasis en *cercana*, más cierto grado de resistencia física y una fuerte voluntad...

—Pero fuiste tú quien dijo que *no es* simple, que tiene que haber más factores.

—Bueno, claro que tiene que haberlos —repuso Víctor. Pero había captado la atención de Eli. Le gustaba que él le prestara atención—. ¿Quién sabe cuántos factores más? Pero estoy dispuesto a admitir que el cuerpo es capaz de cosas increíbles en situaciones de riesgo de muerte. De eso se trata *mi* tesis, ¿lo recuerdas? Y puede que tengas razón. Puede que el cuerpo sea capaz incluso de generar un cambio químico fundamental. En momentos de necesidad acuciante, la adrenalina le ha dado a la gente capacidades que parecen sobrehumanas. Vislumbres de poder. Tal vez hay una manera de hacer que el cambio perdure.

—Es una locura...

—Tú no crees eso. No del todo. Al fin y al cabo, es tu tesis —le recordó Víctor. Su boca se torció mientras clavaba la mirada en su café—. A propósito, te pondrían una calificación excelente.

Eli lo miró con suspicacia.

—Mi tesis iba a ser teórica...

—¿De verdad? —dijo Víctor, con una sonrisa provocadora—. ¿Y en qué quedó aquello de creer...?

Eli frunció el ceño. Abrió la boca para responder, pero lo interrumpieron unos brazos delgados en torno a su cuello.

—¿Por qué están tan serios mis chicos? —Al levantar la mirada, Víctor divisó los rizos cobrizos de Angie, sus pecas, su sonrisa—. ¿Estáis tristes porque terminaron las vacaciones?

—No creas —respondió Víctor.

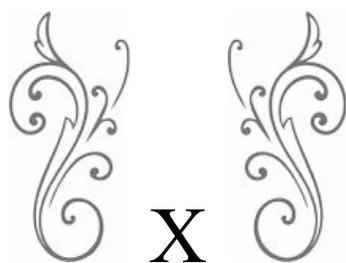
—Hola, Angie —la saludó Eli, y Víctor observó cómo se apagaba la luz en sus ojos mientras la abrazaba con uno de esos besos de película. Víctor rezongó por dentro. Tanto esfuerzo para hacerla aflorar, y Angie estaba deshaciendo toda la concentración de Eli con un beso. Se levantó de la mesa, molesto.

—¿A dónde vas? —preguntó Angie.

—Un día largo—respondió—. Acabo de regresar, todavía tengo que deshacer la maleta...

No completó la respuesta. Angie ya no le estaba prestando atención. Tenía los dedos enredados en el cabello de Eli, sus labios contra los de él. Así como así, los había perdido a ambos.

Víctor dio media vuelta y se marchó.



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Victor sostuvo abierta la puerta mientras Mitch entraba con Sydney, herida y empapada, en brazos. Mitch era enorme, tenía la cabeza rapada, estaba tatuado prácticamente hasta el último centímetro de piel que se veía, y era casi tan ancho como alta era la niña. Ella podría haber caminado, pero Mitch había decidido que sería más fácil cargarla que tratar de que se sostuviera sobre sus hombros. Además, había acarreado dos maletas, que dejó caer junto a la puerta.

—Estaremos bien, creo —dijo, recorriendo alegremente con la mirada la suite de lujo.

Victor apoyó en el suelo otra maleta mucho más pequeña; se quitó el abrigo mojado, que se le había adherido, y lo colgó. Le indicó a Mitch que dejara a la chica en el baño y remangó su camisa. Sydney estiró el cuello mientras atravesaba la habitación en brazos de Mitch. El Hotel Esquire, ubicado en la zona céntrica de Merit, tenía un estilo decadente que le dio la impresión de que habían quitado muebles, al punto de que miró el suelo para ver si había marcas de patas de sillones o sofás. Pero el suelo era de madera, o de algo que imitaba la madera, y el del baño era de piedra y baldosas. Mitch dejó a la

niña en la ducha —un espacio grande de mármol, sin puertas— y desapareció.

Sydney se estremeció; no sentía más que un frío apagado en todo el cuerpo. Minutos más tarde, apareció Victor con los brazos cargados de prendas diversas.

—Algo de esto debería irte bien —dijo, al tiempo que apoyaba la pila junto al lavabo. Se quedó esperando fuera del baño mientras ella se quitaba la ropa mojada y examinaba la pila, preguntándose de dónde había sacado esa ropa nueva. Era como si hubiera confiscado el contenido de una lavandería, pero las prendas estaban secas y tibias, así que no se quejó.

—Sydney —habló por fin, y su voz quedó apagada por la camiseta que estaba a mitad de camino sobre su cabeza y por la puerta del baño—. Así me llamo.

—Encantado —respondió Victor desde el pasillo.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó Sydney mientras examinaba las camisetas.

—¿El qué? —preguntó Victor.

—¿Cómo hiciste que dejara de dolerme?

—Es... un don.

—Un don —masculló Sydney con amargura.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que tuviera un don? —preguntó Victor desde fuera.

Sydney no respondió, y siguió un silencio interrumpido tan solo por el sonido de la ropa al rozarse, al probársela y descartarla. Cuando al fin volvió a hablar, lo único que dijo fue:

—Ya puedes entrar.

Victor entró, y la encontró vestida con pantalones deportivos demasiado grandes y una camiseta de tirantes finos demasiado larga, pero ambas cosas

servirían por el momento. Le pidió que se sentara muy quieta junto al lavabo mientras le examinaba el brazo. Cuando terminó de limpiarle los últimos vestigios de sangre, frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Te dispararon —observó Victor.

—Es obvio.

—¿Estabas jugando con un arma o algo así?

—No.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó Victor, presionándole la muñeca con los dedos.

—Ayer.

Victor no apartó la mirada del brazo de Sydney.

—¿Vas a contarme qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —preguntó Sydney sin mucha expresión.

—Bueno, Sydney, tienes una bala en el brazo, el pulso demasiado lento para alguien de tu edad, y tu temperatura es unos cinco grados más baja que lo normal.

Sydney se puso tensa pero no dijo nada.

—¿Tienes alguna otra herida?

Sydney se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Voy a devolverte el dolor, un poquito —dijo Victor—. Para ver si estás herida en otra parte.

Ella asintió brevemente. Victor le apretó un poco más el brazo, y el frío apagado que la envolvía se aplacó cuando empezó a sentir dolor, y luego fuertes puntadas en distintas partes del cuerpo. Sydney ahogó una exclamación, pero lo soportó y le dijo qué partes le dolían más. Lo observó mientras él

trabajaba, con manos imposiblemente leves, como si temiera romperla. Todo en él era leve; tenía tez, cabello y ojos claros, y sus manos danzaban en el aire por encima de su piel y la tocaban solo cuando era imprescindible.

—Bien —dijo Victor, una vez que terminó de vendarla y de retirar lo que quedaba de dolor—. Fuera de la herida de bala y de una torcedura de tobillo, parece que estás bastante bien.

—Fuera de eso —comentó Sydney secamente.

—Todo es relativo —repuso Victor—. Estás viva.

—Así es.

—¿Vas a contarme qué te ocurrió?

—¿Eres médico? —preguntó ella a su vez.

—Iba a serlo. Hace mucho tiempo.

—¿Y qué pasó?

Victor suspiró y se recostó contra el toallero.

—Hagamos un trato: una respuesta por una respuesta.

Sydney vaciló, pero finalmente asintió.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Victor.

—Trece —mintió, porque detestaba tener doce años—. ¿Y tú?

—Treinta y dos. ¿Qué te pasó?

—Alguien intentó matarme.

—Ya lo veo. Pero ¿por qué alguien querría hacer eso?

Ella meneó la cabeza.

—No es tu turno. ¿Por qué no pudiste terminar tus estudios?

—Fui a la cárcel —respondió—. ¿Por qué alguien querría matarte?

Sydney se rascó la espinilla con el talón, señal de que estaba a punto de mentir, pero Victor aún no la conocía tanto como para saberlo.

—Ni idea.

Sydney iba a preguntarle por la cárcel, pero a último momento cambió de idea.

—¿Por qué me recogiste en la carretera?

—Tengo debilidad por las criaturas perdidas —respondió. Y luego la sorprendió al preguntarle—: ¿Tienes un don, Sydney?

Al cabo de un largo rato, ella meneó la cabeza.

Victor bajó la vista, y Sydney vio algo en su cara, como si una sombra hubiera cruzado por él, y por primera vez desde que el coche se había detenido a su lado, sintió temor. No un miedo arrasador, sino un pánico leve y constante que se extendía por su piel.

Pero luego Victor alzó la mirada y la sombra desapareció.

—Descansa un poco, Sydney —dijo—. Usa la habitación contigua.

Dio media vuelta y salió antes de que ella llegase a darle las gracias.



Victor se dirigió a la cocina de la suite, separada del resto de la sala principal tan solo por una encimera de mármol, y se sirvió una copa de la provisión que Mitch venía acumulando desde que habían salido de Wrighton, que había traído del coche. La chica estaba mintiendo y él lo sabía, pero contuvo el impulso de recurrir a sus métodos habituales. Era una niña, y estaba visiblemente asustada. Además, ya le habían hecho suficiente daño.

Victor le cedió el otro dormitorio a Mitch. El sofá le resultaría pequeño y, de todos modos, él no dormía mucho. Si llegaba a cansarse, no le importaba dormir en el sofá de felpa. Eso había sido lo que más le desagradaba de estar en la cárcel. Más que la gente o la comida; incluso más que el hecho de que era una cárcel.

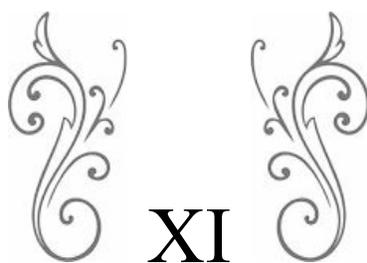
La maldita cama.

Victor tomó su vaso y caminó por el suelo de madera laminada de la suite.

Era de un realismo notable, pero no crujió, y sentía el cemento por debajo. Lo sabía por haber estado tanto tiempo pisando cemento.

Toda una pared de la estancia constaba de ventanales del suelo al techo, con puertas-balcón en el centro. Las abrió y salió a una terraza, a siete pisos de altura. El aire estaba frío, descubrió con agrado; apoyó los codos en la barandilla de metal helado con el vaso en la mano, a pesar de que el hielo enfriaba el cristal hasta el punto de hacer que le dolieran los dedos. Aunque no lo sentía.

Víctor observó la ciudad. Incluso a esa hora, Merit estaba viva; era un lugar vibrante y bullicioso, lleno de personas que él podía presentir sin siquiera estirarse. Pero en ese momento, rodeado por el aire frío y metálico de la ciudad y los millones de cuerpos que vivían, respiraban y *sentían*, no estaba pensando en ninguno de ellos. Sus ojos recorrían los edificios, pero su mente vagaba más allá de todo aquello.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

—¿Y bien? —preguntó Victor esa noche, más tarde. Habían bebido alcohol. Un par de vasos. Tenían una provisión de cerveza en la cocina para las reuniones sociales, y bajo el lavabo del baño, otra de bebidas blancas para los días muy malos o muy buenos.

—No hay manera —dijo Eli. Vio el vaso en la mano de Victor y fue al baño a servirse uno.

—Eso no es estrictamente cierto —replicó Victor.

—No hay manera de tener suficiente control —aclaró Eli con un largo sorbo—. De asegurar la supervivencia, y ni hablar de evitar discapacidades. Las experiencias cercanas a la muerte son eso: cercanas a la *muerte*. El riesgo es demasiado grande.

—Pero si diera resultado...

—Pero si no...

—Podríamos crear control, Eli.

—No el suficiente.

—Me preguntaste si alguna vez quería creer en algo. La respuesta es sí. Quiero creer en esto. Quiero creer que hay algo más. —Vic echó un toque de

whisky por encima del borde del vaso—. Que podemos *ser* más. Diablos, podríamos ser héroes.

—Podríamos terminar muertos —le recordó Eli.

—Es un riesgo que todos asumimos al estar vivos.

Eli se pasó los dedos por el pelo. Estaba inquieto, inseguro. A Victor le gustaba verlo así.

—Es solo una *teoría*.

—Nada de lo que tú haces, Eli, es teórico. Lo veo en ti. —Victor se enorgulleció de poder enunciar la observación en un solo intento, dado su grado de embriaguez. No obstante, necesitaba dejar de hablar. No le gustaba que los demás supieran cuánto los observaba, los imitaba—. Lo veo —concluyó en voz baja.

—Creo que ya has bebido suficiente.

Victor observó el líquido ambarino.

Los momentos que definen una vida no siempre son evidentes. No siempre tienen escrito *PRECIPICIO*, y nueve de cada diez veces no hay ninguna cuerda que nos obligue a agacharnos para pasar, ninguna línea que cruzar, ningún pacto de sangre, ninguna carta oficial redactada en papel elegante. No siempre son extensos, cargados de significado. Entre un sorbo y otro, Victor cometió el peor error de su vida, y no consistió en más que una línea. Cuatro palabritas.

—Yo lo haré primero.

Lo había pensado en el coche mientras viajaban desde el aeropuerto, cuando había preguntado: *¿por qué no?* Lo había pensado mientras almorzaban, y luego mientras caminaba por el campus, terminando su café; lo había pensado durante todo el camino de regreso a las residencias y a los apartamentos de mayor categoría que estaban más allá. En algún punto entre el tercer vaso y el cuarto, el signo de interrogación se había convertido en un punto. No había

opción, en realidad. Era la única manera de ser más que un espectador de las grandes proezas de Eli. De ser participante. De contribuir.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—¿Qué estás preguntándome?

Victor arqueó una ceja pálida; no le hizo gracia. Eli no consumía drogas, pero siempre las tenía; en el campus —y Victor estaba seguro de que era así en cualquier campus— esa era la manera más rápida de hacer dinero, o de hacer amigos. Entonces, aparentemente, Eli entendió a dónde quería llegar.

—No.

Victor ya había entrado en el baño, y enseguida salió con la botella de whisky, que aún estaba muy llena.

—¿Qué tienes? —preguntó otra vez.

—No.

Victor suspiró, se acercó a la mesita de café, tomó un papel y garabateó una nota. *Comprobad los libros en el primer estante.*

—Listo —dijo, al tiempo que se la entregaba a Eli, que frunció el ceño. Vic se encogió de hombros y bebió otro sorbo.

—He trabajado mucho con esos libros —explicó, sosteniéndose con el apoyabrazos del sofá—. Son poemas. Y son una nota de suicidio mejor que cualquier cosa que se me pueda ocurrir ahora.

—No —repitió Eli una vez más. Pero la palabra se oyó lejana y apagada, y en sus ojos la luz empezó a encenderse—. Esto no funcionará.

Incluso mientras lo decía, caminó hacia su cuarto, hacia la mesita auxiliar donde Víctor sabía que tenía las píldoras.

Victor se apartó del sofá y lo siguió.



Media hora más tarde, acostado con una botella vacía de whisky y un frasco

vacío de analgésicos sobre la mesa más cercana, Víctor empezó a preguntarse si había cometido un error.

Su corazón latía como un martillo neumático, impulsando sangre por sus venas a demasiada velocidad. Se le nubló la vista, y cerró los ojos. Había sido un error. De pronto se incorporó, seguro de que iba a vomitar, pero unas manos lo empujaron contra la cama y lo sostuvieron allí.

—No —dijo Eli, y solo lo soltó cuando Víctor tragó en seco y se concentró en las placas del techo.

»Acuérdate de lo que hablamos —iba diciendo Eli. Decía algo acerca de resistirse. De la voluntad.

Víctor no le prestaba atención; no podía oír mucho más allá de su pulso, y ¿cómo era posible que su corazón siguiera acelerándose? Había dejado de preguntarse si era un error. Ahora estaba seguro. Seguro de que, en sus veintidós años de vida, aquel plan era el peor que se le había ocurrido. El *método* estaba mal, decía la parte racional de Víctor, la que iba apagándose, la que había estado estudiando la adrenalina, el dolor y el miedo. No debería haber tomado las anfetaminas con whisky; no debería haber hecho *nada* que le embotara los nervios y los sentidos, que facilitara el proceso, pero había estado nervioso... había tenido miedo. Ahora estaba entumeciéndose, y eso lo asustaba más que el dolor, porque significaba que podía simplemente... apagarse poco a poco.

Ir apagándose hasta morir, sin darse cuenta.

Aquello estaba mal mal mal... pero esa voz empezaba a alejarse, y en su lugar sentía cada vez más...

Podía salir bien.

Se obligó a pensarlo entre el pánico que lo aturdí. Podía salir bien, y si así era, quería poder conservar el poder, la evidencia, la prueba. *Él* quería ser la

prueba. Sin eso, Eli era el padre de la criatura, y Víctor, apenas el muro contra el cual Eli probaba sus ideas. En cambio, si lo lograba, Víctor *era* la criatura, esencial e inseparable de las teorías de Eli. Intentó contar las placas, pero perdía la cuenta. Aunque su corazón funcionaba forzosamente, sus pensamientos fluían como jarabe, y los nuevos llegaban antes de que los anteriores llegaran a desaparecer. Los números empezaron a superponerse, a volverse borrosos. Todo empezó a volverse borroso. Sentía las puntas de los dedos entumecidas, y se preocupó. No tenía frío exactamente, sino que era como si la energía de su cuerpo comenzara a volcarse hacia adentro, a apagarse, empezando por las partes más pequeñas. Al menos, las náuseas también fueron menguando. Solo el pulso acelerado le advirtió que su cuerpo estaba fallando.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Eli, al tiempo que se inclinaba hacia él desde una silla que había acercado a la cama. Él no había bebido, pero sus ojos brillaban, encendidos. No parecía preocupado. No parecía tener miedo. Pero, por otra parte, no era él quien estaba a punto de morir.

Víctor sentía que su boca no estaba bien. Tuvo que concentrarse demasiado para formar las palabras.

—No muy bien —logró responder.

Habían optado por una sobredosis tradicional por varios motivos. Si fallaba, sería lo más fácil de explicar. Además, Eli podía esperar hasta que se iniciara la crisis para llamar a emergencias. Si llegaban al hospital demasiado pronto, significaba que no sería una experiencia cercana a la muerte, sino solo una muy desagradable.

El entumecimiento avanzaba por el cuerpo de Víctor. Subía por sus extremidades, por su cabeza.

Su corazón omitió un latido, y luego siguió palpitando a toda velocidad de

un modo desconcertante.

Eli estaba hablando otra vez, en voz baja y con urgencia.

Cada vez que Víctor parpadeaba, se le hacía más difícil volver a abrir los ojos. Y entonces, por un momento, sintió miedo. Miedo de morir. Miedo de Eli. Miedo de todo lo que podía ocurrir. Miedo de que no ocurriera nada. Fue muy repentino e intenso.

Pero pronto, eso también se perdió en el entumecimiento.

Su corazón omitió otro latido, y hubo un instante en el que debería haber sentido dolor, pero había bebido demasiado para sentirlo. Cerró los ojos para concentrarse en resistir, pero solo logró que la oscuridad lo absorbiera. Oía hablar a Eli, y seguramente era importante porque nunca levantaba así la voz, pero Víctor estaba hundiéndose, a través de su piel, de la cama y del suelo, hacia la negrura.



XII



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Victor oyó que algo se rompía, y al bajar la mirada descubrió que había aferrado el vaso con demasiada fuerza y lo había roto. Tenía trozos de cristal en la mano, y por sus dedos corrían franjas rojas. Abrió el puño, y el vaso roto cayó por encima de la barandilla hasta los arbustos del restaurante del hotel, seis pisos más abajo. Observó los fragmentos que aún tenía clavados en la palma de la mano.

No los sentía.

Victor entró y se dirigió al fregadero. Allí se quitó de la piel los fragmentos de cristal más grandes y los observó resplandecer en el acero inoxidable. Se sentía torpe, entumecido, incapaz de quitarse los trocitos más pequeños; entonces cerró los ojos, inhaló lentamente y empezó a dejar entrar otra vez el dolor. Pronto le ardía la mano, y tenía en la palma un dolor sordo que lo ayudó a descubrir dónde quedaban restos de cristal clavados. Terminó de extraerlos y se quedó observando su mano ensangrentada; unas oleadas leves de dolor ascendían por su muñeca.

ExtraOrdinario.

La palabra que lo había empezado —arruinado, cambiado— todo.

Frunció el ceño y aumentó la sensibilidad de sus nervios como quien sube el volumen de una radio. El dolor se aguzó y se extendió como un hormigueo que irradiaba desde la palma de la mano, bajaba por los dedos y subía por la muñeca. Volvió a subir el volumen e hizo una mueca cuando el hormigueo se convirtió en un manto de dolor que se extendía sobre su cuerpo, ya no apagado sino agudo como un cuchillo. Sus manos empezaron a temblar, pero Víctor continuó girando en su mente el selector de volumen hasta que estaba ardiendo, quebrándose, haciéndose pedazos.

Se le aflojaron las rodillas, y se sostuvo de la encimera con una mano ensangrentada. El dolor se apagó como un fusible quemado, y Víctor quedó con ánimo sombrío. Se afirmó. Aún estaba sangrando, y sabía que debería ir en busca del botiquín de primeros auxilios que había traído del coche para Sydney. No por primera vez, Víctor deseó poder hacer un intercambio de capacidades con Eli.

Pero primero limpió la sangre de la encimera y se sirvió otra copa.



HACE DIEZ AÑOS

CENTRO MÉDICO LOCKLAND

De la nada, llegó el dolor.

No el dolor que Víctor aprendería, más tarde, a conocer, mantener y aprovechar, sino el dolor simple, demasiado humano, de una sobredosis mal llevada a cabo.

Dolor y oscuridad, que se convirtieron en dolor y color, y luego dolor y luces brillantes del hospital.

Eli estaba sentado en una silla junto a la cama de Víctor, tal como había estado en el apartamento. Solo que ahora no había frascos ni píldoras. Únicamente aparatos que pitaban, sábanas finas y la peor jaqueca que Víctor Vale hubiera sufrido jamás, incluida la del verano en que había decidido atacar las colecciones especiales de sus padres mientras estos estaban de paseo por Europa. Eli tenía la cabeza gacha y los dedos suavemente unidos como cuando rezaba. Víctor se preguntó si era eso lo que estaba haciendo ahora, y deseó que no.

—No esperaste lo suficiente —murmuró cuando estuvo seguro de que Eli no estaba ocupado con Dios.

Eli levantó la vista.

—Dejaste de respirar. Estuviste a punto de morir.

—Pero no morí.

—Lo siento —dijo Eli, frotándose los ojos—. No pude...

Victor volvió a hundirse en la cama. Supuso que hubiera debido estar agradecido. Equivocarse por actuar demasiado temprano era mejor que equivocarse por hacerlo demasiado tarde. Aun así... Hundió una uña bajo uno de los sensores que tenía en el pecho. Si hubiera dado resultado, ¿se sentiría diferente? ¿Acaso los aparatos enloquecerían? ¿Las luces fluorescentes se harían añicos? ¿La cama se incendiaría?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Eli.

—Como el culo, Cardale —respondió Victor, cortante, y Eli se sobresaltó, más por el uso del apellido que por el tono. Después de tres vasos de alcohol, y en mitad de la euforia por el descubrimiento, antes de que las píldoras hicieran efecto, habían decidido que, cuando todo terminara, Eli pasaría a llamarse Ever en lugar de Cardale, porque sonaba más *genial*, y los héroes de historieta tenían nombres importantes, a menudo aliterativos. ¿Qué importaba si a ninguno de los dos se le había ocurrido ningún ejemplo? En aquel momento, parecía importante. Por una vez, Victor había tenido la ventaja natural, y aunque era algo de lo más pequeño e insignificante, el sonido de un nombre, le gustaba tener algo que Eli no tenía. Algo que Eli quería. Y tal vez a Eli no le importaba de verdad; tal vez solo intentaba evitar que Victor perdiera el conocimiento, pero aun así pareció dolido cuando Victor lo llamó *Cardale*, y de momento eso bastaba.

—He estado pensando —dijo Eli, inclinándose hacia adelante. Había en sus extremidades una energía apenas contenida. Retorcía las manos. Sus piernas rebotaban un poco en la silla. Victor intentó concentrarse en lo que Eli estaba diciendo con la boca, y no con el cuerpo—. La próxima vez, creo que...

Se interrumpió cuando una mujer apareció en la puerta y carraspeó. No era médica —no llevaba bata—, pero tenía sobre el corazón una pequeña placa que la identificaba como algo peor.

—¿Victor? Me llamo Melanie Pierce. Soy la psicóloga residente del hospital.

Eli estaba de espaldas a ella, y le dirigió a Victor una mirada de advertencia. Este respondió con un ademán que le indicaba que saliera y, a la vez, le confirmaba que no diría nada. Habían llegado hasta allí. Eli se puso de pie y masculló algo sobre ir a llamar a Angie. Salió y cerró la puerta.

—Victor. —La señora Pierce pronunció su nombre de modo lento y dulce, al tiempo que se pasaba una mano por el cabello castaño arratonado. Tenía un peinado voluminoso, al estilo de las sureñas de mediana edad. Su acento no era reconocible, pero hablaba con un tono claramente condescendiente—. Me han dicho aquí que no han podido localizar a tus contactos de emergencia.

Lo que Victor pensó fue: *Gracias a Dios*. Lo que dijo fue:

—Mis padres, ¿verdad? Están de viaje.

—Bueno, dadas las circunstancias, es importante que sepas que...

—No intenté suicidarme.

Mentira a medias.

Los labios de ella se crisparon con indulgencia.

—Solo me excedí un poco en la diversión.

Mentira total.

Ella ladeó la cabeza. Su pelo no se movió.

—Lockland tiene un alto nivel de exigencia. Necesitaba un descanso.

Verdad.

La señora Pierce suspiró.

—Te creo —dijo. Mentira—. Pero cuando te demos de alta...

—¿Cuándo será eso?

La mujer frunció los labios.

—Estamos obligados a tenerte aquí setenta y dos horas.

—Tengo clases.

—Necesitas tiempo.

—Necesito ir a clases.

—Esto no se debate.

—No estaba tratando de matarme.

La voz de la psicóloga se había vuelto más tensa, menos amigable, más franca, impaciente, normal.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas qué era lo que sí estabas haciendo?

—Cometiendo un error —admitió Víctor.

—Todos los cometemos —respondió ella, y Víctor se sintió mal. No sabía si era un efecto tardío de la sobredosis, o solo la terapia envasada de la psicóloga. Volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Cerró los ojos, pero ella siguió hablando—. *Cuando* te demos de alta, voy a recomendar que te vea el orientador de Lockland.

Víctor rezongó. El orientador Peter Mark. Un hombre que tenía dos nombres de pila, ningún sentido del humor, y problemas con sus glándulas sudoríparas.

—No es necesario —masculló. Con sus padres, había tenido tanta terapia involuntaria que hubiera para varias vidas.

La señora Pierce volvió a mirarlo con condescendencia.

—A mí me parece que sí.

—Si accedo a verlo, ¿me dará el alta ahora?

—Si no accedes a verlo, Lockland no te volverá a aceptar. Pasarás aquí setenta y dos horas, y durante ese tiempo vas a reunirte conmigo.

Víctor pasó las siguientes horas planeando cómo matar a alguien —

específicamente, a la señora Pierce— en lugar de a sí mismo. Tal vez, si se lo contaba, ella lo vería como un adelanto, pero Víctor lo dudaba.



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Mientras Víctor caminaba, el vaso pendía precariamente de su mano recién vendada. Por mucho que caminara desde una pared de la habitación hasta la otra y de regreso, la inquietud se negaba a desaparecer. En lugar de menguar, parecía cargarlo, y Víctor sentía una estática mental crepitando en su cabeza mientras se movía. De pronto, tuvo un impulso de gritar, agitar los brazos o arrojar su nuevo vaso contra la pared. Cerró los ojos y obligó a sus piernas a hacer justamente lo que no querían: detenerse.

Se quedó perfectamente quieto, intentando tragar la energía, el caos y la electricidad, y de hallar *silencio* en su lugar.

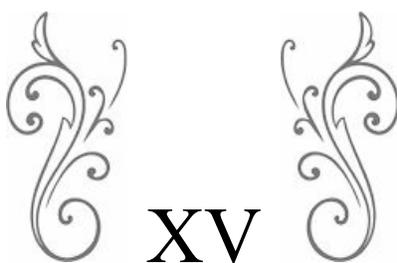
En la cárcel había tenido momentos como ese, en los que la misma oleada de pánico había subido como la cresta de una ola antes de cubrirlo. *Haz que termine*, le había susurrado, lo había tentado la oscuridad. ¿Cuántos días había resistido el impulso de actuar, no con sus manos sino con *aquello* que estaba dentro de él, y fastidiarlo todo? ¿Y a todos?

Pero no podía. Ni entonces, ni ahora. La única manera en que había logrado salir del aislamiento había sido convenciendo al personal, sin dejar lugar a dudas, de que era normal, que no representaba un peligro, o al menos, no más

que los otros cuatrocientos sesenta y tres presos. Pero en aquellos momentos de encierro y oscuridad, el deseo de hacer pedazos a todos los que lo rodeaban había llegado a ser incapacitante. Hacerlos pedazos a todos y salir de allí por sus propios medios.

Ahora, igual que entonces, se contuvo, esforzándose por olvidar que tenía un poder que podía usar contra los demás, un capricho afilado como el cristal. Ahora, igual que entonces, les ordenó a su cuerpo y a su mente que se aquietaran, que se calmaran. Y ahora, igual que entonces, cuando cerró los ojos y buscó el silencio, surgió una palabra, un recordatorio de por qué no podía darse el lujo de romperse; un desafío, un nombre.

Eli.



HACE DIEZ AÑOS

CENTRO MÉDICO LOCKLAND

Eli se sentó pesadamente en la silla que estaba junto a la cama de Víctor y dejó caer una mochila al suelo laminado, a su lado. Víctor acababa de terminar su última sesión con la psicóloga residente, la señora Pierce, en la cual habían analizado su relación con sus padres, a quienes ella —como era de esperar— admiraba. Pierce salió de la sesión con la promesa de un libro autografiado y la impresión de que habían avanzado mucho. Víctor salió de la sesión con una jaqueca y una nota que le indicaba que debía reunirse con el orientador de Lockland como mínimo tres veces. Había logrado que le rebajaran su sentencia de setenta y dos horas a cuarenta a cambio del libro autografiado. Ahora estaba forcejeando con la pulsera de identificación del hospital, sin poder quitársela. Eli se inclinó hacia adelante, tomó un cortaplumas y cortó de una vez el extraño material, híbrido de papel y plástico. Víctor se frotó la muñeca, se puso de pie e hizo una mueca de dolor. Su roce con la muerte había resultado desagradable. Tenía un dolor apagado pero constante en todo el cuerpo.

—¿Listo para salir de aquí? —preguntó Eli, al tiempo que se llevaba la mochila al hombro.

—Dios, sí —respondió Víctor—. ¿Qué traes en la mochila?

Eli sonrió.

—He estado pensando —dijo, mientras caminaban por los pasillos esterilizados— en mi turno.

A Víctor se le apretó el pecho.

—¿Sí?

—Esta experiencia fue un aprendizaje —explicó Eli. Víctor masculló algo antipático por lo bajo, pero Eli prosiguió—. El alcohol fue mala idea. Y también los analgésicos. El dolor y el miedo son inseparables del pánico, y el pánico contribuye a la producción de adrenalina y de otras sustancias que disparan la reacción de lucha o huida. Como sabes bien.

Víctor frunció el ceño. Sí, lo sabía bien. Aunque a su yo alcoholizado no le había importado.

—Hay solo cierta cantidad de situaciones —prosiguió Eli, mientras cruzaban unas puertas automáticas de cristal y salían al día frío— en las que podemos inducir un grado suficiente tanto de pánico como de control. En la mayoría de los casos, estos dos se excluyen entre sí. O al menos, no se superponen mucho. Cuanto mayor control, menos necesidad de pánico, etcétera, etcétera.

—Pero ¿qué tienes en la mochila?

Llegaron al coche, y Eli lanzó la mochila en cuestión al asiento trasero.

—Todo lo que necesitamos. —La sonrisa de Eli se extendió—. Bueno, todo menos el hielo.



En realidad, «todo lo que necesitamos» resultó ser una docena de autoinyectores de epinefrina, más comúnmente conocidos como EpiPens, y el doble de almohadillas térmicas desechables, de las que usan los cazadores en

las botas, y los aficionados al fútbol en los guantes durante los partidos en invierno. Eli tomó tres de los autoinyectores y los alineó sobre la mesa de la cocina, junto a la pila de almohadillas; luego dio un paso atrás e hizo un gesto amplio con la mano como si le estuviera ofreciendo un festín a Victor. Había media docena de bolsas de hielo apoyadas contra el fregadero, y pequeños ríos de condensación mojaban el suelo. Las habían comprado camino a casa.

—¿Has robado todo esto? —preguntó Victor, levantando un autoinyector.

—Lo tomé prestado en nombre de la ciencia —respondió Eli, mientras recogía una almohadilla térmica y la giraba para examinar el laminado plástico que tenía en su parte trasera y servía como mecanismo de activación—. Estoy haciendo prácticas de aprendizaje en el centro médico desde primer año. Ni lo han notado.

La jaqueca de Victor había vuelto.

—¿Esta noche? —preguntó, no por primera vez desde que Eli le había expuesto su plan.

—Esta noche —confirmó Eli, al tiempo que le quitaba el autoinyector—. Pensé en disolver la epinefrina directamente en solución salina y que me la inyectaras por vía endovenosa, ya que así la distribución sería más confiable, pero es más lento que los EpiPens y depende de una mejor circulación. Además, por sus características, se me ocurrió que sería mejor una opción más fácil de usar.

Victor examinó los elementos. Los EpiPens serían la parte fácil; las compresiones, más difíciles, y podían provocar más daño. Victor se había entrenado en RCP y tenía una comprensión intuitiva del cuerpo, pero aun así existía riesgo. Ni el curso de pregrado de medicina ni la habilidad innata podían preparar de verdad a un estudiante para lo que intentaban hacer. Matar algo era fácil. Para hacerlo revivir se necesitaba más que mediciones y

medicamentos. Era como la cocina, no como la repostería. Para la repostería había que tener sentido del orden. Para cocinar se necesitaba talento, un poco de arte y un poco de suerte. Para esta clase de cocina se necesitaba *mucha* suerte.

Eli tomó dos EpiPens más y colocó los tres en la palma de su mano. La mirada de Víctor pasó de los autoinyectores a las almohadillas, y de allí, al hielo. Eran herramientas muy sencillas. ¿Realmente podía ser tan fácil?

Eli dijo algo. Víctor dirigió su atención a él.

—¿Qué? —preguntó.

—Que se hace tarde —repitió Eli, y señaló más allá de las bolsas de hielo, hacia la ventana que estaba detrás del fregadero, donde la luz iba fugándose rápidamente del cielo—. Será mejor que preparemos todo.



Víctor pasó los dedos por el agua helada y retrocedió. A su lado, Eli hizo un corte en la última bolsa y la vio romperse y volcar el hielo en la bañera. Con las primeras bolsas, el hielo se había resquebrajado, partido y medio disuelto, pero pronto el agua se enfrió lo suficiente y los cubos ya no se derretían. Víctor retrocedió hasta el lavabo y se apoyó en él, con los tres EpiPens al alcance de la mano.

Habían repasado varias veces el orden del procedimiento. A Víctor le temblaban ligeramente los dedos. Se aferró al borde del lavabo para aquietarlos mientras Eli se quitaba los vaqueros, el jersey y por último la camisa, que dejó al descubierto una serie de cicatrices difusas en la espalda. Eran antiguas, reducidas a poco más que sombras, y Víctor las había visto antes, pero nunca había preguntado por ellas. Ahora, al enfrentarse a la posibilidad de que aquella fuera la última conversación que tuviera con su amigo, lo venció la curiosidad. Intentó dar forma a la pregunta, pero no fue

necesario, porque Eli respondió sin que la formulara.

—Me las hizo mi padre, cuando yo era pequeño —dijo suavemente. Victor contuvo la respiración. En más de dos años, Eli no había mencionado a sus padres ni una sola vez—. Era pastor religioso. —Había en su voz un matiz lejano, y Victor no pudo sino reparar en el *era*. Tiempo pasado—. Creo que nunca te lo conté.

Victor no sabía qué decir, así que respondió con las palabras más inútiles del mundo.

—Lo siento.

Eli se apartó y se encogió de hombros, y las cicatrices de su espalda se deformaron con el gesto.

—Todo salió bien al final.

Se acercó a la bañera y sus rodillas se apoyaron en el frente de loza mientras miraba la superficie resplandeciente. Victor lo observó con la mirada fija en el agua y sintió una extraña mezcla de interés y preocupación.

—¿Estás asustado? —le preguntó.

—Aterrado —respondió Eli—. ¿Tú no lo estabas?

Victor recordaba vagamente un asomo de temor, algo muy breve, que pronto se apagó por los efectos de las píldoras y del whisky. Se encogió de hombros.

—¿Quieres beber algo? —preguntó.

Eli meneó la cabeza.

—El alcohol calienta la sangre, ¿sabes? —dijo, con los ojos aún fijos en el agua helada—. No es precisamente lo que quiero lograr.

Victor se preguntó si Eli realmente podría hacerlo, o si el frío resquebrajaría su máscara de encanto y simpatía, si la haría pedazos y revelaría al chico normal que había debajo. La bañera tenía asideros por debajo de la superficie helada, y habían ensayado antes de la cena (ninguno de

los dos tenía demasiado apetito): Eli había entrado en la bañera aún seca, había aferrado los asideros y acomodado los dedos de los pies bajo un saliente en el otro extremo. Víctor había sugerido usar una cuerda, algo para sujetar a Eli, pero este se había negado. Víctor no sabía si había sido por bravuconería o si le preocupaba el estado del cuerpo si las cosas salían mal.

—Cuando quieras —dijo Víctor, intentando disipar la tensión. Al ver que Eli no se movía y ni siquiera le dedicaba una sonrisa falsa, extendió la mano hacia la tapa del retrete, sobre el cual estaba apoyado su portátil. Abrió un programa de música y pulsó reproducir, con lo que la base pesada de un rock inundó la pequeña habitación repleta de azulejos.

—Mejor apaga eso cuando estés buscando el pulso —dijo Eli.

Y entonces cerró los ojos. Sus labios se movían ligeramente, y aunque tenía las manos sueltas a los costados, Víctor se dio cuenta de que estaba rezando. Le desconcertó que alguien que estaba a punto de jugar a ser Dios pudiera rezarle a Él, pero era obvio que a su amigo no le molestaba.

Cuando Eli abrió los ojos, Víctor le preguntó:

—¿Qué le has dicho?

Eli levantó un pie descalzo hasta el borde de la bañera, contemplando el agua.

—He puesto mi vida en Sus manos.

—Bueno —repuso Víctor, con sinceridad—, esperemos que te la devuelva.

Eli asintió, e inhaló brevemente —Víctor imaginó que oía una levísima vacilación— antes de entrar al agua.



Víctor se sentó en el borde de la bañera, con una copa en la mano, y observó el cadáver de Eliot Cardale.

Eli no había gritado. El dolor se había reflejado en cada uno de los cuarenta

y tres músculos que la clase de anatomía de Víctor le había enseñado que había en el rostro, pero lo peor que había hecho Eli había sido soltar un leve gemido cuando su cuerpo había atravesado la superficie del agua helada. Víctor apenas había rozado el agua con los dedos, y el frío había bastado para provocar una chispa de dolor en todo su brazo. Quería odiar a Eli por su compostura, y casi había esperado —*casi esperaba*— que se le hiciera insoportable. Que se rompiera, se diera por vencido; entonces Víctor lo ayudaría a salir de la bañera y le ofrecería una copa, y los dos se sentarían a hablar sobre sus intentos fallidos, y más tarde, cuando estos hubieran quedado atrás, reirían al recordar cuánto habían sufrido en aras de la ciencia.

Víctor tragó otro sorbo de su bebida. Eli tenía un color blanco azulado muy poco saludable.

No había tardado tanto como él había supuesto. Eli llevaba varios minutos en silencio. Víctor había apagado la música, y el ritmo pesado había seguido resonando en su cabeza hasta que había caído en la cuenta de que era su corazón. Cuando se atrevió a sumergir una mano en el agua helada para tomarle el pulso a Eli, conteniendo una exclamación por el frío cortante, no lo halló. Sin embargo, había decidido esperar unos minutos más, y por eso se había servido una copa. Si Eli lograba regresar de eso, no podría acusarlo de haberse apresurado.

Cuando se hizo evidente que el cuerpo que estaba en la bañera no reviviría por sus propios medios, Víctor dejó el vaso a un lado y se puso manos a la obra. Lo más difícil fue sacar a Eli de la bañera, ya que era varios centímetros más alto que él, estaba rígido y sumergido en agua helada. Al cabo de varios intentos y muchas palabrotas (Víctor era callado por naturaleza, pero lo era más aún bajo presión, lo que daba a sus compañeros la impresión de que sabía lo que hacía, aun cuando no era así), cayó hacia atrás y el cuerpo de Eli

golpeó las baldosas a su lado con la fuerza repugnante de un peso muerto. Victor se estremeció. Recordando las instrucciones de Eli, dejó los EpiPens para después y optó primero por la pila de mantas y almohadillas térmicas, y secó el cuerpo rápidamente con una toalla. Luego activó las almohadillas y las colocó sobre los centros vitales: la cabeza, la nuca, las muñecas, la ingle. Esa era la parte del plan que requería suerte y arte. Victor tenía que decidir en qué momento el cuerpo había recuperado suficiente temperatura para empezar las compresiones. Si lo hacía demasiado pronto, estaría aún demasiado frío, y eso significaba que la epinefrina impondría demasiado esfuerzo al corazón y a los órganos. Si lo hacía demasiado tarde sería demasiado tiempo, lo que significaba mucha menos probabilidad de poder revivirlo.

Victor encendió la lámpara infrarroja del baño, a pesar de que estaba sudando; tomó los tres autoinyectores —tres era el límite, y Victor sabía que si con el tercero no había reacción, era demasiado tarde— y los colocó en el suelo a su lado. Los recolocó nuevamente en líneas rectas, y ese pequeño gesto le dio una sensación de control mientras esperaba. Cada poco, medía la temperatura de Eli, no con un termómetro sino contra su propia piel. Durante el ensayo, habían caído en la cuenta de que no tenían termómetro, y Eli, en una rara demostración de impaciencia, había insistido en que Victor se basara en su propio criterio. Podría haber sido una sentencia de muerte, pero la fe de Eli en Victor derivaba del hecho de que, en Lockland, todos creían que tenía afinidad por la medicina y un conocimiento espontáneo, casi sobrenatural, del cuerpo humano (en realidad, distaba mucho de ser espontáneo, pero era verdad que Victor tenía facilidad para adivinar). El cuerpo era una máquina, solo piezas necesarias, y todos sus componentes en todos los niveles, desde los músculos y huesos hasta las células y los elementos químicos, funcionaban con acción y reacción. Para Victor, era *lógico*.

Cuando sintió que Eli se había calentado lo suficiente, inició las compresiones. La piel bajo sus manos estaba recuperando temperatura, con lo cual el cuerpo se parecía menos a un polo helado y más a un cadáver. Hizo una mueca cuando las costillas crujieron bajo sus manos entrelazadas, pero no se detuvo. Sabía que, si las costillas no se separaban del esternón, no estaba empujando lo suficiente para llegar al corazón. Después de varias series de compresiones, hizo una pausa, tomó el primer autoinyector y lo clavó en la pierna de Eli.

Uno, dos, tres.

No hubo reacción.

Empezó a comprimir otra vez, intentando no pensar en las costillas que estaban rompiéndose ni en el hecho de que Eli aún se veía completa e innegablemente muerto. A Victor le ardían los brazos, y resistió el impulso de mirar de reojo su teléfono móvil, que se le había caído del bolsillo en el esfuerzo por extraer a su amigo de la bañera. Cerró los ojos, siguió contando y presionando con los puños entrelazados, arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, sobre el corazón de Eli.

No estaba dando resultado.

Victor tomó el segundo autoinyector y lo hundió en el muslo de Eli.

Uno, dos, tres.

Aún nada.

Por primera vez, el pánico llenó la boca de Victor como la bilis. Tragó y reanudó las compresiones. Lo único que se oía en la habitación eran sus cuentas murmuradas y su pulso —el suyo, no el de Eli—, y el extraño sonido de sus manos intentando con desesperación reiniciar el corazón de su mejor amigo.

Intentando. Y fracasando.

Victor empezó a perder las esperanzas. Se le acababan las posibilidades, los autoinyectores. Quedaba solo uno. Apartó la mano del pecho de Eli y lo recogió con dedos temblorosos. Lo alzó, y se detuvo. Allí abajo, tendido sobre las baldosas, estaba el cuerpo sin vida de Eli Cardale. Eli, que se había presentado en el pasillo en segundo curso, con una maleta y una sonrisa. Eli, que creía en Dios y tenía un monstruo por dentro, igual que Víctor, pero sabía disimularlo mejor. Eli, que siempre se salía con la suya, que había entrado en su vida y le había robado la chica, el primer puesto y la estúpida beca de vacaciones. Eli, que, a pesar de todo, significaba algo para Víctor.

Tragó saliva y clavó el autoinyector en el pecho de su amigo muerto.

Uno, dos, tres.

Nada.

Y luego, mientras Víctor se daba por vencido y extendía la mano para tomar el teléfono, Eli inhaló súbitamente.



XVI



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Victor oyó pasos de pies descalzos a sus espaldas cuando entró Mitch. Vio la figura inmensa reflejada en la ventana; lo percibió como percibía a todos, como si estuvieran todos, incluso él mismo, bajo agua, e hicieran ondas en todo momento.

—Estás en la luna —observó Mitch, mirándolo a los ojos en el cristal.

Era una frase breve, familiar, que Mitch usaba a menudo cuando encontraba a Victor con la mirada fija entre los barrotes, los ojos ligeramente entornados, como intentando ver a través de las paredes algo que estaba a lo lejos. Algo importante.

Victor parpadeó y sus ojos pasaron desde la ventana y el reflejo fantasmal de Mitch al suelo de imitación de madera. Oyó los pasos de Mitch alejándose hacia la cocina, después el sonido tenue cuando abrió la nevera y tomó un envase de cartón. Leche con cacao. Era lo único que Mitch quería beber ahora que estaba afuera, ya que en Wrighton no había. Victor se había extrañado al saberlo, pero dejaba que el hombre satisficiera sus antojos. La cárcel dejaba un hambre en la gente, un ansia. La naturaleza exacta de ese deseo dependía de la persona.

Victor también quería algo.

Quería ver sangrar a Eli.

Mitch apoyó los codos en la encimera y bebió su leche en silencio. Victor pensaba que, al salir, su compañero de celda tendría un plan propio, alguien a quien quisiera ver, pero se había limitado a mirar a Victor por encima del capó del coche robado y le había preguntado: «¿Y ahora, a dónde vamos?». Si Mitch tenía un pasado, era obvio que seguía huyendo de él, y mientras tanto, Victor estaba más que dispuesto a darle un rumbo. Le gustaba darle a la gente algo que hacer.

A la larga, su mirada fue más allá del reflejo de Mitch, hacia la noche de Merit, y el hielo en su vaso casi vacío tintineó al recolocarlo en la mano. Hacía mucho tiempo que los dos estaban juntos. Cada uno sabía cuándo el otro quería hablar, y cuándo quería pensar. El único problema era que, la mayoría de las veces, Victor quería pensar y Mitch quería hablar. Victor sintió que Mitch empezaba a ponerse nervioso bajo el peso del silencio.

—Buena vista —comentó, alzando el vaso hacia la ventana.

—Sí —respondió Mitch—. Hacía mucho que no veía una vista tan imponente. Espero que el próximo lugar adonde vayamos tenga ventanales como estos.

Victor asintió otra vez, distraído, y apoyó la frente en el cristal fresco. No podía permitirse pensar en *próximo*, ni en *después*. Hacía demasiado tiempo que pensaba en *ahora*. Que esperaba *ahora*. Los únicos *próximo* en su mundo eran los breves y rápidos que lo separaban de Eli. Y estaban abreviándose con mucha rapidez.

Mitch bostezó.

—¿Seguro que estás bien, Vic? —preguntó, mientras guardaba el cartón en la nevera.

—Perfecto. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Mitch, y volvió a su habitación.

Victor lo observó alejarse en el cristal, hasta que dos imágenes borrosas y pálidas —sus propios ojos, reflejados como fantasmas contra los edificios oscurecidos— lo trajeron de vuelta. Victor se apartó del ventanal y terminó su copa.

Sobre una mesita que estaba junto al sofá de cuero, había una carpeta de la que escapaba un puñado de papeles. Un rostro miraba fijamente desde una fotografía. El ojo y la mejilla del lado derecho estaban oscurecidos por la tapa de la carpeta; Victor dejó el vaso vacío sobre la mesa y levantó la cubierta para revelar el resto del rostro. Era la página del ejemplar de *The National Mark* que había comprado esa mañana.

HÉROE CIVIL SALVA UN BANCO

Abajo, estaba el artículo sobre el hombre joven y precoz que había estado en el lugar y el momento indicados y había arriesgado su vida para detener a un asaltante armado en una sucursal local.

El Banco Smith & Lauder, un punto de referencia en la zona norte del sector financiero de Merit, fue ayer el escenario de un asalto fallido cuando un héroe civil se interpuso entre un asaltante enmascarado y el dinero. El héroe, que desea permanecer anónimo, relató a las autoridades que había observado al hombre de actitud sospechosa a varias calles del banco, y que tuvo un mal presentimiento y lo siguió. Antes de llegar al banco, el hombre se puso una máscara, y cuando el civil lo alcanzó, el ladrón ya se encontraba en el interior. En un acto temerario, el civil entró tras él. Según los clientes y empleados que estaban

atrapados en la sucursal, al principio el asaltante parecía estar desarmado, pero luego procedió a disparar un arma indeterminada hacia el techo de cristal, que se rompió y provocó una lluvia de vidrios rotos sobre los rehenes. Luego apuntó hacia la bóveda, pero lo frustró la llegada del civil. El gerente del banco informó que el ladrón apuntó al civil cuando este intentó interceder, y entonces sobrevino un caos. Hubo disparos, y en medio de la conmoción, los clientes y empleados lograron escapar del edificio. Cuando la policía llegó al lugar, todo había terminado. El asaltante, más tarde identificado como un hombre perturbado de nombre Barry Lynch, resultó muerto en la refriega, pero el civil se encontraba ileso. Fue un mal día con final feliz, una muestra asombrosa de coraje por parte de un ciudadano de Merit, y sin duda la ciudad está agradecida por tener a semejante héroe en sus calles.

Victor había tachado la mayor parte del artículo como de costumbre, y lo que había quedado era esto:

[REDACTED] un [REDACTED]
[REDACTED] escenario [REDACTED]
un héroe civil [REDACTED] un [REDACTED] héroe
[REDACTED] anónimo,
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] un mal presentimiento [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]

[REDACTED] temerario [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] desarmado [REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED]
[REDACTED] y en medio de la conmoción
[REDACTED]
[REDACTED] ileso. Fue
[REDACTED] una muestra asombrosa
[REDACTED]
[REDACTED].

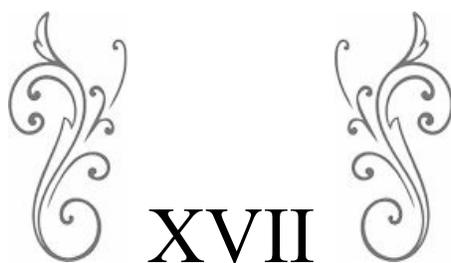
Al tachar las palabras, se había calmado algo en Victor, pero la versión corregida del artículo no cambiaba el hecho de que obviamente faltaban varias cosas. Primero, el ladrón. Barry Lynch. Victor había enviado a Mitch a hacer averiguaciones, y por lo poco que habían encontrado, Barry tenía varias características de un EO. No solo había sufrido una ECM, sino que en los meses posteriores había protagonizado una serie de arrestos, cada uno por robo con un arma no identificada. La policía nunca la había encontrado en su poder, y por lo tanto lo habían soltado. Victor no pudo sino preguntarse si Barry mismo sería el arma.

Pero lo que le preocupaba —e intrigaba— más que un posible EO era la fotografía del héroe civil. Este había rehusado dar su nombre, pero sin nombre y anónimo no eran lo mismo, especialmente en los periódicos, y allí, debajo del artículo, había una fotografía. Una fotografía borrosa de un hombre joven apartándose de la escena y de las cámaras, pero no sin antes lanzar una última

mirada casi arrogante a los periodistas.

La sonrisa del hombre era inconfundible, joven y orgullosa, la misma sonrisa que solía dedicarle a Victor. *Exactamente* la misma sonrisa.

Porque Eliot Cardale no había envejecido ni un solo día.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Eli inhaló varias bocanadas de aire, aferrándose el pecho. Abrió los ojos con dificultad y se esforzó por enfocarlos. Observó la habitación a su alrededor, la vista desde el suelo cubierto de mantas, y por último dirigió su mirada insegura a Victor.

—Hola —lo saludó, tembloroso.

—Hola —respondió Victor, aún visiblemente lleno de temor y pánico—.
¿Cómo te encuentras?

Eli cerró los ojos y giró la cabeza de un lado a otro.

—Yo... no lo sé... Estoy bien... creo.

¿*Bien*? Victor le había roto las costillas, le había destrozado por lo menos la mitad, a juzgar por lo que había sentido, ¿y Eli se encontraba *bien*? Victor se había sentido como muerto. Peor aún. Como si le hubieran arrancado, torcido, retorcido o agarrotado cada fibra de su ser. Aunque, por otra parte, él no había llegado a morir, ¿verdad? No como, estaba seguro, Eli lo había hecho. Se había quedado sentado, observándolo, asegurándose de que Eliot Cardale no era un cadáver helado. Tal vez era conmoción. O las tres inyecciones de epinefrina. Eso tenía que ser. Pero aun con la conmoción y con una dosis nada

saludable de adrenalina... ¿bien?

—¿Bien? —preguntó en voz alta.

Eli se encogió de hombros.

—¿Puedes...? —Victor no supo cómo completar la pregunta. Si aquella teoría absurda había dado resultado y, de alguna manera, Eli había adquirido alguna capacidad tan solo por haber muerto y regresado, ¿lo sabría siquiera? Eli pareció conocer el final de la pregunta.

—Bueno, no estoy encendiendo fuego con la mente, ni provocando terremotos ni nada por el estilo. Pero no estoy muerto.

En su voz, Victor lo percibió, hubo un leve temblor de alivio.

Sentados los dos en una pila de mantas húmedas sobre el suelo mojado del baño, todo aquel experimento les pareció una *estupidez*. ¿Cómo habían podido arriesgar tanto? Eli volvió a inhalar largamente y se puso de pie. Victor se apresuró a tomarlo del brazo, pero Eli lo rechazó.

—He dicho que estoy bien.

Salió del baño, evitando mirar la bañera, y fue a su cuarto a buscar ropa. Victor hundió la mano por última vez en el agua helada y retiró el tapón. Cuando terminó de limpiar todo, Eli había vuelto a aparecer en el pasillo, ya vestido. Victor lo encontró examinándose en un espejo de pared, con el ceño ligeramente fruncido.

Eli perdió el equilibrio por un instante, y extendió una mano para sostenerse de la pared.

—Creo que necesito... —empezó a decir.

Victor supuso que la frase terminaría con «un médico», pero en lugar de eso, Eli lo miró en el espejo, sonrió —no su mejor sonrisa— y dijo:

—Una copa.

Entonces Victor también logró esbozar algo parecido a una sonrisa con sus

propios labios.

—Eso sí puedo hacerlo.



Eli insistió en salir.

Victor pensó que podían emborracharse en la comodidad de su apartamento, pero ya que, de los dos, era Eli quien había experimentado el trauma más reciente y parecía decidido a estar en público, para celebrar, quizás, Víctor accedió. Ahora los dos estaban absolutamente borrachos —o al menos, lo estaba Víctor; Eli parecía notablemente lúcido tomando en cuenta la cantidad de alcohol que había consumido—, regresando a paso lento y tambaleante por la calle que llevaba directamente del bar local hasta su edificio, para eliminar la necesidad de un vehículo.

A pesar del aire festivo, los dos habían hecho lo posible por evitar el tema de lo que había ocurrido, y de la suerte que había tenido Eli... y, en realidad, ambos. Ninguno parecía ansioso por hablar de ello, y a falta de síntomas ExtraOrdinarios —a no ser el hecho de sentirse extraordinariamente *afortunados*— tenían más motivos para dar gracias al cielo que para regodearse. Y gracias estaban dando, chocando sus vasos imaginarios pero llenos hacia el cielo mientras caminaban. Vertieron licor imaginario en el cemento como ofrenda a la tierra, a Dios, al destino o a la fuerza que les había permitido divertirse y sobrevivir para saber que no había sido más que eso.

Victor se sentía abrigado a pesar de las ráfagas de nieve; se sentía vivo, y hasta recibía con agrado los últimos vestigios de dolor de su propia y desagradable cercanía con la muerte. Eli contemplaba el cielo nocturno con una enorme sonrisa, como aturdido, y entonces bajó a la calle. O al menos, intentó hacerlo. Pero se le enganchó el pie en el borde de la acera y trastabilló, y cayó en cuatro patas sobre una pila de nieve sucia, con huellas de

neumáticos y cristales rotos. Ahogó una exclamación, se echó atrás, y Víctor vio sangre, una mancha roja en la calle descolorida y cubierta de nieve. Eli se sentó en el borde de la acera e inclinó la palma de la mano hacia la farola más cercana para ver mejor la herida, en la que brillaban los restos de la botella de cerveza que alguien había abandonado.

—Ay —dijo Víctor, al tiempo que se inclinaba sobre él para examinar el corte y casi perdía el equilibrio. Se sostuvo del poste de luz mientras Eli maldecía por lo bajo y se extraía el fragmento más grande.

—¿Crees que van a tener que coserme?

Levantó la mano ensangrentada para que Víctor la examinara, como si la vista y el criterio de este fueran mejor que los suyos en ese momento. Víctor entornó los ojos para ver mejor, y estaba a punto de responder con toda la autoridad que podía, cuando ocurrió algo.

En la palma de la mano de Eli, el corte empezó a *cerrarse*.

El mundo, que a los ojos de Víctor había estado dando vueltas, se detuvo súbitamente. Había copos de nieve suspendidos en el aire, y el aliento de ambos pendía en forma de nube por encima de sus labios. No había otro movimiento que el de la carne de Eli sanándose.

Y seguramente Eli lo sintió, porque bajó la mano sobre su regazo, y los dos se quedaron observando cómo el corte que había abarcado desde el meñique hasta el pulgar se cerraba solo. Al cabo de un momento, había dejado de sangrar —la sangre que ya había perdido ahora estaba secándose en su piel— y la herida no era más que una arruga, una cicatriz apenas visible, y luego, ni siquiera eso.

El corte simplemente había... desaparecido.

Pasaron horas en unos segundos mientras los dos intentaban asimilar lo que eso significaba, lo que habían hecho. Era extraordinario.

ExtraOrdinario.

Eli se pasó el pulgar por la piel nueva de la palma de su mano, pero quien habló primero fue Víctor, y lo hizo con una elocuencia y una compostura perfectamente acordes con la situación.

—¡Me cago en la puta!



Víctor se quedó contemplando el punto donde el saliente del edificio en el que vivían limitaba con la noche nublada. Cada vez que cerraba los ojos, sentía que se caía, más y más cerca de los ladrillos, así que intentaba mantenerlos abiertos concentrándose en aquella extraña línea allá arriba.

—¿Vienes? —le preguntó Eli.

Estaba sosteniendo la puerta abierta, prácticamente saltando de impaciencia por entrar y buscar alguna otra cosa que pudiera dañarlo físicamente. Sus ojos brillaban con fervor. Y si bien Víctor no lo *culpaba*, tampoco tenía deseos de quedarse a ver cómo Eli se clavaba cosas toda la noche. Lo había visto hacer pruebas durante todo el regreso a casa, dejando un reguero de gotas rojas en la nieve, por la sangre que había alcanzado a salir antes de que las heridas llegaran a cerrarse. Había visto la capacidad. Eli era un EO, en carne (regenerable) y hueso. Víctor había sentido algo cuando Eli había vuelto a la vida aparentemente sin nada EO: alivio. Ahora, con las nuevas capacidades de Eli ante sus ojos mareados durante todo el camino a casa, su alivio se había transformado en un asomo de pánico. Quedaría relegado a un papel secundario: el del que toma notas, el que sirve de caja de resonancia para las ideas del protagonista.

No.

—Vic, ¿vienes o no?

A Víctor lo carcomían por igual la curiosidad y los celos, y la única manera

que conocía de sofocar ambas cosas, para acallar el deseo de hacerle daño a Eli —o al menos, de intentarlo— era alejarse.

Meneó la cabeza, pero se detuvo abruptamente cuando el mundo siguió moviéndose de un lado a otro.

—Ve tú —respondió, esforzándose por esbozar una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Ve a jugar con algunos objetos cortantes. Yo necesito caminar un poco.

Bajó la escalinata y estuvo a punto de caerse dos veces en tres escalones.

—¿Puedes caminar, Vale?

Victor le hizo señas de que entrara.

—No voy a conducir. Solo a tomar un poco de aire.

Dicho eso, se alejó en la oscuridad, con dos objetivos en mente.

El primero era sencillo: poner la mayor distancia posible entre él y Eli antes de hacer algo de lo cual pudiera arrepentirse.

El segundo era más complicado, y le dolía el cuerpo de pensar siquiera en ello, pero no tenía opción.

Tenía que planear su siguiente intento de morir.



XVIII

HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Quiero creer que hay algo más. Que podríamos ser más. Diablos, podríamos ser héroes.

A Victor se le apretó el pecho al ver el rostro de Eli en la fotografía del periódico. Era desconcertante: lo único que le quedaba de Eli era una imagen mental de una década atrás, y sin embargo, coincidía a la perfección, como un duplicado, con la que estaba en la página. Técnicamente, era el mismo rostro en todos los aspectos... y a la vez, no lo era. Los años habían afectado a Victor de maneras más evidentes; lo habían endurecido, pero Eli tampoco estaba intacto. No parecía un solo día mayor, pero la sonrisa arrogante que tantas veces le había visto en la universidad se había convertido en algo más cruel. Como si al fin se le hubiera caído aquella máscara que había usado durante tanto tiempo, y fuera esto lo que se escondía tras ella.

Y Victor, que sabía analizar tan bien las cosas, entender cómo funcionaban, cómo funcionaba *él*, observaba la foto y se sentía... en un dilema. *Odio* era una palabra demasiado simple. Él y Eli estaban *unidos*, por la sangre, la muerte y la ciencia. Eran semejantes, ahora más que nunca. Y había echado de menos a Eli. Quería verlo. Y quería verlo *sufrir*. Quería ver la expresión de

sus ojos cuando se los encendiera de dolor. Quería su atención.

Eli era como una espina bajo la piel de Víctor, y le dolía. Víctor era capaz de desconectar cada nervio de su cuerpo, pero no podía hacer nada para aliviar la punzada que sentía al pensar en Cardale. Lo peor de esa capacidad de insensibilizarse era que le quitaba todo menos eso: esa necesidad asfixiante de hacer daño, de quebrar, de matar, que se derramaba sobre él como una gruesa capa de jarabe hasta que entraba en pánico y volvía a activar sus sensaciones físicas.

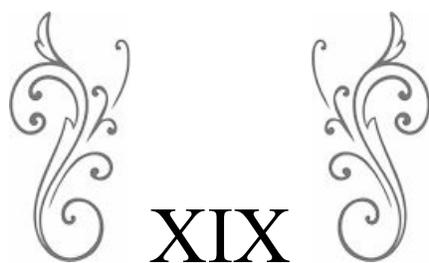
Ahora que estaba tan cerca, la espina parecía clavarse más profundamente. ¿Qué estaba haciendo Eli en Merit? Diez años eran mucho tiempo. Una década podía moldear a un hombre, cambiarlo todo en él. Así había sido para Víctor. ¿Y Eli? ¿En quién se había convertido?

Inquieto, luchó contra el súbito impulso de quemar la foto, de romperla en pedazos, como si al dañar el papel pudiera, de algún modo, lastimar a Eli, lo cual, desde luego, era imposible. Nada podía hacerle daño. Entonces se sentó y dejó la página a un lado, fuera del alcance de su brazo para no verse tentado a destruirla.

El periódico llamaba *héroe* a Eli.

La palabra hizo reír a Víctor. No solo porque era absurdo, sino también porque imponía una pregunta. Si Eli realmente era un héroe y Víctor se proponía detenerlo, ¿acaso eso lo convertía en villano?

Tomó un largo sorbo de su bebida, recostó la cabeza contra el sofá y decidió que podía vivir con eso.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Al día siguiente, cuando Víctor volvió de sus clases de laboratorio, encontró a Eli sentado a la mesa de la cocina, cortándose la piel. Tenía puestos los mismos pantalones de correr y la misma sudadera con que lo había encontrado la noche anterior, cuando por fin había regresado de su caminata, un poco más cerca de la sobriedad y con los comienzos de un plan. Víctor tomó una barrita de chocolate, colgó la mochila en el respaldo de una silla de madera de la cocina y se sentó. Desenvolvió el chocolate y trató de hacer caso omiso del modo en que lo que Eli estaba haciendo le quitaba el apetito.

—¿Hoy no tienes prácticas en el hospital? —preguntó Víctor.

—Ni siquiera es un proceso consciente —murmuró Eli con reverencia mientras subía con la hoja por su brazo y el corte iba sanando apenas pasaba el cuchillo, una mancha roja que aparecía y desaparecía, como un perverso truco de magia—. No puedo evitar que los tejidos sanen.

—Pobrecito —bromeó Víctor con indiferencia—. Ahora, si no te importa...

Alzó el chocolate.

Eli se detuvo en medio de un corte.

—¿Te impresiona?

Victor se encogió de hombros.

—Solo me distraigo con facilidad —respondió—. Estás horrible. ¿Has dormido? ¿Has comido algo?

Eli parpadeó y dejó el cuchillo.

—He estado pensando.

—El cuerpo no vive de pensamientos.

—He estado pensando en esta capacidad. Regeneración. —Sus ojos brillaban al hablar—. Por qué, de todos los poderes posibles, acabé por tener este. Tal vez no sea cuestión de azar. Puede que haya alguna correlación entre el carácter de una persona y la capacidad resultante. Quizá sea un reflejo de su psiquis. Intento comprender cómo es que esto —alzó una mano ensangrentada pero sana— es un reflejo de mí. Por qué Él me daría...

—¿Él? —preguntó Victor, incrédulo. No estaba de humor para Dios. Esa mañana, no—. De acuerdo con tu tesis —dijo—, lo que te dio ese talento fue un influjo de adrenalina y el deseo de sobrevivir. No Dios. Esto no es cosa de la divinidad, Eli. Es ciencia y azar.

—Puede que lo sea hasta cierto punto, pero cuando entré al agua me encomendé en Sus manos...

—No —lo interrumpió Victor, enojado—. Te encomendaste en las *mías*.

Eli calló, pero se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Al cabo de un rato, dijo:

—Lo que necesito es una pistola.

Victor había dado otro mordisco al chocolate, y estuvo a punto de atragantarse.

—¿Y eso, por qué?

—Para poner a prueba realmente la velocidad de regeneración. Obviamente.

—Obviamente. —Victor terminó su chocolate y Eli se levantó de la mesa

para servirse un poco de agua—. Mira, yo también he estado pensando.

—¿En qué? —preguntó Eli, recostándose contra la encimera.

—En mi turno.

Eli frunció el ceño.

—Ya lo tuviste.

—En mi *próximo* turno —explicó Victor—. Quiero hacer otro intento esta noche.

Eli observó a Victor, con la cabeza ladeada.

—No me parece una buena idea.

—¿Por qué no?

Eli vaciló.

—Todavía tienes la marca del brazalete del hospital —dijo por fin—. Al menos espera hasta que te encuentres mejor.

—De hecho, me encuentro muy bien. Mejor que bien. Me siento estupendamente bien. La vida es una fiesta.

Victor Vale no sentía que la vida fuera una fiesta. Le dolían los músculos, sentía las venas extrañamente débiles, y no lograba quitarse la jaqueca que lo acosaba desde que había abierto los ojos bajo las luces blancas fluorescentes del hospital.

—Date un tiempo para recuperarte, ¿de acuerdo? —propuso Eli—. Luego hablaremos de hacer otro intento.

No había nada evidentemente malo en aquellas palabras, pero a Victor no le gustó el modo en que se las dijo, con aquel tono sereno y cauto que usa la gente cuando quiere suavizar una decepción y convertir un «no» en un «por ahora no». Algo iba mal. Y la atención de Eli ya estaba desviándose otra vez hacia sus cuchillos. Apartándose de Victor.

Victor apretó los dientes para contener una palabrota. Y luego se encogió

cuidadosamente de hombros.

—Está bien —dijo, y volvió a echarse la mochila al hombro—. Tal vez tengas razón —añadió, con una sonrisa perezosa y un bostezo. Eli también sonrió, y Víctor se volvió hacia el pasillo que conducía a su cuarto.

Al pasar, robó un autoinyector de epinefrina, salió y cerró la puerta.



Víctor odiaba la música a todo volumen casi tanto como odiaba a los grupos de personas borrachas. En la fiesta había ambas cosas, y le resultaban más insufribles por su propia sobriedad. Nada de alcohol esta vez. Quería, necesitaba, que todo estuviera claro, especialmente si iba a hacerlo solo. Eli, presumiblemente, aún estaba en el apartamento, cortándose la piel y suponiendo que Víctor estaba en su cuarto, malhumorado o estudiando, o las dos cosas. En realidad, lo que había hecho Víctor era salir por la ventana.

Se sintió como si volviera a tener quince años, como un adolescente que se escapa para ir a una fiesta en mitad de la semana mientras sus padres están en la sala de estar, riendo por algún programa tonto de televisión. O al menos, así imaginaba Víctor que habría sido, de haber necesitado escapar. Si alguna vez hubiera habido alguien en casa para descubrirlo.

En la fiesta, Víctor caminaba mayormente pasando inadvertido, pero no porque no fuera bienvenido. Algunos se volvían para mirarlo por segunda vez, pero era porque rara vez concurría a esa clase de reuniones. Era un marginado por elección, con suficiente capacidad de imitación para ser aceptado en los círculos sociales cuando así lo deseaba, pero por lo general prefería mantenerse al margen y observar a los demás, y la mayoría de los demás estudiantes parecían contentarse con ello.

Sin embargo, allí estaba, caminando entre cuerpos, música y suelos pegajosos; en el bolsillo interno de la chaqueta llevaba el autoinyector de

epinefrina, con un papelito adherido que decía *Úsame*. Ahora, rodeado de luces, ruido y cuerpos, Víctor tenía la sensación de haber entrado a otro mundo. ¿Era eso lo que hacían los estudiantes normales de cuarto año? ¿Beber y bailar, entrelazando sus cuerpos como piezas de un rompecabezas al ritmo de la música a un volumen capaz de sofocar los pensamientos? Angie lo había llevado a algunas fiestas en primer año, pero habían sido distintas. Víctor no recordaba nada de la música ni de la cerveza; solo la recordaba a ella. Parpadeó como para borrar ese recuerdo. Tenía las palmas de las manos sudadas. Tomó un vaso de plástico y volcó su contenido en una maceta en la que había una planta a medio marchitarse. El hecho de tener algo en la mano lo hizo sentir mejor.

En un momento se encontró en el balcón, contemplando el lago congelado que estaba detrás de los edificios. Al verlo, se estremeció. Sabía que, para obtener el mejor resultado, debía imitar a Eli, recrear la situación que había sido un éxito, pero Víctor no podía, no quería hacer eso. Tenía que encontrar su propio método.

Se apartó de la barandilla y volvió a entrar a la casa. Siguió recorriendo las habitaciones con ojos evaluadores. Lo asombró la miríada de opciones que había para suicidarse, y las escasísimas probabilidades de que alguna le diera la certeza de sobrevivir.

Pero había una cosa de la que Víctor estaba seguro: no iba a marcharse sin haber hecho el intento. No volvería al apartamento para ver cómo Eli seguía cortándose alegremente, maravillado por aquella nueva inmortalidad que él no se había esforzado tanto por encontrar. Víctor no iba a quedarse allí para elogiarlo y tomar apuntes por él.

Víctor Vale no era un maldito personaje secundario.

A la tercera vuelta a la casa, calculó que había conseguido suficiente

cocaína como para inducir un paro cardíaco (no estaba seguro, ya que nunca había participado en esa clase de actividades). Había tenido que comprársela a tres estudiantes distintos, pues cada uno tenía muy pocas dosis.

En su cuarta vuelta a la casa, mientras se armaba de coraje para consumir la cocaína, lo oyó. Se abrió la puerta de calle —eso no pudo oírlo por la música, pero desde donde estaba en la escalera, sintió la súbita ráfaga de frío— y enseguida una chica exclamó:

—¡Eli, has venido!

Victor maldijo por lo bajo y volvió a subir la escalera. Oyó su propio nombre mientras caminaba entre los cuerpos. Se abrió camino y llegó al descanso del primer piso, y luego encontró un dormitorio desocupado que tenía su propio baño en el fondo. A mitad de la habitación, se detuvo. Había una biblioteca que abarcaba toda una pared, y allí, en el centro, vio su propio apellido en letras mayúsculas.

Sacó de la biblioteca el enorme tomo de autoayuda y abrió la ventana. El sexto libro de una serie de nueve sobre acción y reacción emocional cayó sobre la delgada capa de nieve con un golpe gratificante. Víctor cerró la ventana y prosiguió camino al baño.

Colocó las cosas sobre el lavabo.

Primero, su teléfono. Escribió un mensaje para Eli pero no pulsó *Enviar*, y dejó el aparato a un lado. En segundo lugar, el autoinyector de adrenalina. Su temperatura sería la normal, de modo que esperaba que bastara con una sola inyección. Sería muy doloroso para el cuerpo, pero también lo sería todo lo demás que iba a hacer. Colocó el inyector junto al teléfono. Tercero, la cocaína. La dejó en un lavabo y luego empezó a dividirla en líneas con una tarjeta de hotel que encontró en su bolsillo trasero, reliquia del viaje invernal al que lo habían arrastrado sus padres. A pesar de haber tenido una crianza

que habría predispuesto a cualquier chico a las drogas, Víctor nunca había tenido mucha inclinación por ellas, pero sí tenía buena idea del procedimiento, gracias a una sana dieta de películas policiales. Una vez que la cocaína estuvo bien distribuida en líneas —siete en total— sacó un dólar de la cartera y lo enrolló en forma de canuto angosto. Tal como había visto hacer en televisión.

Se miró al espejo.

«Quieres vivir», le dijo a su reflejo.

Su reflejo no parecía muy convencido.

«Tienes que sobrevivir a esto», insistió. «Es necesario».

Entonces, tomó aliento y se inclinó sobre la primera línea.

El brazo apareció de la nada, le rodeó la garganta y lo empujó contra la pared opuesta al lavabo. Víctor recuperó el equilibrio y se enderezó justo a tiempo para ver a Eli barrer con la mano varios cientos de dólares en cocaína y arrojarla toda por el desagüe.

—¿Qué mierda estás haciendo? —exclamó Víctor, al tiempo que se lanzaba hacia allí. Le faltó velocidad. La mano de Eli, empolvada de cocaína, volvió a empujarlo hacia atrás y lo sujetó contra la pared, con lo cual dejó una huella blanca en la delantera de su camisa negra.

—¿Que qué mierda estoy haciendo? —lo imitó Eli con serenidad asombrosa—. ¿Que qué mierda estoy haciendo *yo*?

—No deberías estar aquí.

—Si *tú* vas a una fiesta, la gente se da cuenta. Ellis me envió un mensaje de texto cuando apareciste. Luego me escribió Max para decirme que estabas comprando toda la cocaína. No soy imbécil. ¿Cómo se te ocurre?

Con la mano libre, tomó el teléfono que estaba sobre el lavabo. Leyó el mensaje. Emitió un sonido semejante a una risotada, pero sus dedos se cerraron en el cuello de la camisa de Víctor mientras su otra mano arrojaba el

aparato al compartimiento de la ducha, donde se rompió en varios pedazos por el impacto.

—¿Y si yo no hubiera oído mi teléfono? —Lo soltó—. Entonces, ¿qué?

—Entonces estaría muerto —respondió Víctor, simulando calma.

Sus ojos se dirigieron al EpiPen. La atención de Eli los siguió. Antes de que Víctor pudiera moverse, Eli tomó el inyector y lo clavó en su propia pierna. Un leve gemido escapó por entre sus dientes apretados cuando el contenido inundó su sistema, sacudiendo sus pulmones y su corazón, pero se recuperó en un momento.

—Solo intento protegerte —explicó Eli, al tiempo que arrojaba a un lado el cartucho usado.

—Mi héroe —gruñó Víctor por lo bajo—. Ahora vete a la mierda.

Eli lo observó, pensativo.

—No voy a dejarte aquí solo.

Víctor miró hacia el lavabo, que aún tenía el borde recubierto de cocaína.

—Nos vemos abajo —dijo, señalando su camisa, el lavabo, el teléfono—. Tengo que limpiar esto.

Eli no se movió.

Los ojos impasibles de Víctor se elevaron para mirarlo.

—No tengo nada más. —Y luego, un asomo de sonrisa—. Puedes registrarme, si quieres.

Eli lanzó una risotada como una tos, pero enseguida se puso serio.

—Esta no es la manera de hacerlo, Vic.

—¿Cómo lo sabes? Que el hielo haya dado resultado no quiere decir que otra cosa no...

—No me refiero al método. Me refiero a que ibas a hacerlo *solo*. —Apoyó la mano sin cocaína en el hombro de Víctor—. No puedes hacer esto solo. Así

que prométeme que no lo harás.

Victor le sostuvo la mirada.

—No lo haré.

Eli pasó junto a él y cruzó al dormitorio.

—Cinco minutos —anunció al salir.

Victor oyó cómo aumentaba el bullicio de la fiesta cuando Eli abrió la puerta, y luego volvía a apagarse cuando la cerró tras él. Se acercó al lavabo y pasó la mano por la superficie. Quedó blanca. Cerró el puño y lanzó un puñetazo al espejo. Se partió: una línea larga y perfecta en el centro, pero no se rompió en pedazos. Sintió un dolor palpitante en los nudillos y los pasó por debajo del lavabo, tanteando en busca de una toalla, mientras limpiaba el polvo que quedaba. Sus dedos se toparon con algo, y por su mano subió un súbito estallido de dolor. Retrocedió, y al volverse vio un enchufe en la pared, con un Post-It pegado en un costado con una anotación: *Enchufe roto no tocar en serio.*

Alguien le había agregado puntuación con un bolígrafo rojo.

Victor frunció el ceño; le hormigueaban los dedos por la pequeña descarga.

Y entonces el momento se paralizó. El aire en sus pulmones, el agua en el lavabo, las ráfagas de nieve que se veían por la ventana de la otra habitación. Todo se congeló, igual que la noche anterior con Eli, solo que esta vez no era la mano de Eli sino la de Victor, que ardía ligeramente por la descarga.

Se le ocurrió una idea. Recogió del suelo de la ducha las tres partes de su teléfono, las unió y escribió el mensaje. Victor había prometido que no lo haría solo. Y no lo haría. Pero tampoco necesitaba la ayuda de Eli.

Sálvame, escribió, junto con la dirección del edificio.

Y luego pulsó «Enviar».



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Por el pasillo y detrás de una puerta, Sydney Clarke estaba acurrucada en un nido de sábanas. Había escuchado con atención los pasos de Victor en la otra habitación, lentos, suaves y rítmicos como gotas de agua. Había oído romperse el vaso, oído correr el agua, los pasos, el goteo. Había oído a Mitch, su andar pesado, la conversación apagada, solo tonos que le llegaban a través de las paredes. Había oído a Mitch regresar por el pasillo. Y luego, silencio. El goteo de los pasos de Victor cesó, y en su lugar quedó una extraña quietud.

Sydney no confiaba en la quietud. Había llegado a creer que era algo malo. Una cosa mala, antinatural, muerta. Se incorporó en la cama extraña de aquel hotel extraño, con sus ojos celestes desenfocados en la puerta, y se esforzó por oír algo a través de la madera y del silencio que había más allá. Al ver que seguía sin oír nada, se levantó, vestida con aquella ropa robada tan grande, salió descalza de la habitación y se dirigió a la espaciosa sala de la suite.

La mano vendada de Victor ahora colgaba por encima del apoyabrazos de un sofá que miraba hacia los ventanales; de sus dedos pendía flojamente un vaso poco profundo, donde quedaba apenas un sorbo de líquido, y la mayor parte era hielo derretido. Sydney rodeó el sofá de puntillas para mirarlo.

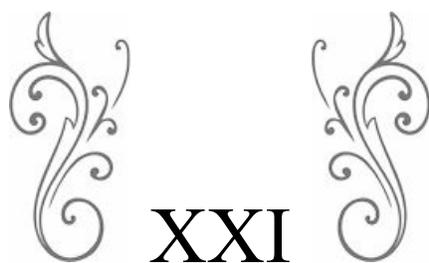
Estaba dormido.

No tenía un semblante apacible, pero su respiración era suave y regular.

Sydney se sentó en un sillón y observó al hombre que la había salvado... No, ella misma se había salvado... pero él la había encontrado y la había recogido. Se preguntó quién era él, y si debería temerle. No sentía temor, pero Sydney sabía que no debía confiar en el temor, ni, desde luego, en su falta. No había tenido miedo de su hermana, Serena, ni siquiera del nuevo novio de ella (al menos, no *suficiente* miedo), y ¿qué había conseguido?

Que le dispararan.

Entonces, se sentó sobre sus talones en el sillón de cuero y observó dormir a Víctor, como si el ceño que aún permanecía fruncido fuera a recolocarse y revelarles todos sus secretos.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Cuando cursaban el primer año en la universidad, antes de que Eli pusiera un pie en el campus, Angie había sentido atracción por Víctor. En ciertos aspectos eran opuestos —Angie parecía incapaz de tomar nada en serio, y Víctor, de tomar nada a la ligera— pero se parecían en muchas más cosas. Ambos eran jóvenes, peligrosamente inteligentes, y no tenían paciencia para tratar con los demás estudiantes y la reacción juvenil de estos a la súbita libertad de las restricciones que les habían impuesto sus padres hasta entonces. Dada esta similitud, tanto Víctor como Angie tenían una necesidad constante de una salida, un modo confiable de escapar de las situaciones en las que preferían no encontrarse y de las personas con quienes preferían no estar.

Por eso, un día, sentados en el puesto de comida casera del CIL, habían creado un código más bien rudimentario.

Sálvame.

Entendían que el código debía usarse con moderación, pero siempre debía respetarse. Lo primero era salvar; más tarde habría tiempo para preguntas. Cuando era enviado en un mensaje de texto junto con una dirección, significaba que uno necesitaba desesperadamente que el otro lo rescatara, ya

fuera de una fiesta, una sesión de estudio o una mala cita. Víctor nunca había tenido la suerte de *tener* una cita con Angie, ni mala ni buena, a menos que uno contara las veces que iban a comer algo después del rescate... Y Víctor las contaba. Las noches que habían pasado en la misma hamburguesería fuera del campus, compartiendo un batido. Él prefería los de chocolate, pero Angie siempre pedía alguna mezcla horrible, con distintos sabores y guarniciones, y al final en realidad a Víctor no le importaba porque, de todos modos, nunca recordaría el sabor que tenían, sino solo que el frío de la bebida hacía que los labios de ella se pusieran más rojos, el modo en que sus narices casi se tocaban cuando intentaban beber al mismo tiempo, y cómo, desde tan cerca, podía ver las chispas verdes en los ojos de ella. Él comía alguna que otra patata frita y le hablaba sobre los idiotas de su sesión de estudio. Ella reía, recogía con una cuchara lo último del batido y le contaba lo incómoda que había sido su cita. Víctor ponía cara de exasperación mientras ella relataba los detalles, y pensaba que él habría hecho las cosas de otra manera, y en lo agradecido que estaba de que alguien, quienquiera que hubiera sido, hubiese hecho que Angie Knight quisiera que la salvaran.

Que él la salvara.

Sálvame.

Hacía un año y medio que Víctor no usaba ese código. La última vez había sido antes de Eli —y, desde luego, antes de que Eli y Angie hubieran pasado a ser una sola entidad—, pero aun así ella acudió a salvarlo.

Angie entró con su coche de cinco puertas en el aparcamiento del edificio de la fraternidad y llegó hasta donde Víctor la esperaba, tras salir (y casi caerse) por la misma ventana por la que había arrojado el libro de sus padres. Y por un momento, solo por un momento muy breve, después de subir al coche y antes de llegar a explicarle algo, Víctor sintió que era como si estuvieran otra

vez en primer año, los dos solos, escapando de una mala noche, y deseó con el corazón que ella se dirigiera a la hamburguesería de siempre. Se sentarían en una mesa, él le contaría que las fiestas no habían mejorado nada, y ella reiría, y de alguna manera todo se resolvería.

Pero entonces Angie le preguntó dónde estaba Eli, y el momento pasó. Víctor cerró los ojos y le pidió que lo llevara a los laboratorios de ingeniería.

—Están cerrados —le dijo Angie, mientras conducía hacia allá.

—Tú tienes tarjeta de acceso.

—¿En qué andas?

Víctor mismo se sorprendió al contarle la verdad. Ella estaba al tanto de la tesis de Eli, pero Víctor le habló del último descubrimiento y del rol de las ECM. Le habló de su propio deseo de poner a prueba la teoría. Le habló de su plan. Lo único que no le dijo fue que Eli ya había hecho un intento que había salido bien. Eso se lo guardó por el momento. Y tuvo que reconocer que Angie lo escuchó con atención. Iba conduciendo, los nudillos cada vez más blancos en el volante, los labios apretados como una línea, y lo dejaba hablar. Cuando Víctor terminó, estaban entrando al aparcamiento de los laboratorios de ingeniería, y Angie no dijo nada hasta que aparcó, apagó el motor y se giró en su asiento hacia Víctor.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó.

Víctor logró esbozar una leve sonrisa tensa.

—No lo creo.

—A ver si te he entendido —dijo Angie, con el rostro enmarcado por su pelo rojizo corto, erizado por el clima invernal—. Crees que si te mueres y logras regresar, te convertirás en... ¿qué, uno de los X-Men?

Víctor rio. Tenía la garganta seca.

—Tenía la esperanza de ser Magneto. —El intento de aligerar el ambiente

no funcionó; en la cara de Angie seguía firme aquella expresión que era una mezcla de conmoción, horror y fastidio—. Mira —agregó, más serio—, sé que parece una locura...

—Claro que sí. Porque *es* una locura. No voy a ayudarte a suicidarte.

—No quiero morir.

—Acabas de decirme que sí.

—Bueno, no quiero morir del todo.

Angie se frotó los ojos, apoyó la frente en el volante por un momento y rezongó.

—Te necesito, Angie. Si no me ayudas...

—No te *atrevas* a intentar convencerme así...

—...acabaré por intentarlo solo otra vez...

—¿Otra vez?

—...y cometer alguna tontería de la que *no* me recuperaré.

—Podemos buscarte ayuda.

—No soy un suicida.

—No, estás delirando.

Victor apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento. Su bolsillo zumbó. Eli. No le hizo caso; sabía que si esto continuaba un poco más, Eli llamaría a Angie. No tenía mucho tiempo. Sin duda, no el suficiente para convencerla de que lo ayudara.

—¿Por qué no podéis... —masculló Angie contra el volante—... no lo sé, sufrir una sobredosis? ¿Algo tranquilo?

—El dolor es importante —explicó Victor, acobardándose por dentro. O sea que a ella no le molestaba tanto lo que él quería hacer, sino que la hiciera participar—. El dolor y el miedo —añadió—. Los dos son importantes. Qué diablos, Eli se mató con un baño de hielo.

—¿Qué?

Al jugar esa carta, sus labios temblaron con una sonrisa sombría y triunfante. Víctor sabía que Eli no se lo habría contado aún a Angie. Contaba con eso. Vio en los ojos de ella cómo se sentía traicionada. Angie bajó del coche, cerró la puerta de un golpe y se recostó contra ella. Víctor también bajó y rodeó el coche hacia ella. Dejó huellas en la nieve al caminar. A través del cristal parcialmente polarizado, vio el teléfono móvil de Angie en el asiento. En su parte delantera se encendía una luz roja intermitente. Víctor centró su atención en Angie.

—¿Cuándo lo hizo? —preguntó ella.

—Anoche.

Angie miró la fina capa de nieve que cubría el cemento entre ellos.

—Pero yo lo he visto esta mañana, Vic. Lo encontré muy bien.

—Exacto. Porque salió bien. *Va* a salir bien.

Angie rezongó.

—Es una locura. Estás loco.

—Sabes que eso no es cierto.

—¿Por qué él habría de...?

—¿No te ha contado nada? —La provocó Víctor, temblando bajo su chaqueta poco abrigada.

—Está raro últimamente —murmuró. Luego su atención se enfocó—. Lo que me estás pidiendo que haga... es una locura. *Es tortura.*

—Angie...

Ella alzó la mirada, con los ojos encendidos.

—Ni siquiera te creo. ¿Y si sale mal?

—No va a salir mal.

—¿Y si *sí* sale mal?

—No puede salir mal —respondió Víctor, con toda la calma que pudo—. Me he tomado una pastilla.

Angie frunció el ceño.

—Eli y yo —explicó Víctor— aislamos algunos de los compuestos de la adrenalina que entran en acción en situaciones de vida o muerte. Los elaboramos. Esencialmente, la píldora actúa como un disparador. Una especie de empujón.

Todo eso era mentira, pero Víctor vio que impresionaba a Angie. La ciencia, aunque fuera absolutamente ficticia, tenía su influencia. Angie lanzó una palabrota y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Joder, qué frío hace —murmuró, volviéndose hacia las puertas de entrada del edificio.

El laboratorio de ingeniería en sí sería un problema, Víctor lo sabía. Cámaras de seguridad. Si algo salía mal, quedaría grabado.

—¿Dónde está Eli ahora? —preguntó Angie, mientras pasaba su tarjeta de acceso por el lector—. Si estáis en esto juntos, ¿por qué estás aquí conmigo?

—Está muy ocupado, disfrutando de su nueva condición de semidiós —respondió Víctor con amargura. La siguió mientras ella metía el código, examinando el techo en busca de la luz roja de algún equipo de grabación—. Mira, lo único que tienes que hacer es usar la electricidad para apagarme. Luego vuelve a encenderme. La píldora hará el resto.

—Yo estudio las corrientes y sus efectos en los aparatos, Víctor, no en las personas.

—Un cuerpo es una máquina —repuso él en voz baja.

Angie entró por delante a uno de los laboratorios de ingeniería eléctrica y pulsó un interruptor. Se encendieron la mitad de las luces. Había equipos apilados contra una pared, una variedad de aparatos; algunos parecían

médicos y otros, técnicos. La sala estaba llena de mesas, largas y angostas, pero con suficiente espacio como para apoyar un cuerpo. Víctor percibió que Angie vacilaba a su lado.

—Tendríamos que planificarlo —dijo—. Dame un par de semanas y quizá pueda modificar algunos de estos equipos para...

—No —respondió Víctor, dirigiéndose hacia las máquinas—. Tiene que ser esta noche.

Angie parecía espantada, pero antes de que pudiera protestar, Víctor continuó con la mentira que había iniciado.

—Esa píldora de la que te hablé... ya la he tomado. Es como un interruptor; si enciende o apaga depende del estado del cuerpo. —La miró a los ojos y rezó en silencio por que ella no supiera tanto sobre compuestos adrenales como sabía sobre circuitos eléctricos—. Si no hago esto pronto, Angie —hizo una mueca para terminar de convencerla—, el compuesto me matará.

Angie palideció.

Víctor contuvo la respiración.

Su teléfono volvió a vibrar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella por fin.

Víctor dio un paso hacia ella y dejó que una de sus piernas casi se doblara por algún esfuerzo imaginario. Se sostuvo del borde de la mesa con una mueca, y la miró mientras su teléfono dejaba de vibrar.

—Minutos.



—Esto es una locura —murmuró Angie una y otra vez mientras ayudaba a Víctor a atarse las piernas a la mesa.

A él le preocupaba que Angie se arrepintiera, incluso ahora, con las máquinas encendidas a su alrededor y mientras le amarraba los tobillos con la

correa de goma, de modo que se dobló con falso dolor.

—Victor —dijo ella con urgencia—. Victor, ¿estás bien?

Había dolor y pánico en su voz, y Víctor tuvo que contener el impulso de detenerse, de tranquilizarla y prometerle que todo estaría bien.

En lugar de eso, asintió y respondió con los dientes apretados:

—Rápido.

Angie se apresuró a terminar los nudos y le mostró las barras recubiertas de goma sobre las que él podía apoyar las manos en la mesa. El halo de su cabello rojo siempre había tenido aspecto de electrizado, pero esa noche se elevaba en torno a sus mejillas. A Víctor le pareció que le daba un aspecto perturbador. Estaba preciosa. Así había estado el día en que se habían conocido. Hacía calor para ser otoño y ella tenía la cara encendida, y la humedad daba vida propia a su cabello. Victor había levantado los ojos de su libro de texto y la había visto, de pie en la entrada del CIL, con una carpeta contra su pecho, recorriendo el lugar con una mirada evaluadora; perdida pero despreocupada. Y luego había mirado a Víctor con su libro, y su rostro se había iluminado. No fue como una luz a pleno, pero sí como un resplandor constante mientras ella cruzaba el salón y, sin preámbulos, se sentó frente a él. Ni siquiera hablaron aquel primer día. Solo pasaron la misma hora en el mismo espacio. Más tarde, Angie había dicho que los dos eran frecuencias concordantes.

—Victor.

La voz de Angie pronunciando su nombre lo trajo de vuelta a la fría mesa del laboratorio.

—Quiero que sepas —dijo, mientras empezaba a colocarle sensores en el pecho— que nunca, jamás te perdonaré por esto.

Victor se estremeció bajo sus dedos.

—Lo sé.

La chaqueta y la camisa de Víctor estaban sobre una silla, y encima de ellas, el contenido de sus bolsillos. Entre las llaves, una cartera y una placa identificativa de estudiante para el laboratorio, estaba su teléfono, con el sonido apagado. Se encendía con furia, con luz intermitente azul, luego roja y luego otra vez azul, y así sucesivamente, lo que indicaba que tenía mensajes de voz y de texto.

Víctor sonrió con aire sombrío. *Demasiado tarde, Eli. Es mi turno.*

Angie estaba de pie junto a un aparato, comiéndose las uñas de una mano. La otra mano estaba apoyada en una serie de botones selectores. El aparato zumbaba, chirriaba y parpadeaba. Un idioma que Víctor no conocía, lo cual lo asustaba.

Los ojos de Angie se detuvieron en algo; lo tomó y volvió hacia donde estaba Víctor. Era una correa de goma.

—Ya sabes qué hacer —dijo Víctor, sorprendido por la calma que reflejaba su propia voz. Bajo su piel, todo temblaba—. Empieza por los valores bajos, y luego vas subiendo.

—Apago y vuelvo a encender —murmuró ella, y le acercó la correa de goma a la boca—. Muerde esto.

Víctor respiró hondo por última vez y se obligó a abrir la boca. Tenía la tira entre los dientes, y probó aferrar las pequeñas barras de goma de la mesa. Podía hacerlo. Eli había resistido bajo el agua. Víctor también podría.

Angie volvió junto a la máquina. Se miraron, y por un instante todo lo demás desapareció —el laboratorio, las máquinas que zumbaban, la existencia de los EO, Eli, los años desde la última vez que él y Angie habían compartido un batido— y Víctor simplemente se sintió feliz de que ella lo mirara. De que lo viera.

Entonces Angie cerró los ojos y giró el selector un solo punto, y Víctor no pudo pensar en otra cosa más que el dolor.



Víctor cayó contra la mesa cubierto por un sudor frío.

No podía respirar.

Abrió la boca, pensando que habría una pausa, un momento para recuperarse. Pensando que Angie cambiaría de idea y se detendría, renunciaría.

Pero Angie subió el selector un poco más.

La necesidad de gritar fue más fuerte que la necesidad de vomitar, y Víctor mordió la correa de goma hasta que pensó que se le partirían los dientes; aun así se le escapó un gemido, y pensó que Angie lo habría oído y apagaría la máquina, pero volvió a aumentar la intensidad.

Otra vez.

Y otra.

Víctor pensó que perdería el conocimiento, pero antes de que llegara a hacerlo, aumentó la intensidad, y el espasmo de dolor lo retrotrajo a su cuerpo, a la mesa y a la sala, y no podía escapar.

El dolor lo mantenía allí.

El dolor lo sujetaba al tiempo que se disparaba por cada nervio en cada una de sus extremidades.

Intentó escupir la correa pero no pudo abrir la boca. Tenía la mandíbula atascada.

El selector volvió a girar.

Víctor pensaba que el dolor no podía aumentar más, que no podía ser peor, pero entonces seguía incrementándose más, más y más, y Víctor se oyó gritar a pesar de que aún tenía la correa entre los dientes y sentía que hasta el último

nervio de su cuerpo se rompía y quería que aquello parara. Quería que *parara*.

Le rogó a Angie, pero las palabras no salieron por la correa, por el selector que volvió a girar y por el sonido en el aire como hielo que se resquebrajaba y papel que se rasgaba y estática.

La oscuridad oscilaba a su alrededor y la deseaba porque significaba que el dolor terminaría, pero no quería morir y tenía miedo de que la oscuridad fuera la muerte y entonces la rehuyó violentamente.

Se sintió llorar.

El selector giró.

Le dolían las manos, aferradas a las barras de goma de la mesa, agarrotadas.

El selector giró.

Por primera vez en su vida deseó creer en Dios.

El selector subió.

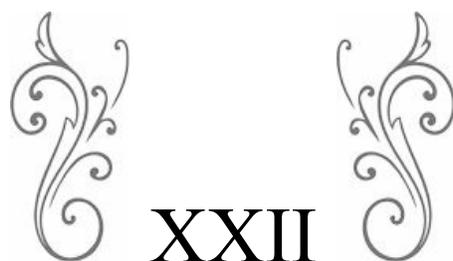
Sintió que su corazón omitía un latido, lo sintió vacilar y luego acelerarse.

El selector subió.

Oyó una advertencia de un aparato, luego una alarma.

El selector subió.

Y todo se detuvo.



XXII



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Sydney vio que el rostro de Víctor se crispaba. Seguramente estaba soñando.

Era tarde. Más allá de los ventanales, la noche estaba oscura, o tan oscura como podía estarlo en una ciudad como esa. Se puso de pie y se desperezó, y estaba a punto de volver a la cama cuando vio la página del periódico, y todo en ella se heló.

El artículo estaba abierto junto a Víctor, en el sofá. Lo primero que le llamó la atención fueron las gruesas franjas negras, pero lo que la retuvo fue la fotografía que estaba debajo. Sintió que se ahogaba, *otra vez* —que Serena la llamaba desde el patio, con una cesta de pícnic colgada del codo de su abrigo, diciéndole que se diera prisa, o el hielo estaría todo derretido, y lo estaba, debajo de aquella frágil capa de escarcha y nieve—, pero cuando cerró los ojos con fuerza, lo que la encerraba no era el agua semicongelada del lago, sino el recuerdo del campo un año más tarde, la extensión de césped helado, el cadáver y su hermana alentándola, y luego el sonido del disparo resonando en sus oídos.

Dos días diferentes, dos muertes diferentes, superpuestas, girando como en un remolino. Parpadeó para alejar ambos recuerdos, pero la foto seguía allí,

mirándola fijamente, y no lograba apartar la mirada, y sin darse cuenta de lo que hacía, su mano se extendió, más allá de Victor, hacia el periódico y el hombre sonriente que estaba en la portada.

Todo ocurrió con rapidez.

Sus dedos se cerraron sobre la página del periódico, pero al levantarla, su antebrazo rozó la rodilla de Victor, y antes de que ella alcanzara a apartarse o cambiar de posición, él se lanzó hacia adelante con ojos abiertos pero vacíos, y su mano atrapó la pequeña cintura de Sydney como una morsa. Sin previo aviso, el dolor subió por su brazo y recorrió su cuerpo menudo como una oleada. Era peor que ahogarse, peor que recibir un balazo, peor que cualquier cosa que hubiera sentido jamás. Era como si cada uno de sus nervios estuviera destrozándose, y Sydney hizo lo único que podía hacer.

Gritó.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

El dolor había regresado, y Víctor volvió en sí, gritando.

Angie estaba forcejeando con sus manos, intentando hacer que soltara las barras. Víctor se lanzó hacia adelante, aferrándose la cabeza. ¿Por qué aún sentía la electricidad? El dolor era una ola, un muro, que destrozaba sus músculos, su corazón, y le desgarraba la piel. Angie estaba hablando, pero Víctor no podía oír nada en medio de su sufrimiento. Se acurrucó y ahogó otro grito.

¿Por qué no desaparecía el dolor? ¿POR QUÉ NO TERMINABA?

Y entonces, tan súbitamente como si hubiera pulsado un interruptor, el dolor cesó, y Víctor sintió... nada. Las máquinas ya no estaban funcionando, todas sus luces estaban apagadas. Angie seguía hablando, rozándole la piel con las manos, desatando las correas de los pies, pero Víctor no la oía: se miraba las manos y se asombraba por la repentina oquedad, como si la electricidad le hubiera quitado la sustancia a sus nervios y hubiera dejado tan solo cáscaras.

Vacío.

¿A dónde habrá ido?, se preguntó. ¿Volverá?

En la repentina ausencia de dolor, intentó recordar lo que había sentido,

evocar la sensación, una sombra de ella, y fue como si volviera a accionar el interruptor, la energía regresó, crepitando como estática en la sala. Oyó el crujido del aire, y luego oyó un grito. Por un instante, se preguntó si había sido él, pero el dolor estaba más allá de él, fuera de él, vibrando sobre su piel sin tocarla.

Se sentía lento, aturdido, mientras intentaba procesar la situación. No le dolía nada; entonces, ¿quién gritaba? En ese momento, el cuerpo se desplomó al suelo del laboratorio junto a la mesa, y el espacio entre los pensamientos de Víctor se cerró, y recobró el sentido.

Angie. *No*. Bajó de la mesa de un salto y la encontró retorciéndose en el suelo, gritando de dolor, y pensó *¡Basta!*, pero el zumbido eléctrico siguió creciendo alrededor. *Basta*. Angie se aferró el pecho.

Víctor intentó ayudarla a levantarse, pero cuando la tocó, Angie gritó más fuerte aún, así que retrocedió, lleno de confusión y pánico. *El zumbido*, pensó. Tenía que reducirlo. Cerró los ojos e intentó imaginarlo como un botón selector, imaginarse girando un mecanismo invisible. Intentó sentirse en calma. Entumecido. Lo sorprendió la facilidad con que le llegó la calma en medio del caos. Y entonces tomó conciencia del horrible silencio que se había hecho en la sala. Víctor abrió los ojos y vio a Angie en el suelo, la cabeza hacia atrás, los ojos abiertos, el cabello rojo como una nube en torno a su cara. El zumbido del aire se había reducido a una leve vibración, y luego a nada, pero aun así era demasiado tarde.

Angie Knight estaba muerta.



XXIV

HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

La habitación del hotel era dolor, ruido y caos.

Victor volvió en sí, aturdido, atrapado entre el laboratorio de la universidad y la habitación del hotel, con el grito de Angie en la mente y el de Sydney en los oídos. ¿Sydney? Pero la chica no estaba a la vista, y él estaba inmovilizado contra el sofá por Mitch, a quien le temblaba visiblemente todo el cuerpo por el esfuerzo, pero no cedía, y el aire zumbaba alrededor.

—Apágalo —gruñó Mitch por lo bajo, y Victor acabó de despertarse. Entornó los ojos, el zumbido cesó y todo en Mitch se aflojó, ya sin rastros de dolor. Soltó los hombros de Victor y se dejó caer en un sillón.

Victor respiró hondo para estabilizarse y se pasó la mano lentamente por la cara y el pelo, hasta que su atención recayó sobre Mitch.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Mitch parecía cansado, nada divertido, pero sano y salvo. No era la primera vez que había tenido que intervenir. Victor sabía que, cuando él tenía pesadillas, siempre sufrían los demás.

—Estoy de maravilla —respondió Mitch—, pero ella, no estoy muy seguro.

Señaló una silueta cercana, vestida con ropa deportiva demasiado grande, y

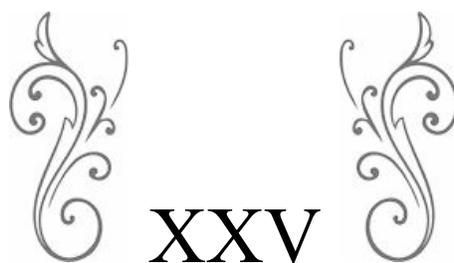
los ojos de Víctor giraron hasta dar con Sydney, que estaba sentada en el suelo, aturdida. Apenas había tomado conciencia de lo que estaba sucediendo, Víctor les había apagado los nervios, o al menos los había insensibilizado tanto como había podido sin hacerles daño, así que sabía que ella estaba bien físicamente. Pero se la veía muy conmocionada. Víctor sintió una punzada de culpa en las costillas, algo desacostumbrado después de una década en la cárcel.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Extendió la mano para ayudarla a levantarse, pero lo pensó mejor. Se puso de pie y se dirigió al baño.

—Mitch —añadió, mientras se alejaba—. Ocúpate de que vuelva a acostarse.

Dicho eso, entró al baño y cerró la puerta.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Victor no revivió a Angie. No lo intentó. Sabía que hubiera debido hacerlo, o querer hacerlo, pero lo último que necesitaba era más pruebas de su presencia en la escena del crimen. Tragó en seco, impresionado tanto por su capacidad para actuar en forma tan racional en un momento como ese, como por las palabras. Escena. Del. Crimen. Además, podía *sentir* que ella estaba muerta. No había carga. No había energía.

Entonces, hizo lo único que se le ocurrió hacer. Llamó a Eli.

—¿Dónde *mierda* estás, Vale? —En el fondo oyó que se cerraba la puerta de un coche—. Si esto te parece gracioso...

—Angie está muerta.

Victor no había sabido con certeza si diría eso o no, pero las palabras se habían formado y salido antes de que pudiera detenerlas. Había pensado que le lastimarían la garganta, que se le alojarían en el pecho, pero salieron sin impedimento. Sabía que debía entrar en pánico, pero se sentía aturdido, y eso le otorgaba aquella calma. ¿Sería la conmoción, se preguntó, aquella estabilidad que experimentaba ahora, que había sido tan fácil de lograr mientras Angie moría a sus pies? ¿O era otra cosa? Escuchó el silencio en la

línea hasta que Eli habló.

—¿Cómo ha sido? —gruñó.

—Fue un accidente —respondió Victor, maniobrando con su teléfono para poder volver a ponerse la camisa. Para alcanzarla, había tenido que rodear el cadáver de Angie. No lo miró.

—¿Qué has hecho?

—Ella estaba ayudándome con una prueba. Tuve una idea, y dio resultado y...

—¿Cómo que dio resultado?

La voz de Eli se volvió fría.

—Quiero decir... quiero decir que esta vez funcionó.

Dejó que Eli lo asimilara. Era obvio que lo había entendido, pues se quedó en silencio. Estaba escuchando. Victor había captado su atención, y eso le gustaba. Pero le sorprendió que Eli pareciera más interesado en el experimento que en Angie. Angie, que siempre lo había ayudado a mantener sus monstruos a raya. Angie, que siempre estaba en el medio. No, había sido más que una distracción para los dos, ¿verdad? Victor bajó la mirada hacia el cadáver, esperando sentir algún eco de la culpa que lo había invadido antes al mentirle, pero no sintió nada. Se preguntó si Eli también había experimentado ese extraño desapego, al despertar en el suelo del baño. Como que todo era real, pero nada tenía importancia.

—Dime qué ha sucedido —insistió Eli; empezaba a perder la paciencia.

Victor miró alrededor, la mesa, las correas, los aparatos que antes zumbaban pero que ahora parecían agotados, quemados. Toda la sala estaba a oscuras.

—¿Dónde estás? —preguntó, irritado, al ver que Victor no le respondía.

—En los laboratorios —dijo—. Estábamos...

El dolor apareció de la nada. Se le aceleró el pulso, el aire empezó a vibrar,

y un segundo después Víctor se dobló en dos. Crepitaba por encima de él, a través de él, le encendía la piel, los huesos y hasta el último centímetro de músculo.

—¿Estábais haciendo *qué*? —preguntó Eli, en tono imperioso.

Victor se aferró a la mesa y apretó los dientes para no gritar. El dolor era horrendo, como si todos los músculos de su cuerpo se hubieran acalambrado. Como si estuviera electrocutándose otra vez. *Basta*, pensó. *Basta*, rogó. Y luego, por fin, imaginó el dolor como un interruptor, y lo apagó, y desapareció.

Se le normalizó el pulso, el aire se despejó, y Víctor no sentía *nada*. Quedó jadeando, aturdido. Había dejado caer el teléfono sobre el linóleo. Extendió una mano temblorosa, lo recogió y se lo acercó nuevamente al oído.

Eli prácticamente estaba gritando.

—Mira —decía—, quédate allí. No sé lo que has hecho, pero quédate allí. ¿Me escuchas? No te muevas.

Y Víctor quizás se habría quedado allí, de no haber oído el doble clic.

La línea telefónica fija que tenían en el apartamento era de la universidad. Cuando se descolgaba el auricular de su sitio en la pared, producía un doble clic muy leve. Ahora, mientras Eli hablaba con él por su teléfono móvil y le decía que no se moviera de allí, y mientras Víctor intentaba ponerse la chaqueta, alcanzó a oír en el fondo aquel doble clic. Frunció el ceño. Un doble clic, seguido por tres tonos de llamada: 9-1-1.

—No te muevas —repitió Eli—. Llegaré enseguida.

Victor asintió con cuidado; se le olvidaba lo fácil que era mentir cuando no tenía que mirar a Eli a los ojos.

—De acuerdo —respondió—, aquí estaré.

Y cortó.

Victor terminó de ponerse la chaqueta y echó un último vistazo al lugar. Era

un desastre. Salvo por el cadáver, no había nada allí que sugiriera un homicidio, pero la posición contorsionada del cuerpo de Angie demostraba que tampoco había sido natural. Tomó un paño desinfectante de una caja que había en el rincón y limpió las barras de la mesa, y resistió el impulso de limpiar todos los objetos que allí había. Si lo hubiera hecho, sí hubiera parecido un crimen. Sabía que sus huellas estaban en ese laboratorio, en alguna parte, a pesar de que había sido cuidadoso. Sabía también que probablemente había quedado grabado por la cámara de seguridad. Pero ya no tenía tiempo.

Victor Vale salió del laboratorio y echó a correr.



Mientras se dirigía al apartamento —necesitaba hablar con Eli en persona, hacerlo entender—, se maravilló por lo bien que se sentía físicamente. Enardecido por el intento, y por el éxito, pero sin dolor. Luego, al acercarse a una farola, bajó la vista y vio que le sangraba la mano. Seguramente se le había enganchado con algo. Pero no sentía la herida. Y no solo por aquello de que la adrenalina hace que no se perciban las lesiones menores. No la sentía *en absoluto*. Intentó evocar aquella extraña vibración del aire, reducir un poco su umbral de dolor, tan solo para ver cómo estaba *realmente*, y acabó doblado en dos, sosteniéndose de un poste de luz.

No tan bien, entonces.

Decididamente, se sentía como si hubiera muerto. Otra vez. Le dolían las manos por aferrarse a las barras de la mesa, y se preguntó si tendría algún hueso roto. Tenía todos los músculos doloridos, y la cabeza le dolía tanto que pensó que iba a vomitar. Cuando la acera empezó a inclinarse, volvió a accionar el interruptor. El dolor desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Se dio un momento para respirar, recomponerse, y se enderezó bajo la farola. No

sentía *nada*. Y de momento, *nada* lo asombraba. *Nada* le parecía encantador. Echó la cabeza hacia atrás y rio. No fue una de esas carcajadas de maníaco. Ni siquiera fue una carcajada.

Una mezcla de tos y risa, como una exhalación de incredulidad.

Pero, aunque hubiera sido más intensa, nadie la habría oído por encima de las sirenas.

Los dos coches de policía se detuvieron con un chirrido delante de él, y Víctor casi no tuvo tiempo para procesar su llegada, pues de inmediato lo arrojaron al suelo, lo esposaron y le colocaron una capucha negra en la cabeza. Sintió que lo empujaban al asiento trasero del coche policial.

La capucha fue un toque interesante, pero a Víctor le desagradaba sobremanera la sensación de no poder ver. El coche giraba en las esquinas y él se ladeaba, y sin ninguna referencia visual ni incomodidad física para orientarse, le costaba mantenerse erguido. Era como si estuvieran girando a gran velocidad a propósito.

Víctor cayó en la cuenta de que podía reaccionar. Resistirse sin tener que tocarlos. Sin siquiera tener que *verlos*. Pero se contuvo.

Le pareció un riesgo innecesario hacer daño a los policías con el coche en marcha. El hecho de que él pudiera apagar su propio dolor a voluntad no significaba que no pudiera morir si el vehículo se estrellaba, así que se concentró en mantener la calma. Lo cual, una vez más, fue demasiado fácil, considerando todo lo ocurrido. La calma lo perturbaba; el hecho de que la ausencia física de dolor pudiera generar semejante ausencia mental de pánico le resultaba inquietante y fascinante a la vez. De no haberse encontrado en el asiento trasero de un coche policial, a Víct le habría gustado tomar nota para su tesis.

El automóvil giró bruscamente y su cuerpo dio de lleno contra la puerta;

Victor mascullo una palabrota, no tanto por dolor como por costumbre. Las esposas se le clavaban en las muñecas, y cuando sintió que algo tibio y mojado descendía por sus dedos, decidió bajar un poco su umbral. Si no sentía nada, podía salir lastimado, y él no era Eli. No podía curarse. Intentó sentir, tan solo un poco, y...

Victor ahogó una exclamación y ladeó la cabeza contra el asiento. Un dolor caliente le quemó las muñecas donde se le clavaba el metal, magnificado, a medida que su umbral de dolor caía a pique. Apretó los dientes e intentó hallar el equilibrio. Intentó encontrar la normalidad. Las sensaciones tenían matices. No eran algo que estaba encendido o apagado y ya, sino que abarcaban todo un espectro, un selector rotativo con cientos de posiciones, no una simple llave. Cerró los ojos a pesar de la oscuridad de la capucha, y encontró un punto entre la insensibilidad y la normalidad. Sentía una molestia difusa en las muñecas, algo más cercano a la rigidez que al dolor agudo.

Iba a llevarle un tiempo habituarse.

Por fin el automóvil se detuvo, la puerta se abrió y un par de manos lo ayudaron a bajar.

—¿Pueden quitarme la capucha? —preguntó a la oscuridad—. ¿Acaso no tienen que leerme mis derechos? ¿O me he perdido esa parte?

La persona que lo escoltaba lo empujó hacia la derecha y su hombro dio contra una pared. ¿La policía del campus, tal vez? Oyó que se abría una puerta y percibió un leve cambio en los sonidos del espacio. Aquella nueva habitación casi no tenía muebles y las paredes eran lisas; se dio cuenta por el eco. Una silla se corrió con un chirrido; alguien lo empujó para que se sentara en ella, le soltó una de las manos y volvió a sujetarle ambas a un punto en una mesa metálica. Luego, unos pasos se alejaron hasta desaparecer.

Se cerró una puerta.

La habitación quedó en silencio.

Se abrió una puerta. Pasos que se acercaban. Y entonces, por fin, le quitaron la capucha. En la sala había mucha, pero mucha claridad, y frente a él se sentó un hombre: hombros anchos, cabello negro, cara de pocos amigos. Víctor miró alrededor. La sala de interrogatorios era más pequeña de lo que había imaginado, y estaba un poco más deslustrada. Además, estaba cerrada del lado exterior. Sería inútil intentar algo allí.

—Señor Vale, soy el detective Stell.

—Yo creía que esas capuchas solo se usaban para los espías y los terroristas, y en las películas malas de acción —comentó Víctor, sobre la tela negra que ahora estaba entre los dos—. ¿Es legal?

—Nuestros oficiales están entrenados para usar su propio criterio con el fin de protegerse —explicó el detective Stell.

—¿Mi vista es una amenaza?

Stell suspiró.

—¿Sabe lo que es un EO, señor Vale?

Víctor sintió que el pulso se le aceleraba un poco al oír la palabra, y hubo en el aire un ligero zumbido, pero tragó en seco y se ordenó encontrar la calma. Asintió levemente.

—He oído hablar de ellos.

—¿Y sabe qué pasa cuando alguien grita EO?

Víctor meneó la cabeza.

—Cada vez que alguien llama al 911 y usa esa palabra, tengo que levantarme de la cama y venir hasta la comisaría de policía para ver qué ha ocurrido. No importa si la llamada es una broma de unos chicos, o los desvaríos de un hombre que vive en la calle. Tengo que tomarla en serio.

Víctor frunció el ceño.

—Lamento que le hayan hecho perder el tiempo, señor.

Stell se frotó los ojos.

—¿Fue así, señor Vale?

Victor lanzó una risita tensa.

—No puede estar hablando en serio. ¿Alguien le ha dicho que yo soy un EO —sabía muy bien quién, por supuesto— y usted le ha creído? ¿Y qué clase de ExtraOrdinario se supone que soy?

Victor se puso de pie, pero las esposas estaban firmemente sujetas a la mesa.

—Siéntese, señor Vale. —Stell simuló examinar sus papeles—. El estudiante que hizo la denuncia, un tal señor Cardale, dijo además que usted había confesado el asesinato de la estudiante Angela Knight. —Alzó la mirada—. Ahora bien, aunque quiera pasar por alto eso del EO, y no estoy diciendo que vaya a hacerlo, sí tomo muy en serio un cadáver. Y es eso lo que tenemos entre manos en la Facultad de Ingeniería de Lockland. Entonces, ¿hay algo de verdad en esto?

Victor se sentó y respiró larga y profundamente. Luego meneó la cabeza.

—Eli ha estado bebiendo.

—¿Ah, sí?

Stell no parecía convencido.

Victor vio caer una gota de sangre desde las esposas a la mesa. Mientras hablaba, mantuvo la mirada en la gota, y en la segunda y la tercera.

—Yo estaba en el laboratorio cuando Angie murió. —Sabía que eso lo averiguarían por las cámaras de seguridad—. Necesitaba salir de una fiesta, y ella vino a recogerme. No quería ir a casa, y ella dijo que tenía cosas que hacer... todos estamos trabajando en las tesis... así que fui con ella a la facultad de ingeniería. Salí de la sala un par de minutos para buscar algo para

beber, y cuando regresé... la vi en el suelo y llamé a Eli...

—No llamó al 911.

—Estaba alterado. Angustiado.

—No me parece angustiado.

—No, ahora estoy enojado. Y conmocionado. Y esposado a una mesa. — Victor levantó la voz, porque el momento le pareció apropiado para hacerlo —. Mire, Eli estaba borracho. Puede que aún lo esté. Me echó la culpa. Yo intentaba explicarle que había sido un infarto, o un fallo en los equipos (Angie siempre estaba metiéndose con el voltaje) pero no quiso escucharme. Dijo que llamaría a la policía. Por eso me fui. Quería ir a casa para *hablar* con él. Y hacia allá iba cuando apareció la policía. —Miró al detective y señaló con un gesto toda la situación—. En cuanto a eso de los EO, estoy tan confundido como usted. Eli lleva trabajando demasiado. Su tesis es sobre los EO, ¿les ha dicho eso? Está obsesionado con ellos. Paranoico. No duerme, no come, no hace otra cosa más que trabajar en sus teorías.

—No —respondió Stell, mientras tomaba apuntes—. Al señor Cardale se le olvidó mencionar eso.

Terminó de escribir y dejó el bolígrafo a un lado.

—Esto es una locura —dijo Victor—. No soy un asesino, ni tampoco un EO. Soy alumno del curso de pregrado de medicina.

Al menos, una de las tres cosas era verdad.

Stell miró su reloj.

—Pasaré la noche aquí —le informó—. Mientras tanto, enviaré a alguien a ver al señor Cardale, hacerle una prueba de alcoholemia y tomar su declaración. Si por la mañana la evidencia indica que el testimonio del señor Cardale no es válido, y no encontramos nada que lo ligue a usted a la muerte de Angela Knight, lo dejaremos ir. Pero seguirá bajo sospecha, ¿entiende? No

puedo hacer más por ahora. ¿Le parece bien?

No. No le parecía nada bien, pero Víctor lo aceptaría. Sin volver a ponerle la capucha, un oficial lo llevó a una celda, y por el camino Víctor puso mucha atención en la cantidad de policías y de puertas que había, y en el tiempo que se tardaba en llegar al sector de las celdas. Víctor siempre había sido hábil para resolver problemas. No cabía duda de que sus problemas se habían agravado, pero, aun así, las reglas valían. Los pasos para resolver un problema, desde uno básico de matemáticas hasta cómo fugarse de la comisaría de policía, eran los mismos. Solo era cuestión de entender el problema y seleccionar la mejor solución. Ahora Víctor estaba en una celda. Era pequeña y cuadrada, tenía barrotes e incluía a un hombre que lo doblaba en edad y olía a orina y tabaco. Al final de un pasillo había un guardia leyendo un periódico.

La solución más obvia era matar a su compañero de celda, llamar al guardia y entonces matar al guardia. La alternativa era esperar hasta la mañana y rogar que Eli no hubiera superado la prueba de alcoholemia, que solo hubiera cámaras de seguridad en las entradas, y que no hubiera dejado en el laboratorio ninguna evidencia material que lo ligara a la muerte.

La mejor solución, en realidad, dependía de cómo definiera uno *mejor*. Víctor observó al hombre recostado contra el catre y se puso manos a la obra.



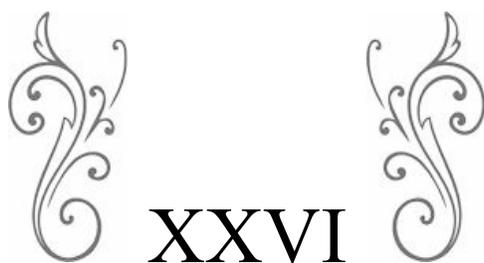
Regresó a casa por el camino más largo.

Las primeras luces del alba iluminaban el cielo mientras caminaba, frotándose las muñecas para quitarse la sangre seca. Al menos, se consoló, no había matado a nadie. De hecho, Víctor estaba orgulloso de su autocontrol. Por un momento, pensó que su compañero de celda fumador podía estar muerto, pero aún respiraba cuando lo dejó. Lo cierto era que no había querido

acercarse demasiado a él. Mientras caminaba hacia su apartamento, sintió que algo mojado bajaba por su rostro, y se tocó debajo de la nariz. Su dedo salió rojo. Victor se enjugó la cara con la manga y decidió que en adelante debía tener más cuidado. Se había exigido mucho en una sola noche, especialmente tomando en cuenta que antes de eso, él había muerto.

Dormir. Eso le haría bien. Pero tendría que esperar.

Porque primero tenía que ocuparse de Eli.



XXVI



HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Victor estaba de pie en el baño, esperando que el hotel se quietara. Detrás de la puerta, oyó que Mitch llevaba a Sydney de vuelta a la cama, murmurando una disculpa en su nombre. No deberían haberla recogido, pero no podía quitarse el presentimiento de que les vendría bien. Sydney tenía secretos, y Victor pensaba averiguarlos. Sin embargo, no había querido hacerle daño. Se enorgullecía de su autocontrol, pero a pesar de todo su esfuerzo, no había encontrado el modo de dominar por completo su poder durante el sueño. Y por eso no dormía, o al menos, no mucho.

Se lavó con agua fría las manos y la cara, esperando que desapareciera aquel leve zumbido eléctrico. Al ver que no cesaba, lo llevó hacia adentro, e hizo una mueca de dolor cuando el zumbido se esfumó en el aire y reapareció en sus huesos, en sus músculos. Se aferró al lavabo de granito mientras su cuerpo trasladaba la corriente a tierra, y al cabo de un largo rato el estremecimiento cesó, y Victor quedó cansado, pero nuevamente estable.

Se miró al espejo y empezó a desabotonarse la camisa, y al hacerlo fueron quedando al descubierto, una por una, las cicatrices de los balazos del arma de Eli. Pasó los dedos por encima de ellas, de los tres puntos donde le había

disparado como quien hace la señal de la cruz. Una bajo las costillas, una por encima del corazón, y una que en realidad le había dado en la espalda, pero por haber sido un disparo muy cercano lo había atravesado de lado a lado. Víctor había memorizado la ubicación de las cicatrices para devolverle el favor a Eli cuando lo viera. Qué diablos, si las balas quedaban en su cuerpo, aunque hubiera chances de que Eli curara sus heridas en torno a ellas. A Víctor le producía cierto placer pensar en eso.

Quizá con las heridas hubiera ganado cierto respeto en la cárcel, pero cuando por fin se había integrado, ya se le habían borrado. Además, Víctor había encontrado otras maneras de imponerse en Wrighton, desde la incomodidad sutil que sentían los otros reclusos cuando hacían algo que le desagradaba, hasta el intenso dolor instantáneo que usaba con menos frecuencia, un dolor que los dejaba sin aliento a sus pies. Pero Víctor no solo *provocaba* dolor; también lo quitaba. Había aprendido a otorgar insensibilidad al dolor, a usarlo como moneda de cambio. Asombrado por los extremos a los que llegaban los hombres con tal de evitar cualquier forma de sufrimiento, Víctor se había convertido en traficante de una droga que solo él podía proveer. En ciertos aspectos, la cárcel había sido agradable.

Pero ni siquiera allí había podido quitarse a Eli de la mente. Este le empañaba el bienestar aferrándose a sus pensamientos, susurrando en su mente, arruinando su paz. Y al cabo de diez años de espera, había llegado el turno de Víctor de meterse en la mente de Eli y arruinarle un poco la vida.

Volvió a abotonarse la camisa y las cicatrices desaparecieron otra vez, de la vista, pero no de la memoria.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Victor se encaramó en el alféizar de su ventana, agradecido por haberla dejado entreabierta y porque vivían en la planta baja, por lo que solo tuvo que trepar la altura equivalente a los cinco escalones que llevaban de la calle a la entrada del edificio. Se detuvo en el alféizar, mientras la aurora empezaba a iluminar todo lo que lo rodeaba, y aguzó el oído. El apartamento estaba en silencio, pero Victor sabía que Eli se encontraba en casa. Podía *sentirlo*.

Su corazón se alborotó ligeramente por la emoción de lo que iba a suceder, pero eso fue todo: un leve alboroto. Nada de pánico. Aquella nueva calma empezaba a perturbarlo. A Victor le costaba evaluarla. La ausencia de dolor conducía a la ausencia de miedo, y la ausencia de miedo llevaba a la despreocupación por las consecuencias. Sabía que era una mala idea fugarse de la celda, así como sabía que lo que estaba por hacer también era una mala idea. Era una idea peor. Ahora podía seguir mejor el rastro de sus pensamientos, y se maravillaba por el modo en que llegaban a soluciones que pasaban por alto la cautela y tendían a lo inmediato, a lo violento, a lo temerario, así como un lisiado tiende a apoyarse en su pierna sana. La mente de Victor siempre se había visto atraída por esas soluciones, pero lo había

frenado la comprensión de lo que estaba bien y lo que estaba mal, o al menos, lo que sabía que los demás consideraban que estaba bien o mal. Pero ahora, esto... era sencillo. Elegante.

Tardó el tiempo suficiente para alisarse el pelo frente al espejo, consternado por el aspecto que le habían dado la cruda muerte y media noche en una celda. Luego se miró a los ojos —la nueva calma los había aclarado un tono— y su reflejo sonrió. Fue una sonrisa fría, ligeramente ajena, que rayaba en la arrogancia, pero a Víctor no le importó. Más bien, le gustó esa sonrisa. Parecía algo que se vería en la cara de Eli.

Victor salió de su cuarto y recorrió el pasillo lentamente hacia la cocina. Sobre la mesa había un juego de cuchillos y un cuaderno que tenía media página cubierta por la letra apretada de Eli y salpicada de sangre. En cuanto a Eli, Víctor lo vio en el sofá de la sala de estar, con la cabeza inclinada en gesto pensativo, o quizás en oración. Se detuvo un momento a observarlo. Le resultó extraño que Eli no notara la presencia de Víctor como este podía percibir la suya. Eso era lo malo de tener una capacidad que se dirigía hacia adentro, como la sanación. *Más egocéntrico, imposible*, pensó, mientras recogía un cuchillo grande y raspaba la mesa con su punta.

Eli se levantó del sofá con un solo movimiento ágil.

—Vic.

—Estoy decepcionado —dijo Víctor.

—¿Qué haces aquí?

—Me has entregado.

—Has matado a Angie.

Las palabras se demoraron ligeramente en la garganta de Eli. Le sorprendió la emoción que delataba la voz de su amigo.

—¿La querías? —le preguntó—. ¿O solo estás enfadado porque te quité

algo?

—Era una *persona*, Víctor, no una cosa, y tú la asesinaste.

—Fue un accidente —replicó—. Y, en realidad, la culpa es tuya. Si me hubieras ayudado...

Eli se pasó las manos por la cara.

—¿Cómo pudiste hacer esto?

—¿Cómo pudiste hacerlo *tú*? —preguntó Víctor a su vez, al tiempo que levantaba el cuchillo de la mesa—. Llamaste a la policía y me acusaste de ser un EO. Yo no te delaté, ¿sabes? Y habría podido hacerlo. —Se rascó la cabeza con la punta del cuchillo—. ¿Por qué les dijiste semejante tontería? ¿Sabías que hay agentes especiales que intervienen si se sospecha que hay un EO? Un tipo llamado Stell. ¿Lo sabías?

—Te has vuelto loco. —Eli dio un paso al lado, siempre de espaldas a la pared—. Deja ese cuchillo. No puedes hacerme daño.

Víctor sonrió al oír el desafío. Un rápido paso adelante y Eli intentó retroceder por instinto, pero se topó con la pared, y Víctor lo atacó.

El cuchillo entró. Fue más fácil de lo que había imaginado. Como en un truco de magia, en un momento se veía el metal y al instante desapareció, hundido hasta el mango en el abdomen de Eli.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta? —Víctor se inclinó hacia él al hablar—. ¿Aquella noche, cuando te vi quitándote los trozos de cristal de la mano? De que no puedes curarte hasta que retire el cuchillo.

Lo retorció, y Eli gimió. Sus pies dejaron de sostenerlo y empezó a deslizarse por la pared, pero Víctor lo levantó con el mango del cuchillo.

—Y ni siquiera estoy usando aún mi nuevo truco —dijo—. No es tan espectacular como el tuyo, pero sí bastante efectivo. ¿Quieres verlo?

Víctor no esperó la respuesta. El aire empezó a vibrar en torno a él. No se

molestó en graduarlo. Más. Era lo único que le importaba. Más. Eli gritó, y el sonido hizo que Víctor se sintiera bien. No bien como se puede sentir uno cuando hay sol y la vida es maravillosa, claro, sino bien por imponer un castigo. Por tener el control. Eli lo había traicionado. Merecía sufrir un poco. Se curaría. Cuando todo terminara, ni siquiera le quedaría una cicatriz. Lo menos que podía hacer Víctor era impresionarlo. Soltó el mango del cuchillo y observó cómo el cuerpo de Eli se desplomaba en el suelo.

—Un apunte para tu tesis —dijo, mientras su amigo estaba allí tendido, luchando por respirar—. Tú creías que, de alguna manera, nuestros poderes eran un reflejo de nuestra naturaleza. Dios jugando con espejos; pero te equivocaste. No se trata de Dios. Se trata de nosotros. De cómo pensamos. Del pensamiento que tiene la fuerza suficiente para mantenernos con vida. Para traernos de vuelta. ¿Quieres saber por qué lo sé? —Dirigió su atención a la mesa, en busca de algo nuevo y afilado—. Porque cuando estaba muriendo, no podía pensar en otra cosa más que en el dolor. —Giró el selector en su mente y dejó que la habitación se llenara de los gritos de Eli—. Y en lo mucho que deseaba hacerlo desaparecer.

Víctor volvió a bajar la intensidad, y oyó que los gritos de Eli se apagaban cuando él llegaba a la mesa. Estaba examinando los diversos cuchillos cuando hubo un estallido. Un sonido muy repentino y muy fuerte. A treinta centímetros de él se desprendió cartón yeso de la pared, y cuando se dio vuelta, Víctor vio a Eli aferrándose el abdomen con una mano, y en la otra tenía una pistola. El cuchillo estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre de tamaño satisfactorio, y Víctor se preguntó con curiosidad científica cuánto tardaría el cuerpo de Eli en regenerarla. Entonces sonó el segundo disparo, mucho más cerca de su cabeza, y Víctor frunció el ceño.

—¿Sabes usar eso? —preguntó, mientras pasaba el pulgar por la hoja de un

cuchillo largo y fino.

A Eli le temblaban las manos visiblemente al empuñar la pistola.

—Angie está muerta... —dijo Eli.

—Sí, lo sé...

—Pero tú también. —No fue una amenaza—. No sé quién eres, pero no eres Víctor. Eres algo que se le metió bajo la piel. Un demonio que vive en su cuerpo.

—Ay —repuso Víctor, y por alguna razón, esa palabra le dio risa. No podía parar de reír. Eli parecía asqueado, y eso le dio deseos de volver a apuñalarlo. Tanteó detrás de él para tomar el cuchillo más cercano, y vio que los dedos de Eli se afirmaban en la pistola.

—Eres otra cosa —insistió—. Víctor murió.

—*Los dos* morimos, Eli. Y los dos regresamos.

—No, no, no lo creo. No del todo. Algo está mal, falta algo. ¿No te das cuenta? Yo sí —dijo Eli, y parecía *asustado*.

Víctor estaba decepcionado. Había tenido la esperanza de que Eli también sintiera aquella calma, pero aparentemente sentía algo muy distinto.

—Tal vez tengas razón —admitió Víctor. Estaba dispuesto a reconocer que sentía algo diferente—. Pero si a mí me falta algo, a ti también. En la vida se hacen concesiones. ¿O acaso creíste que, porque te pusiste en manos de Dios, Él iba a devolverte tal como eras, pero mejor?

—Y lo hizo —gruñó Eli, y apretó el gatillo.

Esta vez no erró. Víctor sintió el impacto; bajó la vista hacia el orificio que tenía en la camisa y se alegró de haber apagado el dolor. Lo tocó y sus dedos salieron rojos. Como a lo lejos, supo que no era un buen lugar donde recibir un disparo.

Víctor suspiró, sin levantar la vista.

—Me parece que te sientes superior, ¿no crees?

Eli dio un paso hacia él. La herida en su abdomen ya había sanado, y su rostro había recuperado el color. Víctor sabía que necesitaba seguir hablando.

—Admítelo —dijo—, tú también te sientes distinto. La muerte nos quita algo. ¿Qué te quitó a ti?

Eli volvió a levantar la pistola.

—El miedo.

Víctor logró esbozar una sonrisa oscura. A Eli le temblaban las manos, y tenía la mandíbula apretada.

—Yo todavía veo miedo.

—No tengo miedo —replicó Eli—. Solo lo lamento.

Volvió a disparar. El impacto hizo que Víctor retrocediera un paso. Aferró el cuchillo más cercano y lo clavó en el brazo extendido de Eli. La pistola cayó al suelo con estrépito, y Eli se echó hacia atrás para evitar otro ataque.

Víctor estaba decidido a seguir, pero se le nubló la vista. Solo por un momento. Parpadeó, desesperado por volver a enfocar sus ojos.

—Podrás apagar el dolor —dijo Eli—, pero no puedes detener la hemorragia.

Víctor dio un paso adelante, pero la habitación se inclinó. Se sostuvo contra la mesa. Había mucha sangre en el suelo. No estaba seguro de cuánta era suya. Cuando volvió a levantar la vista, Eli estaba allí. Y Víctor cayó al suelo. Se levantó en cuatro patas pero no logró hacer que su cuerpo se alzara más. Un brazo cedió bajo su peso. Sus ojos volvieron a desenfocarse.

Eli estaba hablando, pero Víctor no llegaba a entender lo que decía. Y entonces oyó el roce de la pistola contra el suelo cuando Eli la recogió y luego la amartilló. Algo lo golpeó en la espalda, como un puñetazo leve, y su cuerpo dejó de escuchar. La oscuridad empezó a encerrar su campo visual, lo que

tanto había ansiado cuando estaba en la mesa y el dolor era demasiado.

Una oscuridad densa.

Empezó a hundirse en ella mientras oía a Eli moviéndose por la habitación, hablando por teléfono, diciendo algo sobre atención médica. Disfrazaba la voz para parecer asustado, pero su rostro, aun borroso como lo veía, estaba sereno y compuesto. Victor vio alejarse los zapatos de Eli y luego todo se desvaneció.



XXVIII

HACE DOS DÍAS

EL HOTEL ESQUIRE

Mitch llevó a Sydney de vuelta a su habitación y cerró la puerta. Ella permaneció en la oscuridad durante varios minutos, aturdida por el eco del dolor, la fotografía en el periódico y los ojos pálidos, muertos, de Victor hasta que había vuelto en sí. Se estremeció. Habían sido dos largos días. Había pasado la noche anterior bajo un paso elevado, escondida en un rincón donde se unían dos placas de cemento, intentando mantenerse seca. El invierno se había transformado en una primavera fría y lluviosa. Había empezado a llover el día anterior a aquel en que le habían disparado, y desde entonces no había parado.

Hundió los dedos en el puño de la sudadera robada. Aún sentía la piel extraña. Le había quemado todo el brazo; la herida de bala había sido como el centro ardiente de una trama de dolor, y luego alguien lo había apagado. Esa era la única imagen que se le ocurría, como si alguien hubiera cercenado aquello que la conectaba al dolor, y en su lugar no había quedado otra sensación más que un hormigueo. Sydney se frotó la piel, esperando recuperar las sensaciones. No le gustaba aquel entumecimiento. Le recordaba al frío, y Sydney detestaba tener frío.

Apoyó el oído contra la puerta en busca de señales de Víctor, pero la puerta del baño seguía bien cerrada, y finalmente, mientras iba disminuyendo el hormigueo en su piel, volvió a meterse en la cama demasiado grande de aquel hotel extraño, se acurrucó e intentó conciliar el sueño. Al principio no pudo, y en un momento de debilidad deseó que Serena estuviera allí. Su hermana se sentaría en el borde de la cama y le acariciaría el pelo, pues decía que ese gesto quietaba los pensamientos. Sydney cerraba los ojos y dejaba que todo se acallara, primero su mente y luego el mundo, mientras las caricias de su hermana la conducían al sueño. Pero se contuvo, entrelazó los dedos con las sábanas y recordó que Serena —la que habría hecho esas cosas— ya no estaba. Ese pensamiento fue como agua fría que volvió a acelerarle el corazón, así que decidió no pensar en Serena y probó con un truco que le había enseñado una de sus niñeras. Consistía en contar, no de forma ascendente ni descendente, sino simplemente uno-dos-uno-dos mientras inhalaba y exhalaba. Uno-dos. Suave y constante, como los latidos del corazón, hasta que por fin la habitación del hotel se desvaneció y ella se durmió.

Y cuando se durmió, soñó con agua.



XXIX

HACE UN AÑO

PARQUE BRIGHTON

Sydney Clarke murió en un día fresco de marzo.

Ocurrió poco antes del almuerzo, y todo fue por culpa de Serena.

Las hermanas Clarke eran idénticas, a pesar de que Serena le llevaba siete años y casi veinte centímetros. El parecido se debía, en parte, a los genes y, por otra parte, a la adoración que Sydney sentía por su hermana mayor. Se vestía como Serena, se comportaba como Serena, y era, en casi todos los aspectos, una versión en miniatura de su hermana. Una sombra, distorsionada por la edad y no por el sol. Tenían los mismos ojos azules y el mismo pelo rubio, pero Serena hacía que Sydney lo llevara muy corto para que la gente no las mirara tanto. Así de llamativa era la semejanza.

Y tanto como se parecían entre sí, tenían poco parecido con sus padres... Aunque ellos no estaban presentes con tanta frecuencia como para poder compararlos. Serena solía decirle que aquellas personas en realidad no eran sus padres, que las niñas habían llegado a la costa en un pequeño bote azul desde algún lugar lejano, o que las habían encontrado en el vagón de primera clase de un tren, o que las habían traído de contrabando unos espías. Si Sydney cuestionaba esa historia, Serena simplemente insistía en que su hermana no la

recordaba porque entonces era demasiado pequeña. Aun así, Sydney estaba casi segura de que eran fantasías, pero nunca tenía *toda* la certeza; Serena era muy buena contando cuentos. Siempre había sido convincente (esa era la palabra que ella usaba para no decir que *mentía*).

Había sido idea de Serena salir a caminar por el lago congelado y hacer un pícnic. Solían hacerlo cerca de Año Nuevo, cuando el lago que estaba en el centro del parque Brighton era solo un bloque de hielo, pero como Serena se había ido a la universidad, esa vez no habían podido. Fue, entonces, un fin de semana largo de marzo, hacia el final de las vacaciones de primavera de Serena y unos días antes de que Sydney cumpliera doce años, cuando por fin decidieron guardar su almuerzo y salir al hielo. Serena se había puesto la manta de pícnic a modo de capa, y le estaba contando a su hermana pequeña el último cuento sobre cómo las dos habían llegado a llevar el apellido Clarke. Tenía que ver con piratas, o superhéroes, aunque Sydney no estaba prestando atención; estaba demasiado ocupada intentando guardar en su mente imágenes de su hermana, como fotografías mentales a las que pudiera recurrir cuando Serena volviera a marcharse. Llegaron a lo que la hermana mayor consideró una buena parte del lago y esta se quitó la manta de los hombros, la extendió sobre el hielo y empezó a descargar sobre ella la ecléctica selección de comida que había encontrado en la alacena.

Ahora bien, el problema de marzo (que no se daba en enero ni en febrero) era que, aunque aún hacía bastante frío, el espesor del hielo iba en disminución y no era regular. En las horas más templadas del día, el lago helado cercano a su casa empezaba a derretirse. Ni siquiera se percibía el cambio, a menos que se rompiera cuando uno lo pisaba.

Que fue lo que ocurrió.

Mientras colocaban la comida para el pícnic, se fueron formando grietas

pequeñas y silenciosas bajo una fina capa de nieve, y cuando el sonido del hielo que se resquebrajaba llegó a ser lo bastante fuerte como para oírlo, fue demasiado tarde. Serena acababa de empezar otro cuento cuando el hielo cedió, y ambas se hundieron en el agua oscura y semicongelada.

El frío hizo que todo el aire saliera de los pulmones de Sydney, y aunque Serena le había enseñado a nadar, se le enredaron las piernas en la manta y esta la arrastró hacia el fondo. El agua helada le hacía daño en la piel, en los ojos. Intentó alcanzar la superficie y las piernas de Serena, pero fue en vano. Seguía hundiéndose y extendiendo los brazos, y mientras se hundía más y más lejos de su hermana, no podía pensar en otra cosa más que *regresa regresa regresa*. Y entonces el mundo empezó a congelarse a su alrededor, y hacía mucho frío, y eso también empezó a desvanecerse, y solo quedó la oscuridad.

Más tarde, Sydney se enteró de que, en efecto, Serena había regresado, que la había sacado por el agua helada hasta la superficie del lago y luego se había desplomado a su lado.

Alguien había visto los cuerpos en el hielo.

Cuando llegó el equipo de rescate, Serena apenas respiraba y su corazón se empecinaba en seguir latiendo —hasta que se detuvo— y Sydney estaba del color blanco azulado del mármol, igualmente inmóvil. Las dos estaban muertas, pero dado que técnicamente también estaban congeladas, no se las podía declarar oficialmente muertas, así que llevaron a las hermanas Clarke al hospital para hacerlas entrar en calor.

Lo que ocurrió después fue un milagro. Las hermanas revivieron. Recuperaron el pulso y respiraron una vez, y otra —en realidad, de eso se trataba la vida— y despertaron, y se incorporaron, y hablaron, y estaban, en todos los aspectos discernibles, vivas.

Había un solo problema.

Sydney no entraba en calor. Se sentía más o menos bien, pero tenía el pulso demasiado lento, y la temperatura, demasiado baja —oyó decir a los médicos que, con esos parámetros, hubiera debido estar en coma— y consideraron que su estado era demasiado frágil para que abandonara el hospital.

Lo de Serena fue totalmente distinto. A Sydney le pareció que estaba comportándose de un modo extraño, incluso más malhumorada que de costumbre, pero nadie más —ni los médicos ni las enfermeras ni los psicólogos, ni siquiera sus padres, que habían adelantado su regreso de un viaje al enterarse del accidente— parecía notar el cambio. Serena se quejaba de que tenía jaquecas, así que le daban analgésicos. Se quejó del hospital, y le dieron el alta. Así, sin más. Sydney los había oído hablar del estado de su hermana, pero cuando ella se acercó y dijo que quería salir, se hicieron a un lado y la dejaron pasar. Serena siempre se había salido con la suya, pero nunca así. Nunca sin dificultad.

—¿Te vas? ¿Así sin más?

Sydney estaba sentada en su cama. Serena estaba en la puerta, con ropa de calle. Tenía una caja en las manos.

—Estoy perdiendo clases. Además, odio los hospitales, Syd —explicó—. Tú lo sabes.

Por supuesto que Sydney lo sabía. Ella también odiaba los hospitales.

—Pero no lo entiendo. ¿Te dejan salir?

—Eso parece.

—Entonces díles que me dejen salir a mí también.

Serena se acercó a la cama y acarició el pelo de Sydney.

—Tú necesitas quedarte un poco más.

Sydney no pudo seguir insistiendo, y asintió, con lágrimas en las mejillas. Serena se las enjugó con el pulgar, y dijo:

—No me voy para siempre.

Al oírla, Sydney recordó cuánto había deseado que su hermana *regresara* mientras se hundía bajo el agua.

—¿Te acuerdas —le preguntó a su hermana mayor— de lo que pensabas cuando estabas en el lago, cuando se rompió el hielo?

Serena frunció el ceño.

—¿Quieres decir, además de *mierda, qué fría está?*

Sydney casi sonrió. Serena, no. Retiró la mano del rostro de Sydney.

—Recuerdo que pensé *no*. No, así no. —Dejó la caja que tenía en las manos en la mesita de noche—. Feliz cumpleaños, Syd.

Y entonces Serena se marchó. Y Sydney, no. Pidió salir, pero se lo negaron. Insistió, suplicó, juró que estaba bien, y se lo negaron. Era su cumpleaños, y no quería pasarlo sola en un lugar como ese. No podía pasarlo allí. Pero aun así se lo negaron.

Sus padres trabajaban. Tuvieron que irse.

Una semana, le prometieron. Quédate una semana.

No le dejaron muchas opciones. Sydney se quedó.



Sydney odiaba las noches en el hospital.

Había demasiado silencio en todo la planta, demasiada calma. Era el único momento en que el pánico se apoderaba de ella, pánico de no poder salir nunca de allí, de no poder volver a casa. Quedaría allí olvidada, con la misma ropa pálida que usaban todos los demás, confundiéndose entre los pacientes, las enfermeras y las paredes, y su familia estaría afuera, en el mundo, y ella se desangraría como un recuerdo, como una camiseta descolorida que se ha lavado demasiadas veces. Como si Serena supiera con exactitud lo que ella necesitaba, la caja que dejó junto a la cama de Sydney contenía una bufanda

púrpura. Tenía más color que cualquier otra cosa en su pequeña maleta.

Sydney se aferró a aquella banda de color; se envolvía el cuello con ella a pesar de que no tenía mucho frío (en realidad, según los médicos, lo tenía, pero no *sentía* mucho frío), y empezó a caminar. Se paseaba por el sector del hospital en el que estaba, y disfrutaba cuando los ojos de las enfermeras se desviaban hacia ella. La veían y no la detenían, y eso la hacía sentirse como Serena, que siempre lograba que el mar se abriera a su paso. Una vez que recorrió la planta entera tres veces, subió la escalera hasta la siguiente. Estaba pintada en otro tono de beige. El cambio era tan sutil que los visitantes nunca se hubieran dado cuenta, pero Sydney llevaba tanto tiempo mirando las paredes de su planta que era capaz de distinguir ese tono entre diez mil colores, doscientos tonos de blanco.

En ese otro piso, la gente estaba más enferma. Sydney lo percibió con el olfato incluso antes de oír las toses o de ver la camilla que sacaban de una habitación, vacía salvo por una sábana grande. Allí el ambiente olía a desinfectantes más fuertes. Alguien gritó en una habitación que estaba más adelante, y la enfermera que empujaba la camilla se detuvo, la dejó en el pasillo y se dirigió a toda prisa a la habitación de ese paciente. Sydney la siguió para ver de qué se trataba tanto alboroto.

En la habitación que estaba al final del pasillo había un hombre triste, pero Sydney no entendió por qué. Se quedó afuera e intentó ver algo, pero en el interior corrieron una cortina que dividió el espacio en dos y ocultó al hombre, y la camilla le bloqueaba el paso. Se apoyó en la camilla, apenas un poco, y se estremeció.

La sábana que había tocado estaba allí para cubrir algo. Ese algo era un cuerpo. Y cuando lo rozó, el cuerpo se crispó. Sydney retrocedió de un salto y se cubrió la boca para no gritar. De pie contra la pared beige, miró a las

enfermeras que estaban en la habitación y luego el cuerpo que estaba sobre la camilla, bajo la sábana. Se crispó por segunda vez. Sydney se envolvió las manos con los extremos de la bufanda púrpura. Volvió a sentirse helada, pero de un modo diferente. No era por el agua. Era por miedo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó una enfermera que tenía un uniforme de un tono beige verdoso poco favorecedor. Sydney no tenía idea de qué responder, así que se limitó a señalar. La enfermera la tomó por la muñeca y empezó a llevarla por el pasillo.

—No —dijo Syd, por fin—. *Mire.*

La enfermera suspiró y echó un vistazo atrás, hacia la sábana, que volvió a crisparse.

La enfermera gritó.



A Sydney le asignaron terapia.

Los médicos dijeron que era para ayudarla a sobrellevar el trauma de haber visto un cadáver (aunque en realidad no había llegado a verlo), y Sydney habría protestado, pero después de su excursión no autorizada a la planta superior la confinaron a su habitación, y no tenía otra forma de pasar el tiempo, de modo que aceptó. Sin embargo, no mencionó que había tocado el cuerpo un momento antes de que reviviera.

La recuperación de aquella persona se consideró un milagro.

Sydney rio, más que nada porque habían dicho lo mismo de su propia recuperación.

Se preguntó si a ella también la habría tocado alguien sin querer.

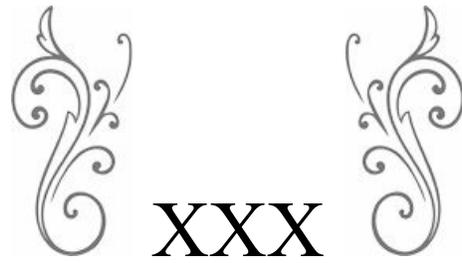


Al cabo de una semana, la temperatura corporal de Sydney seguía sin subir,

pero por lo demás parecía estable y los médicos accedieron por fin a darle el alta al día siguiente. Esa noche, Sydney se escabulló de su habitación y bajó a la morgue, para comprobar si lo que había ocurrido en el pasillo era realmente un milagro, un incidente feliz, pura casualidad, o si de alguna manera ella había tenido algo que ver.

Media hora más tarde, salió de la morgue a toda prisa, profundamente asqueada y manchada de sangre seca, pero con su hipótesis confirmada.

Sydney Clarke podía resucitar a los muertos.



AYER

EL HOTEL ESQUIRE

A la mañana siguiente, Sydney despertó en la cama demasiado grande del extraño hotel; por un momento, no supo bien dónde, cuándo ni cómo se encontraba. Pero mientras parpadeaba para alejar el sueño, los detalles comenzaron a volver: la lluvia, el automóvil y aquellos dos hombres peculiares. Podía oírlos hablando más allá de la puerta.

El tono brusco de Mitch y el más grave y apacible de Victor parecían filtrarse a través de las paredes de su habitación. Sydney se incorporó, con el cuerpo envarado. Tenía hambre; se ajustó los pantalones demasiado grandes a la cadera y salió en busca de comida.

Los dos hombres estaban de pie en la cocina. Mitch servía café y hablaba con Victor, que estaba tachando renglones en una revista con aire distraído. Cuando Sydney entró, Mitch levantó la vista.

—¿Cómo está tu brazo? —le preguntó Victor, sin dejar de tachar palabras.

No tenía dolor, solo una sensación de rigidez. Supuso que era gracias a él.

—Bien —respondió.

Victor dejó el bolígrafo y le acercó una bolsa de bagels. En el rincón de la cocina había varias bolsas de provisiones. Victor las señaló con la cabeza.

—No sé qué comes, así que...

—No soy un cachorrito —repuso Sydney, conteniendo una sonrisa. Tomó un bagel y volvió a empujar la bolsa sobre la encimera, donde llegó hasta la revista de Victor. Lo observó tachar las líneas de texto y recordó el artículo de la noche anterior, y la fotografía que allí aparecía, la que intentaba tomar cuando Victor despertó. Miró hacia el sofá. Ya no estaba allí.

—¿Qué sucede?

La pregunta la devolvió a la realidad. Victor tenía los codos apoyados en la encimera, y los dedos, suavemente entrelazados.

—Anoche había un artículo de un periódico allí, con una fotografía. ¿Dónde está?

Victor frunció el ceño, pero sacó la página del periódico de debajo de la revista y lo levantó para que lo viera.

—¿Este?

Sydney sintió un escalofrío, muy en el fondo.

—¿Por qué tienes una foto de él? —preguntó, señalando la imagen granulada del hombre junto al texto tachado en su mayor parte.

Victor rodeó la encimera con pasos lentos y medidos, y levantó el artículo entre los dos, a pocos centímetros del rostro de Sydney.

—¿Lo conoces? —le preguntó, con los ojos encendidos. Sydney asintió—. ¿De dónde?

Sydney tragó en seco.

—Él fue quien me disparó.

Victor se inclinó hasta que su rostro quedó muy cerca del de ella.

—Cuéntame qué pasó.



XXXI

HACE UN AÑO

PARQUE BRIGHTON

Sydney habló con Serena sobre el incidente en la morgue, y su hermana rio.

Sin embargo, no fue una risa alegre ni ligera. A Sydney ni siquiera le pareció una risa de alguien que piensa: «Dios, mi hermana tiene daño cerebral o delirios por haberse ahogado». Fue una risa que reflejaba algo más, y Sydney se puso nerviosa.

Entonces Serena le dijo, con mucha calma y en voz baja (lo cual debería haberle extrañado a Sydney sin más, porque Serena nunca había sido muy calmada y silenciosa), que no le dijera *a nadie más* lo que había ocurrido en la morgue, ni con el cuerpo en el pasillo, ni nada remotamente relacionado con la resurrección de personas muertas, y Sydney misma se asombró al hacerle caso. Desde ese momento, no tuvo deseos de compartir aquella noticia extraña con nadie más que con Serena, y esta aparentemente no quería saber nada de eso.

Entonces Sydney hizo lo único que podía hacer. Volvió al colegio e intentó no tocar nada que estuviera muerto. Logró terminar el año lectivo. Logró pasar el verano... A pesar de que, de alguna manera, Serena había convencido al cuerpo docente de que le permitieran hacer un viaje a Ámsterdam como parte

de sus estudios, y no volvió a casa, y cuando Sydney se enteró se enojó tanto que casi quería decirle o mostrarle a alguien lo que podía hacer, con tal de fastidiar a su hermana. Pero no lo hizo. Parecía que Serena siempre llamaba justo antes de que Sydney perdiera los estribos. Hablaban de cosas sin importancia; simplemente llenaban el momento preguntando «cómo estás», y «cómo están papá y mamá», y «qué tal el colegio», y Sydney se aferraba a la voz de su hermana aunque las palabras eran huecas. Y luego, cuando presentía que la conversación llegaba a su fin, le pedía a Serena que viniera a casa, y Serena respondía que «No, esta vez no», y Sydney se sentía perdida, sola, hasta que su hermana le decía «No me voy para siempre, no me voy para siempre», y por alguna razón, Sydney le creía.

Pero aunque creía en esas palabras con una fe simple e inquebrantable, eso no significaba que la hicieran feliz. El corazón enlentecido de Sydney empezó a decaer durante el otoño, y luego llegó Navidad y Serena no vino, y por alguna razón, a sus padres —que siempre habían insistido en una sola cosa: que estuvieran todos juntos para Navidad, como si una festividad completa compensara los otros trescientos sesenta y cuatro días— no pareció importarles. Casi ni lo notaron. Pero Sydney, sí, y se sintió como un cristal resquebrajado.

Por eso no era de extrañar que, cuando Serena llamó por fin y la invitó a que fuera a visitarla, Sydney se rompiera.



—Ven a visitarme —dijo Serena—. ¡Va a ser divertido!

Hacía casi un año que Serena evitaba a su hermana pequeña. Sydney había mantenido su pelo corto, por algún vago sentido de la deferencia, o quizá simplemente por nostalgia, pero no estaba contenta. Ni con su hermana mayor, ni con el alboroto que había invadido su corazón ante la oferta de aquella. Se

odiaba por seguir idolatrando a Serena.

—Tengo clases —respondió.

—Ven en las vacaciones de primavera —insistió Serena—. Puedes quedarte hasta tu cumpleaños. De todas formas, mamá y papá no saben celebrar nada. Siempre lo planeaba todo yo. Y ya sabes que mis regalos son los mejores.

Sydney se estremeció al recordar cómo había pasado su anterior cumpleaños. Como si le leyera la mente, Serena dijo:

—Aquí, en Merit, no hace tanto frío. Nos sentaremos al aire libre, tranquilas. Te hará bien.

Serena hablaba con demasiada dulzura. Sydney debería haberlo notado. De ahí en más lo sabría por siempre, pero en ese momento, cuando era importante que lo supiera, no lo supo.

—Está bien —respondió por fin, intentando disimular su entusiasmo—. Eso me gustaría.

—¡Genial! —Serena parecía muy feliz. Sydney podía oír la sonrisa en su voz. Ella también sonrió—. Cuando vengas, quiero presentarte a alguien —añadió Serena, como si acabara de ocurrírsele.

—¿A quién? —preguntó Sydney.

—A un amigo.



XXXII

HACE UNOS DÍAS

UNIVERSIDAD DE MERIT

Serena abrazó a su hermana pequeña.

—Pero ¡mira cómo estás creciendo! —exclamó, mientras la llevaba adentro.

En realidad, Sydney apenas había crecido. No más de dos centímetros en el año transcurrido desde el accidente. Pero tampoco era solo su estatura. Las uñas, el cabello, todo en Sydney crecía muy lentamente. Como el hielo que se derrite.

Cuando Serena hizo un comentario jocoso sobre su pelo aún corto, Sydney fingió que se había acostumbrado a usarlo así, insinuando que ya no tenía nada que ver con Serena. No obstante, abrazó a su hermana, y cuando esta la abrazó a su vez, Sydney sintió como si los hilos que se habían cortado, cientos y cientos de ellos, estuvieran uniéndolas nuevamente. Algo en ella empezó a descongelarse. Hasta que una voz masculina carraspeó.

—Ah, Sydney —dijo su hermana, al tiempo que se apartaba—, te presento a Eli.

Sonrió al pronunciar su nombre. Un joven de edad universitaria, que estaba sentado en un sillón en el apartamento de Serena —uno de los que suelen reservarse para los estudiantes de familias más adineradas—, se puso de pie

al oír su nombre y se acercó. Era guapo, de hombros anchos, firme apretón de manos, y ojos pardos pero iluminados por un brillo casi alcohólico. A Sydney le costó dejar de mirarlo.

—Hola, Eli —lo saludó.

—Me han hablado mucho de ti —dijo él.

Sydney no respondió, porque Serena nunca había mencionado a Eli hasta la llamada telefónica, e incluso entonces había dicho que era solo *un amigo*. A juzgar por el modo en que se miraban, esa no era toda la verdad.

—Ven —dijo Serena—. Pon tus cosas en su sitio y luego podemos conocernos todos.

Al ver que Sydney vacilaba, Serena tomó la maleta de su hermana y la dejó a solas con Eli un momento. Sydney se preguntó por qué se sentía como una oveja en la guarida del lobo. Había algo peligroso en Eli, en aquella sonrisa serena y en sus movimientos perezosos. Él se recostó en el apoyabrazos del sillón donde había estado sentado.

—¿Así que estás en octavo curso? —preguntó Eli.

Sydney asintió.

—¿Y tú estás en segundo curso? —preguntó—. ¿Como Serena?

Eli rio sin sonido.

—En realidad, estoy en cuarto.

—¿Cuánto hace que sales con mi hermana?

La sonrisa de Eli vaciló.

—Te gusta hacer preguntas.

Sydney frunció el ceño.

—Eso no es una respuesta.

Serena volvió a entrar con un refresco para Sydney.

—¿Estáis congeniando?

Y así, sin más, el rostro de Eli recuperó la sonrisa, tan amplia que Sydney se preguntó cuánto tardarían en dolerle las mejillas. Sydney aceptó el refresco y Serena se acercó a Eli y se recostó contra él, como declarando su lealtad. Sydney bebió un sorbo y lo observó besar el cabello de su hermana y tomarla del hombro.

—Bien —dijo Serena, observando a su hermana pequeña—, Eli quiere ver tu truco.

Sydney casi se atragantó con el refresco.

—Yo... no...

—Vamos, Syd —insistió Serena—. Puedes confiar en él.

Sydney se sentía como Alicia en el País de las Maravillas. Como si el refresco hubiera tenido una etiquetita que decía *Bébeme* y ahora la habitación estuviera encogiéndose, o ella estuviera creciendo, o como fuera, pero no había suficiente sitio. Suficiente aire. ¿O había sido el pastel lo que había hecho crecer a Alicia? No lo sabía...

Dio un paso atrás.

—¿Qué pasa, hermanita? A mí sí querías mostrármelo.

—Me dijiste que no...

Serena frunció el ceño.

—Bueno, pues ahora te estoy diciendo que sí. —Se apartó de Eli, se acercó a ella y la envolvió en un abrazo—. No te preocupes, Syd —le susurró al oído—. Él es como nosotras.

—¿Nosotras? —susurró Sydney.

—¿No te lo dije? —preguntó Serena con voz melosa—. Yo también tengo un truco.

Sydney se apartó.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cuál es?

Se preguntó si había sido eso lo que le había llamado la atención en la risa de Serena la noche en que le había contado que podía resucitar a los muertos. Un secreto. Pero ¿por qué su hermana no se lo había contado? ¿Por qué esperar hasta ahora?

—No —respondió Serena, meneando el dedo—. Hagamos un intercambio. Tú nos muestras el tuyo y nosotros te mostraremos los nuestros.

Durante un largo rato, Sydney no supo si huir o alegrarse de saber que no era la única. Que ella y Serena... y Eli... tenían algo en común. Serena sostuvo la cara de su hermana pequeña entre sus manos.

—Tú nos muestras el tuyo —repitió, con voz suave y lentamente.

Sydney respiró hondo y asintió.

—Está bien —dijo—. Pero tenemos que buscar un cadáver.



Eli le abrió la puerta delantera del coche.

—Después de ti.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sydney mientras subía.

—A dar un paseo —respondió Serena.

Serena se sentó al volante y Eli se dejó caer en el asiento trasero, detrás de Sydney. Eso tampoco le hizo gracia; no le gustaba que él pudiera verla y ella a él, no. Serena preguntó, distraída, por el parque Brighton mientras los edificios de la universidad iban quedando atrás y en su lugar aparecían estructuras más pequeñas y dispersas.

—¿Por qué no querías venir a casa? —preguntó Sydney por lo bajo—. Te he echado de menos. Yo te necesitaba y me prometiste que no te ibas para siempre, pero...

—No hablemos de eso —replicó Serena—. Lo que importa es que ahora estoy aquí, y tú también.

Las estructuras quedaron atrás y solo se veían campos.

—Y vamos a pasarla de película —acotó Eli desde el asiento trasero. Sydney se estremeció—. ¿No es cierto, Serena?

Sydney le echó un vistazo a su hermana, y le sorprendió ver que el rostro de Serena se ensombrecía por un instante al mirar a Eli por el espejo retrovisor.

—Así es —respondió por fin.

El camino se hizo más angosto y escabroso.

Cuando el coche se detuvo por fin, estaban en el límite entre un campo y un bosque. Eli bajó primero e inició la marcha hacia el campo; el césped le llegaba a las rodillas. En un momento, se detuvo y bajó la mirada.

—Llegamos.

Sydney siguió la dirección de los ojos de Eli y sintió que el estómago se le estrujaba.

Allí, en mitad del césped, había un cadáver.

—No es tan fácil encontrar cadáveres —explicó Eli, sin darle mayor importancia—. Hay que ir a una morgue, o a un cementerio, o conseguirlo uno mismo.

—Por favor, no me digas que tú...

Eli rio.

—No seas tonta, Syd.

—Eli hace prácticas en el hospital —explicó Serena—. Robó un cadáver de la morgue.

Sydney tragó en seco. El cadáver estaba vestido. ¿Acaso los cadáveres no debían estar desnudos?

—Pero ¿qué hace aquí el cadáver? —preguntó—. ¿Por qué no hemos ido a la morgue y ya?

—*Sydney* —respondió Eli. A ella no le gustaba nada que usara su nombre

así todo el tiempo. Como si fueran amigos—. En una morgue hay *personas*. Y no todas están muertas.

—Bueno, pero no era necesario viajar media hora —replicó ella—. ¿Acaso no hay campos, o terrenos baldíos, cerca de la universidad? ¿Por qué hemos venido hasta...?

—Sydney. —La voz de Serena cortó el aire frío de marzo—. Deja de lloriquear.

Y ella obedeció. La queja se apagó en su garganta. Se frotó los ojos, y al retirar la mano tenía un manchón negro por el maquillaje que se había puesto en el taxi, camino a la Universidad de Merit. Había querido impresionar a Serena con un aspecto más adulto. Pero ahora no se sentía adulta. Ahora, lo que más quería era acurrucarse, o que la tragara la tierra. En lugar de eso, se quedó muy quieta y observó el cadáver de un hombre de mediana edad, y pensó en la última vez que había estado junto a un cadáver (no contaba al hámster que había muerto en la escuela porque nadie sabía siquiera que había muerto, y era pequeñito y peludo y no tenía ojos humanos). El recuerdo de la morgue, de la piel muerta y fría contra las puntas de sus dedos. El frío, como cuando se bebe un sorbo grande de agua helada, tan grande que el escalofrío la recorrió hasta los pies. Más difícil había sido hacer que volvieran a estar muertos. Había entrado en pánico. La mujer de la morgue había intentado bajarse de la mesa. Sydney no había pensado qué haría a continuación, así que echó mano al arma que encontró primero (un cuchillo, parte del instrumental para autopsias) y se lo clavó a la mujer en el pecho. Aparentemente, que se pudiera resucitar a los muertos no significaba que no se pudiera volver a matarlos.

—¿Y bien? —insistió Eli, señalando el cadáver como si estuviera ofreciéndole un regalo y ella no se mostrara agradecida.

Sydney miró a su hermana en busca de respuestas, de ayuda, pero en algún punto entre el coche y el cadáver, Serena había cambiado. Parecía tensa, y tenía la frente fruncida de una forma que siempre intentaba evitar pues decía que no quería tener arrugas. Y no miraba a su hermana a los ojos. Sydney se volvió hacia el cadáver y se arrodilló junto a él con recelo.

En realidad, ella no pensaba que lo que hacía fuera resucitar a los muertos. No eran zombis, que ella supiera —no tenía un contacto prolongado con ellos, sin contar el hámster, y no sabía en qué diferiría el comportamiento de un zombi hámster de uno normal—, y no importaba de qué hubieran muerto. El hombre que estaba bajo la sábana en el hospital aparentemente había sufrido un ataque al corazón. A la mujer de la morgue ya le habían retirado los órganos. Pero cuando Sydney los había tocado, no solo habían regresado sino *revivido*. Estaban bien. Vivos. Humanos. Y, tal como ella había descubierto en la morgue, tan susceptibles como antes a la mortalidad, solo que no a la forma que los había matado. Sydney se había quedado perpleja, hasta que había recordado aquel día en el lago congelado, cuando el agua helada la había tragado y ella había intentado aferrarse a la pierna de Serena pero un segundo demasiado tarde, demasiado lenta —*regresa, regresa*—, y lo mucho que había deseado una segunda oportunidad.

Eso era lo que Sydney les estaba dando a aquellas personas. Una segunda oportunidad.

Sus dedos se detuvieron un momento por encima del pecho del muerto mientras se preguntaba si él *merecía* una segunda oportunidad, pero luego se reprendió. ¿Quién era ella para juzgar, decidir, conceder o negar? ¿Acaso el hecho de que pudiera hacerlo significaba que era lo correcto?

—Cuando quieras —dijo Eli.

Sydney tragó saliva y se obligó a bajar los dedos hasta tocar la piel del

muerto. Al principio no ocurrió nada, y la invadió el pánico al pensar que al fin tenía la oportunidad de demostrárselo a Serena y estaba fracasando. Pero el pánico desapareció cuando, momentos después, el frío del agua helada corrió por sus venas y el hombre se estremeció. Abrió los ojos y se incorporó, todo con tanta rapidez que Sydney cayó hacia atrás en el césped. El exmuerto miró alrededor, confundido y enojado, hasta que sus ojos dieron con Eli; entonces todo su rostro se contorsionó con rabia.

—¿Qué diablos...?

El disparo resonó en los oídos de Sydney. El hombre volvió a caer en el césped, con un pequeño túnel rojo entre los ojos. Muerto otra vez. Eli bajó la pistola.

—Impresionante, Sydney —dijo—. Tienes un don único.

Tanto el humor como aquella horrible sonrisa falsa habían desaparecido del rostro de Eli. En cierto modo, ya no la asustaba tanto, porque ella siempre había podido ver al monstruo en sus ojos. Ahora por fin había dejado de esconderse. Pero la pistola, y el modo en que la sostenía, lo hacían bastante temible de todos modos.

Sydney se puso de pie. Deseó con el corazón que él dejara el arma. Serena se había alejado varios pasos, y estaba aplastando con la punta del pie un sector del césped que estaba congelado.

—Eh... ¿gracias? —respondió Sydney, con voz insegura. Su pie se deslizó hacia atrás sin tener intención de hacerlo—. ¿Ahora vas a enseñarme tu truco?

Eli casi rio.

—Temo que el mío no es tan espectacular.

Entonces levantó la pistola y apuntó a Sydney.

En ese momento, ella no se sorprendió ni sintió conmoción alguna. Fue lo primero que vio hacer a Eli que le pareció *correcto*. Genuino. Apropiado en

él. No tenía miedo de morir, no lo creía. Al fin y al cabo, ya lo había hecho una vez. Pero eso no significaba que estuviera lista. Sintió tristeza y confusión, no por él, sino por su hermana.

—¿Serena? —preguntó en voz baja, como si tal vez ella no se hubiera dado cuenta de que su nuevo novio estaba apuntando a su hermana pequeña con una pistola. Pero Serena se había apartado y no los miraba; tenía los brazos cruzados, muy apretados contra el pecho.

—Quiero que sepas —dijo Eli, acomodando el arma en la mano—, que lamentablemente es mi obligación hacer esto. No tengo alternativa.

—Sí la tienes —murmuró Sydney.

—Tu poder está mal, y te convierte en un peligro para...

—No soy yo quien tiene una pistola en la mano.

—No —dijo Eli—, pero tu arma es peor. Tu poder es *antinatural*. ¿Entiendes, Sydney? Va contra la naturaleza. Contra Dios. Y esto —agregó, apuntando— es por el bien de todos.

—¡Espera! —exclamó Serena de pronto—. Tal vez no sea necesario...

Demasiado tarde.

Todo ocurrió muy rápido.

La conmoción y el dolor alcanzaron a Sydney en un solo estallido.

La voz de Serena le había dado un momento, una fracción de un instante, y en cuanto Sydney vio que los dedos de Eli apretaban el gatillo se echó a un lado, hacia una rama caída. Recogió la rama y atacó con ella a Eli antes de percatarse siquiera de la sangre que le bajaba por el brazo. Con la rama logró arrancarle la pistola, y Sydney dio media vuelta y corrió a más no poder. Llegó al límite del bosque antes de que él pudiera volver a dispararle. Mientras avanzaba entre los árboles, oyó que su hermana la llamaba, pero esta vez supo que no debía mirar atrás.



XXXIII

AYER

EL HOTEL ESQUIRE

Victor permaneció de pie, muy quieto, mientras escuchaba el relato de Sydney.

—¿Eso es todo? —le preguntó cuando terminó, aunque se dio cuenta de que no lo era; de que, cuando la historia salió de los labios de Sydney, le faltaban algunos fragmentos. La había observado hacer pausas cada vez que abría la boca, para filtrar la naturaleza específica de su poder. Al final, solo había admitido que ella *tenía* una capacidad, y que el nuevo novio de su hermana, Eli, había exigido una demostración y luego había intentado ejecutarla por ello —*ejecutarla*, esa era la palabra que había empleado—, pero eso era todo. *Ejecutar a los EO...* La mente de Victor se aceleró. ¿A qué estaba jugando Eli? ¿Había habido otros? Seguramente. El incidente en el banco con Barry Lynch, ¿cómo encajaba eso en la historia? ¿Acaso Eli había concebido una escena para asesinar al hombre en pleno día?

¿Un héroe? Ahora Victor se burlaba de la palabra. Así había llamado el periódico a Eli. Y por un momento, Victor había creído en el titular. Había estado dispuesto a asumir el papel de villano cuando pensaba que Eli era *realmente* un héroe. Ahora que la verdad acerca de su antiguo amigo estaba resultando ser mucho más oscura, disfrutaría al asumir el rol de oposición, de

adversario, de enemigo.

—Eso es todo —mintió Sydney, y Victor no se enfadó. No sintió la necesidad de hacerle daño, de arrancarle lo que faltaba de la verdad (no podía culparla por vacilar; al fin y al cabo, la última vez que le había revelado sus poderes a alguien, casi había muerto por ello), porque aunque no le hubiera contado todo, sí le había dicho algo sumamente importante. Eli no solo estaba cerca. Estaba allí mismo. En Merit. O al menos, lo había estado un día y medio atrás. Victor apoyó los codos en la encimera y observó a la chica menuda cuyo camino se había cruzado con el suyo.

Victor nunca había creído en el destino. Esas cosas se parecían demasiado a la divinidad para su gusto, al poder superior y al otorgamiento de libre albedrío. No, él prefería ver el mundo desde el punto de vista de la probabilidad, reconocer el rol del azar y asumir el control siempre que fuera posible. Pero incluso él tenía que admitir que, si en efecto existía el destino, estaba sonriéndole. El periódico, la chica, la ciudad. Si Victor hubiera tenido siquiera un poco del fervor religioso de Eli, quizá hubiera pensado que Dios estaba señalándole un camino, una misión. No estaba dispuesto a llegar tan lejos, pero aun así apreciaba la demostración de apoyo.

—Sydney... —Victor intentó contener su entusiasmo y se obligó a hablar con una calma que no sentía—. La universidad de tu hermana, ¿cómo se llama?

—Es la Universidad de Merit. Está del otro lado de la ciudad. Es inmensa.

—Y el apartamento donde estaba viviendo tu hermana, ¿recuerdas cómo llegar allí?

Sydney vaciló, arrancando trocitos al pan que aún tenía sobre la falda.

Victor aferró la encimera.

—Es importante.

Al ver que Sydney no se movía, Victor la tomó del brazo y apretó con los

dedos el punto donde le habían disparado. Le había quitado el dolor, pero quería que ella recordara tanto lo que había hecho Eli como lo que él podía hacer. Sydney se paralizó, y Victor, con su mano libre, se bajó el cuello de la camisa para mostrarle la primera de las tres cicatrices que le había dejado la pistola de Eli.

—Somos dos: a mí también intentó matarme. —Soltó el brazo de ella y el cuello de su camisa—. Nosotros hemos tenido suerte. ¿Cuántos otros EO no la tuvieron? Y si no lo detenemos, ¿cuántos EO más no la tendrán?

Los ojos azules de Sydney estaban muy abiertos y no parpadeaban.

—¿Recuerdas dónde vive tu hermana?

Por primera vez, Mitch habló.

—No dejaremos que Eli vuelva a hacerte daño —le dijo, por encima de su vaso de leche con cacao—. Solo para que lo sepas.

Victor había abierto el ordenador portátil de Mitch. Abrió un mapa del campus y giró la pantalla hacia ella.

—¿Te acuerdas?

Al cabo de un largo rato, Sydney asintió.

—Sé cómo llegar allí.



Sydney no podía parar de temblar.

No tenía nada que ver con la fría mañana de marzo, pero sí con el miedo. Iba en el asiento delantero, indicando el camino. Mitch conducía. Victor iba sentado atrás, jugando con algo afilado. A Sydney, que había mirado hacia atrás una o dos veces, le pareció una especie de cuchillo que se podía abrir y cerrar. Se volvió hacia adelante y abrazó sus rodillas mientras las calles iban pasando. Las mismas calles que había visto pasar unos días antes, por la ventanilla del taxi que la había llevado a casa de Serena. Las mismas calles

que había visto pasar por la ventanilla del coche de Serena mientras viajaban hacia el campo.

—Dobla a la derecha —dijo Sydney, con un esfuerzo consciente de contener el castañeteo de sus dientes. Sus dedos se acercaron al lugar de su brazo por donde había atravesado la bala. Cerró los ojos pero vio a su hermana, sintió sus brazos rodeándola, la lata fría de refresco en la mano y los ojos de Eli cuando Serena dijo «Muéstranos». El campo, el cadáver, el disparo, el bosque y...

Decidió mantener los ojos abiertos.

—Otra vez a la derecha —añadió.

En el asiento trasero, Víctor abrió el cuchillo y volvió a cerrarlo. Sydney recordó que había detestado que Eli fuera sentado detrás de ella, el peso de los ojos de él en el respaldo del asiento, en ella. Con Víctor, no le importaba.

—Aquí es —anunció.

El coche aminoró la marcha y se detuvo junto al borde de la acera. Sydney miró por la ventanilla los edificios de apartamentos que marcaban el límite este del campus. Todo parecía estar igual, y sintió que eso estaba mal, como si el mundo debiera haber registrado los acontecimientos de los últimos días, como si debiera haber cambiado, como había cambiado ella. Sintió aire fresco en la cara y se dio cuenta, con sorpresa, de que Víctor le había abierto la puerta del coche. Mitch estaba en el sendero que llevaba al apartamento, dando una patada a un trozo suelto de cemento.

—¿Vienes? —le preguntó Víctor.

Sydney no lograba que sus pies obedecieran.

—Sydney, mírame. —Apoyó las manos en el techo del coche y se inclinó hacia adentro—. Nadie va a hacerte daño. ¿Sabes por qué? —Ella meneó la cabeza, y Víctor sonrió—. Porque yo se lo haré primero.

Le sostuvo la puerta bien abierta.

—Ahora baja.

Y Sydney bajó.



Formaban un cuadro singular, los tres, llamando a la puerta del apartamento 3 A: Mitch, inmenso y tatuado; Víctor, vestido de negro de pies a cabeza —acicalado y elegante, más como un parisiense que como un ladrón—, y entre ellos dos, Sydney, con *leggings* y un abrigo rojo muy grande. Esa ropa había aparecido esa mañana, y aún conservaba la tibieza de la secadora. Incluso eran de una talla más acorde a ella. Le gustaba la chaqueta en particular.

Tras golpear amablemente varias veces, Mitch sacó unas ganzúas del bolsillo de su chaqueta, y estaba diciendo algo sobre lo fácil que era abrir esas cerraduras universitarias de un modo que dio qué pensar a Sydney sobre la vida que habría tenido antes de ir a la cárcel, cuando se abrió la puerta.

Una chica de pijama rosa y verde los miró, y su expresión confirmó lo inusitado del aspecto colectivo del trío.

Sin embargo, la chica no era Serena. Sydney se desanimó.

—¿Venden galletas? —les preguntó.

Mitch rio.

—¿Conoces a Serena Clarke? —le preguntó Víctor.

—Sí, claro —respondió la chica—. Me cedió el apartamento ayer. Dijo que ya no lo necesitaba, y mi compañera de cuarto estaba volviéndome loca, así que Serena me dijo que podía vivir aquí hasta fin de año. De todas formas, ya voy a graduarme, gracias a *Dios*; estoy harta de esta facultad de mierda.

Sydney carraspeó.

—¿Sabes a dónde se ha ido?

—Probablemente a vivir con ese novio que tiene. Es un bombón, pero

bastante idiota, a decir verdad. Es uno de esos tipos absorbentes, siempre quiere estar con ella...

—¿Sabes dónde vive él? —preguntó Víctor.

La chica del pijama rosa y verde meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—No. Desde que empezaron a salir, en el otoño pasado, ella se volvió muy rara. Casi no la veo. ¡Y eso que éramos inseparables! Como las películas y el chocolate en los días de menstruación. Hasta que apareció él y *¡bam!*, Eli esto y Eli lo otro...

Sydney y Víctor se tensaron al oír el nombre.

—Entonces, ¿no tienes idea —la interrumpió Víctor— de dónde podríamos encontrarlos?

La chica volvió a encogerse de hombros.

—Merit es una ciudad grande, pero ayer vi a Serena en clase (fue cuando me dio las llaves), así que no puede haberse ido muy lejos. —Sus ojos pasaron de uno a otro, y se detuvieron en Sydney—. Tú te le pareces mucho. ¿Eres su hermana pequeña? ¿Shelly?

Sydney abrió la boca pero Víctor ya estaba apartándola.

—Solo somos amigos —respondió él, y empezó a desandar el sendero con Sydney. Mitch los siguió.

—Bueno, si los veis —dijo la chica—, dadle las gracias a Serena por el apartamento. Ah, y decidle a Eli que es un cretino.

—Está bien —respondió Víctor, mientras los tres regresaban al coche.



—Esto es imposible —murmuró Sydney, mientras se sentaba en el sofá.

—Vamos, no es para tanto —respondió Mitch—. Hace una semana, Eli podría haber estado en cualquier parte del mundo. Ahora, gracias a ti, sabemos en qué ciudad está.

—Si todavía está aquí —acotó Sydney.

Victor caminaba hacia uno y otro lado a lo largo del sofá.

—Está aquí.

Sentía la espina clavada a fondo bajo su piel. Tan cerca. Cómo deseaba salir a la calle y gritar el nombre de su antiguo amigo hasta que saliera. ¡Qué fácil hubiera sido! Rápido, eficiente... y tonto. Necesitaba una manera de atraerlo sin ponerse en evidencia. Estaba alcanzando a Eli, pero quería ir un paso adelante cuando lo enfrentara. Tenía que hallar la forma de que Eli viniera *a él*.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mitch.

Victor alzó la vista.

—Sydney no fue la primera. Y apostaría a que no será la última. ¿Puedes hacerme una matriz de búsqueda?

Mitch hizo crujir sus enormes nudillos.

—¿De qué clase?

—Quiero encontrar a posibles EO. Ver si hay otros a los que Eli ya ha llegado. O a los que aún no ha encontrado.

—¿Te preocupa su seguridad? —preguntó Mitch.

En realidad, Victor había pensado más bien en usarlos como carnada, pero no lo dijo delante de Sydney.

—Limita la búsqueda al último año, dentro del estado, y busca los que estén marcados —dijo, intentando recordar la tesis de Eli. Él había hablado de marcadores una o dos veces, en los espacios entre otros temas—. Busca en denuncias policiales, evaluaciones laborales, registros escolares y médicos. Busca cualquier indicio de experiencia cercana a la muerte; probablemente estarán clasificados como traumas: inestabilidad psicológica posterior, conductas extrañas, permisos en el trabajo, discrepancias en los registros

psiquiátricos, incertidumbre en los informes policiales... —Empezó a caminar otra vez—. Y ya que estás, investiga los registros universitarios de Serena Clarke, sus horarios de clases. Si Eli está ligado a ella de alguna manera, puede ser más fácil encontrarla a ella que a él.

—¿Esos registros no son confidenciales? —preguntó Sydney.

Mitch esbozó una sonrisa radiante, abrió su portátil y lo colocó sobre la encimera.

—Mitchell —dijo Victor—. Cuéntale a Sydney por qué estuviste en la cárcel.

—Por hackear —explicó Mitch alegremente.

Sydney rio.

—¿En serio? Yo creía que eras más bien uno de esos que mataron a alguien con sus propias manos.

—Siempre he sido corpulento —respondió Mitch—. No es mi culpa.

Volvió a hacer sonar sus nudillos. Sus manos eran más grandes que el teclado.

—¿Y los tatuajes?

—Es mejor aparentar.

—Victor no aparenta.

—Depende de lo que esperes ver. Disimula muy bien.

Victor no les prestaba atención. Seguía caminando.

Eli estaba cerca. Estaba en esa ciudad. O lo había estado. ¿Qué diablos podía hacer la hermana de Sydney, que a Eli le resultaba tan valiosa? Si Eli estaba ejecutando EO, ¿por qué no había matado a Serena? Sin embargo, Victor se alegró de que le hubiera perdonado la vida. Ella le había dado un motivo para quedarse en Merit, y Victor necesitaba que Eli no se fuera. Los enormes dedos de Mitch se movían rápidamente sobre el teclado. Ventana tras

ventana se desplegaban en la pantalla negra reluciente. Víctor no podía dejar de caminar. Sabía que la búsqueda llevaría tiempo, pero había una vibración en el aire, y él no lograba que sus pies se detuvieran, no podía obligarse a hallar la quietud, la paz, ahora que Eli estaba por fin a su alcance. Necesitaba libertad.

Necesitaba aire.



AYER

EN EL CENTRO DE MERIT

Sydney lo siguió hasta el exterior.

Victor no la había oído. No la oyó en una calle, pero cuando por fin miró atrás y la vio, la expresión de ella se volvió cauta, casi asustada, como si la hubieran descubierto rompiendo una regla. Sydney se estremeció, y Victor señaló un café cercano.

—¿Quieres tomar algo?

—¿De verdad crees que encontraremos a Eli? —preguntó Sydney varios minutos más tarde, mientras caminaban con su café y su chocolate respectivamente.

—Sí —respondió Victor.

Pero no dio más explicaciones. Al cabo de un largo rato, al verla inquieta a su lado, resultó obvio que ella quería seguir hablando.

—¿Y tus padres? —le preguntó Victor—. ¿No van a notar tu ausencia?

—Iba a quedarme con Serena toda la semana —explicó, mientras soplaba su bebida—. Además, ellos viajan. —Lo miró brevemente y luego enfocó la mirada en la taza desechable—. Cuando estuve en el hospital, me dejaron allí y se fueron. Tenían que *trabajar*. Siempre tienen que trabajar. Viajan cuarenta

semanas al año. Yo tenía una niñera, pero la despidieron porque *rompió un jarrón*. Encontraron tiempo para reemplazar el jarrón, porque aparentemente era una pieza imprescindible en la casa, pero para buscar otra cuidadora estaban demasiado ocupados, así que decidieron que yo no la necesitaba. Que quedarme sola sería una buena práctica para la vida. —Las palabras salieron sin respiro, y cuando terminó, parecía faltarle el aire. Víctor no dijo nada, solo dejó que se serenara, y un momento después, más tranquila, Sydney agregó—: No creo que debamos preocuparnos por mis padres por ahora.

Víctor conocía demasiado bien esa clase de padres, así que no insistió en el tema. O al menos, eso intentó. Pero cuando doblaron la esquina, vieron una librería, y allí, en el escaparate, había un cartel inmenso que anunciaba el último libro de los Vale, que había salido a la venta ese verano.

Víctor hizo una mueca. Hacía casi ocho años que no hablaba con sus padres. Aparentemente, el hecho de tener un hijo preso —al menos, uno que no daba muestras de querer rehabilitarse, sobre todo con el «método Vale»— no favorecía la venta de los libros. Víctor había señalado que tampoco era *malo* para las ventas, que quizás ellos podrían capitalizar ese nicho, el de los compradores morbosos; pero no había convencido a sus padres. El distanciamiento no era una aflicción terrible para Víctor, pero también hacía casi una década que no veía publicitados sus libros. Como punto a favor para ellos, le habían enviado un juego de libros a su celda de aislamiento, que para él habían sido un tesoro, y había racionado su destrucción para hacerlos durar el mayor tiempo posible. Cuando por fin se había integrado con los demás presos, había descubierto que la biblioteca de la cárcel tenía un juego completo de los libros de autoayuda de los Vale, y Víctor los había corregido a su manera habitual hasta que lo habían descubierto y le habían negado el acceso.

Victor entró a la librería, seguido de cerca por Sydney, y compró un ejemplar del último libro, titulado *Libérate*, cuyo subtítulo era *De la prisión de tu descontento*. Parecía una referencia bastante obvia. Compró además un puñado de Sharpies negros del exhibidor que estaba junto a la caja, y le preguntó a Sydney si quería algo, pero ella meneó la cabeza y siguió con su taza de chocolate. Cuando volvieron a salir, Victor observó el escaparate, pensativo, pero calculó que los Sharpies no eran lo bastante grandes, y además, no quería que lo detuvieran por vandalismo, nada menos, así que se vio obligado a dejar el escaparate intacto. Era una pena, pensó, mientras seguían caminando. Adherido al cristal, había un fragmento ampliado del libro, y en un pasaje salpicado de joyas rebuscadas —su favorita era «desde las ruinas de las cárceles que nosotros mismos creamos...»— había visto la oportunidad perfecta para dejar una frase simple pero efectiva: «Dejamos... en... ruinas... todo... lo que tocamos».

Siguieron caminando. Victor no dio explicaciones por el libro, y ella no preguntó. El aire fresco resultaba agradable, y el café, infinitamente mejor que el que podía conseguir en la cárcel por medio de sobornos y hasta de dolor. Sydney soplabla su chocolate caliente, distraída, envolviendo la taza con los dedos para calentárselos.

—¿Por qué trató de matarme? —preguntó en voz baja.

—Aún no lo sé.

—Después de que le mostrara mi poder, cuando estaba a punto de matarme, me dijo que lamentablemente era su obligación hacerlo. Me dijo que no tenía alternativa. ¿Por qué quiere matar a los EO? Dijo que él también era uno.

—Él es ExtraOrdinario, sí.

—¿Cuál es su poder?

—Creerse superior —respondió Victor. Pero al ver a Sydney confundida,

añadió—: Sanarse. Es una capacidad reflexiva. A sus ojos, creo que eso la hace pura, en cierto modo. Divina. Técnicamente, no puede usar su poder para dañar a los demás.

—No —concordó Sydney—, para eso usa pistolas.

Victor rio entre dientes.

—En cuanto a por qué cree que es su deber personal eliminarnos —se enderezó—, sospecho que tiene algo que ver conmigo.

—¿Por qué? —susurró Sydney.

—Es una larga historia —respondió Victor, en tono fatigado—. Y no es nada agradable. Hace una década que no tengo la oportunidad de filosofar con nuestro amigo en común, pero si tuviera que adivinar, diría que Eli cree que, en cierto modo, está protegiendo a la gente de nosotros. Una vez me acusó de ser un demonio vestido con la piel de Victor.

—A mí me dijo que era antinatural —comentó Sydney en voz baja—. Dijo que mi poder iba contra la naturaleza. Contra Dios.

—Es un encanto, ¿verdad?

Ya había pasado la hora del almuerzo, y casi toda la gente había regresado a trabajar, por lo que las calles estaban extrañamente vacías. Victor parecía estar alejándose más y más de las multitudes, hacia calles más angostas. Más tranquilas.

—Sydney —dijo poco después—, no es necesario que me cuentes cuál es tu poder, si no quieres, pero necesito que entiendas algo. Yo voy a hacer todo lo que pueda para derrotar a Eli, pero no es un adversario fácil. Su poder lo hace casi invencible, y estará loco, pero es astuto. Cada ventaja que tiene hace que me cueste más vencerlo. El hecho de que él sepa cuál es tu poder, y yo no, me pone en desventaja. ¿Entiendes?

Sydney había empezado a aminorar la marcha, y asintió pero no dijo nada.

Victor tuvo que apelar a toda su paciencia para no forzarla, pero un momento después, esa paciencia se vio recompensada. Al pasar por un callejón, oyeron un leve gemido. Sydney se apartó y volvió atrás, y cuando Victor la siguió, vio lo que ella había encontrado.

Había una figura negra de tamaño considerable tendida en el cemento húmedo, jadeando. Era un perro. Victor se arrodilló apenas el tiempo necesario para pasarle un dedo por el lomo, y los gemidos cesaron. Ahora los únicos sonidos que emitía eran los de su respiración agitada. Al menos, no sufriría. Volvió a ponerse de pie y frunció el ceño, como hacía siempre que estaba pensando. El perro parecía desarticulado, como si lo hubiera atropellado un vehículo y hubiera alcanzado a llegar al callejón antes de desplomarse.

Sydney se agachó junto al perro y le acarició el corto pelaje negro.

—Después de que Eli me disparó —dijo, con voz suave y melosa, como si estuviera hablándole al perro y no a Victor—, juré que nunca volvería a usar mi poder delante de nadie. —Tragó en seco y miró a Victor—. Mátalo.

Victor arqueó una ceja.

—¿Con qué, Syd?

Ella lo miró fijamente un largo rato.

—Hazme el favor de matar al perro, Victor —repitió.

Él miró alrededor. No había nadie en el callejón. Suspiró y sacó una pistola que traía contra la espalda. Tomó un silenciador del bolsillo y lo colocó, dando un vistazo al perro, que respiraba con dificultad.

—Retrocede —dijo él, y Sydney obedeció.

Victor apuntó y apretó el gatillo una sola vez, un disparo limpio. El perro dejó de moverse, y Victor se apartó, empezando ya a retirar el silenciador. Al ver que Sydney no lo seguía, miró hacia atrás y la vio otra vez agachada junto

al perro, pasándole las manos hacia un lado y hacia el otro sobre el pelaje ensangrentado y las costillas aplastadas, con movimientos breves y tranquilizadores. Y luego, ante los ojos de Víctor, quedó quieta. Su aliento flotó como una nube delante de sus labios, y su rostro se tensó de dolor.

—Sydney... —empezó a decir Víctor, pero el resto de la oración se le quedó atascada en la garganta cuando la cola del perro *se movió*. Una ligera barrida sobre el pavimento sucio. Y luego otra vez, justo antes de que el cuerpo se tensara. Los huesos se recolocaron con un crujido, el pecho se infló, la caja torácica recuperó su forma y las patas se estiraron. Y luego, el animal se sentó. Sydney retrocedió cuando el perro se irguió sobre sus cuatro patas y los miró, moviendo la cola tentativamente. El perro era... enorme. Y estaba muy vivo.

Víctor lo observó, sin atinar a decir palabra. Hasta entonces había tenido factores, pensamientos, ideas sobre cómo encontrar a Eli. Pero mientras veía al perro parpadear, bostezar y respirar, empezó a formarse un plan en su mente. Sydney lo miró con cautela, y él sonrió.

—Eso sí que es un don —dijo.

Sydney acarició al perro entre las orejas, que llegaban más o menos a la altura de los ojos de ella.

—¿Podemos quedárnoslo?



Víctor arrojó su chaqueta sobre el sofá mientras Sydney y el perro entraban tras él.

—Es hora de enviarle un mensaje —anunció, al tiempo que dejaba caer sobre la encimera, con un gesto ostentoso, el libro de autoayuda de los Vale que había comprado—. A Eli Ever.

—¿De dónde diablos ha salido ese perro? —preguntó Mitch.

—Me lo voy a quedar —respondió Sydney.

—¿Eso es sangre?

—Le disparé —explicó Victor, mientras buscaba entre sus papeles.

—¿Por qué hiciste eso? —insistió Mitch, mientras cerraba el portátil.

—Porque se estaba muriendo.

—Entonces, ¿por qué no está muerto?

—Porque Sydney lo ha resucitado.

Mitch se dio vuelta y miró, pensativo, a la niña rubia que se encontraba en mitad de la habitación.

—¿Cómo dices?

Ella bajó la mirada al suelo.

—Victor le ha puesto el nombre Dol —comentó Sydney.

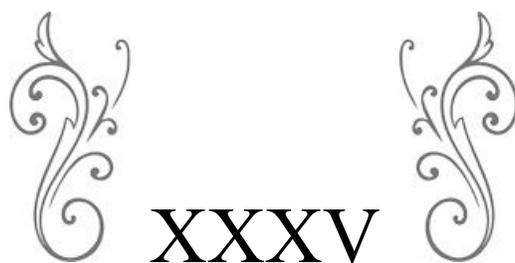
—Es una medida del dolor —explicó Victor.

—Bueno, es morboso pero apropiado —dijo Mitch—. Ahora, ¿podemos volver a la parte en la que Sydney lo *resucitó*? ¿Y qué es eso de que vas a enviarle un mensaje a Eli?

Victor encontró lo que buscaba, y volcó su atención hacia los ventanales del hotel y al sol, tratando de calcular la cantidad de luz que quedaba entre él y la noche cerrada.

—Cuando quieres atraer la atención de alguien —explicó—, le haces señas, o lo llamas, o lanzas una bengala. Esas cosas dependen de la proximidad y de la intensidad. Si está demasiado lejos o hay demasiado silencio, no hay garantía de que la persona te vea o te oiga. Yo no tenía una bengala con suficiente brillo, un modo que me garantizara atraer su atención a no ser que yo mismo hiciera una escena, lo cual habría sido efectivo pero me habría hecho perder la ventaja. Ahora, gracias a Sydney, conozco el método perfecto y el mensaje. —Levantó el artículo del periódico, y con él, las notas que había

apuntado Mitch sobre Barry Lynch, el supuesto delincuente del asalto fallido al banco—. Y vamos a necesitar palas.



XXXV

ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

Chaf.

Chaf.

Chaf.

La pala se topó con madera y se detuvo.

Victor y Sydney retiraron lo que quedaba de tierra y luego arrojaron las palas al césped que bordeaba la tumba. Victor se arrodilló y abrió la tapa del féretro. El cuerpo que contenía estaba fresco, bien preservado: un hombre de treinta y tantos años, de cabello oscuro peinado hacia atrás, nariz angosta y ojos juntos.

—Hola, Barry —saludó Victor al muerto.

Sydney no podía apartar los ojos del cadáver. Parecía ligeramente... más muerto... de lo que le habría gustado, y se preguntó de qué color serían sus ojos cuando los abriera.

Hubo un momento de silencio, casi reverente, hasta que la mano de Victor se apoyó en el hombro de ella.

—¿Y bien? —dijo, señalando al muerto—. Haz lo que sabes hacer.



El cuerpo se estremeció, abrió los ojos y se sentó. O al menos, lo intentó.

—Hola, Barry —dijo Víctor.

—¿Qué... diablos...? —preguntó Barry, al descubrir que los dos tercios inferiores de su cuerpo estaban inmovilizados bajo la mitad inferior de la tapa del ataúd, que Víctor mantenía cerrada con su bota.

—¿Conoces a Eli Cardale? O quizás ahora se haga llamar Ever.

Era evidente que Barry aún intentaba discernir los detalles precisos de su situación. Sus ojos pasaron del ataúd a la pared de tierra y al cielo nocturno, y luego al hombre rubio que estaba interrogándolo y a la chica sentada en el borde de la tumba, con las piernas colgando, enfundadas en *leggings* arcoíris. Sydney miró hacia abajo, y vio con sorpresa, y un poco de decepción, que los ojos de Barry eran de un color pardo común y corriente. Había tenido la esperanza de que fueran verdes.

—Maldito Ever —gruñó Barry, golpeando un puño contra el ataúd. Con cada golpe, desaparecía un poco, como una proyección que salta, y el aire hacía unos zumbidos leves, como explosiones lejanas—. ¡Dijo que era una prueba! Para una especie de Liga de Héroes o alguna mier...

—¿Quería que asaltaras un banco para demostrar que eras un héroe? —preguntó Víctor con escepticismo—. ¿Y luego qué pasó?

—¿A ti qué mierda te parece, imbécil? —Barry señaló su cuerpo—. ¡*Me mató!* El cabrón aparece en mitad de una demostración que *él* me encargó, y me pega un tiro.

Así que Víctor tenía razón. Había sido una trampa. Eli había montado un rescate para disimular un asesinato. Tuvo que admitir que era una manera de salirse con la suya.

—O sea, estoy muerto, ¿no? ¿O esto es una maldita broma?

—*Estabas* muerto —respondió Víctor—. Ahora, gracias a mi amiga Sydney,

estás un poco menos muerto.

Barry farfullaba palabrotas y restallaba como una bengala.

—¿Qué has hecho? —le preguntó a Sydney, furioso—. Me has roto.

Sydney frunció el ceño mientras él seguía crepitando como en cortocircuito, iluminando la tumba de un modo extraño, como el flash de una cámara. Ella nunca había resucitado a un EO. No estaba segura de si volverían... si *podrían* volver todas las piezas.

—Has destruído mi poder, maldita...

—Tenemos un trabajo para ti —lo interrumpió Víctor.

—Vete a la mierda, ¿te parece que quiero un *trabajo*? Quiero salir de este maldito ataúd.

—Creo que sí vas a querer este trabajo.

—Chúpamela. Eres Víctor Vale, ¿verdad? Ever me habló de ti cuando trataba de reclutarme.

—Qué bien que me recuerde —repuso Víctor; empezaba a perder la paciencia.

—Sí, ¿te crees muy poderoso, provocando dolor y toda esa mierda? Pues no te tengo miedo. —Desapareció y volvió a aparecer—. ¿Lo has entendido? Déjame salir y te mostraré lo que es el dolor.

Sydney vio que Víctor cerraba un puño, y sintió que el aire vibraba a su alrededor, pero aparentemente Barry no sentía nada. Algo iba mal. Ella había hecho lo de siempre, le había dado una segunda oportunidad, pero el hombre no había regresado como los humanos comunes; no todo había regresado. El aire dejó de vibrar, y el hombre del ataúd lanzó una carcajada.

—¡Ja! ¿Lo ves? Tu putita ha metido la pata, ¿no? ¡No siento nada! ¡No puedes hacerme daño!

Al oír eso, Víctor se enderezó.

—Ah, claro que puedo —replicó en tono agradable—. Puedo cerrar el ataúd. Volver a tapanlo con tierra. Irme. Oye. —Se dirigió a Sydney, que aún estaba sentada en el borde de la tumba, con las piernas colgando—. ¿Cuánto tardaría un muerto viviente en volver a morir?

Sydney quería explicarle a Víctor que las personas a las que ella resucitaba no eran *muertos vivientes* sino que estaban *vivas*, y que ella supiera, eran perfectamente mortales —bueno, al margen de ese problemita con los nervios —, pero sabía a dónde apuntaba él con eso y lo que quería oír, así que miró a Barry Lynch y se encogió de hombros con histrionismo.

—Nunca he visto que un muerto viviente volviera a morir por sus propios medios. Así que supongo que viviría para siempre.

—Eso es mucho tiempo —dijo Víctor. Las palabrotas y las provocaciones de Barry habían cesado—. ¿Por qué no le damos un tiempo para pensarlo? ¿Y volvemos en unos días?

Sydney le arrojó a Víctor su pala, y cayó un poco de tierra como lluvia sobre el féretro.

—Está bien, esperad, esperad, esperad —rogó Barry, intentando salir del ataúd, pero descubrió que tenía los pies atascados.

Víctor le había clavado los pantalones al fondo del ataúd antes de empezar. En realidad, había sido idea de Sydney, como medida de seguridad. Barry entró en pánico y empezó a lloriquear. Víctor apoyó la pala bajo el mentón del hombre y sonrió.

—Entonces, ¿aceptas el trabajo?



ANOCHÉ

EL HOTEL ESQUIRE

—¿Qué es lo que ha pasado allí, Sydney?

Victor seguía quitándose la tierra de las botas mientras subían la escalera hacia la habitación del hotel; no le gustaban los ascensores. Sydney iba a su lado, subiendo los escalones de dos en dos.

—¿Por qué Barry no regresó como debía?

Sydney se mordió el labio.

—No lo sé —respondió, con la respiración agitada por el ejercicio—. He estado intentando entenderlo. Tal vez... ¿tal vez porque los EO ya han tenido su segunda oportunidad?

—¿Te pareció diferente —insistió Victor— cuando intentaste resucitarlo?

Sydney se envolvió con los brazos y asintió.

—No lo sentí correctamente. Por lo general, hay una especie de hilo, algo que puedo sujetar, pero con él, me costó mucho sujetarlo, y se me escapaba todo el tiempo. No pude aferrarlo bien.

Victor calló hasta que llegaron al séptimo piso.

—Si tuvieras que hacer otro intento...

Pero la pregunta de Victor quedó inconclusa cuando llegaron a la habitación.

Se oían voces al otro lado de la puerta, voces bajas que reflejaban urgencia. Victor tomó la pistola que llevaba a la espalda mientras giraba la llave, y abrió la puerta de la suite. Solo se veía la cabeza tatuada de Mitch por encima del respaldo del sofá, frente al televisor. Las voces siguieron hablando en la pantalla en blanco y negro. Victor suspiró, se le aflojaron los hombros y guardó la pistola. Debería haber sabido que no era nada, haber sentido la ausencia de nuevos cuerpos. Atribuyó el desliz a la distracción mientras Sydney entraba por delante y las personas discutían en la pantalla, con trajes elegantes y voces atenuadas. Mitch tenía debilidad por los clásicos. En numerosas ocasiones, Victor había conseguido que en el televisor que había en el comedor de la cárcel, que por lo general estaba sintonizado en programas de deportes o viejas comedias, se pusieran películas antiguas en blanco y negro. Victor valoraba aquellas incongruencias de Mitch. Lo hacían interesante.

Sydney se quitó el calzado junto a la puerta y fue a lavarse la tierra y la sensación de muerte que le quedaban bajo las uñas. El gigantesco perro negro, que estaba acostado en el suelo junto al sofá, alzó la vista y movió la cola alegremente. En algún momento, entre la resurrección del perro y la partida hacia el cementerio para revivir a Barry, Victor había limpiado la sangre y la suciedad del pelaje de Dol, y el animal parecía casi normal al levantarse y seguir a Sydney con paso perezoso.

—Oye, Vic —dijo Mitch, llamándolo con la mano sin apartar la vista de los hombres vestidos de esmoquin en la pantalla. El portátil estaba a su lado, y conectada a él había una impresora pequeña y muy nueva que no estaba allí cuando habían salido.

—No te traigo conmigo para que calientes el sofá, Mitch —repuso Victor, camino a la cocina.

—¿Has encontrado a Barry?

—Sí.

Victor se sirvió un vaso de agua y se apoyó pesadamente en la encimera, observando cómo subían las burbujas en el vaso.

—¿Ha accedido a entregar tu mensaje?

—Sí.

—¿Y dónde está? Sé que no lo habrás dejado ir.

—Claro que no. —Victor sonrió—. Lo volví a guardar hasta mañana.

—Cuánta frialdad.

Victor se encogió de hombros y bebió un sorbo.

—Lo soltaré por la mañana para que cumpla su cometido. ¿Y tú, qué has estado haciendo? —preguntó, señalándolo con el vaso—. Detesto interrumpir *Casablanca* para hablar de trabajo, pero...

Mitch se puso de pie y se desperezó.

—¿Estás listo para el mayor caso del mundo de buenas noticias/malas noticias?

—Adelante.

—La matriz de búsqueda todavía está seleccionando. —Extendió una carpeta—. Pero esto es lo que tenemos hasta ahora. Cada uno tiene suficientes marcadores para ser candidato a EO.

Victor tomó la carpeta y empezó a distribuir las hojas sobre la encimera. Había ocho en total.

—Esa es la buena noticia —dijo Mitch.

Victor observó los perfiles. Cada página tenía un bloque de texto, líneas de datos robados: nombres, edades y breves resúmenes médicos tras unas pocas líneas sobre los accidentes o traumas respectivos, notas psiquiátricas, denuncias policiales, recetas de analgésicos y antipsicóticos. Información

destilada, vidas desordenadas puestas en orden. Junto al texto de cada perfil había una fotografía. Un hombre de cerca de sesenta años. Una chica bonita de cabello negro. Un adolescente. Todas las fotos eran espontáneas; los ojos de los sujetos miraban a la cámara o cerca de ella, pero nunca directamente al fotógrafo. Y todas las fotos estaban tachadas con una *x* trazada con marcador negro de trazo grueso.

—¿Qué son las *x*? —preguntó Victor.

—Esa es la mala noticia. Todos están muertos.

Victor alzó la mirada bruscamente.

—¿Todos?

Mitch miró los papeles con ojos tristes, casi reverentes.

—Parece que tu sospecha sobre Eli era acertada. Estos son solo del área de Merit, como me pediste. Cuando empecé a tener resultados, abrí una nueva búsqueda, y expandí los parámetros para cubrir los últimos diez años y la mayor parte del país. No imprimí esos resultados, eran demasiados... pero no cabe duda de que es algo sistemático.

Victor volvió a mirar los archivos, y allí se quedó. No lograba apartar los ojos de las gruesas *x* que tachaban las fotografías. Tal vez debía sentirse responsable por haber soltado a un monstruo en el mundo, por los cadáveres que ese monstruo iba dejando a su paso —al fin y al cabo, él había hecho de Eli lo que era; lo había instado a poner a prueba su teoría, lo había hecho regresar de la muerte, le había quitado a Angie—, pero contemplando los rostros de los muertos, no sentía más que una discreta alegría, una reivindicación. Había estado en lo cierto con respecto a Eli, *todo el tiempo*. Eli podía predicar cuanto quisiera acerca de que Victor era un demonio con piel robada, pero las pruebas de la maldad del propio Eli estaban allí, sobre la encimera, a la vista.

—Eli está haciendo estragos —observó Mitch mientras levantaba otra pila, mucho más pequeña, que estaba junto a la impresora, y la colocó sobre la encimera—. Pero aquí hay algo positivo para ti.

Tres fotografías lo observaban, miraban de reojo o de frente a Victor, y lo tomaron desprevenido. Una cuarta estaba imprimiéndose con un suave zumbido. Cuando la máquina expulsó la hoja, Mitch puso la película en pausa y llevó el papel a la encimera. Ninguna de las fotos estaba tachada.

—¿Estos siguen vivos?

—Por ahora. —Mitch asintió.

Justo entonces reapareció Sydney, con pantalones de correr y camiseta, seguida por Dol. Victor se preguntó, distraído, si las cosas que ella traía de vuelta sentían una conexión con ella, o si Dol simplemente poseía el afecto incondicional inherente a la mayoría de los caninos, y observó que el perro era tan alto que podía mirarla a los ojos. Ella le palmeó la cabeza y sacó un refresco de la nevera. Se sentó en uno de los taburetes que estaban junto a la encimera y tomó el refresco con las dos manos.

Victor estaba apilando los perfiles de los muertos y colocándolos a un lado. No había necesidad de que Sydney los mirara por ahora.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió.

—Siempre me siento rara después. Me da frío.

—Entonces, ¿no preferirías beber algo caliente? —preguntó Mitch.

—No. Me gusta tener esto en las manos. Me gusta saber que al menos la lata está más fría que yo.

Mitch se encogió de hombros. Sydney se inclinó hacia adelante para examinar los cuatro perfiles, mientras el programa seguía trabajando en el fondo.

—¿Todos son EO? —murmuró.

—No necesariamente —respondió Victor—, pero si tenemos suerte, habrá uno o dos.

Victor recorrió con la mirada el collage de datos privados que había junto a las fotografías. Tres de los posibles EO eran jóvenes, pero uno era mayor. Sydney extendió la mano y tomó uno de los perfiles. Era de una chica llamada Beth Kirk, y tenía el pelo azul eléctrico.

—¿Cómo sabemos por cuál va a ir primero? ¿Por dónde empezamos?

—La matriz tiene sus limitaciones —explicó Mitch—. Tendremos que adivinar. Elegir uno y, con suerte, llegar antes que Eli.

Victor se encogió de hombros.

—No es necesario. Ahora no tienen importancia.

No le importaba la chica del cabello azul, ni ninguno de los otros. Lo que los muertos demostraban sobre Eli le importaba más que lo que los vivos le ofrecían *a él*. El caso era que él los había querido solo como señuelos, pero gracias a Sydney —a su don, y al mensaje que habían creado con él—, estos EO ahora eran superfluos para sus planes.

La respuesta consternó a Sydney.

—Pero tenemos que prevenirlos.

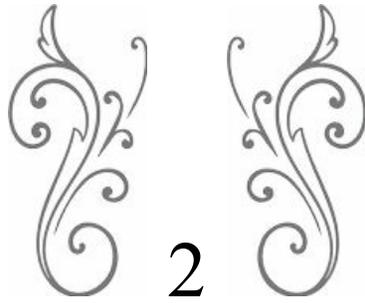
Victor le quitó el perfil de Beth Kirk y lo colocó boca abajo sobre la encimera.

—¿Prefieres que los prevenga —preguntó suavemente— o que los salve? —Observó cómo el enojo se borraba del rostro de Sydney—. Es un desperdicio ir por las víctimas y no por el asesino. Y cuando Eli reciba nuestro mensaje, ni siquiera necesitaremos buscarlo.

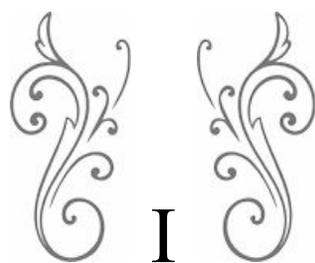
—¿Por qué? —preguntó Sydney.

La boca de Victor se curvó hacia arriba.

—Porque él va a buscarnos *a nosotros*.



UN DÍA EXTRAORDINARIO



ESTA MAÑANA

TERNIS COLLEGE

Eli Ever estaba sentado en el fondo del seminario de Historia, recorriendo con el dedo la veta de la madera del escritorio y esperando que terminara la clase. Estaban en un auditorio en Tervis College, una facultad exclusiva a aproximadamente una hora de Merit. Tres filas más adelante y dos espacios a la izquierda, estaba sentada una chica de cabello azul llamada Beth. Su pelo no era tan raro, pero Eli sabía que Beth había empezado a teñírsele de ese color cuando se le había puesto completamente blanco como consecuencia de un trauma que casi la había matado. De hecho, técnicamente sí la había matado. Durante cuatro minutos y medio.

Sin embargo, allí estaba Beth, viva y tomando apuntes con mucha atención sobre la guerra de la Independencia, o la guerra de Cuba, o la Segunda Guerra Mundial —Eli ni siquiera estaba seguro del nombre del curso, mucho menos del conflicto bélico que estaba enseñando el profesor— mientras a ella le caían los mechones azules sobre la cara y rozaban el papel.

Eli no soportaba la historia. Pensaba que probablemente no había cambiado tanto en los diez años transcurridos desde que él había cursado la asignatura; había sido uno más de los muchos requisitos previos de la Universidad

Lockland, cuyo propósito era hacer de cada estudiante un pequeño compendio de conocimiento. Miraba el techo, luego los espacios entre las anotaciones con letra entre cursiva e imprenta del profesor, luego otra vez el pelo azul, después el reloj. Faltaba muy poco para que terminara la clase. Se le aceleró el pulso al sacar de la bandolera la carpeta delgada, el expediente que Serena había recopilado para él. Explicaba con minuciosos detalles la historia de la chica de pelo azul, su accidente —una tragedia, en realidad: era la única sobreviviente de un choque muy grave— y su posterior recuperación. Eli rozó la foto de Beth con las puntas de los dedos, preguntándose dónde la habrían conseguido. Le gustaba ese pelo.

El reloj siguió marcando los minutos. Eli guardó la carpeta en su bolso y deslizó sobre su nariz unas gafas de montura gruesa; no eran recetadas, no tenían aumento, pero las había elegido porque había observado que eran la tendencia en el campus de Ternis College. Desde luego, desde el punto de vista de la edad, nunca era un problema aparentar el personaje que quería representar, pero los estilos cambiaban, casi demasiado rápido para mantenerse al día. Beth podía optar por destacar si así lo deseaba, pero Eli hacía todo lo posible por confundirse con los demás.

Por suerte, el profesor terminó la clase unos minutos antes y les deseó a todos un buen fin de semana. Hubo un roce de sillas contra el suelo. Se levantaron mochilas. Eli se puso de pie y siguió el cabello azul que salía del auditorio y se alejaba por el pasillo, en medio de una ola de alumnos. Cuando llegaron a la salida, Eli sostuvo la puerta abierta. Ella le dio las gracias, se colocó un mechón color cobalto detrás de la oreja y caminó a través del campus.

Eli la siguió.

Mientras andaba, tanteó su chaqueta a la altura donde normalmente llevaba

la pistola, por costumbre, pero el bolsillo estaba vacío. El expediente le había aportado suficiente información para que se cuidara de cualquier cosa que pudiera sucumbir al magnetismo, así que había dejado el arma en la guantera. Tendría que hacerlo a la antigua, lo cual no le molestaba. No lo hacía muy a menudo, pero no podía negar que usar las manos era algo sencillo y satisfactorio.

Ternis era una universidad pequeña, una de esas pequeñas universidades privadas con edificios desiguales y muchos senderos bordeados por árboles. Beth y él iban por uno de los senderos más grandes que cruzaban el campus, y había suficientes alumnos como para que la persecución de Eli pasara inadvertida. Avanzó a una distancia segura, inhalando el aire fresco de la primavera, disfrutando la belleza del cielo al caer la tarde y las primeras hojas verdes. Una de ellas se soltó de un árbol y cayó sobre el pelo azul de Beth, y mientras se colocaba los guantes Eli admiró la forma en la que los dos colores parecían más brillantes así.

Cuando estaban cerca del aparcamiento, Eli empezó a apretar el paso y se acercó a ella hasta que casi podía tocarla.

—¡Oye! —la llamó, simulando estar agitado.

La chica aminoró la velocidad y se dio vuelta para mirarlo, pero siguió caminando. Pronto la alcanzó.

—Te llamas Beth, ¿no?

—Sí —respondió ella—. Tú estás conmigo en la clase de Historia de Phillips.

Solo habían sido las últimas dos clases, pero las dos veces Eli se había asegurado de llamar su atención.

—Así es —respondió, con su mejor sonrisa de universitario—. Me llamo Nicholas.

A Eli siempre le había gustado ese nombre. Nicholas, Frederick y Peter, esos eran los nombres que usaba con más frecuencia. Eran nombres importantes, nombres de gobernantes, conquistadores, reyes. Él y Beth caminaron por el aparcamiento, fila tras fila de coches, mientras los edificios de la universidad iban empequeñeciéndose detrás de ellos.

—Disculpa, ¿puedo pedirte un favor? —preguntó Eli.

—¿Cuál?

Beth se colocó un mechón suelto detrás de la oreja.

—No sé dónde tenía la cabeza durante la clase —explicó Eli—, pero me perdí lo que ha mandado de tarea. ¿Has tomado nota de eso?

—Claro —respondió ella, al llegar al coche.

—Gracias —dijo Eli, mordiéndose el labio—. Supongo que había mejores cosas que la pizarra para mirar.

Ella sonrió con timidez mientras colocaba su bolso sobre el capó, abría la cremallera y hurgaba en su interior.

—Cualquier cosa es mejor que la pizarra—dijo, al tiempo que sacaba su cuaderno.

Beth acababa de darse vuelta hacia él cuando la mano de Eli se cerró sobre su garganta y la empujó contra el costado del coche. Ella ahogó una exclamación, y Eli la apretó más. Beth soltó el cuaderno y le arañó la cara, con lo cual le arrancó las gafas de montura negra y le dejó profundos arañazos en la piel. Eli sintió que le sangraba la mejilla, pero no se molestó en limpiársela. Detrás de la muchacha, el coche empezó a temblar y el metal amenazaba con curvarse, pero ella era demasiado joven y el coche, demasiado pesado; Beth estaba quedándose sin aire y sin fuerzas para resistirse.

En otras ocasiones, él había hablado con los EO, intentado explicarles la lógica, la necesidad de sus actos; había intentado hacerles entender, antes de

que murieran, que en realidad ya estaban muertos, ya eran polvo, que se mantenía unido por algo oscuro pero débil. Pero no lo escuchaban y, al final, sus actos transmitían lo que sus palabras no habían podido. Había hecho una excepción con la hermana pequeña de Serena, y no le había ido bien. No, era inútil desperdiciar palabras con ellos.

Por eso Eli sujetó a la chica contra el coche y esperó con paciencia hasta que la resistencia se hizo más lenta, más débil, y cesó. Permaneció absolutamente inmóvil, disfrutando de la quietud. Siempre le sucedía, allí mismo, cuando la luz —él decía la *vida*, pero eso no era correcto; no era vida, solo algo que *se hacía pasar* por ella— abandonaba sus ojos. Un momento de paz, un grado de equilibrio que se devolvía al mundo. Lo antinatural vuelto natural.

Después, el momento pasó; Eli apartó los dedos enguantados de la garganta de Beth y observó cómo su cuerpo se deslizaba por el metal combado de la puerta del coche hasta caer al suelo, con el cabello azul sobre el rostro. Eli hizo la señal de la cruz mientras los arañazos rojos iban cerrándose y sanando en su mejilla, y solo quedaba la piel lisa y despejada bajo la sangre que iba secándose. Se agachó para recoger sus gafas de atrezo, que estaban caídas junto al cuerpo. Mientras volvía a colocárselas sobre la nariz, sonó su teléfono, y lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Línea del Héroe —atendió con voz suave—. ¿En qué puedo servirle?



Eli había esperado oír la risa lenta de Serena —lo del héroe era un chiste privado—, pero la voz que oyó en la línea era ronca y, sin ninguna duda, masculina.

—¿Señor Ever? —preguntó el hombre.

—¿Quién habla?

—Soy el agente Dane, de la policía de Merit. Nos han avisado que hay un asalto en el Banco Tidings Well, en la Quinta y Harbor.

Eli frunció el ceño.

—Yo tengo mi propio trabajo, oficial. No me diga que la policía quiere que haga también el suyo. ¿Y cómo ha conseguido este número? No es así cómo acordamos comunicarnos.

—La chica. Me lo dio ella.

Algo explotó en el fondo, y la línea se llenó de estática.

—Mejor que sea urgente.

—Lo es —respondió el oficial Dane—. El ladrón es un EO.

Eli se frotó la frente.

—¿No tienen tácticas especiales? Seguramente se las enseñan en alguna parte. No puedo ir y...

—El problema no es que sea un EO, señor Ever.

—Pues dígame, entonces —dijo Eli, con los dientes apretados—. ¿Cuál es?

—Lo han identificado como Barry Lynch. Usted... Es decir, él... se supone que está muerto.

Una larga pausa.

—Voy para allá —dijo Eli—. ¿Eso es todo?

—No. Está armando un escándalo. Pide a gritos verle específicamente a usted. ¿Lo matamos?

Eli cerró los ojos mientras llegaba al coche.

—No. No lo maten hasta que yo llegue.

Eli cortó.

Abrió la puerta, subió al coche y llamó a un número por marcación rápida. Atendió una voz de mujer, pero la interrumpió.

—Tenemos un problema. Barry ha vuelto.

—Lo estoy viendo en las noticias. Creí que tú lo...

—Sí, lo maté, Serena. Estaba bien muerto.

—Entonces, ¿cómo...?

—¿Cómo puede estar asaltando un banco en la Quinta y Harbor? — completó, furioso, mientras ponía el coche en marcha—. ¿Cómo es que de pronto no está muerto? Es una buena pregunta. ¿Quién podría haber resucitado a Lynch?

Hubo un largo silencio en la línea, hasta que Serena respondió.

—Me dijiste que la habías matado.

Eli aferró el volante.

—Y eso creía.

Al menos, había tenido esa esperanza.

—¿Como también mataste a Barry?

—Puede que estuviera más seguro con respecto a Lynch que a Sydney. Barry estaba decidida e innegablemente muerto.

—Me dijiste que la seguiste. Dijiste que terminaste...

—Hablaemos de esto más tarde —interrumpió—. Tengo que ir a matar a Barry Lynch. Otra vez.



Serena dejó que el teléfono resbalara entre sus dedos. El aparato cayó sobre la cama con un golpe suave y ella se volvió hacia el televisor del hotel, donde continuaba la cobertura del asalto. A pesar de que la acción se estaba desarrollando en el interior del banco y las cámaras estaban en la calle, tras una gruesa valla de cinta amarilla, la escena estaba provocando todo un alboroto. Al fin y al cabo, el robo de la semana anterior en Smith & Lauder había salido en todos los periódicos. El héroe civil había salido ileso de la pelea. El ladrón había salido en una bolsa de plástico.

No era de extrañar, pues, que el público estuviera desconcertado al ver al ladrón con vida y en condiciones de asaltar otro banco. Su nombre pasaba como una cinta de teletipo por el pie de la pantalla, en letras gruesas que anunciaban *Barry Lynch vive Barry Lynch vive Barry Lynch vive...*

Y eso significaba que Sydney estaba viva. A Serena no le cabía duda de que aquella hazaña rara e inquietante había sido obra de su hermana.

Bebió un sorbo de café demasiado caliente e hizo una ligera mueca cuando le quemó la garganta, pero no lo dejó. Se aferró al hecho de que su poder no afectaba a los objetos inanimados. Estos no tenían mente ni sentimientos. No podía ordenarle al café que no la quemara, ni a los cuchillos, que no la cortaran. A las personas que sostenían esos objetos podía dominarlas, pero no a los objetos en sí. Bebió otro sorbo y sus ojos volvieron al televisor, donde se veía una fotografía del EO previamente muerto que ocupaba la mitad derecha de la pantalla.

Pero ¿por qué lo había hecho Sydney?

Eli le había jurado que su hermana estaba muerta. Serena le había advertido que no mintiera, y él la había mirado a los ojos y le había dicho que había disparado a Sydney. Y en realidad, no había mentido, ¿verdad? Serena misma había estado allí cuando él había apretado el gatillo. Apretó la mandíbula. Eli podía resistirse cada vez un poquito más; iba encontrando puntos débiles en el poder de Serena. Redirecciones, omisiones, evasiones, retrasos. No era que ella no valorara esos pequeños desafíos, pues los valoraba; pero pensaba en Sydney, viva, herida y en la ciudad, y le costaba respirar.

Las cosas no deberían haber salido así.

Serena cerró los ojos, y en su mente vio el campo, el cadáver y el rostro asustado de su hermana. Aquel día, Sydney se había esforzado por demostrar valentía, pero no podía disimular el miedo, no ante Serena, que conocía al

dedillo el rostro de su hermana, que se había sentado en el borde de su cama tantas noches, alisando aquellos pliegues de preocupación con el pulgar en la oscuridad. Serena no debería haberse dado vuelta, no debería haber llamado a su hermana. Había sido un reflejo, un eco de su vida anterior. Se había recordado una y otra vez que la chica que estaba en el campo no era realmente su hermana. Serena sabía que aquella chiquilla que se parecía a Sydney *no era* Sydney, así como sabía que *ella misma* no era Serena. Pero eso no importó un segundo antes de que Eli apretara el gatillo. Había visto a Sydney tan pequeña y asustada, y tan *viva*, que se le había olvidado que no lo estaba.

Abrió los ojos y volvió a posarlos en el titular que seguía pasando por la pantalla —*Barry Lynch vive Barry Lynch vive Barry Lynch vive*—, y apagó la televisión.

Eli lo expresaba mejor. Decía que los EO eran *sombras*, con las formas de las personas que las habían creado, pero grises por dentro. Serena lo sentía así. Desde que había despertado en el hospital, se sentía como si le faltara algo colorido, brillante y *vital*. Eli decía que eso que le faltaba era el alma. Afirmaba que él era diferente, y Serena dejaba que pensara eso porque la única alternativa era contradecirlo, y entonces él lo creería.

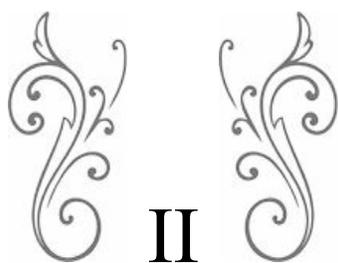
Pero ¿y si tenía razón? La idea de haber perdido el alma le producía una tristeza lejana. Le dolía pensar en la pobre Syd como una sombra hueca, y se le hacía más fácil creer a Eli cuando este decía que devolver a los EO a la tierra era un acto de piedad. Había sido más difícil cuando Sydney llegó a su puerta, con el rostro encendido por el frío y los ojos azules brillantes, como si la luz aún habitara en ellos. Serena había vacilado, había tropezado con las dudas que susurraban en su mente mientras se internaban en el campo.

Eli afirmaba que el pecado de Sydney era doble. No solo era una EO, antinatural e indebida, sino que además poseía el poder de corromper a otros,

de envenenarlos al llenarles el cuerpo con algo que se parecía a la vida, pero no lo era. Tal vez era eso lo que Serena había visto en los ojos de Sydney: una luz falsa que había confundido con la vida de su hermana. Con su alma.

Tal vez.

Fuera cual fuese la razón, el hecho era que Serena había dudado, y ahora su hermana, la sombra que habitaba su forma, estaba viva y, aparentemente, en la ciudad. Serena se puso el abrigo y salió en busca de Sydney.



ESTA MAÑANA EL HOTEL ESQUIRE

Victor se deleitó con el agua muy caliente de la ducha del hotel mientras se enjuagaba los últimos restos de tierra de la tumba. Barry Lynch se había mostrado sorprendentemente receptivo aquella mañana, cuando él había vuelto a visitar el cementerio. Victor había regresado justo antes del amanecer, retirado la capa de tierra con la que había cubierto el ataúd para que la tumba pareciera vacía por si llegaba a pasar alguien, y al abrir la tapa había encontrado los ojos aterrados de Barry clavados en él. El dolor y el miedo son inseparables —algo que Victor había aprendido en sus estudios en Lockland—, pero el dolor tiene múltiples formas. Quizá Victor no podía hacerle daño físicamente a Barry Lynch, pero eso no significaba que no pudiera hacerlo sufrir. Barry, por su parte, pareció entender el mensaje. Victor había sonreído, había ayudado al exmuerto a salir del ataúd —aunque odió sentir la piel extrañamente floja del hombre contra la suya—, y al entregarle la nota y enviarlo adonde debía ir, confió en que Lynch cumpliría su misión. Pero, solo para cerciorarse, le había dicho una última cosa. Había retrocedido varios pasos, se había vuelto hacia Barry y le había dicho, como si acabara de pensarlo:

«Sydney, la chica que te resucitó, puede cambiar de idea en cualquier momento. Puede chasquear los dedos, y caerías como una piedra. O, mejor dicho, como un cadáver. ¿Quieres comprobarlo?», le había preguntado, al tiempo que tomaba el teléfono móvil del bolsillo y empezaba a marcar un número. «Es un truco muy bueno».

Barry había palidecido y meneado la cabeza, y Víctor lo había dejado ir.

—¡Oye, Vale! —Le llegó la voz de Mitch a través de la puerta del baño—. Ven aquí.

Víctor cerró la ducha.

—¡Víctor!

Mitch seguía llamándolo a gritos cuando, un minuto más tarde, Víctor salió del baño, secándose el pelo con una toalla. El sol entraba en abundancia por los ventanales, y Víctor hizo una mueca por tanta luz. Era más de media mañana, por lo menos. Su mensaje debía estar llegando al destino.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupado al principio, pero luego vio el rostro de Mitch, la sonrisa amplia. Era evidente que estaba orgulloso de lo que fuera que había hecho. Apareció Sydney, seguida de cerca por Dol, que movía la cola con pereza.

—Ven a ver esto.

Mitch señaló los perfiles que estaban extendidos sobre la encimera. Víctor suspiró. Ya había más de una docena, y estaba seguro de que en su mayoría no llevarían a nada. Aparentemente, no lograban darle más exactitud a la matriz de búsqueda. Había pasado la mayor parte de la noche examinando las páginas, preguntándose cuál era el método de Eli, si seguía todas las pistas o si sabía algo que Víctor ignoraba, si veía algo que Víctor no veía. Ahora, ante sus ojos, Mitch empezó a dar vuelta las hojas y a colocarlas boca abajo, eliminando perfil tras perfil hasta que solo quedaron tres. Uno era la chica de

cabello azul; el segundo, un hombre mayor al que había examinado la noche anterior, pero el tercero era nuevo y seguramente acababa de salir de la impresora.

—Esta —anunció Mitch— es la lista actual de objetivos de Eli.

Los ojos serenos de Victor lo miraron. Empezó a trasladar su peso de un pie al otro. Sus dedos tamborilearon.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Es una historia genial. No te muevas y te la contaré.

Victor se obligó a quedarse quieto.

—Adelante —dijo, examinando los rostros y los nombres.

—Verás, estoy viendo un patrón —comenzó Mitch—. Siempre termino en los archivos policiales. Los archivos de la policía de *Merit*. Entonces pensé: ¿y si la policía ya está trabajando en su propia base de datos? ¿Entiendes? Tal vez podríamos compararla con la nuestra. Tú mencionaste, hace tiempo, que había un policía que conocía la existencia de los EO. O alguien que trabajaba con la policía. Entonces pensé: oye, tal vez pueda tomar prestados los datos *de ellos* en lugar de tener que revisar absolutamente todos —o sea, no es nada que yo no pueda hacer, pero lleva tiempo—, pero ¿y si me ahorran parte del trabajo porque ya lo han hecho? Entonces busqué en la base de datos de «Personas de interés» de la policía de *Merit*. Y algo me llamó la atención. Cuando era niño, me encantaban esos acertijos en los que hay que descubrir las diferencias. Siempre las descubría. El caso es que...

—Están marcados —observó Victor, examinando los perfiles.

La postura de Mitch decayó.

—Caray, siempre me arruinas el final de los chistes. Pero sí, así es... y te lo he hecho más fácil para que lo veas —dijo, haciendo pucheros—. He puesto las páginas boca abajo. Es fácil detectar un patrón cuando es lo único que

tienes delante.

—¿Cómo que están marcados? —preguntó Sydney, mientras se ponía de puntillas para ver las páginas.

—Mira —dijo Victor, señalando los perfiles—. ¿Qué tienen en común todas estas personas?

Syd entornó los ojos para ver, pero meneó la cabeza.

—Sus segundos nombres —explicó Victor.

Sydney los leyó en voz alta.

—Elise, Elington, Elissa... Todos empiezan con «Eli».

—Exacto —dijo Mitch—. Están marcados. Específicamente para nuestro amigo, Eli. Lo cual significa...

—Que está trabajando con la policía —concluyó Victor—. Aquí, en Merit.

Sydney se quedó observando la fotografía de la chica de cabello azul.

—¿Cómo podéis estar seguros? —preguntó—. ¿Y si es casualidad?

Mitch la miró, orgulloso de sí mismo.

—Porque hice los deberes. Para comprobar la teoría, abrí algunos de sus perfiles viejos, «Personas de interés» ya fallecidas, todas las cuales habían ido a parar, convenientemente, a la papelera digital. Lo cual, a propósito, no deja de ser una marca. Pero encontré coincidencias con los asesinatos de Eli de los últimos cuatro meses. —Puso sobre la mesa la carpeta con los EO fallecidos—. Incluso tu amigo Barry Lynch. El que acabas de pasar la noche desenterrando.

Victor había empezado a caminar de aquí para allá.

—Pero esto se pone mejor —prosiguió Mitch—. Los perfiles marcados fueron creados por uno de dos policías. —Dio un golpecito en el margen superior derecho de una página—. El agente Frederick Dane. O el detective Mark Stell.

A Víctor se le oprimió el pecho. Stell. ¿Quién lo hubiera dicho? El hombre que había hecho arrestar a Víctor diez años atrás, el que había estado de guardia por los EO en la comisaría de policía de Lockland y el que, tras recuperarse Víctor de las múltiples heridas de bala, lo había escoltado personalmente hasta el sector de aislamiento de la Cárcel de Wrighton. La participación de Stell, además del testimonio de Eli, habían sido la causa de que Víctor hubiera pasado cinco años en aislamiento (no lo habían declarado EO de forma oficial, claro está, sino solo que era un peligro extremo para sí mismo y para los demás, y había necesitado media década sin hacer daño deliberadamente a nadie, al menos no de modo consciente o apreciable, para que lo dejaran integrarse con el resto).

—¿Estás escuchándome? —preguntó Mitch.

Víctor asintió, distraído.

—Los hombres que marcan los perfiles están, o han estado, en contacto directo con Eli.

—Exacto.

Víctor brindó al aire con su agua; sus pensamientos estaban muy lejos de allí.

—Bravo, Mitch. —Se volvió hacia Sydney—. ¿Tienes hambre?

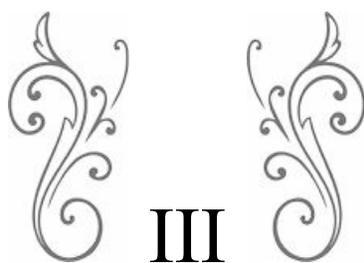
Pero Sydney no parecía estar escuchando. Había tomado la carpeta con los EO fallecidos y estaba hojeándola, casi distraída, cuando se detuvo. Víctor espío por encima del hombro de ella y vio lo que estaba mirando. Pelo rubio corto y unos ojos celestes que miraban a la cámara junto a un nombre impreso con claridad: Sydney Elinor Clarke.

—Mi segundo nombre es Marion —comentó, en voz baja—. Y él piensa que estoy muerta.

Víctor se inclinó y tomó la página. La plegó y la guardó en el bolsillo de su

camisa al tiempo que guiñaba el ojo.

—No por mucho tiempo —dijo, con unos golpecitos en su reloj—. No por mucho tiempo.



ESTA MAÑANA

BANCO TIDINGS WELL

Eli aparcó a una calle y media de la cinta amarilla que rodeaba la escena del crimen, y se colocó las gafas de atrezo antes de bajar del coche. Mientras caminaba entre los ojos de la multitud de espectadores morbosos y los fotógrafos que empezaban a congregarse, podía ver la parte trasera del banco, y el delito ya había terminado. La gente permanecía, había flashes de las cámaras, pero el silencio relativo —no había sirenas, ni disparos, ni gritos— le dijo lo suficiente.

Se puso tenso al ver al detective Stell, aunque Serena le había prometido que no había peligro. Aun así, el detective había llegado a Merit unos meses atrás para investigar una serie de asesinatos en la zona —obra de Eli, por supuesto—, y ni siquiera las palabras tranquilizadoras de Serena alcanzaban a borrar del todo sus dudas con respecto a la lealtad del detective. Stell, que ahora tenía el pelo entrecano y un pliegue permanente entre los ojos, lo recibió detrás del edificio y levantó la cinta para permitirle el paso. Eli se subió las gafas sobre la nariz por segunda vez. Eran un poco grandes para él.

—Se parece a Clark Kent —observó Stell secamente. Eli no estaba de humor.

—¿Dónde está?

—Muerto.

El detective entró por delante al banco.

—Les dije que lo quería vivo.

—No hemos tenido opción. Él empezó a disparar, o como lo quiera llamar. No podía apuntarle a nada. Como si ese poder suyo se le hubiera estropeado. Pero igualmente causó caos.

—¿Civiles?

—No, los hizo salir a todos. —Llegaron a una sábana negra que cubría una forma vagamente humana. Stell la tocó con la punta de la bota—. Los medios quieren saber cómo es que un loco que supuestamente está muerto entra en un banco con un arma, pero no intenta robar ni toma prisioneros. Lo único que hace es echar a todos, disparar al aire y pedir a gritos que acuda alguien llamado Eli Ever.

—No deberían haber permitido que se publicara ese artículo la semana pasada.

—No puedo impedir que la prensa use sus ojos, Eli. Fue usted quien quiso hacer un espectáculo.

A Eli no le gustó el tono del hombre; nunca le había gustado, no confiaba en el matiz combativo que tenía.

—Necesitaba una demostración —gruñó Eli.

No quería admitir que había más que eso, que necesitaba que hubiera *público*. La idea había sido de Serena, estaba seguro, antes que suya.

—Una cosa es una demostración —replicó Stell—. Pero ¿hacía falta un espectáculo?

—Fue para disimular el asesinato —respondió Eli, al tiempo que levantaba la sábana negra—. ¿Cómo iba a saber que no permanecería muerto?

Los ojos pardos de Barry Lynch lo miraron, vacíos y exánimes. Oyó los murmullos de los demás policías que estaban por allí, voces apagadas que se preguntaban quién era él y qué hacía allí. Eli intentó parecer oficial mientras observaba el cadáver.

—Me ha hecho venir para nada —murmuró—. Ahora que está muerto.

—Disculpe, pero antes también estaba muerto, ¿se acuerda? Y además —añadió Stell—, esta vez ha dejado una nota.

Stell le entregó a Eli una bolsa de plástico. Adentro había un papel arrugado. Lo sacó y lo desplegó con cuidado.

Era un dibujo rudimentario de una figura, hecho con palitos. Dos personas de la mano. Un hombre delgado vestido de negro y una chica, de la mitad de su estatura, de pelo corto y ojos grandes. La chica tenía la cabeza ligeramente ladeada, y una manchita roja en el brazo. En el pecho del hombre había tres manchitas similares, no más grandes que puntos. La boca del hombre era apenas una línea sombría.

Debajo del dibujo se leía una sola oración: *Tengo una nueva amiga.*

Victor.

—¿Se encuentra bien?

Eli parpadeó al sentir en el brazo la mano del policía. Se apartó, volvió a plegar el papel y se lo guardó en el bolsillo antes de que alguien lo viera o dijera nada.

—Deshágase del cuerpo —le dijo a Stell—. Esta vez, incinérelo.

Eli volvió por donde había llegado. No se detuvo hasta que se encontró a salvo dentro de su coche. En la relativa privacidad de la calle en Merit, apretó la mano contra el dibujo que tenía en el bolsillo, y sintió un dolor fantasma en el vientre.

Victor levantó el cuchillo de la mesa.

«Llamaste a la policía y me acusaste de ser un EO. Yo no te delaté, ¿sabes? Y habría podido hacerlo. ¿Por qué les has dicho semejante tontería? ¿Sabías que tienen agentes especiales que intervienen si se sospecha que hay un EO? Un tipo llamado Stell. ¿Lo sabías?».

«Te has vuelto loco». Eli dio un paso al lado. «Deja ese cuchillo. No puedes hacerme daño».

Victor sonrió. Parecía otra persona. Eli intentó retroceder, pero se topó con la pared. El cuchillo se hundió en su abdomen. Sintió que la punta le rozaba la piel de la espalda. El dolor había sido agudo, persistente; se prolongaba en lugar de acrecentarse de repente y disolverse.

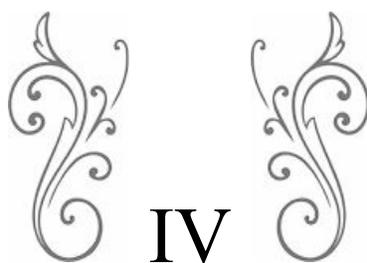
«¿Sabes de qué me he dado cuenta?», gruñó Victor. «*¿Aquella noche en la calle, cuando te vi quitándote los trozos de cristal de la mano? Que no puedes curarte hasta que retire el cuchillo*».

Lo retorció, y el dolor estalló tras los ojos de Eli, como una docena de colores. Gimió y empezó a deslizarse por la pared, pero Victor lo levantó con el mango del cuchillo.

«Y ni siquiera estoy usando aún mi nuevo truco», dijo Víctor. «No es tan espectacular como el tuyo, pero sí bastante efectivo. ¿Quieres verlo?».

Eli tragó en seco y marcó el número de Serena, mientras ponía el coche en marcha y se dirigía al hotel. No esperó hasta que ella hablara.

—Tenemos un problema.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Eli Ever se sentó en la escalinata de su apartamento en la mañana fría y se pasó los dedos por el pelo sin darse cuenta de que estaban cubiertos de sangre. Lo rodeaban cintas policiales amarillas, demasiado brillantes en el oscuro amanecer invernal. Luces rojas y azules salpicaban el suelo helado, y cada vez que las miraba, pasaba varios minutos parpadeando para borrar los colores de su campo visual.

—¿Podría contarnos una vez más...? —pidió un policía joven.

Eli se tocó el abdomen; aún sentía el eco del dolor, a pesar de que la piel ya había sanado. Se frotó las manos y vio caer la sangre seca como copos en la acera. Cargó su voz con una angustia que no estaba seguro de sentir y relató todo, desde la llamada desesperada de Victor la noche anterior, en la que había confesado el asesinato de Angie, hasta su repentina aparición en la sala del apartamento, pistola en mano. Eli omitió mencionar los cuchillos; los había lavado y guardado en sus respectivos cajones antes de la llegada de la policía. Era extraño cómo su cerebro había despejado un espacio a pesar del pánico, y había ayudado a sus manos y piernas a hacer lo necesario mientras, en el fondo de su mente, una voz que iba apagándose gritaba y su mejor amigo

estaba tendido en el piso de la sala, lleno de agujeros. Algo se había perdido en Eli; el miedo, eso le había dicho a Víctor... Se había ido por el desagüe junto con el agua helada de la bañera.

—Así que le arrebató la pistola al señor Vale.

Arrebatat era la palabra que había usado Eli, no el policía.

—El verano pasado asistí a un seminario de defensa personal —mintió—. No es tan difícil.

Luego se puso de pie, inseguro. Estaba cubierto de sangre, y tenía los brazos cuidadosamente cruzados sobre las costillas para ocultar el agujero que le había dejado el cuchillo en la camisa. Otros dos policías ya le habían preguntado por ello. Les había respondido que había tenido suerte. Que no sabía cómo era posible que no le hubiera acertado, pero que así era. Era obvio. Miren, la camisa tiene un agujero, pero Eli, no. Por suerte, a los policías les había interesado más Víctor, que estaba desangrándose en el suelo de madera, que el truco de magia de Eli. «Qué suerte ha tenido», habían murmurado, y Eli no supo si se referían a él o a Víctor, que había logrado evitar la muerte, al menos por el momento.

—Y luego usted le disparó tres veces.

—Estaba angustiado. Él acababa de matar a mi novia.

Eli se preguntó si se encontraba en estado de shock, si era eso lo que le impedía asimilar la muerte de Angie. Quería, *ansiaba* sentirla, pero había una brecha entre lo que sentía y lo que quería sentir, un espacio del que se había eliminado algo importante. Y estaba agrandándose. Le había dicho a Víctor que lo que había perdido era el miedo, pero eso no era del todo cierto porque aún estaba asustado. Lo asustaba esa brecha.

—¿Y después? —preguntó el policía.

Eli se frotó los ojos.

—Después me atacó. Entré en pánico. No sabía qué hacer. Traté de no matarlo. —Tragó en seco, deseando tener a mano un vaso de agua—. Mire, ¿puedo ir a asearme? —preguntó, señalando su ropa destrozada—. Necesito ir a ver a Angie... su cuerpo.

El agente habló con alguien que estaba más allá de la cinta amarilla y le dieron la aprobación. Hacía tiempo que se había retirado la ambulancia. Solo quedaban los destrozos. El policía levantó la cinta para dejarlo pasar.

Había un rastro rojo en la sala. Eli se detuvo y lo observó un momento. En su mente, vio otra vez la pelea con la misma claridad con que veía las luces de la policía, y se obligó a dirigirse hacia el baño. Cuando se vio en los espejos, contuvo la risa. Una de esas risas dudosas, mezcladas con llanto. Tenía sangre en la camisa. En los pantalones. En la cara. En el pelo. Eli se esforzó por quitársela, y se lavó los brazos como un cirujano antes de una operación. Su camisa preferida, una roja que Víctor siempre le decía que lo hacía parecer un tomate maduro, estaba hecha pedazos.

Victor. Victor estaba equivocado. En todo.

«Si a mí me falta algo, a ti también. En la vida se hacen concesiones. ¿O acaso creíste que, porque te pusiste en manos de Dios, Él iba a devolverte tal como eras, pero mejor?».

«Y lo hizo», dijo Eli en voz alta al lavabo. Lo hizo. Lo haría. Tenía que hacerlo. Fuera lo que fuese aquella brecha, estaba allí por algo: para fortalecerlo. Tenía que creer eso.

Eli se lavó la cara y se echó agua en el pelo hasta quitarse el rojo. Se puso ropa limpia, y estaba a punto de volver a pasar por debajo de la cinta amarilla que cruzaba la puerta de calle cuando oyó el final de un comentario del policía joven a otro.

—Sí, el detective Stell está en camino.

Eli se detuvo y volvió a entrar al apartamento.

«¿Sabías que tienen agentes especiales que intervienen si se sospecha que hay un EO? Un tío llamado Stell. Seguro que no lo sabías».

Eli dio media vuelta y se dirigió a la puerta trasera, pero la encontró bloqueada por un policía muy corpulento.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el agente.

Eli asintió lentamente.

—La puerta está bloqueada con cinta —explicó—. Solo trato de no molestar a nadie.

El policía corpulento asintió y se hizo a un lado. Eli salió por la puerta trasera y llegó al patio común antes de que el hombretón llegara a hablar con el policía joven. «No tenía aspecto de culpable», se dijo. Aún no.

El culpable era Victor. El Victor al que él conocía había muerto, y en su lugar había quedado algo frío y perverso. Una versión deformada y violenta de él. Victor nunca había sido bueno, ni tierno —siempre había tenido un lado afilado; a Eli lo había atraído su brillo metálico—, pero nunca había sido esto. Un asesino. Un monstruo. Al fin y al cabo, había *asesinado a Angie*. ¿Cómo? ¿Cómo había ocurrido? ¿Con dolor? ¿Era posible? La parte médica de su mente intentaba analizarlo. ¿Un ataque cardíaco? ¿Acaso el dolor podía causar un cortocircuito, como la electricidad? ¿Tal vez el cuerpo dejaba de funcionar? ¿Sus funciones se detenían? Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Era *Angie*. No un experimento científico. Una persona. La que lo había hecho sentir mejor, más cuerdo; la que lo había mantenido a flote cuando su mente empezaba a hundirse. ¿Qué era, entonces? ¿Era Angie lo que le faltaba? ¿No sería estupendo que la brecha fuera otra persona y no una parte de uno mismo? Pero no, no era eso. Angie lo había ayudado, siempre lo había ayudado, pero Eli había sentido ese vacío antes de que ella muriera, incluso

antes de morir él mismo. Había tenido solo atisbos de aquella sensación —o de su *falta*, en realidad—, como una nube pasajera. Pero desde el momento en que había despertado en el suelo del baño, la sombra se había colocado definitivamente sobre él, señal de que algo estaba mal.

Mal, no, se obligó a pensar. Diferente.

Eli llegó a su coche, agradecido por haber aparcado a dos calles (menos posibilidad de que le hicieran una multa) y lo puso en marcha. Pasó por los laboratorios de ingeniería, aminoró la velocidad apenas lo suficiente como para ver las cintas amarillas allí también —señalando la ruta de destrucción de Víctor— y los vehículos de emergencia. Siguió de largo. Necesitaba llegar a los edificios de los cursos de pregrado de medicina lo antes posible. Necesitaba encontrar al profesor Lyne.



Eli cruzó las puertas automáticas y entró al vestíbulo de los tres edificios agrupados que estaban reservados para las ciencias médicas, con una mochila vacía al hombro. El vestíbulo del laboratorio central estaba pintado de un amarillo pálido horrible. No sabía por qué insistían en pintar los laboratorios en tonos tan enfermizos; tal vez para preparar a los estudiantes para las gamas igualmente deprimentes de la mayoría de los hospitales en los que aspiraban a trabajar, o quizá por la noción errada de que pálido significaba limpio. Pero con ese color, el lugar parecía no tener vida, ahora más que nunca. Con la cabeza gacha, subió dos pisos por la escalera hasta llegar a la oficina donde había pasado la mayor parte de su tiempo libre desde el comienzo de las vacaciones de invierno. En la puerta, con letras relucientes, estaba la placa con el nombre del profesor Lyne. Eli probó el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. Buscó en sus bolsillos algo con lo que pudiera abrir la cerradura, y encontró un clip. Si funcionaba en la televisión, podía darle

resultado a él también. Se arrodilló frente a la cerradura.

Antes de que Victor regresara al campus, Eli le había llevado su descubrimiento al profesor Lyne, que había pasado del escepticismo a la curiosidad a medida que las teorías iban ganando solidez. A Eli le había gustado que el profesor le prestara atención en el otoño, pero eso no había sido nada en comparación con el placer que le daba haber ganado el respeto de Lyne. Su investigación, que ahora era de los dos, había adquirido un nuevo enfoque bajo la dirección del profesor: reinterpretaba las cualidades hipotéticas de los EO existentes —las ECM y sus secuelas físicas y psicológicas— con un posible sistema para *localizarlos*. Una especie de matriz de búsqueda. Al menos, esa había sido la orientación hasta que Victor se había presentado y había sugerido que podían *crear* un EO. Eli nunca le había contado esa idea al profesor Lyne. No había tenido la oportunidad. Después del intento fallido de Victor, Eli se había enfrascado demasiado en su propio intento, y luego de su éxito —porque había sido un éxito, aunque faltaran algunas piezas— no había querido contárselo. Había observado cómo se iba aguando el interés de Lyne, de la curiosidad a la fascinación, de un modo que Eli conocía bien. Lo suficientemente bien, sin duda, para desconfiar.

Ahora se alegraba de no haberle revelado el nuevo rumbo de su investigación. En menos de una semana, había terminado con la vida de Angie, arruinado la de Victor (si es que estaba vivo) y cambiado la suya. Si bien Victor había tenido la culpa por aquel vuelco oscuro en su tesis y la consiguiente destrucción, a la vez sus actos habían revelado la triste verdad de sus descubrimientos y a dónde los llevarían inevitablemente. Y ahora Eli sabía con exactitud lo que tenía que hacer.

—¿Puedo ayudarlo?

Eli levantó la vista —sus intentos de forzar la cerradura no estaban dando

resultado— y encontró a un conserje apoyado en una escoba. Los ojos del hombre pasaron de Eli al clip enderezado. Eli forzó una risa ligera y se puso de pie.

—Eso espero. Dios, qué idiota soy. Me dejé una carpeta en la oficina de Lyne. Es mi consejero. La necesito para mi tesis.

Estaba hablando demasiado rápido, como hacían los actores en televisión cuando querían que el público captara que estaban mintiendo. Tenía las manos sudadas. Se detuvo y se obligó a respirar.

—A propósito, ¿lo ha visto por aquí? —Inhala, exhala—. Puedo esperarlo un rato. —Inhala, exhala—. Sería mi primer descanso en varias semanas.

Calló y esperó para ver si el conserje le creía. Al cabo de un largo rato, el hombre sacó un juego de llaves del bolsillo y le abrió la puerta.

—Todavía no lo he visto, pero debería llegar pronto. Y para la próxima vez —añadió, antes de alejarse—, se necesitan dos clips.

Eli sonrió con alivio genuino, alzó la mano en gesto de agradecimiento y entró, tras lo cual cerró la puerta con un chasquido. Suspiró y se puso manos a la obra.

A veces las maravillas de los adelantos científicos aceleran nuestros procesos y nos facilitan la vida. La tecnología moderna nos brinda máquinas capaces de pensar tres, cinco o siete pasos por delante de la mente humana, máquinas que ofrecen soluciones elegantes, una selección de planes alternativos, B, C y D, si el plan A no ha salido a nuestro gusto.

Y otras veces, lo único que necesitamos es un destornillador y un poco de esfuerzo. Eli admitió que no era un recurso en extremo creativo, ni agradable estéticamente, pero sí era efectivo. La investigación estaba guardada en dos lugares. El primero era una carpeta azul que estaba en el tercer cajón del armario que estaba contra la pared; Eli la sacó y la guardó en su mochila. El

segundo era el ordenador.

Desmanteló el ordenador del profesor Lyne de la manera más simple e infalible que conocía: le quitó el disco duro y lo pisoteó, y luego guardó los restos en su mochila, junto con la carpeta, con la intención de arrojar ambas cosas a un incinerador o una trituradora de madera, para mayor seguridad. Tendría que confiar en que al profesor Lyne no se le hubiera ocurrido guardar una copia en alguna otra parte.

Eli cerró la mochila y trató de colocar el ordenador de tal manera que, a primera vista, no se notara que le faltaba el disco duro. Acababa de cargarse la mochila al hombro y de salir al pasillo, y estaba tratando de volver a cerrar la puerta de la oficina de Lyne cuando oyó una tos; al darse vuelta, encontró al profesor bloqueándole el paso, con el café en una mano y el maletín en la otra. Se observaron; Eli aún sostenía el picaporte de la puerta.

—Buenos días, señor Cardale.

—Voy a retirar mi tesis —anunció Eli sin preámbulos.

Lyne frunció la frente.

—Pero va a suspender.

Eli se ajustó la mochila y pasó junto a él.

—No me importa.

—Eli —dijo el profesor Lyne, mientras lo seguía—. ¿Qué sucede? ¿Por qué hace esto?

Estaban solos en el pasillo. Eli respondió, pero no aminoró el paso.

—Esto tiene que terminar —dijo, por lo bajo—. Ahora mismo. Fue un error.

—Pero si apenas estamos empezando —protestó el profesor Lyne. Eli abrió de un empujón la puerta de la escalera y salió al descanso, seguido por Lyne—. Los descubrimientos que ha hecho... —dijo el profesor—, los que *haremos*... cambiarán el mundo.

Eli se volvió hacia él.

—No para mejor —replicó—. No podemos seguir con esto. ¿A dónde nos lleva? Encontramos la manera de localizar a los EO, y luego ¿qué? Los capturan, los examinan, los disecan, los explican y alguien decide dejar de estudiar y empezar a crear.

Se le revolvió el estómago. Porque sucedería exactamente así, ¿o no? Él era la prueba. Cautivado por las perspectivas, las posibilidades, la oportunidad de demostrar algo en lugar de refutarlo.

¿Te lo preguntas alguna vez?

—¿Y eso sería tan malo? —preguntó Lyne—. ¿Crear algo ExtraOrdinario?

—No son ExtraOrdinarios —replicó Eli, alterado—. Están *mal*.

Eli se culpaba a sí mismo. Victor tenía razón: había jugado a ser Dios, incluso mientras pedía Su ayuda. Y Dios, en Su misericordia y poder, había salvado la vida de Eli, pero destruido todo lo que tenía que ver con ella.

—No voy a darle a nadie las herramientas para crear más EO. Todos esos caminos llevan a la ruina.

—No sea dramático.

—Se acabó. Esto se ha terminado para mí.

Eli aferró la mochila. Lyne lo miró con suspicacia.

—Para mí, no —dijo Lyne. Apoyó la mano en el hombro de Eli y sus dedos se cerraron sobre la correa de la mochila—. Tenemos una obligación con la ciencia, señor Cardale. La investigación debe continuar. Y los descubrimientos de esta magnitud se deben compartir. Deje de ser tan egoísta.

Lyne tiró de la mochila con fuerza, pero Eli se resistió, y en un abrir y cerrar de ojos, los dos hombres estaban peleando por ella. Eli empujó a Lyne contra la barandilla para quitárselo de encima, y en algún punto del forcejeo, el codo de Lyne fue a dar con fuerza contra el labio de Eli y se lo partió. Eli se enjugó

la sangre, le arrancó la mochila y la arrojó a un lado, y entonces reparó en que el profesor había dejado de pelear por ella. Estaba quieto, con los ojos dilatados, y Eli sintió, antes de verlo en los ojos de Lyne, lo que estaba ocurriendo. La piel de su labio volvió a unirse sin rastros de daño.

—Usted... —Eli vio que la expresión de Lyne pasaba de la conmoción al júbilo—. Usted lo hizo. Es uno de ellos. —Ya podía ver los experimentos, los artículos científicos, la prensa, la obsesión—. Es un...

El profesor no llegó a terminar, porque en ese momento Eli le dio un fuerte empujón y lo hizo rodar por la escalera. La palabra se prolongó en un grito breve, y se interrumpió de pronto ante el primero de varios golpes sordos que produjo el cuerpo de Lyne al caer por los escalones. Llegó al pie de la escalera con un crujido.

Eli observó el cuerpo, deseando horrorizarse. No lo logró. Allí estaba otra vez aquella brecha entre lo que sabía que debería sentir y lo que sentía, burlándose de él mientras contemplaba a Lyne. Eli no sabía a ciencia cierta si había sido su intención empujar al profesor por la escalera, o si solo había querido apartarlo de él, pero ahora el daño estaba hecho.

—Fue idea de Victor poner a prueba la teoría —dijo, mientras descendía los escalones—. Hubo que mejorar un poco el método, pero dio resultado. Por eso sé que esto no puede seguir.

Lyne se crispó. Su boca se abrió y emitió un sonido, mezcla de gemido e intento de respirar.

—Porque funciona. Y porque está mal.

Eli se detuvo al pie de la escalera, junto a su profesor.

—Yo morí rogando tener fuerzas para sobrevivir, y se me concedió. Pero es un trueque, profesor, con Dios o con el diablo, y he pagado mi don con las vidas de mis amigos. Cada EO vende una parte de sí que nunca puede

recuperar. ¿No se da cuenta?

Se arrodilló junto a Lyne, cuyos dedos se crisparon.

—No puedo permitir que nadie más cometa un pecado tan vil contra la naturaleza.

Eli sabía lo que tenía que hacer; lo sentía con una certeza extraña y reconfortante. Apoyó una mano casi con suavidad bajo la mandíbula de Lyne, y con la otra lo tomó por el mentón.

—Esta investigación muere con nosotros.

Dicho eso, le torció la cabeza súbitamente.

—Bueno —añadió en voz baja—, con *usted*.

Los ojos de Lyne quedaron vacíos; Eli le apoyó la cabeza suavemente en el suelo, y fue soltándolo a medida que se ponía de pie. Hubo un momento de quietud perfecta, como la que solía sentir en la iglesia, un atisbo de paz que lo hizo sentir... bien. Era la primera vez que se sentía como él mismo, como algo *más* que él mismo, desde que había vuelto a la vida.

Eli hizo la señal de la cruz.

Luego volvió a subir la escalera. Se detuvo un momento para observar el cadáver, torcido, con el cuello roto de un modo que resultaba creíble por la caída. El café había caído con el profesor y había dejado un rastro en los escalones, y la taza estaba rota junto a su cuerpo destrozado. Eli había tenido la precaución de no pisar el líquido. Se limpió las manos en los vaqueros y recogió la mochila en el descansillo, pero no se decidía a marcharse. Se quedó allí, esperando, esperando que surgiera la sensación de horror, la repulsión, la culpa. Pero eso nunca sucedió. Solo había quietud.

Entonces sonó un timbre en el edificio y se llevó consigo el silencio, y Eli quedó tan solo con un cadáver y con la súbita necesidad de *huir*.



Mientras Eli cruzaba el aparcamiento, su mente se debatía qué hacer a continuación. En lugar de la paz que había sentido en la escalera, le había quedado una energía como un cosquilleo y una voz en la cabeza que susurraba *Vete*. No era culpa, ni siquiera pánico; más bien era su instinto de supervivencia. Llegó a su coche e introdujo la llave en la puerta, y entonces oyó los pasos detrás de él.

—Señor Cardale.

Vete, gruñó aquello en su cabeza, con voz muy clara y tentadora, pero algo más lo mantuvo en su lugar. Giró la llave en la puerta del coche y la cerró con un leve chasquido.

—¿Necesitaba algo? —preguntó, volviéndose hacia el hombre. Era alto y tenía hombros anchos y cabello negro.

—Soy el detective Stell. ¿Llegaba o se marchaba?

Eli retiró la llave de la puerta.

—Llegaba. Pensé que debería informarle al profesor Lyne. Sobre Victor. Tenían bastante relación.

—Lo acompaño.

Eli asintió y dio un paso, pero enseguida se detuvo y frunció el ceño.

—Dejaré la mochila aquí —comentó. Abrió la puerta y arrojó la mochila, con las carpetas y el disco rígido, al asiento trasero—. Hoy no me siento como para ir a clase.

—Lamento su pérdida —dijo el detective automáticamente.

Eli contó los pasos hacia los laboratorios de medicina. Llegó a contar treinta y cuatro hasta que oyó las sirenas, y levantó la vista como sorprendido. A su lado, Stell soltó una palabrota y apretó el paso.

Habían encontrado el cuerpo de Lyne, entonces.

Corre corre corre, susurraba aquello en la cabeza de Eli. Cantaba en el

mismo tono y a la misma velocidad que las sirenas.

Y corrió, sí, pero no lejos de allí. Sus pies lo llevaron hacia la entrada del edificio y al interior, siguiendo al equipo de emergencias, que se dirigía a la escalera. Cuando Eli vio el cadáver, emitió un sonido estrangulado. Stell lo apartó; Eli dejó que se le aflojaran las piernas y cayó al suelo de rodillas con un crujido. Hizo una mueca, mientras los hematomas se formaban y desaparecían bajo las perneras de sus pantalones.

—Vamos, hijo —decía Stell, al tiempo que intentaba apartarlo. Pero Eli tenía la mirada fija en la escena. Todo estaba saliendo como debía, como era *necesario*, y los cabos sueltos se iban atando. Hasta que vio al conserje, recostado contra la pared, con el ceño fruncido como quien intenta resolver un acertijo.

Mierda, pensó Eli, pero seguramente lo dijo en voz alta, porque Stell lo ayudó a ponerse de pie y dijo:

—Mierda, sí. Vámonos.

Había demasiadas muertes demasiado rápido. Eli sabía que sospecharían de él. Tenían que hacerlo. *Corre*, decía aquello en su cabeza, en tono apremiante y luego suplicante, estimulando sus músculos y sus nervios. Pero no podía. Si huía ahora, lo seguirían.

Entonces no huyó. De hecho, hizo el papel de víctima bastante bien. Desconsolado, enojado, traumatizado y, sobre todo, dispuesto a colaborar.

Cuando el detective Stell señaló que todos los que rodeaban a Eli estaban muertos o casi muertos, este puso su mejor cara de desconsuelo. Explicó los celos de Víctor, tanto por su novia como por su desempeño en los estudios. Víctor siempre había ido un paso más atrás. Seguramente no había resistido más. Suele ocurrir.

Cuando el detective Stell le preguntó por su tesis, le explicó que había sido

suya hasta que Víctor se la había usurpado, y a sus espaldas había empezado a trabajar con Lyne. Luego se acercó más y le contó a Stell que Víctor había estado distinto los últimos días, que ya no parecía él; que algo no estaba bien, y que si sobrevivía —aún estaba en terapia intensiva— todos debían tener mucho cuidado.

A Eli lo eximieron de presentar su tesis, en vista del trauma. *Trauma*. La palabra lo había rondado durante el interrogatorio policial y sus reuniones académicas, y hasta en el apartamento universitario al que lo habían mudado. *Trauma*. La palabra que lo había ayudado a descifrar el código, a identificar los orígenes de los EO. *Trauma* llegó a ser una especie de permiso para ausentarse de clase. Si tan solo supieran el *trauma* que había sufrido. No lo sabían.

Entró al nuevo apartamento con las luces apagadas y dejó la mochila —nunca le habían revisado el coche— en el suelo. Era la primera vez que estaba solo, verdaderamente solo, desde que había abandonado la fiesta en busca de Víctor. Y por un momento, se cerró la brecha entre lo que hubiera debido sentir y lo que sentía. Las lágrimas empezaron a rodar por su rostro mientras caía de rodillas en el suelo de madera.

«¿Por qué está ocurriendo esto?», murmuró a la habitación vacía.

No estaba seguro de si se refería a la tristeza repentina y feroz, al asesinato de Lyne, a la muerte de Angie, al cambio en Víctor, o al hecho de que él mismo aún estaba allí, en medio de todo, indemne.

Indemne. Eso era exactamente. Él había querido fuerzas, había rogado tenerlas mientras el agua helada absorbía el calor y la vida de su cuerpo, pero había recibido *esto*. Resiliencia. Invencibilidad. Pero ¿por qué?

Los EO están mal, y yo soy un EO, por lo tanto, debo estar mal. Era la más simple de las ecuaciones, pero no era correcta. De alguna manera, *no era*

correcta. Eli sabía en su corazón, con una certeza extraña y simple, que los EO eran algo que estaba mal. Que no deberían existir. Pero sentía, con la misma certeza, que *él* no estaba mal, no de la misma forma. Diferente, sí, eso era innegable, pero no mal. Recordó lo que había dicho en la escalera. Las palabras habían salido por sí solas.

«Pero es un trueque, profesor, con Dios o con el diablo...».

¿Podía ser esa la diferencia? Eli había visto a un demonio vestido con la piel de su amigo, pero no sentía que hubiera un demonio en *él mismo*. En todo caso, sentía unas manos, fuertes y firmes, que lo guiaban al apretar el gatillo, al romperle el cuello a Lyne, al no huir de Stell. Le parecía que esos momentos de paz, de certeza, eran fe.

Pero necesitaba una señal. A Eli, en los últimos días, Dios le había parecido la luz de un fósforo en comparación con el sol de sus propios descubrimientos, pero ahora volvía a sentirse como un chico que necesitaba aprobación. Sacó un cortaplumas del bolsillo de sus vaqueros y lo abrió.

«¿Aceptarías una devolución?», le preguntó al apartamento a oscuras. «Si ya no soy obra Tuya, aceptarías que Te devolviera este poder, ¿verdad?». Se le llenaron los ojos de lágrimas. «¿Verdad?».

Se hizo un corte profundo, desde el codo hasta la muñeca, e hizo una mueca de dolor mientras la sangre brotaba y se derramaba al instante, y goteaba al suelo.

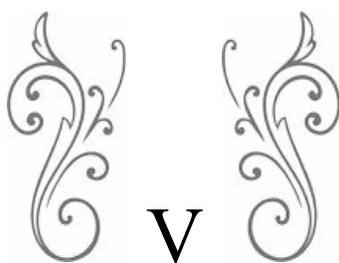
«Me dejarías morir».

Cambió de mano e hizo un corte similar en el otro antebrazo, pero antes de que llegara a la muñeca, las heridas ya estaban cerrándose y solo quedaba la piel lisa, y un pequeño charco de sangre.

«¿Verdad?».

Cortó más profundamente, hasta el hueso, una y otra vez, hasta que el suelo

quedó rojo. Hasta que había entregado su vida a Dios cien veces, y cien veces Él se la había devuelto. Hasta que todo el miedo y la duda lo abandonaron con la sangre. Entonces, dejó el cortaplumas a un lado con manos temblorosas. Eli sumergió las puntas de los dedos en el charco rojo, hizo la señal de la cruz y se puso de pie.



ALREDEDOR DEL MEDIODÍA

EL HOTEL ESQUIRE

Eli aparcó en la calle.

No confiaba en los garajes de los hoteles desde un incidente que había tenido tres años atrás, con un EO que provocaba temblores de tierra. Había tardado dos horas enteras en curarse, y antes había tenido que ingeniárselas para salir de entre los escombros. Además, con eso de marcar la entrada y la salida, con los vales, los pagos y las barreras... Era imposible salir rápidamente de un garaje. Por eso Eli aparcó, cruzó la calle y pasó por la elegante entrada del hotel, una marquesina de piedra y luces que anunciaba el orgullo de Merit, el HOTEL ESQUIRE. Lo había elegido Serena, y él no había estado de humor para contradecirla. Llevaban allí apenas un par de días, desde el *percance* con Sydney. En realidad, él había tenido la esperanza de que la niña se desangrara en el bosque, que tal vez una o dos de las balas que le había disparado hubieran dado contra piel en lugar de madera y aire. Pero el dibujo que llevaba en el bolsillo, y el muerto-revivido-muerto otra vez Barry Lynch, sugería lo contrario.

—Buenas tardes, señor Hil.

Eli tardó un momento en recordar que *él* era el señor Hill. Entonces sonrió y

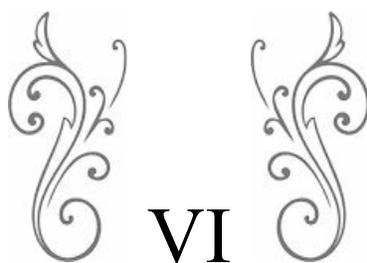
saludó a la recepcionista con una inclinación de la cabeza. Serena era mejor que un documento de identidad falso. De hecho, para registrarse, no habían tenido que presentar *ningún* documento de identidad. Y ninguna tarjeta de crédito. Ella estaba resultándole muy útil, en verdad. A Eli no le gustaba depender tanto de otra persona, pero logró convencerse de que mientras Serena le facilitara las cosas, estaría ahorrándole esfuerzos que él era más que capaz de hacer, si era necesario. Pensándolo así, ella no era esencial: solo inmensamente práctica.

A mitad de camino hacia el ascensor, Eli se cruzó con un hombre. Trazó un rápido perfil mental del desconocido, en parte por costumbre y en parte por una fuerte sensación de que algo estaba fuera de lugar, un sexto sentido adquirido en el transcurso de una década de estudiar a las personas como si fueran imágenes en las que había que encontrar las diferencias. El hotel era caro, elegante, y la mayoría de los huéspedes vestían trajes. Aquel hombre tenía puesto algo que podría pasar por un traje, pero era inmenso, y tenía tatuajes que asomaban debajo de las mangas recogidas y del cuello. Iba leyendo algo mientras caminaba, sin levantar nunca la vista, y la recepcionista no pareció preocuparse, así que Eli guardó mentalmente el rostro del hombre y subió a su habitación.

Tomó el ascensor hasta el noveno piso y entró con su llave. La suite era agradable pero austera a la vez; tenía una cocina abierta, ventanales del suelo al techo, y un balcón con vistas a la ciudad. Pero Serena no estaba. Eli dejó su bandolera en el sofá y se sentó frente a un escritorio que estaba en el rincón, donde había un portátil sobre un periódico. Sacó el ordenador de hibernación y, mientras se cargaba la base de datos de la Policía de Merit, tomó el dibujo plegado del bolsillo, lo puso sobre el escritorio y le alisó los bordes. La base de datos emitió una leve señal, y Eli accedió por la puerta trasera digital que

le habían preparado el agente Dane y el detective Stell.

Después, recorrió las carpetas hasta encontrar el archivo que estaba buscando. Beth Kirk lo miró desde la fotografía, su cara enmarcada en el pelo azul. Eli la observó un momento, y luego arrastró el perfil a la papelera.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

Eli estaba sentado en el apartamento de la universidad, comiendo comida china del CIL, cuando vio la noticia en el telediario. Dale Sykes, conserje de la Universidad Lockland, había sido víctima de un accidente de tráfico la noche anterior, mientras regresaba a su hogar. Alguien lo había atropellado y no se había detenido para socorrerlo. Eli ensartó otro trozo de brócoli con el tenedor. No había sido su intención. Es decir, no había subido al coche *decidido* a matar al conserje. Pero sí había averiguado los horarios de trabajo de Sykes, y sí había subido al coche a la misma hora a la que Sykes salía de su turno nocturno una vez por semana, y sí lo había visto cruzando la calle, y sí había acelerado. Pero era una serie de circunstancias que se habían conjugado de manera tal que cualquiera de ellas podría haber variado en cuestión de segundos y salvado la vida del hombre. Era la única manera que se le ocurría a Eli de darle una oportunidad al conserje, o mejor dicho, de darle una oportunidad a Dios para que interviniera. Sykes no era un EO, no, pero era un cabo suelto, y cuando Eli lo arrolló con dos golpes sordos y su pecho se llenó de aquella quietud, supo que había hecho lo correcto.

Ahora estaba sentado a la mesa de la cocina mientras el caso se reproducía

en la pantalla, mirando por encima de su comida china las dos pilas de papeles. La primera consistía en los apuntes para su tesis, específicamente sus primeras investigaciones: fotografías de sitios web, testimonios y cosas similares. En la segunda pila estaba el contenido de la carpeta azul de Lyne. Allí estaba la teoría de Eli sobre el origen de los EO, pero Lyne había agregado sus propias anotaciones sobre las circunstancias y los factores utilizados para identificar a un posible EO. A las experiencias cercanas a la muerte, el profesor le había añadido un término que Eli nunca lo había oído emplear: Trastorno Mortal Postraumático, o las inestabilidades psicológicas resultantes de una ECM, y otro que debía ser nuevo, Principio de Renacimiento, o el deseo del paciente de escapar de la vida que tenía antes, o de redefinirse de acuerdo con su capacidad.

Eli había fruncido la nariz al leer el segundo. No le gustó reconocerse en esas notas. Sin embargo, tenía buenos motivos para leerlas. Porque lo que había sentido al arrollar a Dale Sykes era lo mismo que había sentido al intentar acabar con la vida de Victor. Un objetivo. Y empezaba a descubrir cuál era ese objetivo.

Los EO eran una afrenta a la naturaleza, a Dios; eso lo sabía. Eran antinaturales y eran fuertes, pero Eli siempre sería más fuerte. Su poder era un escudo contra el de ellos, infranqueable. Podía hacer lo que la gente común no podía. Podía detenerlos.

Pero antes necesitaba encontrarlos. Y por eso estaba revisando las investigaciones, aplicando los métodos de Lyne a los casos de estudio, con la esperanza de que alguno de ellos le diera un punto de partida.

Victor siempre había sido más hábil para resolver esa clase de acertijos. Le bastaba echar un vistazo para distinguir las conexiones, por difusas que fueran. Pero Eli perseveró, siguió examinando los archivos mientras la noticia

aparecía una y otra vez en el fondo, hasta que al fin encontró algo. Una pista. De un artículo de un periódico que Eli había guardado sin un motivo en particular. La familia de un hombre había muerto en un extraño accidente, aplastada. Había sucedido apenas unos meses antes de que él mismo estuviera a punto de morir en el derrumbe de un edificio. Solo se daba el nombre de pila del hombre, Wallace, y el periódico, que era de una ciudad que se encontraba más o menos a una hora de allí, decía que era natural del lugar. Eli pasó varios minutos observando el nombre, hasta que encontró una captura de pantalla de un foro en Internet, uno de esos sitios donde el 99,5 % de las personas son aficionados en busca de atención. Pero Eli había sido meticuloso y la había impreso de todos modos. Incluso había encontrado la lista de los miembros del sitio. Uno de ellos, un tal Wallace47, había publicado una sola vez en un hilo de mensajes que ya no estaba activo. La fecha era del año anterior, entre su propio accidente y el de su familia. Lo único que decía era *Nadie está a salvo cerca de mí.*

No era mucho, pero sí un comienzo. Y mientras arrojaba a la basura el recipiente de comida china y apagaba el televisor, Eli quería salir, correr, no para huir de nada, sino para *hacer* algo. Tenía una meta. Una misión.

Pero sabía que debía esperar. Fue contando los días hasta su graduación, sintiendo siempre sobre él la atención de los profesores, de los consejeros y de los policías, como el sol en verano. Al principio era muy evidente, pero con el correr de los meses fue en disminución hasta que, cuando llegaron los exámenes, la mayoría hasta olvidaba poner cara de consternación al verlo entrar. Cuando al fin terminó el año, guardó sus cosas, dio una última revisión al apartamento y cerró la puerta con llave. Guardó la llave en un sobre de la universidad y lo depositó en el buzón ubicado a la entrada de servicios de alojamiento.

Entonces, y solo entonces, cuando el campus de Lockland se perdió a lo lejos, Eli descartó para siempre el apellido Cardale y adoptó Ever, y fue en pos de su objetivo.



A Eli no le gustaba matar.

Sí le gustaba el momento posterior al hecho. La quietud sublime que llenaba el aire mientras sus huesos rotos se soldaban y su piel desgarrada se cerraba, y que era señal de la aprobación de Dios.

Pero el hecho en sí de asesinar era más sucio de lo que había previsto.

Además, no le gustaba la palabra. *Asesinato*. ¿Por qué no *exclusión*? *Exclusión* era una palabra mejor. Hacía que los sujetos parecieran menos humanos, algo que en realidad no eran... Cuestión de semántica. No obstante, era algo sucio. La abundancia de violencia en televisión le había hecho creer que matar era limpio. La tos breve de una pistola. La estocada rápida de un cuchillo. Un momento de conmoción.

La cámara corta la escena y la vida continúa.

Fácil.

Y, a decir verdad, la muerte de Lyne sí había sido fácil. También la de Sykes, en realidad, ya que el coche había hecho todo el trabajo. Pero mientras se quitaba un par de guantes de látex empapados en sangre, Eli deseó que la cámara pasara a una escena más agradable.

Wallace se había resistido. Tenía cerca de sesenta años, pero era fuerte como un toro. Incluso había doblado uno de sus cuchillos preferidos antes de partirlo en dos.

Eli se recostó contra la pared de ladrillos y esperó a que sus costillas volvieran a recolocarse antes de arrastrar el cadáver hasta la pila de basura más cercana. Era una noche cálida, y antes de salir del callejón Eli se revisó

en busca de manchas de sangre. La quietud ya empezaba a desvanecerse, y en su lugar quedaba una extraña tristeza.

Nuevamente se sentía perdido. Sin un propósito. Incluso con aquella pista, había tardado tres semanas en encontrar al EO. Fue una persecución lenta y torpe. Había querido estar seguro. Necesitaba una prueba. Al fin y al cabo, ¿y si sus suposiciones no eran correctas? Eli no tenía ningún deseo de llevar a cabo una matanza de personas. Lyne y Sykes habían sido excepciones, víctimas de las circunstancias; habían sido muertes lamentables pero necesarias. Y, si Eli era honesto consigo mismo, desordenadas. Sabía que podía hacerlo mejor. Wallace había sido una mejora. Como en cualquier emprendimiento, había una curva de aprendizaje, pero Eli creía firmemente en el viejo dicho.

La práctica hace al maestro.



ALREDEDOR DEL MEDIODÍA

EL HOTEL ESQUIRE

Victor y Sydney estaban sentados en la habitación del hotel, comiendo pizza fría y revisando los perfiles que Mitch les había preparado. Mitch había salido a hacer un trámite, y aunque los ojos de Victor estaban recorriendo el perfil de un hombre de mediana edad llamado Zachary Flinch, su mente estaba mucho más concentrada en el teléfono móvil —que estaba listo y a mano sobre la encimera— y en el nombre Stell, que en sus papeles. Sus dedos tamborileaban un ritmo tranquilo sobre su pierna. Del lado opuesto a donde estaba el teléfono había un perfil de un hombre más joven llamado Dominic Rusher.

Sydney estaba sentada en un taburete cercano, terminando su segunda porción de pizza. Victor la vio espiar de reajo la fotografía de Eli del periódico, que asomaba por debajo de la esquina del tercer perfil, que pertenecía a la muchacha de pelo azul, Beth Kirk. La observó extender la mano y extraer el artículo, y quedarse observándolo con sus ojos azules muy abiertos.

—No te preocupes, Syd —dijo Victor—. Lo haré sufrir.

Por un momento se quedó callada, su rostro como una máscara. Y luego la máscara se rompió.

—Cuando vino por mí —relató—, me dijo que era *por el bien de todos*. — Escupió las últimas palabras—. Dijo que yo era antinatural. Que iba en contra de Dios. Esa fue la explicación que dio de por qué quería matarme. No me pareció una razón muy buena. —Tragó en seco—. Pero a mi hermana le bastó para entregarme.

Victor frunció el ceño. Seguía sin entender la cuestión de la hermana de Sydney, Serena. ¿Por qué Eli aún no la había matado? Parecía empeñado en matar a todos los demás.

—Seguramente es complicado —dijo, levantando la vista del perfil que tenía en las manos—. ¿Qué puede hacer tu hermana?

Sydney vaciló.

—No lo sé. Nunca me lo mostró. Iba a hacerlo, pero su novio me disparó. ¿Por qué?

—Porque Eli aún no la mata —respondió Victor—. Tiene que haber una razón. Ella debe serle útil de alguna manera.

Sydney bajó la vista y se encogió de hombros.

—Pero —añadió Victor—, si fuera solo por eso, a ti también te habría conservado. Allá él, mejor para mí.

Hubo un asomo de sonrisa en los labios de Sydney. Arrojó el borde de masa de pizza al bulto negro que estaba en el suelo. Dol se despabiló y lo atrapó antes de que llegara al suelo. Luego se levantó y rodeó la encimera hasta donde estaba Victor, y quedó observando con expectación el resto de su porción. Victor se lo dio, y rascó brevemente las orejas del perro, que le llegaban a la altura del estómago, aun estando él sentado en el taburete. Miró al perro y luego a Sydney. Últimamente estaba recogiendo muchos desamparados.

Sonó el móvil de Victor.

Dejó el papel y tomó el teléfono, todo en un solo movimiento.

—¿Sí?

—Lo tengo —anunció Mitch.

—¿A Dane o a Stell?

—A Dane. Y hasta encontré una habitación.

—¿Dónde? —pregunto Victor, mientras se ponía el abrigo.

—Mira por la ventana.

Victor se acercó a los ventanales y observó la vista. Sobre la acera de enfrente, dos edificios más allá, estaba el esqueleto de un rascacielos. El andamiaje estaba rodeado por un muro de madera, y enfrente había un cartel que decía FALCON PRICE, pero no había obreros trabajando. La obra estaba en pausa o abandonada.

—Perfecto —dijo Victor—. Allá voy.

Cortó, y vio que Sydney ya se había bajado del taburete y estaba esperándolo con su abrigo rojo en la mano. Victor no pudo evitar pensar que ella tenía la misma expresión que Dol: expectante, esperanzada.

—No, Sydney. Necesito que te quedes aquí.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque tú no crees que yo sea una mala persona —explicó—. Y no quiero demostrarte lo contrario.



Victor avanzó esquivando las láminas plásticas que cercaban los espacios sin terminar de la planta baja del edificio; sus pasos resonaban sobre cemento y acero. La fina capa de polvo que cubría los sectores externos y más expuestos de la obra sugería que esta se había abandonado recientemente, pero la calidad de los materiales y la excelente ubicación lo hicieron pensar que no seguiría abandonada por mucho tiempo. Los edificios en transición eran sitios

perfectos para reuniones como aquella.

Algunas capas plásticas más tarde, encontró a Mitch y a un hombre en una silla plegable. Mitch parecía aburrido. El hombre que estaba sentado en la silla parecía indignado y, por debajo de esa expresión, aterrado. Victor prácticamente podía percibir el miedo, una versión más leve de la oleada similar a un radar que producía el dolor. El hombre era delgado, tenía pelo corto oscuro y mandíbula fuerte. Sus manos estaban sujetas en la espalda con cinta de embalar, y aún llevaba puesto su uniforme, con el cuello oscurecido por sangre en algunas partes. La sangre provenía de su mejilla, o de su nariz, o tal vez de ambas, Victor no pudo distinguirlo bien. Algunas gotas habían caído en la placa que llevaba sobre el corazón.

—Tengo que admitir —dijo Victor— que esperaba encontrar a Stell.

—Dijiste que cualquiera de los dos servía. Stell no estaba. A este lo encontré tomando un descanso para fumar —explicó Mitch.

Victor esbozó una sonrisa beatífica mientras volcaba su atención hacia el hombre sentado.

—Fumar hace daño, agente Dane.

El agente Dane dijo algo, pero por la cinta que le tapaba la boca resultó ininteligible.

—Usted no me conoce —prosiguió Victor. Apoyó la bota en el lado de la silla plegable y la inclinó. El agente Dane cayó al suelo con un crujido y un grito ahogado. Victor detuvo la silla antes de que cayera, la hizo girar en un solo movimiento ágil y se sentó—. Soy amigo de un amigo suyo. Y le agradecería mucho su ayuda. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas—. Quiero que me diga los códigos de acceso a la base de datos de la policía.

El agente Dane frunció el ceño. Mitch, también.

—Vic —dijo, acercándose a él para que Dane no lo oyera—. ¿Para qué necesitas eso? Ya te he hecho entrar.

A Victor no parecía importarle si el agente los oía o no.

—Me diste ojos, y te lo agradezco. Pero quiero publicar algo, y para hacer eso, necesito una identificación reconocida.

Era hora de enviar otro mensaje, y Victor quería planear todos los detalles a la perfección. Los perfiles marcados tenían etiquetas de sus autores, y tal como el mismo Mitch había señalado, todas pertenecían a una de dos personas: Stell o Dane.

—Además —añadió Victor, poniéndose de pie—, así es más divertido.

El aire empezó a vibrar, y el esqueleto expuesto del edificio reflejó la energía hasta que todo el recinto estaba zumbando.

—Mejor espera afuera —le pidió a Mitch.

Victor había perfeccionado su arte: podía elegir a una persona entre una multitud y volverla como una piedra, pero aun así no le gustaba que hubiera nadie cerca. Por si acaso. De vez en cuando, se entusiasmaba demasiado y el dolor se salía de cauce y afectaba a otros. Mitch lo conocía bien y, sin hacer preguntas, hizo a un lado una cortina de plástico y salió.

Victor lo miró alejarse, flexionando los dedos como si los necesitara ágiles. Sintió una punzada de culpa por involucrar a Mitch en todo eso. En realidad, no había ido a parar a una cárcel de máxima seguridad solo por ser hacker, pero aun así... Secuestrar a un agente de policía era un delito grave. No tan grave como los que estaba por cometer Victor, desde luego, pero dados los antecedentes de Mitch, no lo favorecería. Había pensado en despedirse de su amigo una vez que estuvieran fuera de la Cárcel de Wrighton, pero la simple verdad era que Victor no poseía una fuerza sobrehumana, y alguien tenía que ayudarlo a deshacerse de los cadáveres. Además, se había acostumbrado a la

presencia de Mitch.

Suspiró y volvió a prestar atención al agente, que estaba intentando hablar. Victor se agachó, y su rodilla se clavó en el pecho del hombre mientras le retiraba la cinta de la boca.

—No sabe lo que está haciendo —gruñó el agente Dane—. Por esto lo van a freír.

Victor sonrió con tranquilidad.

—Si me ayuda, no.

—¿Por qué debería ayudarlo?

Victor volvió a cubrirle la boca con la cinta y se puso de pie.

—Bueno, no debería. —El zumbido en el aire se intensificó. El cuerpo del agente Dane hizo un espasmo, y la cinta ahogó su grito—. Pero lo hará.



ESA TARDE

EL HOTEL ESQUIRE

Eli estaba observando la pantalla cuadriculada de la base de datos de la policía cuando oyó abrirse la puerta a su espalda. Dio un golpecito en la pantalla para cerrar el perfil de un sospechoso de ser EO llamado Dominic Rusher, justo en el momento en que unos brazos delgados le rodeaban los hombros y unos labios le rozaban la oreja.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Buscando a Sydney.

Eli se puso tenso.

—¿Y?

—Todavía no he tenido suerte, pero he avisado a algunas personas. Al menos, tendremos algunos pares más de ojos. ¿Cómo te ha ido en el banco?

—No confío en Stell —dijo Eli por centésima vez.

Serena suspiró.

—¿Y Barry Lynch?

—Estaba muerto otra vez cuando llegué. —Levantó el dibujo infantil del escritorio y se lo entregó ciegamente a ella—. Pero dejó esto.

Eli sintió que le quitaban el dibujo de entre los dedos, y un momento

después Serena dijo:

—No sabía que Víctor era tan delgado.

—No es momento para bromas —replicó Eli, de mal humor.

Serena hizo girar la silla hacia donde estaba ella. Sus ojos se veían fríos como el hielo.

—Tienes razón. Me dijiste que habías matado a Sydney.

—Eso creía.

Serena se inclinó y le quitó las gafas de atrezo. Eli había olvidado que aún las tenía puestas. Ella se las colocó sobre la cabeza como una diadema improvisada y lo besó, no en los labios sino entre los ojos, en el punto que se fruncía cada vez que él se le resistía.

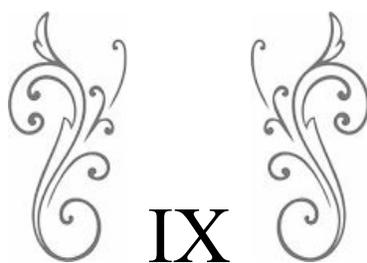
—¿De veras? —susurró contra él.

Eli hizo que su piel se alisara bajo el beso. Era más fácil pensar cuando ella no estaba mirándolo a los ojos.

—Sí.

Eli suspiró por dentro con alivio al decirlo. Una sola palabra, a lo sumo una verdad a medias, y nada más. Fue difícil, y lo dejó agotado, pero no cabía duda: cada vez podía resistirse más.

Serena se apartó apenas lo suficiente para clavar en él sus fríos ojos azules. Eli vio al diablo en ellos, astuto y con su lengua de plata, y pensó, no por primera vez, que debería haberla matado cuando había tenido la oportunidad.



EL OTOÑO PASADO

UNIVERSIDAD DE MERIT

La música estaba a un volumen tan alto que hacía temblar los cuadros en las paredes. Un ángel y un hechicero se besaban en la escalera. Dos gatos traviosos se disputaban un vampiro. Un tipo con lentillas de color amarillo aulló, y alguien derramó un vaso de cerveza cerca de los pies de Eli.

Le birló los cuernos a un diablo que estaba en la entrada y se los puso en la cabeza. Había visto entrar a la chica, acompañada por una Barbie y una colegiala católica con numerosas infracciones en el uniforme, pero *ella* estaba vestida con vaqueros y un polo, con el pelo rubio suelto sobre los hombros. La había perdido de vista apenas un momento, y ahora veía allí a sus amigas, avanzando entre la multitud con los dedos entrelazados por encima de sus cabezas, pero ella ya no estaba. Debería haberse destacado, pues la falta de disfraz llamaba la atención en una fiesta de Halloween, pero no estaba por ninguna parte.

Eli recorrió la casa, evitando los intentos de varias estudiantes bonitas por demorarlo. Era halagador y, al fin y al cabo, él parecía un estudiante más —lo parecía desde hacía diez años—, pero no había ido a la fiesta a divertirse. Y después, tras varias vueltas infructuosas por la casa, ella lo encontró. Una

mano lo atrajo a la escalera, hacia la penumbra.

—Hola —susurró la chica. A pesar de la música y del bullicio, de alguna manera alcanzó a oírla.

—Hola —murmuró contra ella.

Ella entrelazó los dedos con los de él y lo llevó a la planta alta, lejos de la fiesta ensordecedora, a un dormitorio que no era el suyo, a juzgar por el modo en que miró alrededor antes de entrar. *Estas universitarias*, pensó Eli alegremente. Eran un encanto. Una vez que entraron, Eli cerró la puerta y el mundo se aquietó maravillosamente; la música se redujo a una especie de tamborileo. La luz estaba apagada y así la dejaron; la única iluminación era la claridad de la luna y del alumbrado público que entraba por la ventana.

—¿Vienes a una fiesta de Halloween sin disfraz? —bromeó Eli.

La chica sacó una lupa del bolsillo trasero.

—Sherlock —explicó.

Sus movimientos eran lentos, casi adormilados. Tenía ojos del color del agua en invierno, y Eli no sabía cuál era su poder. No la había investigado el tiempo suficiente, no había esperado una demostración; o, mejor dicho, hacía semanas que la investigaba y esperaba, pero no había logrado descubrir cuál era su habilidad, así que había decidido acercarse un poco más. Eso iba contra sus propias reglas, y lo sabía; sin embargo, allí estaba.

—¿Y tú eres...? —preguntó ella.

Eli se dio cuenta de que era demasiado alto para que ella los viera. Bajó la cabeza y señaló los cuernos que se había colocado. Eran rojos y estaban cubiertos de lentejuelas, resplandecían en la habitación en penumbras.

—Mefistófeles —respondió.

Ella rio. Era estudiante de Literatura inglesa. Eli lo sabía. Y resultaba muy oportuno, pensó. Un diablo para atraer a otro.

—Qué original —comentó ella con una sonrisa aburrida.

Serena Clarke. Ese era su nombre, según los apuntes de Eli. Tenía una belleza descuidada. El poco maquillaje que se había puesto parecía una idea de último momento, y a Eli le costaba dejar de mirarla. Estaba acostumbrado a las chicas bonitas, pero Serena era diferente, era *más*. Cuando ella lo atrajo para un beso, Eli casi olvidó el cloroformo que tenía en el bolsillo trasero. Las manos de Serena descendieron por su espalda hasta sus vaqueros, y Eli las apartó justo antes de que llegaran a rozar el frasco y el paño doblado. Guió las manos de ella hacia arriba contra la pared, por encima de su cabeza, y las sostuvo allí mientras se besaban. Ella sabía a agua fría.

Eli había tenido la intención de empujarla por la ventana.

En lugar de eso, dejó que ella lo empujara a la cama de un extraño. El cloroformo se le clavó en la cadera, pero cuando apartó los ojos de ella, Serena volvió a atraer su mirada y su atención tan solo con un dedo, una sonrisa y una orden susurrada. Eli sintió un estremecimiento en todo el cuerpo. Algo que hacía años que no sentía. Ansia.

—Bésame —dijo Serena, y él lo hizo.

Por más que lo intentara, Eli no pudo *no* besarla, y cuando sus labios hallaron los de ella, Serena le sujetó las manos por encima de la cabeza con gesto travieso, y su cabello rubio le hizo cosquillas en el rostro.

—¿Quién eres? —preguntó Serena.

Eli había decidido que esa noche se llamaría Gill, pero cuando abrió la boca lo que le salió fue:

—Eli Ever.

¿Qué diablos le pasaba?

—Qué aliterativo —observó Serena—. ¿Qué te trae a la fiesta?

—He venido a buscarte.

Las palabras salieron antes de que Eli fuera consciente siquiera de que estaba hablando. Se tensó bajo el cuerpo de ella, y en algún rincón de su mente sabía que aquello estaba mal, que necesitaba levantarse. Pero cuando intentó liberarse, ella murmuró con voz melosa:

—No te vayas, quédate quieto.

Y el cuerpo de Eli lo traicionó: se relajó bajo sus dedos mientras el corazón le latía acelerado en su pecho.

—No eres como los demás —comentó ella—. Te he visto antes. La semana pasada.

En realidad, hacía *dos* semanas que Eli la seguía, con la esperanza de vislumbrar su habilidad. Pero no había tenido suerte. Hasta ahora. Le ordenó a su cuerpo que se moviera, pero este quería quedarse tendido debajo de ella. *Él* quería quedarse tendido debajo de ella.

—¿Estás siguiéndome?

La pregunta fue casi juguetona, pero Eli respondió:

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó ella, soltándole las manos pero sin moverse de encima de él.

Eli logró incorporarse sobre los codos. Intentó contener la respuesta como si fuera bilis. *No digas «para matarte». No digas «para matarte». No digas «para matarte».* Sentía que las palabras pugnaban por salir de su garganta.

—Para matarte.

La chica frunció el ceño con decisión, pero no se movió.

—¿Por qué?

La respuesta salió sola.

—Eres una EO —respondió—. Tienes una capacidad que va más allá de la naturaleza, y es peligrosa. *Tú* eres peligrosa.

Ella torció la boca.

—Lo dice el chico que quiere matarme.

—No espero que entiendas...

—Entiendo, pero no vas a matarme esta noche, Eli. —Lo dijo como si nada. Seguramente él frunció el ceño, porque agregó—: No pongas esa cara de decepción. Siempre puedes volver a intentarlo mañana.

La habitación estaba a oscuras y la fiesta continuaba detrás de las paredes. La chica se inclinó hacia adelante, le quitó del pelo oscuro los cuernos rojos con lentejuelas y los colocó sobre sus ondas rubias. Era preciosa, y a Eli le costaba pensar, recordar por qué ella tenía que morir.

Entonces ella dijo:

—Tienes razón, ¿sabes?

—¿En qué? —preguntó Eli. Sentía que pensaba con lentitud.

—Soy peligrosa. No debería existir. Pero ¿por qué crees que tienes el derecho de matarme?

—Porque puedo.

—Respuesta incorrecta —dijo, acariciándole la mandíbula. Luego acomodó su cuerpo encima de él, vaquero con vaquero, cadera con cadera y piel con piel.

»Bésame otra vez —ordenó.

Y Eli obedeció.



Serena Clarke pasaba la mitad del tiempo deseando estar muerta, y la otra mitad, diciéndole a todo el mundo qué hacer y deseando que *alguien* no le hiciera caso.

Había pedido salir del hospital, y el personal prácticamente fue como un mar que se abría para dejarla pasar incluso antes de que le retiraran la vía

endovenosa. Al principio había sido agradable, aunque un poco inusual, salirse siempre con la suya con tanta facilidad. Serena siempre había sido fuerte, siempre estaba lista para pelear por lo que quería. Pero de pronto no tenía necesidad de hacerlo, porque nadie le presentaba pelea. El mundo que la rodeaba perdía su fuerza, y en los ojos de todos aquellos a quienes conocía y con quienes hablaba no veía otra cosa más que una mirada complaciente. La falta de oposición, de tensión, se le hizo enloquecedora. Sus padres asintieron sin más cuando les dijo que quería volver a la universidad. Sus profesores ya no le exigían. Sus amigos cedían ante cada capricho suyo. Los chicos perdieron el ardor, le daban lo que quisiera, y también lo que no quería, pero pedía igualmente por aburrimiento.

Mientras que antes el mundo de Serena se había inclinado ante su fuerza de voluntad, ahora simplemente se inclinaba. Ella no necesitaba discutir, no necesitaba hacer ningún intento.

Se sentía como un fantasma.

Y lo peor de todo era que detestaba admitir lo fácil y adictivo que resultaba salirse con la suya, aunque no la hiciera feliz. Cada vez que se cansaba de intentar que la gente se le resistiera, volvía a caer en la comodidad de controlarlo todo. No podía desconectar ese poder. Aun cuando no diera una orden, cuando apenas sugería, apenas pedía... obedecían.

Se sentía como un dios.

Soñaba con gente capaz de presentarle pelea. Con voluntades lo bastante fuertes para resistirse a ella.

Hasta que una noche se puso furiosa, furiosa de verdad, con el chico con quien estaba saliendo, por la mirada estúpida y vidriosa que conocía tan bien, y cuando él se negó a discutir, rehusó negarse a ella, porque por alguna razón irritante ella no podía ordenarle hacer *eso*, y su deseo de inclinarse fue mayor

que cualquier intento de violencia, ella le dijo que se arrojara de un puente.

Y él lo hizo.

Serena recordaba que estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, escuchando la noticia, y sus amigos la rodeaban muy juntos... pero no la tocaban; era como si hubiera una fina pared que los separaba de ella, miedo, o tal vez un asombro reverente... y entonces se dio cuenta de que no era un fantasma, ni un dios.

Era un monstruo.



Eli examinó la tarjetita azul que la chica le había puesto en el bolsillo la noche anterior. De un lado, había anotado el nombre de un café cercano a la biblioteca principal —El poste de luz, se llamaba— junto con una hora: *02 p. m.* Al otro lado, había escrito *Sheherezade*, y hasta lo había escrito correctamente. Eli conocía la referencia, por supuesto. *Las mil y una noches*. La mujer que le narraba historias al sultán por las noches y nunca las terminaba, para que no la matara. Dejaba los relatos en suspenso hasta el día siguiente.

Mientras atravesaba el campus de la Universidad de Merit, sintió una resaca por primera vez en una década; sentía la cabeza pesada y los pensamientos, lentos. Había necesitado casi toda la mañana librarse por completo de la compulsión de aquella chica, volver a considerarla su objetivo. Solo su objetivo.

Volvió a guardar la tarjeta en el bolsillo. Sabía que Serena no se presentaría. Sería una tonta si se acercara a él después de la noche anterior. Después de que él había admitido sus intenciones. Sin embargo, allí estaba, sentada en el patio de El poste de luz con gafas de sol y un jersey azul oscuro, algunos mechones rubios sueltos en torno al rostro.

—¿Tienes ganas de morir? —le preguntó Eli, cuando se detuvo junto a la mesa.

Ella se encogió de hombros.

—Ya lo hice una vez. Seguramente ya no es algo nuevo.

Señaló la silla vacía que estaba frente a ella. Eli analizó sus opciones, pero no podía asesinarla en medio del campus, así que se sentó.

—Serena —dijo ella, al tiempo que se colocaba las gafas de sol sobre la cabeza. A la luz del día, sus ojos eran aún más claros—. Pero ya sabes cómo me llamo. —Bebió un sorbo de su café. Eli no dijo nada—. ¿Por qué quieres matarme? —preguntó—. Y no me digas que es porque puedes.

Apenas se formaron los pensamientos de Eli, ya estaban deslizándose por su lengua. Frunció el ceño cuando las palabras salieron de su boca.

—Los EO son antinaturales.

—Eso ya lo has dicho.

—Mi mejor amigo se convirtió en uno, y vi el cambio. Como si se le hubiera metido un diablo bajo la piel. Mató a mi novia, y luego intentó asesinarme.

Se mordió la lengua y logró moderar la salida de las palabras. ¿Eran los ojos de ella lo que lo obligaba, o era su voz?

—Así que andas por ahí, culpando a todos los EO que puedes encontrar —dijo Serena—. Castigándolos a ellos en lugar de a tu amigo.

—Tú no lo entiendes —repuso Eli—. Yo intento *proteger* a la gente.

Serena sonrió detrás de su café. No fue una sonrisa feliz.

—¿A qué gente?

—A la gente normal.

Serena sonrió con gesto burlón.

—A las personas naturales —insistió Eli—. Los ExtraOrdinarios no deberían existir. No les han dado solamente una segunda oportunidad; les han

dado un arma sin manual. Sin reglas. Su existencia misma es criminal. No están completos.

La leve sonrisa se borró de los labios de Serena.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que cuando una persona resucita como EO, no todo lo que esa persona era vuelve. Faltan cosas. —Incluso Eli, bendito como era, sabía que le faltaban piezas—. Cosas importantes como la empatía, el equilibrio, el miedo y la consecuencia. Esas cosas que podrían atemperar sus capacidades. Dime que me equivoco. Dime que sientes todas esas cosas como antes.

Serena se inclinó hacia adelante y apoyó su café sobre una pila de libros. No lo contradijo. En lugar de eso, preguntó:

—¿Y tú, qué habilidad tienes, Eli Ever?

—¿Qué te hace pensar que tengo una?

Escupió las palabras lo más rápidamente que pudo, llenando la necesidad de hablar. Fue una victoria muy pequeña, pero supo que ella la había notado. Y entonces la sonrisa de Serena se hizo más pronunciada.

—Cuéntame cuál es tu poder —pidió.

Esta vez, Eli respondió.

—Sanarme.

Serena rio, tan fuerte que uno o dos estudiantes que estaban en otras mesas la miraron.

—Con razón te crees con tanto derecho.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, tu don no afecta a nadie más. Es reflexivo. Por eso, a tu modo de ver las cosas, *tú* no eres una amenaza. Pero los demás, sí. —Serena dio unos golpecitos en la pila de libros, y Eli vio títulos de psicología mezclados con los de literatura inglesa—. ¿Estoy cerca?

Eli no estaba seguro de que Serena le cayera muy bien. Quería hablarle de su compromiso, pero en cambio le preguntó:

—¿Cómo has sabido que soy EO?

—Todo en ti —respondió Serena, al tiempo que volvía a ponerse las gafas de sol— rebosa desprecio por ti mismo. No te juzgo. Conozco esa sensación.

El reloj de Serena emitió una breve señal, y ella se puso de pie. Incluso ese simple movimiento fue encantador y fluido, como el agua.

—¿Sabes? Tal vez debería dejar que me mataras. Porque tienes razón. Aunque regresamos, hay algo que no resucita. Que se pierde. Olvidamos una parte de lo que fuimos. Da miedo; es maravilloso y monstruoso a la vez.

En ese momento la vio tan triste, rodeada por la luz de la tarde, que Eli tuvo que contener el impulso de acercarse. Algo se alborotó en él. Serena le recordaba a Angie, o más bien, le recordaba cómo solía sentirse *él* con Angie antes de que todo cambiara. Antes de que *él* cambiara. Diez años de observar a través del abismo lo que había perdido, y ahora, al mirar a esta chica, era como si el abismo se encogiera y la brecha se cerrara, hasta que sus dedos casi —*casi*— llegaban a tocar el otro lado. Quería estar cerca de ella, quería hacerla feliz, quería extenderse por encima de aquella separación y recordar... Para despejar su mente, volvió a morderse hasta sentir el sabor de la sangre. Sabía que aquellos sentimientos no eran suyos, no del todo, no naturalmente. Era imposible regresar. Él estaba así por una razón. Por un propósito. Y aquella chica, aquel monstruo, tenía un don peligroso y complicado. No era una simple compulsión. Era una atracción. Un deseo de complacer. Una necesidad de complacer. No eran sus sentimientos: eran los de ella que se filtraban a través de él.

—Todos somos monstruos —dijo Serena, mientras recogía sus libros—. Tú también.

Eli solo la escuchaba a medias, pero aun así las palabras empezaron a filtrarse en su mente, y las apartó con violencia antes de que se asentaran allí. Se puso de pie, pero ella ya estaba apartándose.

—No puedes matarme hoy —le dijo, mientras se alejaba—. Llego tarde a clase.



Eli se sentó en un banco frente al edificio de Psicología y echó la cabeza hacia atrás. Era un día precioso, nublado pero no gris, frío pero no helado, y la brisa que le levantaba el cuello de la ropa y le agitaba el cabello lo mantenía alerta. Su mente había vuelto a despejarse, ahora que Serena no estaba, y sabía que tenía un problema. Necesitaba matar a esa chica sin verla, sin oírla. Si ella estuviera inconsciente, pensó, quizá podría...

—Pero qué pintoresco eres.

La voz era indiferente y cálida a la vez. Serena tenía los libros contra el pecho y estaba mirándolo.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó.

—En matarte —respondió Eli. Era casi liberador no poder mentir.

Serena meneó la cabeza lentamente y suspiró.

—Acompáñame a mi próxima clase.

Eli se puso de pie.

—Dime —dijo ella, al tiempo que lo tomaba del brazo—. Anoche, en la fiesta, ¿cómo ibas a matarme?

Eli observó las nubes.

—Iba a drogartte y a empujarte por la ventana.

—Cuánta frialdad —comentó ella.

Eli se encogió de hombros.

—Pero habría sido creíble. Los chicos se embriagan en las fiestas. Después

de la prudencia, lo primero que pierden es el equilibrio. Se caen. A veces, por las ventanas.

—Ajá —dijo, inclinándose hacia él. Su cabello le hizo cosquillas en la mejilla a Eli—. ¿Tienes capa?

—¿Te estás burlando de mí?

—Más bien una máscara, entonces.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Eli cuando estaban ya junto al siguiente edificio.

—Tú eres el héroe... —respondió, y lo miró a los ojos—... al menos, en tu propio cuento. —Empezó a subir la escalinata—. ¿Volveré a verte? ¿Me tienes citada para otro intento esta semana? Solo quiero saberlo, para traer mi gas pimienta. Así podré defenderme, al menos, para darle más realismo.

Serena era la chica más extraña que Eli había conocido. Se lo dijo. Ella sonrió y entró al edificio.



A Serena se le iluminaron los ojos cuando lo vio otra vez al día siguiente.

Eli estaba esperando en la escalinata del edificio, al caer la tarde, con una taza de café en cada mano. El atardecer olía a hojas muertas y chimeneas lejanas; el aliento de Eli escapaba en forma de pequeñas nubes. Le ofreció uno de los cafés, ella lo aceptó y volvió a tomarlo del brazo.

—Mi héroe —dijo Serena, y Eli sonrió por el chiste privado.

En casi diez años, no había dejado que nadie se acercara. Mucho menos a un EO. Sin embargo, allí estaba, caminando con una de ellos a la hora del crepúsculo. Y le gustaba. Intentó recordarse que la sensación era falsa, proyectada; intentó convencerse de que era parte de su investigación, de que solo intentaba comprender el don de ella y descubrir la mejor manera de eliminarla, incluso mientras dejaba que lo guiara escalinata abajo, alejándose

del campus.

—Así que proteges al mundo inocente de los malos EO —dijo Serena mientras caminaban del brazo—. ¿Cómo los encuentras?

—Tengo un sistema.

Siguieron caminando y le explicó su método. Cómo reducía la lista de sospechosos mediante los tres pasos de Lyne. Los períodos de observación.

—Parece complicado —observó Serena.

—Lo es.

—¿Y luego, cuando los encuentras, los matas y ya está? —Aminoró el paso—. ¿Sin preguntas? ¿Sin juicio? ¿Sin evaluar si son un peligro o una amenaza?

—Antes hablaba con ellos. Ya no.

—¿Qué te da el derecho de ser juez, jurado y verdugo?

—Dios.

No había querido pronunciar la palabra; no había querido darle a aquella chica extraña el poder de conocer sus creencias, de acomodarlas a las suyas propias.

Serena frunció los labios; la palabra quedó en el aire entre ellos, pero no se burló.

—¿Cómo los matas? —preguntó, al cabo de un rato.

—Depende de cuál sea su habilidad —respondió Eli—. Por lo general, de un tiro, pero si hay algún problema con los metales o los explosivos, o con el contexto, tengo que buscar otro método. Como contigo. Eres joven y probablemente notarían tu falta, lo cual sería una complicación; por eso tuve que descartar el homicidio. Necesitaba que pareciera un accidente.

Tomaron una calle lateral donde había edificios pequeños de apartamentos y casas.

—¿Cuál fue el método más extraño que has usado para matar a alguien?

Eli lo pensó.

—Una trampa para osos.

Serena hizo una mueca.

—Ahórrame los detalles.

Siguieron caminando en silencio unos minutos.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —preguntó Serena.

—Diez años.

—No puede ser —dijo ella, observándolo con atención—. ¿Cuántos años tienes?

Eli sonrió.

—¿Cuántos te parece que tengo?

Llegaron al apartamento de Serena y se detuvieron.

—Veinte. Veintiuno, tal vez.

—Bueno, supongo que técnicamente tengo treinta y dos. Pero hace diez años que tengo este aspecto.

—¿Es parte de tu poder de curación?

Eli asintió.

—Regeneración.

—Muéstramelo —pidió Serena.

—¿Cómo? —preguntó Eli.

Los ojos de ella brillaron.

—¿Traes un arma contigo?

Eli vaciló un momento; luego sacó una Glock del abrigo.

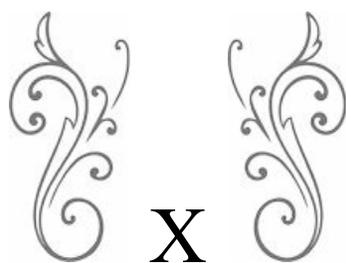
—Dámela —dijo Serena.

Eli se la entregó, pero conservó la presencia de ánimo de fruncir el ceño al hacerlo. Serena se alejó unos pasos y apuntó.

—Espera —dijo Eli. Miró alrededor—. Tal vez no aquí afuera, en la calle.

Entremos.

Serena lo observó un largo rato, pensativa; luego sonrió y lo dejó pasar.



ESA TARDE

EL HOTEL ESQUIRE

—Victor te envió un mensaje —dijo Serena, al tiempo que rozaba con los dedos la figura de Sydney en el dibujo. Había una manchita roja parduzca en la esquina del papel, y se preguntó de quién sería esa sangre—. ¿Vas a enviarle otro?

Serena lo observó mientras la respuesta ascendía por la garganta de Eli.

—No sé cómo —respondió en un susurro.

—Está aquí, en la ciudad —observó ella.

—Igual que millones de personas más, Serena —gruñó Eli.

—Y todas están de tu lado —señaló—. O pueden estarlo.

Tomó la mano de Eli y lo hizo levantarse de la silla. Sus manos se dirigieron a la espalda de él y lo atrajeron hasta que sus frentes se encontraron.

—Déjame ayudarte.

Lo vio apretar la mandíbula. Eli no podía oponer resistencia, pero seguía intentándolo. Serena vio la tensión en sus ojos, en el espacio entre sus cejas, mientras luchaba contra la compulsión. Cada vez que ella le daba una pequeña orden, había una pausa, como si Eli estuviera intentando reprocesar la orden y darle la vuelta hasta hacerla propia. Como si pudiera recuperar su voluntad.

No podía, pero a ella le encantaba verlo esforzarse. Le daba algo a qué aferrarse. Lo contempló, disfrutando la resistencia de Eli. Y luego, por el bien de él, lo obligó a ceder.

—Eli —le dijo, con voz regular y firme—. Déjame ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó él.

Serena introdujo los dedos en el bolsillo delantero de Eli y extrajo su teléfono.

—Llama al detective Stell. Dile que necesitamos una reunión con el departamento de policía de Merit. Con *todos*.

Victor no era el único que estaba en la ciudad. También estaba Sydney. Si encontraban a uno, encontrarían al otro; eso decía el dibujo. Eli se quedó mirando su teléfono.

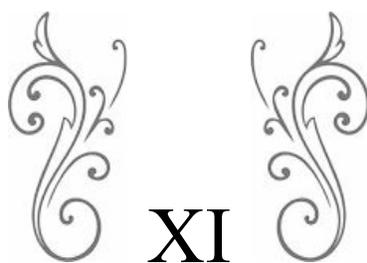
—Es demasiado público —protestó, y marcó el número mientras intentaba pensar—. Nos expone demasiado. No he llegado hasta aquí mostrándome abiertamente.

—Es la única manera de hacerlos salir. Además, no debes preocuparte. Ahora eres el héroe, ¿lo recuerdas?

Eli lanzó una risita seca, pero no volvió a contradecirla.

—¿Quieres una máscara? —bromeó ella, al tiempo que se quitaba las gafas del pelo y volvía a ponérselas a él—. ¿O te basta con esto?

Eli pasó el pulgar por encima del teléfono, vacilando un último momento. Luego hizo la llamada.



XI

EL OTOÑO PASADO

UNIVERSIDAD DE MERIT

Serena Clarke vivía sola. Eli se dio cuenta en cuanto entraron, cuando ella se quitó los zapatos en la puerta. El apartamento estaba limpio, tranquilo, unificado. Estaba decorado con un mismo gusto, y Serena no miró alrededor para ver si había alguien antes de volverse hacia él y levantar la pistola.

—Espera —dijo Eli, y se quitó la chaqueta—. Esta es mi preferida. Prefiero que no tenga agujeros.

Sacó un pequeño cilindro del bolsillo y se lo arrojó.

—¿Sabes usar una pistola? —le preguntó.

Serena asintió mientras enroscaba el silenciador.

—Años de películas policiales. Y una vez encontré la Colt de mi padre, y aprendí sola. Con latas en el bosque, y todo eso.

—¿Y tienes puntería?

Eli se desabotonó la camisa y también se la quitó; la dejó sobre la mesita del vestíbulo junto con su chaqueta. Serena lo miró de arriba abajo y otra vez arriba con aprobación, y luego apretó el gatillo. Él ahogó una exclamación y trastabilló, y en el hombro se le formó una mancha roja. El dolor fue breve y agudo; la bala lo atravesó limpiamente y se incrustó en la pared detrás de él.

Observó cómo los ojos de Serena se dilataban al ver que la herida empezaba a cerrarse instantáneamente y su piel volvía a unirse. Aplaudió despacio, con el arma aún en la mano. Eli se frotó el hombro y la miró a los ojos.

—¿Contenta? —gruñó.

—No seas tan amargo —dijo Serena, y dejó la pistola sobre la mesa.

—El solo hecho de que pueda curarme —replicó Eli, extendiéndose para tomar su camisa— no significa que no me duela.

Serena lo agarró del brazo con una mano, apoyó la otra en la cara de Eli y lo miró a los ojos. Eli sintió que se caía dentro de esos ojos.

—¿Quieres que te bese el hombro? —le preguntó, rozando los labios de él con los suyos—. ¿Eso te hará sentir mejor?

Allí estaba otra vez, en su pecho, aquel extraño alboroto, como un *deseo*, polvoriento después de una década, pero allí estaba. Tal vez era un truco. Tal vez aquella sensación, aquel dolor simple y mortal, no provenía de él. O tal vez sí. Tal vez podía ser. Asintió una vez, solo lo suficiente para que sus labios se unieran; luego ella se dio vuelta y lo guio hacia el dormitorio.

—No me mates esta noche —añadió, mientras entraban a la habitación a oscuras.

Y a él nunca se le ocurrió hacerlo.



Serena y Eli estaban juntos, enredados en las sábanas. Estaban frente a frente, y ella le acariciaba la mejilla, la garganta, el pecho. La mano de Serena parecía fascinada con el lugar donde le había disparado: ahora no quedaba más que piel lisa, que brillaba en la penumbra. Luego su mano bajó hacia las costillas y la espalda, y se apoyó en la trama de cicatrices viejas que él tenía allí. Inhaló, sorprendida.

—Son de antes —explicó Eli con voz queda—. Ya nada me deja marcas.

Los labios de ella se separaron, pero no alcanzó a preguntarle qué había pasado, porque Eli agregó:

—Por favor. No preguntes.

Y ella no lo hizo. En lugar de eso, llevó la mano hacia el pecho sin cicatrices de Eli y la dejó apoyada sobre su corazón.

—¿A dónde vas a ir después de matarme?

—No lo sé —respondió él con sinceridad—. Tendré que volver a empezar.

—¿Con la siguiente también vas a dormir? —preguntó, y Eli rio.

—La seducción no es parte de mi método.

—Pues, en ese caso, me siento especial.

—Lo eres.

Lo dijo en un susurro. Y era verdad. Especial. Diferente. Fascinante. Peligrosa. La mano de Serena volvió a deslizarse hasta la cama, y Eli pensó que tal vez se había quedado dormida. Le gustaba observarla así, sabiendo que podía matarla, pero sin desear hacerlo. Le daba la sensación de que otra vez tenía él el control. O estaba más cerca de tenerlo. Estar con Serena le parecía un sueño, un interludio. Lo hacía sentir nuevamente humano. Lo hacía olvidar.

—Tiene que haber una manera más fácil —dijo ella, adormilada—. De encontrarlos... si pudieras acceder a las redes indicadas...

—Si pudiera —susurró Eli.

Y los dos se durmieron.



El sol entraba a raudales pero la habitación estaba fresca. Eli se estremeció y se incorporó. El otro lado de la cama estaba vacío. Buscó sus pantalones, y pasó varios minutos buscando su camisa hasta que recordó que la había dejado junto a la entrada; salió descalzo del dormitorio. Serena no estaba. La pistola seguía sobre la mesa; Eli la guardó en la cinturilla de los pantalones, contra su

espalda, y fue a la cocina a preparar café.

A Eli le fascinaban las cocinas. La forma en que las personas ordenaban su vida, las alacenas que usaban, los lugares donde guardaban la comida, y la comida que guardaban. Había pasado la última década estudiando a la gente, y era asombroso lo mucho que se podía aprender de sus hogares. De sus dormitorios, sus baños, sus armarios, desde luego, pero también de sus cocinas. Serena guardaba el café en el estante más bajo sobre la encimera, justo al lado del fregadero, lo cual significaba que bebía mucho café. Había una cafetera negra pequeña, para llenar de dos a cuatro tazas, contra la pared de azulejos: otro indicio de que vivía sola. El apartamento era demasiado bueno para un estudiante de primer o segundo curso, uno de esos que se ganan por sorteo solamente, y Eli se preguntó, distraído, mientras sacaba un filtro, si ella habría usado sus talentos también para conseguirlo.

Encontró las tazas de café a la izquierda del fregadero, y le dio unos golpecitos a la cafetera, como si así pudiera acelerar la preparación. En cuanto estuvo listo, llenó su taza y bebió un largo sorbo. Ahora que estaba solo, su mente estaba regresando fielmente al tema de cómo iba a eliminar a Serena, cuando se abrió la puerta de calle y entró ella, acompañada por dos hombres. Uno era un agente de policía, y el otro era el detective Stell. A Eli le dio un vuelco el corazón, pero logró esbozar una sonrisa cauta por encima de su taza, al tiempo que se recostaba contra la encimera para esconder la pistola que tenía en la parte de atrás de los pantalones.

—Buenos días —saludó.

—... días —respondió Stell, y Eli vio que su rostro se llenaba de confusión por debajo de una calma artificial, que pronto reconoció como obra de Serena.

Habían pasado casi diez años, durante los cuales Eli había pensado constantemente en Stell, mirando hacia atrás de vez en cuando para ver si lo

seguía. Stell no lo había seguido, pero era obvio que ahora lo reconocía. (¿Cómo podía no reconocerlo? Eli era una fotografía, no había cambiado). Sin embargo, ni él ni el agente hicieron amago de sacar sus armas, así que eso ya era prometedor. Eli miró a Serena, que estaba radiante.

—Te he traído un regalo —anunció, señalando a los hombres.

—No te hubieras molestado —respondió Eli lentamente.

—Te presento al agente Frederick Dane, y a su jefe, el detective Stell.

—Señor Cardale —lo saludó Stell.

—Ahora me llamo Ever.

—¿Se conocen? —preguntó Serena.

—El detective Stell trabajó en el caso de Victor —respondió Eli—. En Lockland.

Los ojos de Serena se dilataron al comprender. Eli le había hablado sobre aquel día. Había omitido la mayoría de los detalles, y ahora, mirando al único hombre que alguna vez había tenido motivos para sospechar de él, de tener algo que ver con los *ExtraOrdinarios*, deseó haberle contado toda la verdad.

—Hace ya un tiempo —comentó Stell—. Sin embargo, usted no ha cambiado, señor Card... Ever. No ha cambiado nada...

—¿Qué lo trae a Merit? —lo interrumpió Eli.

—Pedí el traslado hace unos meses.

—¿Buscando un cambio de paisaje?

—Siguiendo una serie de asesinatos.

Eli sabía que debería haber variado la secuencia, el sistema, pero había tenido una racha de buena suerte. Merit había atraído a una cantidad impresionante de EO, por su población y por sus muchos rincones oscuros. La gente venía a Merit pensando que allí podía esconderse. Pero no de él.

—Eli —dijo Serena—. Estás fastidiando mi sorpresa. Stell, Dane y yo

hemos tenido una larga charla, y está todo arreglado. Van a ayudarnos.

—¿Ayudarnos? —preguntó Eli.

Serena se volvió hacia los hombres y sonrió.

—Tomen asiento.

Los dos hombres se sentaron, obedientes, a la mesa de la cocina.

—Eli, ¿puedes servirles café?

Eli no estaba seguro de cómo hacer eso sin darles la espalda y que vieran el arma, así que extendió la mano y atrajo a Serena cerca de él. Otro pequeño desafío. El movimiento tuvo la fluidez de un abrazo romántico, pero la aferró con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —le gruñó al oído.

—He estado pensando —respondió ella, echando la cabeza hacia atrás contra el pecho de él— en lo complicado que debe ser buscar a cada EO. —Ni siquiera se molestó en bajar la voz—. Y entonces pensé: tiene que haber una manera más fácil. Resulta que el departamento de policía de Merit tiene una base de datos de personas de interés. Claro que no es para los EO, pero la matriz de búsqueda... Así se llama, ¿verdad? —El agente Dane asintió—. Sí, bueno, es suficientemente amplia para que podamos usarla para eso. —Serena parecía absolutamente orgullosa de sí misma—. Entonces fui a la comisaría y pedí hablar con alguien que tuviera que ver con la investigación de los EO, ¿recuerdas que me contaste que algunos estaban entrenados para ello? Y el hombre que me atendió me llevó con estos dos caballeros. Dane es el protegido de Stell, y los dos han aceptado compartir su motor de búsqueda con nosotros.

—Otra vez *nosotros* —dijo Eli en voz alta. Serena lo ignoró.

—Tenemos todo resuelto, creo. ¿Verdad, agente Dane?

El hombre alto y delgado, de cabello oscuro muy corto, asintió y puso una

carpeta fina sobre la mesa.

—La primera tanda —dijo.

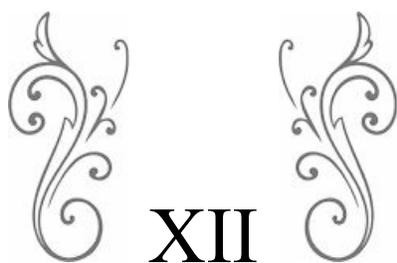
—Gracias, agente —respondió Serena, mientras recogía la carpeta—. Esto nos mantendrá ocupados por un tiempo.

Nos. Nos. Nos. ¿Qué demonios estaba sucediendo? Pero incluso mientras los pensamientos de Eli se disparaban, logró mantener la mano lejos de la pistola que tenía en la espalda y concentrarse en las instrucciones que Serena les estaba dando ahora a los policías.

—El señor Ever va a mantener esta ciudad a salvo —les dijo, con un brillo en sus ojos azules—. Es un héroe, ¿no creen, agentes?

El agente Dane asintió. Al principio, Stell se limitó a mirar a Eli, pero a la larga él también asintió.

—Un héroe —repitieron.



XII



ESA TARDE

EL EDIFICIO EN CONSTRUCCIÓN FALCON PRICE

Dane gimoteó débilmente en el suelo.

Victor se recostó en la silla plegable y entrelazó los dedos detrás de la cabeza. De una de sus manos pendía sin fuerzas una navaja, y la cara plana de la hoja le rozó el pelo pálido. No era estrictamente necesario, pero su talento era más eficaz cuando amplificaba una fuente existente de dolor. El agente Dane se acurrucó en el suelo de cemento manchado de sangre, con el uniforme desgarrado. Victor se alegró de que Mitch hubiera puesto unas láminas plásticas en el suelo. Se había dejado llevar un poco, pero hacía tanto tiempo que no se soltaba, que no se expandía. Le despejaba la mente. Lo calmaba.

Dane aún tenía las manos firmemente amarradas en la espalda, pero ya no tenía la cinta sobre la boca, y la camisa se le adhería al pecho con sudor y sangre. Había confesado los códigos de acceso a la base de datos, por supuesto, y rápidamente; Victor los había comprobado con el teléfono para estar seguro. Luego, con un poco más de incentivo, le había contado a Victor todo lo que sabía sobre el detective Stell: sus primeros tiempos en Lockland, su traslado siguiendo una serie de asesinatos —obra de Eli, sin duda— y el

entrenamiento del propio Dane. Resultó que ahora todos los policías, ya fueran escépticos o creyentes, aprendían un protocolo para tratar casos de EO, pero en cada delegación policial había por lo menos un hombre que sabía más que lo básico, estudiaba los indicadores y se hacía cargo de cualquier investigación en la que se sospechara la participación de un EO.

Stell había sido ese hombre diez años atrás en Lockland, y lo era otra vez allí, y estaba preparando a Dane para lo mismo. No solo eso, sino que, de alguna manera, Eli había convencido al detective que estaba a cargo de la investigación en su contra de que lo *ayudara*.

Victor meneó la cabeza con asombro mientras le arrancaba los detalles a Dane a fuerza de tortura. Eli nunca dejaba de asombrarlo. Si él y Stell hubieran trabajado juntos desde lo de Lockland, habría sido una cosa, pero esto era un acuerdo nuevo: Stell y Dane solo estaban ayudando a Eli desde el otoño. ¿Cómo había hecho Eli para conseguir la ayuda del departamento de policía de Merit?

—Agente Dane —dijo Victor. El policía se encogió al oír su voz—. ¿Le importaría hablarme de sus interacciones con Eli Ever?

Al ver que Dane no respondía, Victor se puso de pie y le dio la vuelta al hombre hasta dejarlo boca arriba con la punta del zapato.

—¿Y bien? —preguntó con calma, apoyando el pie en las costillas rotas del agente.

Dane gritó, pero una vez que los gritos se redujeron a un jadeo, dijo:

—Eli Ever... es... un héroe.

Victor soltó una carcajada ahogada, y aplicó más peso sobre el pecho de Dane.

—¿Quién le ha dicho eso?

La expresión del hombre se transformó. Se puso serio, pero con una

serenidad notable respondió:

—Serena.

—¿Y usted le creyó?

El agente Dane miró a Victor como si no entendiera del todo la pregunta.

Entonces Victor comprendió.

—¿Qué más dijo Serena?

—Que ayudáramos al señor Ever.

—Y eso hicieron.

El agente Dane parecía confundido.

—Por supuesto.

Victor sonrió con amargura.

—Por supuesto —repitió, y sacó la pistola que tenía sujeta al cinturón. Se frotó los ojos, maldijo por lo bajo y luego disparó dos balazos al pecho del agente Dane. Era la primera persona a la que mataba desde Angie Knight (si no contaba a aquel hombre en la cárcel, cuando estaba perfeccionando su técnica, y Victor no lo contaba), y sin duda, era su primer *asesinato* intencional. No era que rehuyera la posibilidad de matar; simplemente, la gente no le servía muerta. Al fin y al cabo, el dolor no afectaba mucho a los cadáveres. En cuanto al asesinato de Dane, era lamentable (aunque necesario), y el hecho de que lo único que Victor sentía al respecto era un arrepentimiento moderado quizá lo habría molestado más, o al menos habría valido un momento de introspección, si no hubiera estado tan concentrado en hacer que el hombre *regresara*.

Al oír el sonido apagado de los disparos, Mitch esquivó el plástico y entró. Se había puesto guantes, y ya tenía una lámina extra de plástico bajo un brazo, por si acaso. Miró el cadáver del agente y suspiró, pero cuando empezó a recoger el plástico del suelo, y con él, a Dane, Victor extendió una mano para

detenerlo.

—Déjalo —le dijo—. Y ve a buscar a Sydney.

Mitch vaciló.

—No creo que...

Victor se volvió hacia él.

—He dicho que vayas a buscarla.

Mitch puso cara de profundo descontento, pero obedeció, y dejó a Victor a solas con el cadáver del agente.



EL OTOÑO PASADO

UNIVERSIDAD DE MERIT

Serena acompañó a los detectives a la salida, y al regresar a la cocina, encontró a Eli pálido y sosteniéndose de los bordes del fregadero. Todo su cuerpo estaba contraído, y la tensión que había en su rostro era algo que ella nunca había visto, no en su presencia, no desde el accidente, y se estremeció de gusto. Eli parecía *furioso*. Con *ella*. Lo observó quitarse la pistola de la espalda y apoyarla en la encimera, pero dejó la mano encima del arma.

—Debería matarte —gruñó—. De verdad, debería matarte.

—Pero no lo harás.

—Estás loca. Stell está investigando mis asesinatos, y tú acabas de dejarlo entrar.

—No sabía eso de ti y Stell —repuso Serena, en tono despreocupado—. En realidad, es aún mejor.

—¿Cómo es eso?

—Porque la idea era demostrarte algo.

—¿Que te has vuelto loca?

Serena hizo pucheros.

—No. Que te sirvo más si estoy viva.

—Creí que querías morir —dijo Eli—. Y traer a un hombre al que vengo eludiendo desde hace una década no te va a congradar conmigo, Serena. ¿No crees que la mente de Stell debe estar trabajando, más allá de ese hechizo que le has echado?

—Cálmate — respondió simplemente ella. Y en efecto, vio que la ira se disipaba, y lo observó intentar aferrarse a ella a medida que se desvanecía. Se preguntó qué se sentiría estar bajo su influencia.

Los hombros de Eli se aflojaron, y soltó la encimera mientras Serena hojeaba la carpeta que les había dejado el agente Dane. Levantó una hoja y dejó que las demás cayeran sobre la mesa. Sus ojos recorrieron la página, distraídos. Un hombre de veintitantos años, apuesto a no ser por una cicatriz que le entornaba un ojo y le trazaba una línea hasta la garganta.

—¿Y tu hermana? —preguntó Eli, mientras se servía más café ahora que sus manos habían dejado de temblar.

Serena frunció el ceño y levantó la vista.

—Y mi hermana, ¿qué?

—Dijiste que era una EO.

¿Lo había dicho? ¿Habría sido una de esas confesiones murmuradas entre sueños, en el espacio donde escapaban en susurros los pensamientos, los sueños y los temores?

—Prueba con otro —dijo, intentando disimular la tensión en su voz mientras señalaba la carpeta. No le gustaba pensar en Sydney. Ahora no. El poder de su hermana le provocaba náuseas, no por el talento en sí, sino porque significaba que estaba rota igual que ella, igual que Eli. Le faltaban piezas. No había visto a Sydney desde su salida del hospital. No soportaba la idea de mirarla.

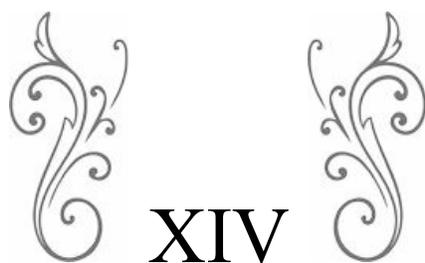
—¿Qué puede hacer? —insistió Eli.

—No lo sé —mintió Serena—. Es apenas una niña.

—¿Cómo se llama?

—Ella no —respondió, cortante. Enseguida recuperó la sonrisa, y le entregó a Eli el perfil que tenía en las manos—. Probemos con este. Parece un caso difícil.

Eli la miró un largo rato antes de extender la mano y tomar el papel.



ESA TARDE

EL HOTEL ESQUIRE

Eli estaba sentado, esperando a que atendieran su llamada y observando a Serena, que estaba cruzando la suite hacia la cocina. Por fin, el tono de llamada cesó y atendió una voz áspera.

—Aquí Stell. ¿Qué pasa?

—Habla Ever —dijo Eli, al tiempo que se quitaba las estúpidas gafas.

Serena estaba preparando café, pero por el modo en que ladeó la cabeza, evitaba hacer ruido y se movía con cuidado, Eli se dio cuenta de que estaba escuchando.

—Señor —lo saludó el detective. A Eli no le gustó cómo pronunció la palabra, con una entonación ligeramente ascendente al final—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Eli no sabía, al marcar el número, si realmente era buena idea llamar a Stell, o si solo le parecía buena porque provenía de Serena. Ahora que estaba con él al habla, comprendió que no era en absoluto una buena idea. De hecho, vio que era una idea muy mala. Durante nueve y medio de los últimos diez años, Eli había sido un fantasma; había logrado evitar llamar la atención a pesar de su cantidad creciente de exclusiones y su rostro inalterado (no era nada fácil

mantenerse anónimo siendo inmortal). Se las había ingeniado para esquivar a Stell hasta que Serena lo había involucrado, y aun entonces, todo lo que Eli hacía, lo hacía solo. No confiaba en otras personas, ni para darles conocimiento ni poder, y sin duda, menos aún para darles ambas cosas. El riesgo era alto, probablemente demasiado alto.

¿Y la recompensa? Al adoctrinar a todo un departamento de policía, se aseguraba tanto su apoyo en relación con Víctor y sus otros objetivos, como la aprobación para continuar con sus ejecuciones, sus *exclusiones*. Pero a la vez significaba atarse a la persona en quien sabía que no podía confiar, y a quien no podía resistirse. La policía no iba a hacerle caso a él, en realidad. Iba a hacerle caso a Serena. Ella lo miró desde el otro lado de la habitación y sonrió, ofreciéndole una taza de café. Él meneó la cabeza, *no*, un acto pequeño que la hizo sonreír. Le llevó la taza de todos modos, se la colocó en la mano libre y cerró sus dedos y los de él en torno a la taza.

—¿Señor Ever? —preguntó Stell.

Eli tragó en seco. Fuera o no una buena idea, había una cosa que sí sabía: no podía dejar que Víctor escapara.

—Necesito organizar una reunión —le dijo al detective— con todo el personal de la comisaría. Lo antes posible.

—Los convocaré. Pero van a tardar un poco en llegar.

Eli miró su reloj. Eran casi las cuatro.

—Estaré allí a las seis. Y avísele al agente Dane.

—Lo haré, si lo encuentro.

Eli frunció el ceño.

—¿Cómo que si lo encuentra?

—Acabo de regresar de la escena en el banco con su amigo Lynch, y Dane no está. Seguramente ha salido a fumar.

—Seguramente —repitió Eli—. Manténgame informado.

Cortó y vaciló un momento, haciendo girar el teléfono en la mano una y otra vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Serena.

Eli no respondió. Pudo resistir la compulsión de responder, pero solo porque no lo *sabía*. Tal vez no era nada. Tal vez el policía se había tomado un descanso, o se había retirado temprano. O tal vez... Sus sentidos vibraban del mismo modo que cuando las palabras de Stell terminaban hacia arriba. Como cuando sabía que estaba actuando por la voluntad de Serena y no por la suya. Como cuando había algo raro. No cuestionó aquel presentimiento. Confiaba en él tanto como en la quietud que se instalaba después de sus asesinatos.

Y por eso marcó el número del agente Dane.

Sonó.

Y sonó.

Y sonó.



Victor se paseaba de un lado a otro de la habitación despojada en el edificio a medio construir, pensando en el problema de Serena Clarke, quien aparentemente era una persona muy influyente. Con razón Eli la mantenía con él. Victor sabía que tendría que matarla muy pero muy rápido. Miró alrededor, sopesando sus posibilidades y sus opciones, pero invariablemente su atención regresaba al cadáver de Dane, que estaba tendido en el medio del suelo, sobre el plástico. Victor decidió hacer lo que pudiera para minimizar las señales de tortura, por Sydney.

Se arrodilló junto al cuerpo y empezó a recolocar, a alinear las extremidades, a hacer lo posible para darle un aspecto más natural. Reparó en que Dane tenía una alianza de plata en un dedo —se la quitó y la guardó en el

bolsillo del muerto—, y luego le colocó los brazos a los lados. No había nada que pudiera hacer para que pareciera menos muerto; eso le tocaría a Sydney.

Varios minutos más tarde, cuando Mitch regresó, levantó una cortina de plástico e hizo pasar a Sydney, Víctor estaba bastante orgulloso del trabajo que había hecho. Dane tenía un aspecto prácticamente sereno (al margen del uniforme desgarrado y la sangre). Pero cuando los ojos de Sydney se posaron en el cuerpo, ella se detuvo y emitió un leve sonido.

—Eso está mal, ¿no? —dijo, señalando la placa en el pecho del cadáver—. Está mal matar a un policía.

—Solo si el policía es bueno —explicó Víctor—. Y él no lo era. Este policía estaba ayudando a Eli a encontrar a los EO. Si Serena no te hubiera entregado, lo habría hecho este hombre.

Mientras estuviera bajo el hechizo de Serena, pensó, pero no lo dijo.

—¿Por eso lo has matado? —preguntó Sydney en voz baja.

Victor frunció el ceño.

—No importa por qué lo he hecho. Lo que importa es que lo revivas.

Sydney lo miró, sorprendida.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Porque es importante —respondió, traspasando su peso de un pie al otro—, y te prometo que volveré a matarlo inmediatamente después. Solo necesito ver algo.

Sydney frunció el ceño.

—No quiero revivirlo.

—No me *importa* —replicó Víctor tan repentinamente que el aire empezó a vibrar alrededor.

Mitch se adelantó enseguida y colocó su cuerpo enorme delante de Sydney, y Víctor se contuvo antes de perder el control. Los tres parecían sorprendidos

por el exabrupto, y el pecho de Víctor se llenó de culpa —o al menos una versión pálida de ella— al observar a los otros dos, el fiel guardián y la chica imposible. No podía darse el lujo de perderlos —de perder su *ayuda*, se corrigió, su *colaboración*—, ahora menos que nunca, así que volvió a atraer la energía a su interior e hizo una mueca al sujetarla.

—Lo siento —dijo, con un leve suspiro.

Mitch dio un breve paso a un lado, pero no abandonó a Sydney.

—Demasiado lejos, Vic —gruñó, en una rara muestra de audacia.

—Lo sé —respondió Víctor, haciendo girar sus hombros.

Incluso con la energía bien guardada, aún bullía en él el deseo de hacer daño a alguien, pero se esforzó por mantenerlo contenido, solo un poco más, hasta que encontrara a Eli.

—Lo siento —volvió a decir, dirigiendo su atención a la niña rubia que seguía semiescondida detrás de Mitch—. Sé que no quieres hacer esto, Sydney. Pero necesito tu ayuda para detener a Eli. Estoy intentando protegerte, a ti y a Mitch. Y a mí mismo. Intento protegernos a todos, pero no puedo solo. Tenemos que trabajar juntos. Así que, ¿puedes hacer esto por mí? —Levantó su pistola para que ella la viera—. No dejaré que el policía te haga daño.

Sydney vaciló, pero finalmente se agachó junto al cadáver, con cuidado de no tocar la sangre.

—¿Merece una segunda oportunidad? —preguntó en voz baja.

—No lo pienses así —dijo Víctor—. Solo tendrá un momento. Apenas lo suficiente para que responda una pregunta.

Sydney respiró hondo y apoyó los dedos en las partes limpias de la camisa del agente. Un instante después, Dane inhaló de pronto y se incorporó, y Sydney regresó a toda prisa junto a Mitch y se aferró a su brazo.

Victor miró al agente Dane.

—Hábleme otra vez sobre Ever —le dijo.

El agente lo miró a los ojos.

—Eli Ever es un héroe.

—Bueno, esto es desalentador —bufó Victor.

Disparó tres balazos más al pecho del policía. Sydney se dio vuelta y hundió la cara en la camisa de Mitch, mientras Dane volvía a caer contra el cemento cubierto de plástico, tan muerto como antes.

—Pero ahora lo sabemos —dijo Victor, tanteando el cadáver con la punta del zapato.

Mitch lo miró por encima del pelo pálido de Sydney; por segunda vez en la misma cantidad de minutos, la expresión de su rostro oscilaba entre el horror y la ira.

—¿Qué mierda ha sido eso, Vale?

—El poder de Serena Clarke —respondió Victor—. Ella le dice a la gente qué hacer. —Guardó la pistola en el cinturón—. Qué decir, qué pensar. —Señaló el cadáver—. Y parece que ni siquiera la muerte corta esa conexión. —Bueno, la muerte del *agente*, se corrigió para sí—. Ya hemos terminado aquí.

Sydney se quedó muy quieta. Había soltado a Mitch y ahora tenía los brazos cruzados sobre las costillas, como si tuviera frío. Victor se le acercó, pero cuando extendió la mano para tocarle el hombro, ella lo rehuyó. Se arrodilló delante de ella, de manera que tuvo que levantar un poco la vista para mirarla a los ojos.

—Tu hermana y Eli piensan que son un equipo. Pero no son nada en comparación con nosotros. Ahora ven —agregó, enderezándose—. Parece que tienes frío. Te compraré un chocolate caliente.

Los ojos azul hielo de Sydney lo miraron, y ella parecía a punto de decirle

algo, pero no tuvo oportunidad, porque justo entonces Víctor oyó sonar el teléfono. No era el suyo, y a juzgar por la expresión de Mitch, tampoco el de él. Y Sydney seguramente había dejado el suyo en el hotel, porque ni siquiera hizo amago de buscar en su bolsillo. Mitch palpó al agente, encontró el aparato y lo sacó.

—Déjalo —dijo Víctor.

—Creo que vas a querer atender esta llamada —respondió Mitch, y le arrojó el móvil.

En el lugar del nombre de quien llamaba, había una sola palabra en la pantalla.

HÉROE.

Víctor esbozó una sonrisa oscura, hizo crujir su cuello y aceptó la llamada.

—Dane, ¿dónde está? —preguntó, nerviosa, la persona que llamaba.

Todo en Víctor se tensó al oírlo, pero no respondió. Hacía diez años que no oía esa voz, pero no importaba, porque la voz, al igual que todo lo demás en Eli Ever, no había cambiado nada.

—¿Agente Dane? —preguntó otra vez.

—Siento decir que acaba de irse —dijo Víctor por fin.

Cerró los ojos al hablar, y disfrutó el momento de silencio que se hizo en la línea. Si se concentraba, casi podía imaginar a Eli tensándose al oír su voz.

—*Víctor* —dijo Eli. La palabra salió como una tos, como si las letras se le hubieran atascado en el pecho.

—Admito que es astuto —reconoció Víctor— usar la base de datos de la policía de Merit para encontrar a tus objetivos. Me siento un poco insultado porque he visto que todavía no aparezco en ella, pero dales tiempo. Acabo de llegar.

—Estás en la ciudad.

—Por supuesto.

—No vas a escapar —lo amenazó Eli; la conmoción cedió y su voz recuperó un tono arrogante.

—No está en mis planes —repuso Victor—. Te veré a medianoche.

Cortó, rompió el teléfono en dos y dejó caer las dos partes sobre el cadáver de Dane. Se hizo silencio en la habitación mientras Víctor observaba el cadáver; luego alzó la vista.

—Siento esto. Ya puedes limpiar el lugar —le dijo a Mitch, que estaba mirándolo, boquiabierto.

—¿A medianoche? —gruñó Mitch—. ¿Medianoche? ¿*Esta noche*?

Victor miró su reloj. Ya eran las cuatro.

—Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Presiento que Thomas Jefferson no se refería a eso —masculló Mitch.

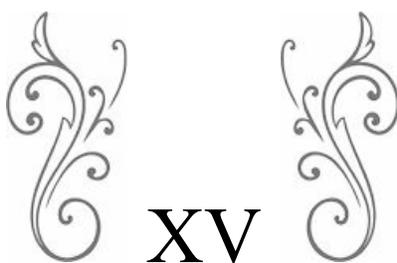
Pero Victor no estaba prestándole atención. Su mente había estado acelerada toda la mañana, pero ahora que estaba todo decidido, ahora que solo faltaban unas horas, la energía violenta se aquietó y la calma se instaló por fin en él. Volcó su atención nuevamente hacia Sydney.

—¿Vamos por ese chocolate caliente?



Mitch se cruzó de brazos y los observó alejarse. El cabello rubio de Sydney se movía arriba y abajo mientras seguía a Victor. Cuando ella lo había aferrado del brazo, sus dedos parecían de hielo, y por debajo del frío, ella temblaba. Ese temblor que llegaba a los huesos, que no tenía tanto que ver con el frío como con el miedo. Mitch quería decir algo, quería saber en qué diablos estaba pensando Víctor, quería decirle que estaba jugando con otras vidas además de la propia. Pero cuando encontró la palabra que debería haber pronunciado, una palabra simple pero poderosa —*BASTA*—, era demasiado

tarde. Ya se habían ido, y Mitch estaba solo en la habitación rodeada de plástico, así que hizo lo que pudo por tragarse aquella palabra y la sensación de abatimiento que la acompañaba; luego se volvió hacia el cadáver del agente y se puso a trabajar.



HACE MUCHO TIEMPO EN DIVERSAS CIUDADES

Mitchell Turner estaba maldito.

Siempre lo había estado.

Los problemas lo seguían como una sombra, se adherían a él por mucho que intentara mirar las cosas con actitud positiva. En sus manos, las cosas buenas se rompían, y las malas, se multiplicaban. No lo ayudó el hecho de que su madre había fallecido, su padre lo había abandonado y su tía lo había rechazado con tan solo mirarlo, con lo cual Mitch fue pasando de casa en casa como si fueran hoteles; entraba y salía sin echar nunca raíces.

La mayoría de sus problemas radicaba en el hecho de que la gente parecía pensar que la contextura física y la inteligencia eran inversamente proporcionales. Lo miraban, lo veían tan corpulento, y daban por sentado que era estúpido. Pero Mitch no era estúpido. De hecho, era inteligente. Muy inteligente. Y cuando se es tan grande y tan inteligente, es muy fácil meterse en problemas. Especialmente si uno está maldito.

A los dieciséis años, Mitch ya lo había recorrido todo: desde el boxeo clandestino y las apuestas, hasta dar palizas a rufianes que les debían dinero a personas a las que les gustaba el dinero. Sin embargo, ninguna de esas cosas

fue la causa de que acabara en la cárcel. De hecho, era inocente.

La maldición de Mitch —*maldición* la había llamado una madre sustituta que había tenido— era que siempre pasaban cosas malas a su alrededor. La mujer nunca había conocido hasta qué extremos oscuros llegaba aquello (ella aplicaba el término más bien a platos rotos, pelotas de béisbol que atravesaban ventanas o coches pintados), pero Mitch padecía un caso extremo de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, y dadas sus muchas actividades extracurriculares, en su mayoría ilegales, no le resultaba muy fácil tener una buena coartada.

Por eso, cuando a dos calles de él hubo una pelea en la que un hombre resultó muerto, y él aún tenía los nudillos lastimados por el combate de boxeo clandestino que había ganado la noche anterior, no fue difícil que sospecharan de él. Esa vez lo dejaron ir, pero apenas dos semanas después volvió a ocurrir. Otra persona murió. Era insólito y perturbador, y aunque Mitch detestara admitirlo, un poco excitante. O lo habría sido, si Mitch no se hubiera quedado siempre en medio. Aquella serie de muertes empezaba a ser un problema, porque aunque él no había tenido nada que ver con ellas, la policía no le creía, y aparentemente, cuando ocurrió la tercera muerte, la policía metropolitana pensó que sería más fácil encerrarlo. Por si acaso. Era un paria. Una carga para la sociedad. Solo era cuestión de tiempo. Esa era la clase de frases que decían los hombres que no sabían qué hacer con él.

Y así como así, con una maldición y un epítome que no había acumulado, Mitchell Turner fue a parar a la cárcel.



Cuatro años.

No le molestaba tanto estar preso. Al menos, allí no desentonaba. En el mundo real, las personas lo miraban una vez y aferraban sus bolsos y

apretaban el paso. Los policías lo miraban una vez y pensaban: *Culpable, o va a serlo*. Pero en la cárcel, lo miraban y pensaban: *A este lo quiero de mi lado* o *Con él, mejor no me meto* o *Con esos brazos podría partirme el cráneo*, o cualquier cantidad de ideas mucho más útiles. Su tamaño pasó a ser símbolo de status, aunque le negaba los beneficios de una conversación mundana, y a pesar de que el personal lo miraba con escepticismo cuando retiraba un libro de la biblioteca y se sorprendía cuando empleaba una palabra de más de dos sílabas. Pasaba la mayor parte de su tiempo intentando hackear las configuraciones y los firewalls de los ordenadores de la cárcel, más por aburrimiento que por el deseo de provocar problemas. Pero al menos su maldición lo dejó en paz.

Cuando Mitch salió de la cárcel, su aspecto lo ayudaba menos que nunca. El adolescente corpulento se había convertido en un adulto altísimo, que ya tenía el primero de muchos tatuajes. Una vez afuera, duró un mes y medio hasta que la maldición volvió a alcanzarlo. Había conseguido trabajo en la distribución de alimentos, principalmente porque era capaz de descargar cuatro veces más peso que cualquier otro en el camión, y además porque le gustaba el trabajo físico. Quizá mentalmente era capaz de realizar un trabajo de oficina, pero dudaba mucho de que hubiera escritorios para su tamaño. Todo iba muy bien —tenía un apartamento piojoso y le pagaban una miseria, pero todo era legal— hasta que un hombre apareció molido a golpes a pocas calles de donde su equipo estaba descargando melocotones. Bastó que los policías vieran a Mitch para que lo detuvieran. No tenía los nudillos ensangrentados, y dos compañeros de trabajo juraron que él había tenido los brazos cargados de fruta todo el tiempo, pero nada de eso importó. Mitch volvió directamente a la cárcel.

Gracias a su buena conducta y a la falta evidente de pruebas, salió en

cuestión de semanas, pero Mitch, en una muestra poco frecuente de cinismo, decidió que si iba a volver a la cárcel (y dada su maldición, la pregunta no era *si* volvería, sino *cuándo*), iba a cometer un delito, ya que estar preso para pagar culpas ajenas no era un uso muy satisfactorio de su vida. Entonces Mitch se dispuso a planear el único delito que siempre había querido cometer, tan solo porque era el tema de libros y películas, un asunto arquetípico que requería más cerebro que músculos.

Mitchell Turner iba a robar un banco.



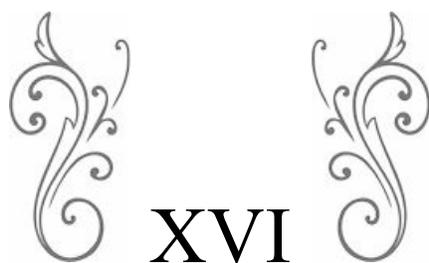
Mitch sabía tres cosas sobre robar un banco.

La primera era que, por su aspecto fácilmente identificable, no podía entrar al banco en persona. Aunque desactivara las cámaras de seguridad, la gente que allí estuviera lo identificaría en una fila de reconocimiento de cien personas (con la suerte que tenía, lo reconocerían aunque no estuviera allí). La segunda era que, dados los avances en la tecnología orientada a la seguridad —de muchos de los cuales se había enterado por observación en la cárcel, pero sabía que estaban mucho más evolucionados en el sector privado—, el éxito del golpe residiría en gran medida en hackear los sistemas y códigos del banco para desbloquear la bóveda, lo cual se podía hacer de forma remota. La tercera era que necesitaría ayuda. Y gracias a los dos períodos que había pasado ya en la cárcel, Mitch había acumulado una larga lista de conocidos, muchos de los cuales serían lo bastante tontos o estarían lo bastante desesperados como para tomar algunas armas y entrar al banco.

Con lo que Mitch no contaba era con que, si bien su hackeo sería un éxito impecable, sus socios armados serían un fracaso espectacular, los arrestarían de inmediato y lo delatarían sin dudar un minuto. Y de alguna manera, al ver a Mitchell Turner en todo su esplendor físico, la policía le adjudicaría la parte

del robo armado a él, y el hackeo, a los tres hombres más menudos a quienes habían atrapado in situ y eran claramente reconocibles, a pesar de estar enmascarados, en los videos de seguridad. Fue así cómo el tercer delito de Mitch lo envió, no a una cárcel para evasores fiscales y filtradores de información, sino a Wrighton, un establecimiento de máxima seguridad donde la mayoría de los presos había cometido realmente delitos, y donde su tamaño, aunque imponente, no garantizaba su integridad física.

Y donde, tres años más tarde, llegaría a conocer a un hombre llamado Víctor Vale.



SEIS HORAS ANTES DE MEDIANOCHE

COMISARÍA CENTRAL DE POLICÍA DE MERIT

De pie contra la pared gris pálido de la sala de conferencias de la policía, Eli volvió a colocarse la máscara. Era sencilla, parcial, negra, y le cubría desde las sienes hasta los pómulos, y Serena se había burlado de él por ponérsela, pero dado que en aquella sala estaba congregada más de la mitad de la policía de Merit, observándolo, se sintió agradecido por aquel disfraz. Su rostro era lo único que no podía cambiar, y aunque aquello fuera una mala idea, sería infinitamente peor darle a toda la fuerza policial la oportunidad de memorizar sus rasgos. Serena estaba en el podio, sonriendo con aquella lentitud suya y hablándoles a los hombres y mujeres que estaban allí.

«¿Qué pasa a medianoche?», había preguntado mientras iban de camino al departamento de policía.

Eli había aferrado el volante con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

«No lo sé».

Odió decir esas palabras, no solo porque eran ciertas o porque el hecho de admitirlo significaba que Víctor le llevaba ventaja, sino porque no pudo *no* decirlas, porque la confesión ascendió por su garganta sin darle tiempo a tragar. Víctor le había cortado la comunicación apenas con la promesa de la *medianoche*, y Eli había tenido que contener el impulso de arrojar el teléfono contra la pared.

—El hombre que está detrás de mí es un héroe —iba diciendo Serena. Eli observaba cómo los ojos de las personas presentes se ponían ligeramente vidriosos al oírla—. Se llama Eli Ever. Lleva meses protegiendo esta ciudad, persiguiendo a la clase de delincuentes que ustedes no conocen, los que no pueden detener. Trabajando para mantenerlos a salvo a ustedes y a los ciudadanos de aquí. Pero ahora necesita su ayuda. Quiero que le presten atención y hagan lo que él les diga.

Sonrió y se apartó del podio y del micrófono, y le indicó a Eli que se acercara, con una seña y una sonrisa indolente. Eli suspiró por lo bajo y se adelantó.

—Hace poco más de una semana, un hombre llamado Víctor Vale se fugó de la Cárcel de Wrighton junto con su compañero de celda, Mitchell Turner. Si están preguntándose por qué no oyeron nada de esa fuga en las noticias, es porque no *salió* en las noticias.

Eli mismo no se había enterado hasta recibir la nota de Víctor, hasta oír su voz, hasta que había contactado a Wrighton. Se habían negado a decirle nada más, pero con mucho gusto le informaron a Serena, cuando él le pasó el teléfono, que les habían ordenado guardar silencio sobre la fuga, debido a la naturaleza sospechosa del fugitivo, la cual no había sido tomada en cuenta hasta que el hombre en cuestión, un tal señor Vale, había incapacitado a buena parte del personal de Wrighton sin ponerle un dedo encima.

—La razón por la que ustedes no se enteraron de la fuga —prosiguió Eli— es porque Victor Vale es un EO confirmado.

Varias cabezas se ladearon al oír el término, dudando entre la orden de Serena de prestarle atención a Eli y sus propios niveles de credulidad. Eli sabía que a todos los departamentos de policía se les daba un día de entrenamiento obligatorio sobre el protocolo de acción frente a un EO, pero la mayoría de los agentes no lo tomaban en serio. No podían. Décadas después de que se empezara a usar la palabra, los EO seguían siendo mayormente una cosa que existía solo en los mitos y en los foros de Internet, y se mantenía así por incidentes como el de Wrighton. Esos hechos se guardaban en secreto en lugar de difundirse. Para Eli, era mejor que los casos que involucraban a los EO se acallaran fácilmente en lugar de que se hicieran públicos, pues eso le despejaba el campo de acción, pero no dejaba de asombrarle que los funcionarios estuvieran tan deseosos de que los incidentes quedaran en el olvido, y la gente involucrada, tan deseosa de olvidar. Claro que siempre había creyentes, pero resultaba útil el hecho de que la gran mayoría de los EO no quisiera que creyeran en ellos, y aquellos que sí querían, pues, le habían ahorrado a Eli la molestia de buscarlos.

Pero quién sabe, tal vez en otro mundo los EO ya hubieran salido a la luz, y todas aquellas personas de uniforme lo hubieran escuchado sin una pizca de incredulidad; pero Eli había hecho su trabajo demasiado bien. Había tenido una década para llevar a cabo una eliminación selectiva, reducir los números y hacer que los monstruos, en su mayoría, siguieran siendo tema de cuentos. Por eso, de toda la multitud allí reunida, solo Stell, que estaba de pie en el fondo, con la mirada fija en Eli, aceptó las palabras sin sorpresa.

—Pero ahora —prosiguió—, Victor Vale y su cómplice, Mitchell Turner, están en Merit. En *vuestra* ciudad. Y es imperativo que no se les permita

escapar. Es imperativo que los encuentren. Estos hombres han secuestrado a una niña llamada Sydney Clarke, y esta tarde asesinaron a un compañero suyo, el agente Frederick Dane.

Al oír eso, los policías se agitaron, con rostros escandalizados y llenos de ira. No se habían enterado —a Stell se lo habían informado, pero aún se lo veía pálido por la conmoción— y realmente empezaron a prestarle atención. Serena podía obligarlos, pero esa clase de noticia lograba algo diferente. Los perturbaba. Los motivaba.

—Tengo razones para creer que estos hombres están planeando algo para *esta noche*. Para la medianoche. Es crucial que encontremos a estos delincuentes lo antes posible. Pero —añadió— por la seguridad de la rehén, debemos capturarlos con vida.

Diez años atrás, Eli había vacilado, y había dejado vivir a un monstruo. Pero esa noche corregiría su error, y acabaría él mismo con la vida de Víctor.

—No tenemos registros fotográficos para ustedes —agregó—, pero les llegarán descripciones físicas a sus teléfonos. Quiero que cubran toda la ciudad, que bloqueen las salidas, que hagan lo que tengan que hacer para encontrar a esos hombres antes de que muera alguien más.

Eli retrocedió un solo paso. Serena se adelantó y le apoyó una mano en el hombro mientras se dirigía a los presentes.

—Eli Ever es un héroe —volvió a decir, y esta vez todo el departamento de policía de Merit asintió, se puso de pie y lo repitió.

—Eli Ever es un héroe. Un héroe. Un héroe.

Las palabras se iban repitiendo mientras ellos salían. Eli siguió a Serena hacia la salida, asimilando las palabras. Un héroe. ¿Acaso no lo era? Los héroes salvaban al mundo de los villanos, del mal. Los héroes se sacrificaban para hacerlo. ¿Acaso él no estaba ensangrentando sus manos y su alma para

enderezar el mundo? ¿Acaso no se sacrificaba cada vez que acababa con la vida robada de un EO?

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Serena.

Eli cambió su atención al instante. Estaban atravesando el garaje de la comisaría a modo de atajo hacia una calle lateral donde habían aparcado el coche. Sacó una carpeta fina de su bolso y se la entregó a Serena. En el interior estaban los perfiles de los dos EO que quedaban en el área de Merit, o al menos, los dos *sospechosos* de ser EO. El primero era un hombre llamado Zachary Flinch, un minero de mediana edad que se había asfixiado en el derrumbe de un túnel el año anterior. Se había recuperado... físicamente. El segundo era un joven soldado llamado Dominic Rusher, que se había acercado demasiado a una mina enterrada y había quedado en coma dos años atrás. Había recobrado el conocimiento, y había desaparecido del hospital. Literalmente. Nadie lo había visto salir. Apareció en tres ciudades diferentes —sin rastros, solo aparecía en un lugar, luego desaparecía y volvía a aparecer en otro—, hasta que hacía dos meses había aparecido en Merit. Y, que Eli supiera, no había vuelto a desaparecer. *Todavía*.

—Cuando Víctor llamó, mencionó la base de datos —comentó Eli cuando llegaron al coche—; quiere decir que él también tiene acceso a estos archivos. No sé lo que está planeando, pero no quiero que siga adoptando gente.

—Esta vez quiero ir contigo —dijo Serena.

Eli frunció el ceño detrás de la máscara. Siempre hacía solo esa parte. Sus asesinatos, sus *exclusiones*, no eran como el golf, la pornografía o el póker, un pasatiempo estereotípicamente masculino que no quería compartir. Eran rituales sacrosantos. Parte de su compromiso. Y no solo eso, sino que además las muertes eran la culminación de días, a veces semanas de investigación, reconocimiento y paciencia. *Le pertenecían*. La planificación, la ejecución y

la quietud posterior eran *suyas*. Serena lo sabía. Estaba presionándolo. La ira hervía bajo su piel.

Intentó torcer la exigencia en su mente, recuperar el control. Sabía que no tenía tiempo para disfrutar esos asesinatos en particular. Lo más probable era que ni siquiera tuviera tiempo para esperar una demostración. Ese día, de todos modos, los rituales se alterarían, se mancillarían.

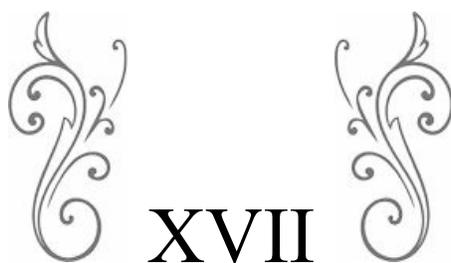
Sintió que Serena lo observaba esforzarse, y que parecía disfrutarlo. Pero ella no cedió. Tomó la carpeta y levantó el perfil de Zachary Flinch.

—Solo por esta vez —dijo, y sus palabras inclinaron la balanza.

Eli miró su reloj. Eran más de las seis. Y era indudable que ella aceleraría el proceso.

—Solo por esta vez —repitió Eli, y subió al coche.

Serena sonrió, radiante, y se dejó caer en el asiento del acompañante.



CINCO HORAS ANTES DE MEDIANOCHE EL HOTEL ESQUIRE

Sydney estaba sentada en el sofá, con Dol a sus pies y la carpeta de los EO ejecutados abierta sobre su regazo, cuando entró Mitch. El sol estaba poniéndose detrás de los ventanales, y ella levantó la vista mientras él sacaba el cartón de leche con cacao de la nevera. Parecía cansado, y apoyó los codos, manchados con algo blanco, similar a la tiza, en la encimera de granito oscuro.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—¿Y Victor?

—Ha salido.

Mitch maldijo por lo bajo.

—Está loco. La zona está repleta de policías después de lo de hoy.

—¿Después de qué? —preguntó Sydney, mezclando los papeles en la carpeta—. ¿De matar al policía o de atender la llamada de Eli?

Mitch sonrió con amargura.

—Ambas cosas.

Sydney observó la cara de una mujer muerta sobre su falda.

—No puede estar hablando en serio —dijo en voz baja—. Sobre

encontrarse con Eli a medianoche. No lo dice en serio, ¿verdad?

—Victor siempre habla en serio —respondió Mitch—. Pero no lo habría dicho si no tuviera un plan.

Mitch se apartó de la encimera y se fue por el pasillo; un momento después, Sydney oyó que cerraba la puerta del baño y abría la ducha. Volvió a leer los perfiles, intentando convencerse de que lo hacía porque no había nada bueno en televisión. Lo cierto era que no quería pensar en lo que ocurriría a medianoche, o peor, lo que ocurriría *después*. Odiaba las preguntas que acudían a su mente en cuanto se desconcentraba. *¿Y si ganaba Eli, y si perdía Victor, y si Serena...?* Ni siquiera sabía qué pensar de su hermana, qué esperanza podía tener respecto de ella, qué temer. Había algunas partes traicioneras de ella que aún querían sentir los brazos de Serena rodeándola, pero sabía que ahora tenía que huir de su hermana, no acercársele.

Sydney se forzó a seguir recorriendo los perfiles de la carpeta, a enfocarse en las vidas y en las muertes de otros EO —intentando no imaginar la fotografía de Victor entre ellos, con una x negra sobre su expresión serena y clara—, y a tratar de adivinar cuáles eran sus poderes, aunque sabía que podían ser cualquier cosa. Victor le había explicado que dependían de la persona, de lo que quería y de sus últimos pensamientos.

El último perfil era el de ella. Había vuelto a imprimirlo después de que Victor se había llevado la primera copia, y ahora sus ojos recorrían la fotografía de su cara. A diferencia de las otras imágenes instantáneas que llenaban la carpeta, su foto estaba preparada: cabeza erguida, hombros hacia atrás, ojos mirando directamente a la cámara. Era una foto del anuario escolar del año anterior, realizada alrededor de una semana antes del accidente, y a Sydney le había encantado porque, de alguna manera, como por arte de magia, la cámara la había captado en el instante anterior a una sonrisa, y con el

mentón levantado con aire orgulloso y el levísimo pliegue en la comisura de la boca, estaba *igual* a Serena.

La única diferencia entre esta copia de la foto y la original era que esta no estaba tachada con una *x*. A esa altura Eli ya sabía que ella estaba allí, viva, y Sydney deseó que él hubiera sentido náuseas al enterarse de que el cadáver de Barry había vuelto a entrar al banco, al solucionar el rompecabezas y comprender que era obra de ella, que unos disparos en el bosque no equivalían a una chica muerta. Tal vez debería haberle perturbado ver su propio perfil en la carpeta de EO muertos, y así había sido al principio, pero la conmoción ya había pasado, y la existencia del perfil en la papelera digital, el hecho de que la hubieran subestimado, de que la hubieran dado por muerta, y más que nada, el hecho de que *no lo estaba*, la hicieron sonreír.

—¿A qué viene esa sonrisa?

Sydney levantó la vista y vio a Mitch recién duchado, con una toalla al cuello. No se había percatado de cuánto tiempo había transcurrido. Eso le sucedía más de lo que le gustaba admitir. Parpadeaba, y el sol estaba en otra posición, o el programa de televisión había terminado, o alguien estaba terminando una conversación que ella no había oído iniciar.

—Espero que Victor le haga daño —respondió alegremente—. Mucho.

—Cielos. Tres días y ya te le estás pareciendo. —Mitch se dejó caer en una silla y se pasó la mano por la cabeza rapada—. Mira, Sydney, hay algo que tienes que entender sobre Victor...

—No es un hombre malo —lo interrumpió ella.

—En este juego no hay hombres buenos —repuso Mitch.

Pero a Sydney no le importaba eso de *buenos*. No estaba segura de creer en eso.

—No tengo miedo de Victor.

—Lo sé —respondió Mitch con tristeza.



XVIII

HACE CINCO AÑOS

CÁRCEL DE WRIGHTON

La tercera vez que Mitchell Turner fue a la cárcel, su maldición lo siguió.

No importaba a dónde fuera, ni lo que hiciera (o no hiciera), seguía muriendo gente. Perdió dos compañeros de celda a manos de otros, a otro que se suicidó y a un amigo, que se desplomó en el patio durante la hora de ejercicios. Por eso, cuando el delgado y refinado Victor Vale apareció una tarde en la puerta de su celda, pálido con el uniforme gris oscuro de la cárcel, pensó que no duraría mucho. Probablemente lo habían condenado por lavado de dinero, tal vez un esquema Ponzi. Algo con el suficiente peso como para que las personas indicadas se enfadaran mucho y lo enviaran a un lugar de máxima seguridad, pero bastante liviano como para que pareciera totalmente fuera de lugar allí. Mitch debería haberlo echado de allí, pero dado que aún le perturbaba la muerte de su último compañero de celda, se decidió a mantener a Victor con vida.

Dio por sentado que no sería tarea fácil.

Victor no le dirigió la palabra durante tres días. Mitch, cabe reconocerlo, tampoco le habló a él. Aquel hombre tenía algo, algo que no lograba identificar, pero le producía un desagrado primario, visceral, y cada vez que

Victor se acercaba, él se apartaba vagamente. Los otros reclusos hacían lo mismo, en las raras ocasiones en que Victor se aventuró a estar entre ellos aquella primera semana. Pero, aunque lo hacía sentir incómodo, Mitch seguía a Victor, lo acompañaba, siempre atento a un posible atacante, a una amenaza. Según parecía, la maldición de Mitch se basaba en su proximidad con la gente. Cuando estaba cerca de alguien, esa persona salía herida. Pero no llegaba a descubrir cuánto era demasiado cerca, cuán próximo tenía que estar para condenar una vida, y se le ocurrió que tal vez, si lograba que su proximidad salvara a una persona en lugar de condenarla... Tal vez entonces podría romper la maldición.

Victor no le preguntó por qué siempre estaba tan cerca, pero tampoco le pidió que no lo hiciera.

Mitch sabía que llegaría el ataque. Siempre llegaba. Una manera que tenían los viejos de poner a prueba a los nuevos. A veces no era tan malo: algunos puñetazos, una paliza. Pero otras veces, cuando los hombres estaban sedientos de sangre o querían ajustar cuentas con alguien, las cosas podían desbandarse.

Mitch seguía a Victor a la sala común, al patio, al comedor. Él se sentaba de un lado de la mesa, Victor del otro, picoteando su almuerzo, mientras Mitch se pasaba todo el tiempo vigilando la estancia. Victor jamás levantaba la vista de su plato. Tampoco miraba su plato, no exactamente. Sus ojos tenían una intensidad desenfocada, como si estuviera en otra parte y no le preocupara la jaula que lo rodeaba ni los monstruos que allí vivían.

Como un depredador, se dio cuenta Mitch un día. Había visto suficientes documentales sobre la naturaleza en el televisor de la sala común para saber que las presas tenían ojos a los lados de la cabeza, estaban constantemente en guardia, mientras que los ojos de los depredadores miraban hacia adelante, juntos, sin temor. A pesar de que Victor tenía la mitad del tamaño de la

mayoría de los reclusos, y no tenía aspecto de haber participado nunca en una pelea, y menos aún, de haberla ganado, todo en él lo identificaba como depredador.

Y por primera vez, Mitch se preguntó si realmente era Víctor quien necesitaba protección.



CUATRO HORAS Y MEDIA ANTES DE LA MEDIANOCHE LOS SUBURBIOS DE MERIT

Zachary Flinch vivía solo.

De eso, Serena se dio cuenta incluso antes de verlo. El jardín delantero era una maraña de malezas, el coche aparcado en la entrada de grava tenía dos ruedas de repuesto, la puerta con mosquitero estaba desgarrada, y alrededor de un árbol medio muerto había una cuerda cortada por los dientes de lo que fuera que hubiera estado atado allí. Fuera cual fuese su poder, si *realmente* era un EO, era obvio que no lo hacía ganar dinero. Serena frunció el ceño y reconstruyó el perfil de memoria. Toda la página de datos había sido inocua, salvo por la inversión: el Principio de Renacimiento, como lo llamaba Eli, una recreación del yo. No era necesariamente algo positivo, ni siquiera voluntario, pero siempre era marcado, y Flinch tenía una gruesa marca roja en ese casillero. Después de su trauma, todo había cambiado en su vida. Y no habían sido cambios sutiles, sino absolutos. De estar casado y tener tres hijos había pasado a estar divorciado, desempleado y con una orden de alejamiento. Su supervivencia —o, mejor dicho, su *resurrección*— debería haber sido motivo de celebración, de alegría. En lugar de eso, todos lo habían abandonado. O él

los había ahuyentado. Había consultado a montones de psiquiatras y le habían recetado antipsicóticos, pero a juzgar por el estado de su jardín, no estaba en buenas condiciones.

Serena llamó a la puerta, preguntándose qué podía asustar a un hombre hasta el punto de llevarlo a desperdiciar su vida después de haber vencido a la mismísima muerte.

Nadie atendió. El sol se había puesto en el horizonte, y al exhalar se formaban pequeñas nubes de vapor en el anochecer. Volvió a golpear, y oyó el sonido de un televisor en el interior. Eli suspiró y apoyó la espalda contra la pintura descascarillada de la pared, junto a la puerta.

—Hola —llamó Serena—. ¿Señor Flinch? ¿Podría venir a la puerta?

Se oyó un sonido de pasos arrastrados, y momentos después apareció Zach Flinch en la puerta, vestido con vaqueros y un viejo polo. Ambos le iban demasiado grandes, como si se hubiera consumido desde que se los había puesto. Por encima del hombro de Flinch, Serena vio la mesa de café atiborrada de latas vacías, y había cajas de comida comprada apiladas en el suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre, con voz ronca. Tenía ojeras oscuras y le temblaba la voz.

Serena tenía la carpeta de Flinch apretada contra el pecho.

—Una amiga. Solo quiero hacerle algunas preguntas.

Flinch gruñó, pero no le cerró la puerta en la cara. Ella siguió mirándolo a los ojos para que el hombre no viera a Eli, que estaba medio metro a la derecha de él, aún con la máscara de héroe puesta.

—¿Su nombre es Zachary Flinch? —preguntó Serena.

El hombre asintió.

—¿Es verdad que el año pasado tuvo un accidente minero? ¿Un túnel que se

derrumbó?

Flinch asintió.

Serena vio que Eli empezaba a impacientarse, pero no había terminado. Quería saber.

—Después de su accidente, ¿cambió algo? ¿Cambió usted?

Los ojos de Flinch se agrandaron con sorpresa, pero aun así, volvió a asentir, con una expresión entre confundida y complaciente. Serena sonrió.

—Entiendo.

—¿Cómo me ha encontrado? ¿Quién es usted?

—Como le he dicho, soy una amiga.

Flinch dio un paso adelante, cruzando el umbral. Sus zapatos se enredaron en las malezas de un marrón verdoso que intentaban apoderarse del porche.

—No quería morir solo —murmuró—. Eso es todo. Allá abajo, en la oscuridad, no quería morir solo, pero no quería esto. ¿Puede hacer que paren?

—¿Hacer que pare qué, señor Flinch?

—Por favor, haga que se vayan. Dru tampoco podía verlos hasta que se los mostré, pero están por todas partes. Yo no quería morir solo, nada más. Pero no lo soporto. No quiero verlos. No quiero oírlos. Por favor, haga que paren.

Serena extendió la mano.

—¿Por qué no me muestra lo q...?

El resto de la palabra se perdió cuando Eli levantó la pistola hasta la sien de Zach Flinch y apretó el gatillo. La sangre salpicó la pared y el pelo de Serena, y le llenó el rostro de pecas rojas. Eli bajó el arma e hizo la señal de la cruz.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó Serena, furiosa.

—Él quería que los hiciéramos parar —respondió Eli.

—Pero yo no había terminado...

—Fue un acto de piedad. Estaba enfermo. Además, confirmó que era un EO —agregó Eli, al tiempo que se encaminaba al coche—. Ya no era necesaria una demostración.

—Tienes un complejo muy grande —replicó ella—. Siempre necesitas tener el control.

Eli soltó una risita burlona.

—Y lo dice la sirena.

—Yo solo quería ayudarlo.

—No —replicó Eli—. Querías *jugar*.

Se alejó hecho una furia.

—Eli Ever, *detente*.

El zapato de Eli se atascó en la grava y no pudo moverse. Aún tenía la pistola en la mano. Durante un brevísimo instante, Serena se dejó dominar por su temperamento, y tuvo que morderse la lengua para no hacer que él se apuntara a sí mismo con el arma. El impulso se aplacó. Bajó los escalones y pasó por encima del cadáver de Flinch al acercarse a Eli por detrás. Lo abrazó a la altura de la cintura y le dio un beso en la nuca.

—Sabes que no quiero este tipo de control —susurró—. Ahora guarda la pistola. —Eli volvió a enfundar el arma—. Hoy no vas a matarme.

Eli se volvió hacia ella, le rodeó la espalda con las manos ahora vacías, la atrajo hacia él y sus labios le rozaron la oreja.

—Uno de estos días, Serena —susurró—, se te va a olvidar decir eso.

Ella se puso tensa entre sus brazos, y se dio cuenta de que él lo había percibido, pero contestó con voz ligera y serena.

—Hoy no.

Eli la soltó, se volvió hacia el coche y le abrió la puerta.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó, mientras bajaban a la calle por la grava

—. ¿A buscar a Dominic?

Serena se mordió el labio y meneó la cabeza.

—No. Ve tú y diviértete. Yo voy a volver al hotel a lavarme el pelo antes de que la sangre me lo manche. Déjame allí primero.

Eli asintió, visiblemente aliviado, y aceleró. Flinch quedó en el porche, con una mano sin vida colgando entre la maleza.



CUATRO HORAS ANTES DE MEDIANOCHE EN EL CENTRO DE MERIT

Victor regresó al hotel con una bolsa de comida bajo el brazo. En realidad, ir a comprarla había sido una excusa para escapar de los confines de la habitación del hotel, una oportunidad de respirar e idear un plan. Caminaba por la acera con paso tranquilo y semblante sereno. Desde la reunión con el agente Dane, la llamada de Eli y el ultimátum de medianoche, la cantidad de policías que había en las calles había aumentado drásticamente. No todos estaban de uniforme, claro, pero sí alertas. Mitch había borrado del sistema toda evidencia fotográfica, desde las fotos de perfil de la Universidad Lockland hasta las fotos de su ingreso en Wrighton. Lo único que tenían los policías de Merit era un dibujo infantil, el recuerdo del propio Eli (desactualizado tras diez años, ya que, a diferencia de él, Víctor sí había envejecido), y descripciones del personal de la cárcel. Aun así, no podía descuidarse. El tamaño de Mitch lo hacía terriblemente notable, y Sydney se destacaba por ser una niña. Solo Víctor, lógicamente el más buscado del grupo, tenía un mecanismo de defensa. Sonrió para sí al pasar cerca de un policía. Este nunca levantó la vista.

Victor había descubierto que el dolor era una sensación con matices espectaculares. Una cantidad grande y repentina podía incapacitar, desde luego, pero tenía muchas más aplicaciones prácticas que la tortura. Victor descubrió que, al infligir un dolor sutil en quienes se encontraban dentro de un radio determinado, podía inducir una aversión subconsciente a su presencia. Las personas no registraban el dolor, pero se apartaban muy ligeramente de él. La atención de ellos también parecía esquivarlo, lo cual otorgaba a Victor cierta invisibilidad. Le había servido en la cárcel y le servía ahora.

Victor pasó frente a la obra en construcción abandonada del edificio Falcon Price, volvió a mirar el reloj y se maravilló de la estructura de la venganza, del hecho de que tantos años de espera, planificación y deseo se hubieran reducido a horas, minutos incluso, de llevar a cabo el plan. Se le aceleró el pulso por el entusiasmo mientras regresaba al Esquire.



Eli dejó a Serena junto a la acera del Esquire con la única recomendación de que prestara atención y le avisara si observaba *cualquier cosa* fuera de lo común. Victor iba a enviarle otro mensaje, solo le faltaba saber cuándo, y mientras el reloj seguía marcando los minutos que faltaban para la medianoche, Eli sabía que su grado de control dependería casi por completo de la rapidez con que recibiera el mensaje. Cuanto más tarde fuera, menos tiempo tendría para planear, para prepararse, y estaba seguro de que esa era la intención de Victor: mantenerlo a oscuras el mayor tiempo posible.

Ahora estaba detenido con el motor en marcha en la zona de descenso de pasajeros frente al hotel. Se quitó la máscara, la dejó en el asiento del acompañante, y buscó el perfil de Dominic Rusher. Rusher llevaba apenas unos meses en la ciudad, pero ya tenía antecedentes con la policía de Merit: una lista de delitos menores que consistían casi exclusivamente en cargos por

ebriedad y alteración del orden público. La gran mayoría de los problemas no habían surgido de la pocilga de apartamento en el que vivía, en la zona sur de la ciudad, sino de un bar. Un bar en particular. Los tres cuervos. Eli conocía la dirección. Se alejó del hotel, y por muy poco no se cruzó con Victor y su bolsa de comida.



En el vestíbulo del Esquire había dos policías, que estaban prestando toda su atención a una joven rubia que estaba de espaldas a las puertas giratorias del hotel. Victor entró sin ser visto y se dirigió a la escalera. Cuando llegó a la habitación, encontró a Sydney leyendo en el sofá, con Dol acostado bajo sus pies, y a Mitch bebiendo de un cartón junto a la encimera al tiempo que, con una mano, escribía un código en su portátil.

—¿Has tenido algún problema? —le preguntó Victor, mientras apoyaba la comida.

—¿Con el cuerpo? No. —Mitch dejó el cartón a un lado—. Pero no fue fácil con la policía. Cielos, Vale, están por todas partes. Y yo no paso inadvertido.

—Para eso están las entradas de los garajes. Además, solo faltan unas horas...

—Sobre eso... —Empezó Mitch, pero Victor estaba ocupado escribiendo algo en un papel. Se lo acercó—. ¿Para qué es esto?

—Es el usuario y la contraseña de Dane. Para la base de datos. Necesito que prepares un nuevo perfil marcado.

—¿Y a quién vamos a marcar? —preguntó. Victor sonrió, y se señaló a sí mismo. Mitch rezongó—. Supongo que tiene que ver con lo de esta noche.

Victor asintió.

—El edificio Falcon Price. Planta baja.

—Ese lugar es una jaula. Te van a atrapar.

—Tengo un plan —repuso Víctor sencillamente.

—¿Quieres contármelo?

Víctor no dijo nada. Mitch gruñó.

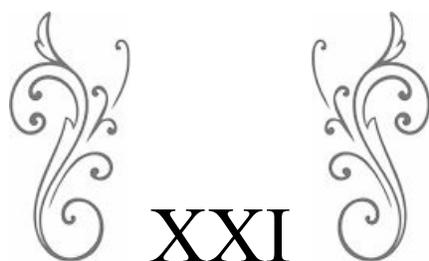
—No voy a usar tu foto. Me llevó muchísimo tiempo borrarla de todos los sistemas.

Víctor miró alrededor. Su mirada se posó en el último libro de autoayuda de los Vale que había estado tachando. Lo recogió y le enseñó a Mitch el lomo, donde se leía VALE en letras mayúsculas brillantes.

—Esto servirá.

Mitch siguió mascullando mientras tomaba el libro y se ponía a trabajar.

La atención de Víctor volvió a Sydney. Llevó al sofá un envase de fideos, se sentó en los cojines de cuero y se lo ofreció. Sydney dejó a un lado la carpeta de los EO muertos y aceptó la comida; sus dedos se cerraron en torno al envase aún caliente. No comió. Él tampoco. Víctor clavó la mirada más allá de los ventanales, escuchando a Mitch mientras este componía el perfil. Ardía de ganas de tachar líneas de texto, pero Mitch estaba usando su libro, así que cerró los ojos e intentó hallar silencio, paz. No imaginó un campo abierto, un cielo azul ni gotas de agua. Se imaginó apretando el gatillo tres veces, la sangre en el pecho de Eli en los mismos puntos en que había sangrado el suyo; se imaginó cortándole la piel, observando cómo desaparecían los cortes para volver a hacerlo, una y otra y otra vez. *¿Ya tienes miedo?*, le preguntaría, cuando el suelo estuviera mojado con la sangre de Eli. *¿Tienes miedo?*



TRES HORAS Y MEDIA ANTES DE MEDIANOCHE EL HOTEL ESQUIRE

—¿De verdad tienes un plan? —le preguntó Sydney más tarde.

Victor abrió los ojos lentamente y respondió lo mismo que aquel día en el cementerio, cuando ella le había preguntado si la Cárcel de Wrighton lo había soltado. Las mismas palabras, en el mismo tono y con la misma mirada.

—Por supuesto —dijo.

—¿Y es un buen plan? —insistió Sydney.

Sus piernas colgaban desde el sofá, balanceándose, y en cada barrido sus botas rozaban las orejas de Dol. Al perro no parecía molestarle.

—No —respondió Victor—. Probablemente no.

Sydney emitió un sonido, algo que era entre un suspiro y una tos. Victor aún no dominaba aquel lenguaje, pero supuso que era una especie de afirmativo triste, la versión preadolescente de *Lo entiendo* u *OK*. El reloj de pared marcaba casi las nueve de la noche. Victor volvió a cerrar los ojos.

—No lo entiendo —añadió Sydney unos minutos después. Estaba rascando la oreja de Dol con el zapato. Con el movimiento, la cabeza del perro se mecía suavemente a uno y otro lado.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Víctor, aún con los ojos cerrados.

—Si quieres encontrar a Eli, y Eli quiere encontrarte a ti, ¿para qué hacer todo esto? ¿Por qué no os encontráis y fin del asunto?

Víctor parpadeó y observó a la niña rubia que estaba a su lado en el sofá. Lo miraba con ojos grandes, esperando, pero eran ojos que ya estaban perdiendo su inocencia. La poca que le quedaba en aquella carretera bajo la lluvia se había desvanecido ante el modo pragmático de actuar de Víctor, sus promesas y sus amenazas. La habían traicionado, tiroteado, salvado, curado, hecho daño, vuelto a curar, obligado a resucitar a dos hombres, solo para ser testigo del nuevo asesinato de uno de ellos. Había quedado enredada en aquello, primero por Eli y luego por Víctor. Era como una criatura, pero no lo era, y Víctor no pudo sino preguntarse si al convertirse en EO habría quedado vacía como él, como todos; si se le habrían cortado los lazos que la unían a algo vital y humano. No estaba protegiéndola si la trataba como a una niña normal. Ella no era normal.

—Me has preguntado si tengo un plan —dijo, inclinándose hacia adelante—. Al principio, no lo tenía. Tenía opciones, sí, ideas y factores, pero no un plan.

—Pero ahora tienes uno.

—Sí. Pero por Eli, y por tu hermana, tengo una sola oportunidad de que salga bien. El que da el primer paso sacrifica el elemento sorpresa, y no puedo permitirme eso ahora. Eli tiene a una sirena de su lado, lo que significa que podría contar con toda la ciudad. Tal vez ya lo hace. Yo tengo a un hacker, un perro medio muerto y una niña. Eso es difícilmente un arsenal.

Sydney frunció el ceño y tomó la carpeta de los EO vivos. Se la acercó.

—Pues hazte uno. O al menos, fortalece el que tienes. Inténtalo. Eli ve a los EO, a nosotros, como monstruos. Pero tú no, ¿verdad?

Victor no estaba seguro de lo que pensaba de los EO. Hasta que había recogido a Sydney a un lado de la carretera, había conocido a un solo EO, excluido él mismo, y era Eli. Si hubiera tenido que formarse una opinión sobre la base de ellos dos, hubiera dicho que los ExtraOrdinarios estaban dañados, por no decir más. Pero aquellas palabras que empleaba la gente —humanos, monstruos, héroes, villanos—, para Victor eran solo cuestión de semántica. Alguien podía considerarse un héroe y, sin embargo, ir por ahí asesinando a docenas de personas. A otro podían tildarlo de villano por intentar detenerlo. Muchos seres humanos eran monstruosos, y muchos monstruos sabían jugar a ser humanos. La diferencia entre Victor y Eli, sospechaba, no residía en su opinión sobre los EO, sino en cómo reaccionaban a ellos. Eli parecía empeñado en masacrarlos, pero Victor no veía por qué había que destruir una habilidad útil tan solo por su origen. Los EO eran armas, sí, pero armas con mente, voluntad y cuerpo, cosas que se podían doblegar, torcer, romper y *aprovechar*.

Pero había muchos factores desconocidos. Se desconocía si los EO seguían con vida. Se desconocía cuáles eran sus poderes. Se desconocía si serían receptivos, y si bien Victor contaba con un argumento convincente, ya que por otro lado los querían muertos y él quería aprovecharlos con vida, el hecho era que reclutar a un EO implicaba introducir en su ecuación elementos imprevisibles y poco confiables. A eso se sumaba el hecho de que probablemente Eli estaba eliminando las opciones de Victor, y le parecía más esfuerzo del que valía la pena.

—Por favor, Victor —pidió Sydney, aún con la carpeta en la mano.

Entonces, para apaciguarla, y para matar el tiempo, Victor tomó la carpeta y levantó la cubierta. La página de la chica de pelo azul se había eliminado, y solo quedaban dos perfiles.

El primero pertenecía a un hombre llamado Zachary Flinch. Victor había leído antes la página de ese hombre, así que sabía que era un callejón sin salida. Todo lo que decía sobre el sospechoso de ser EO era demasiado ambiguo —la habilidad de un EO parecía tener por lo menos una relación tangencial con la naturaleza de la muerte o bien con el estado mental del sujeto, pero aun así era un juego de adivinanzas— y el hecho de que todos lo hubieran abandonado después del accidente sugería problemas. Y Victor no tenía tiempo para tantos problemas.

Pasó al siguiente perfil, el que aún no había llegado a ver; recorrió la página con la mirada, y se detuvo.

Dominic Rusher tenía poco menos de treinta años, un exsoldado que había tenido la mala suerte de pisar muy cerca de una mina terrestre en el extranjero. La explosión había destrozado muchos de los huesos de Dominic y lo había dejado en coma durante dos semanas, pero lo que atrajo la atención de Victor no fue el coma ni su nuevo hábito de desaparecer. Fue la breve anotación médica que había al pie de la página. Según los registros del hospital militar, a Rusher le habían recetado 35 miligramos de metahidricona.

Era una dosis elevada de un opioide sintético ambiguo, pero Victor había pasado un verano bastante lento en la cárcel memorizando la extensa lista de analgésicos disponibles con receta, sus usos, dosis y nombres oficiales, además de sus nombres médicos, así que reconoció la droga en cuanto la vio. No solo eso, sino que además estaba seguro de que Eli *no* la reconocería, a menos que hubiera pasado la misma cantidad de tiempo estudiando medicamentos.

Aparentemente, el destino volvía a sonreírle a Victor.

Faltando tan pocas horas para su encuentro de medianoche, sabía que no había tiempo ni lugar para desarrollar confianza ni lealtad, pero quizás podía

reemplazarlas por *necesidad*. Y la necesidad, Víctor lo había aprendido, podía ser tan poderosa como cualquier vínculo emocional. Lo emocional era neurótico, complicado, pero la necesidad podía ser simple, tan primigenia como el miedo o el dolor. La necesidad podía ser la base de la lealtad. Y Víctor sabía con exactitud qué necesitaba Dominic. Podía proporcionárselo, si el poder de este valía la pena. Había una sola manera de averiguarlo.

Víctor plegó la hoja con el perfil y la guardó en el bolsillo.

—Toma tu abrigo, Mitch. Vamos a salir.

—¿En coche o a pie?

—En coche.

—De ninguna manera. ¿No te has enterado de la policía? Que yo sepa, ese vehículo es robado.

—Bueno, pues entonces tendremos que asegurarnos de no llamar la atención.

Mitch masculló algo nada simpático mientras tomaba su abrigo. Sydney corrió a buscar el suyo al dormitorio, donde lo había abandonado.

—No, Syd —dijo Víctor cuando ella reapareció, poniéndose ya la chaqueta roja grande—. Tú tienes que quedarte aquí.

—Pero ¡la idea ha sido mía! —protestó.

—Y es buena, pero aun así tienes que quedarte.

—¿Por qué? —gimoteó—. Y no me digas que es demasiado peligroso. Me dijiste eso por lo del policía, y después me hiciste ir de todos modos.

Víctor rio con aire burlón.

—*Es* demasiado peligroso, pero no es por eso que tienes que quedarte. Ya hemos llamado la atención sin que nos acompañe una niña perdida, y además necesito que hagas algo por mí.

Sydney se cruzó de brazos y lo observó con escepticismo.

—Si no estoy de vuelta para las diez y media —le dijo—, necesito que

aprietes el botón que dice «Publicar» en el ordenador de Mitch, y subas mi perfil a la base de datos. Él ya tiene la ventana preparada.

—¿Por qué a las diez y media? —preguntó Mitch, mientras se abrochaba el abrigo.

—Da tiempo suficiente para que alguien lo vea, pero con suerte, no tanto como para que estén preparados. Es un riesgo, lo sé.

—No es el mayor que estás asumiendo —señaló Mitch.

—¿Eso es todo? —preguntó Sydney.

—No —respondió Víctor. Tanteó los bolsillos de su chaqueta. Su mano desapareció, y luego salió con un mechero azul. Él no fumaba, pero siempre le servía para algo—. A las once, necesito que empieces a quemar las carpetas. Todas. Hazlo en el fregadero. —Le entregó el mechero—. Una página cada vez, ¿entiendes?

Syd sostuvo el pequeño mechero azul y lo hizo girar en sus manos.

—Esto es muy importante —dijo Víctor—. No podemos dejar pruebas a la vista, ¿de acuerdo? ¿Entiendes ahora por qué te necesito aquí?

Por fin Sydney asintió. Dol gimoteó levemente.

—Vas a regresar, ¿verdad? —preguntó Sydney cuando llegaron a la puerta.

Víctor miró por encima de su hombro.

—Claro que sí —dijo—. Ese es mi mechero preferido.

Sydney casi sonrió cuando se cerró la puerta.

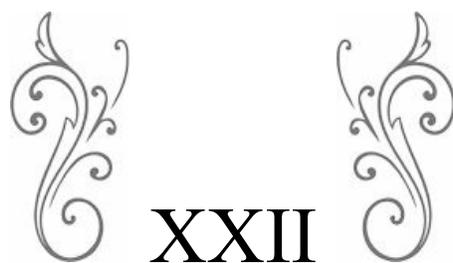
—Entiendo lo de quemar los papeles, pero ¿por qué una página cada vez? —preguntó Mitch mientras él y Víctor bajaban por la escalera.

—Para mantenerla ocupada.

Mitch introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—No vamos a regresar, ¿verdad?

—Esta noche, no.



TRES HORAS ANTES DE MEDIANOCHE

EL BAR LOS TRES CUERVOS

Eli estaba sentado en un reservado contra la pared del fondo del bar Los tres cuervos, esperando a que apareciera Dominic Rusher. Le había preguntado al barman al llegar, y este le había asegurado que Rusher iba todas las noches alrededor de las nueve. Eli había llegado temprano, pero no tenía nada que hacer salvo esperar la medianoche y lo que fuera que esta le deparara, así que había ordenado una cerveza y se había acomodado en el rincón, disfrutando, más que la bebida, el tiempo que podía pasar sin Serena.

De todos modos, la bebida era más que nada para guardar apariencias, pues la regeneración anulaba su efecto, y el alcohol sin ebriedad resultaba mucho menos atractivo (además, le habían pedido un documento de identidad para acreditar que fuera mayor de edad, y hacía tiempo que eso había dejado de ser una novedad). Pero tomar distancia de Serena era importante —esencial, de hecho— para mantener el poco control que le quedaba. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más parecían desdibujarse las cosas, y eso era una intoxicación que el cuerpo de Eli no sobrellevaba con tanta facilidad. Ahora, con la participación de la policía, todo se complicaba. Ellos eran leales a

Serena, no a él, y los dos lo sabían.

Una nueva ciudad, eso era lo que necesitaba.

Después de medianoche, una vez que hubiera resuelto todo ese problema con Víctor, buscaría una nueva ciudad. Empezaría de nuevo. Lejos del detective Stell. Lejos de Serena también, de ser posible. Ni siquiera le importaba la perspectiva de su viejo método, el tiempo y la dedicación que le exigía, las semanas de búsqueda para apenas un momento de recompensa. Últimamente las cosas se habían vuelto demasiado fáciles, y fáciles significaba peligrosas. Lo fácil llevaba a cometer errores. Serena era un error. Eli bebió un sorbo de cerveza y miró su teléfono en busca de mensajes. No los había.

Eli había buscado sospechosos allí alguna vez, años atrás, antes de Serena, cuando él aún era un fantasma que estaba de paso. Era un sitio bullicioso, muy concurrido, hecho para aquellos a quienes les gustaba rodearse de caos en lugar de silencio, de un ruido ambiental hecho de cristal, gritos y música de la cual nunca se llegaba a entender la letra. Un lugar donde resultaba fácil ser invisible, desaparecer, absorbo por la iluminación tenue y por el alboroto de personas que estaban borrachas, o camino a estarlo, y enojadas. Pero aun sabiendo eso, Eli no era tan audaz ni tan tonto como para llevar a cabo una ejecución en público. Serena había conseguido la ayuda de la policía, pero los habituales del bar Los tres cuervos no se llevaban bien con la policía ni con la ortodoxia. En un lugar así, un problema podía acabar por convertirse en un desastre, especialmente sin Serena para apaciguar a las masas.

Eli se recordó *otra vez* que se alegraba de estar libre de su influencia, tanto sobre los demás como sobre él. Ahora podía, por deseo y por necesidad, hacer las cosas a su manera.

Miró la hora. Menos de tres horas para... ¿Para qué? Víctor había

establecido ese plazo para inquietarlo, para ponerlo nervioso. Estaba perturbando la calma de Eli, como un chico que arroja piedras a una laguna y produce ondas en el agua, y Eli veía lo que estaba haciendo, pero aun así se sentía agitado, lo cual lo perturbaba más aún. Pues bien, Eli iba a recuperar el control, sobre su mente, su vida y su noche. Mojó los dedos en el aro de agua que había dejado el vaso de cerveza sobre la vieja mesa de madera, y escribió una sola palabra.

EVER.



HACE DIEZ AÑOS

UNIVERSIDAD LOCKLAND

—¿Por qué Ever?

Victor planteó la pregunta desde el otro lado de la mesa. Eli acababa de morir. Victor acababa de resucitarlo. Ahora los dos estaban sentados en el bar que estaba a pocas calles del apartamento, algo mareados tras varias rondas de alcohol (al menos, Victor lo estaba) y por el hecho de haber tenido la suerte de sobrevivir a un ataque agudo de estupidez. Pero Eli se sentía raro. No mal, sino... diferente. Distante. Aún no lograba identificar qué era. Algo le faltaba; sentía la ausencia, aunque no lograba deducir la forma. Físicamente, sin embargo —y supuso que eso era lo más importante, en ese caso—, se sentía muy bien, persistente y sospechosamente bien, dado que esa noche había pasado un tiempo como un objeto inanimado y no como un ser vivo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, bebiendo un sorbo de cerveza.

—Me refiero —respondió Victor— a que habrías podido elegir cualquier nombre. ¿Por qué Ever, «siempre»?

—¿Por qué no?

—No —replicó Victor, meneando su vaso—. No, Eli. Tú no haces nada así.

—¿Así cómo?

—Sin pensarlo. Tienes que haber tenido un motivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Te veo.

Eli pasó los dedos por un aro de agua que había quedado en la mesa.

—No quiero que me olviden.

Lo dijo en voz tan baja que le preocupó que Víctor no lo oyera, pero este le apoyó una mano en el hombro. Por un momento se quedó muy serio, luego lo soltó y volvió a recostarse en su asiento.

—Te diré algo —respondió Víctor—. Tú recuérdame, y yo te recordaré, y así nunca seremos olvidados.

—Qué lógica de mierda, Vic.

—Es perfecta.

—¿Y qué pasa cuando estemos muertos?

—Pues entonces, no morimos.

—Lo dices como si fuera tan sencillo ganarle a la muerte.

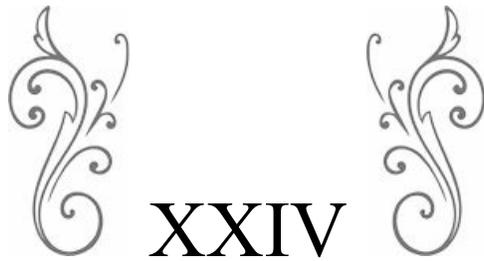
—Parece que tú lo haces muy bien —repuso Víctor alegremente. Alzó su vaso—. Por no morir nunca.

Eli alzó el suyo.

—Por que nos recuerden.

Sus vasos chocaron, y Eli añadió:

—Para siempre.



DOS HORAS Y MEDIA ANTES DE MEDIANOCHE

EL BAR LOS TRES CUERVOS

Dominic Rusher era un hombre roto. Literalmente.

La mayoría de sus huesos del lado izquierdo, el más cercano a la mina, tenían clavos, tornillos o eran sintéticos, y bajo su ropa tenía la piel cubierta de cicatrices. El cabello, que durante tres años había usado con el corte militar, le había crecido, y ahora caía descuidado sobre sus ojos, uno de los cuales era artificial. Tenía la piel bronceada y hombros fuertes, y su postura aún era demasiado recta como para confundirse del todo con los habituales del bar, y a pesar de todo, era evidente que estaba roto.

Eli no necesitaba los archivos para saber todo eso; pudo verlo apenas el hombre se acercó a la barra, se subió a un taburete y pidió su primera copa. El tiempo pasaba, y Eli aferró con más fuerza su propio vaso, mientras observaba al exsoldado comenzar su noche con un whisky con refresco de cola. Tuvo que contener el impulso de abandonar la mesa y la cerveza para dispararle a Dominic un balazo en la cabeza y terminar. Eli se esforzó por apaciguar su impaciencia; sus rituales tenían su razón de ser, y él era capaz de hacer concesiones de vez en cuando, y lo había hecho, pero no pensaba

abandonarlos, ni siquiera ahora. Matar sin causa sería un abuso de poder, además de un insulto a Dios. La sangre de los EO se quitaba con agua. La de los inocentes, no. Tenía que hacer que Dominic saliera del bar; tenía que conseguir una confesión, o una demostración, antes de ejecutarlo. Además, Dominic sería una buena carnada. Mientras estuviera en el bar y a la vista de Eli, era tan útil vivo como muerto, porque si Víctor venía en busca del hombre roto y llegaba antes de medianoche, Eli estaría esperándolo, y estaría preparado.



Víctor conducía, mientras Mitch iba repantigado en el asiento trasero, lo más escondido posible dado su tamaño. La ciudad iba pasando rápidamente, los verdes, los rojos y los blancos de las ventanas de las oficinas, mientras Víctor conducía desde el centro hacia la zona antigua. Iban por las calles secundarias de Merit, evitando las que pudieran llevar a un puente o peaje, o a cualquier posible punto de control. Vigilaban su velocidad; la moderaban cuando el tráfico era demasiado rápido, porque ir demasiado despacio podía llamar la atención tanto como hacerlo a demasiada velocidad. Víctor guio el coche robado a través de Merit, y pronto las avenidas numeradas y los caminos con letras dieron lugar a calles con nombres. Nombres de verdad, árboles, personas y lugares, grupos de edificios, algunos oscuros, tapiados y abandonados; otros, llenos de vida.

—Gira a la izquierda —dijo Mitch, que iba consultando el mapa que cambiaba en su teléfono.

Víctor miró la hora y tomó nota mentalmente del tiempo que les estaba llevando llegar al bar, y luego lo restó de la medianoche para calcular de cuánto tiempo disponían en realidad. No podía llegar tarde. Esa noche, no. Intentó hallar calma, paz, pero por dentro el entusiasmo se agitaba como

monedas sueltas. Con su mano libre, tamborileó sobre su pierna y se tragó el susurro de que aquello era una mala idea. Era mejor que quedarse sentado, sin hacer nada. Además, tenían tiempo. Tiempo de sobra.

—Otra vez a la izquierda —dijo Mitch. Victor giró.

Habían pasado la primera mitad del trayecto repasando el plan, y ahora que todo estaba claro y solo restaba ponerlo en práctica, siguieron viaje en un silencio interrumpido solamente por las instrucciones de Mitch y por el incansable tamborileo de Victor, y por las calles que iban recorriendo.



Mientras Victor conducía, Mitch se hacía preguntas.

Se preguntaba si sobreviviría a esa noche.

Se preguntaba si Victor también sobreviviría.

Se preguntaba qué les depararía el futuro si ambos sobrevivían.

Se preguntaba en qué ocuparía Victor sus pensamientos una vez que Eli ya no estuviera. Si Eli ya no estuviera.

Mitch se preguntaba qué haría *él* después. Él y Victor nunca habían hablado de su sociedad, sus condiciones y su finalización, pero siempre se había tratado de eso. De encontrar a Eli. Nunca se había mencionado qué ocurriría después. Se preguntó si en la mente de Victor *había* un después.

El puntito verde que se movía en su teléfono llegó hasta el punto rojo quieto que señalaba el bar Los tres cuervos, y Mitch se incorporó.

—Hemos llegado.

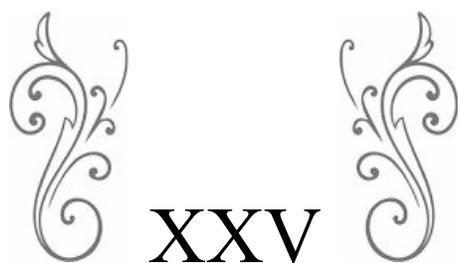


Victor estacionó en el aparcamiento frente al bar, aunque estaba lleno y era angosto e impediría una salida rápida, especialmente en una persecución. Pero con un coche robado y los policías en alerta, no se atrevía a hacer nada que

podiera llamar la atención. No iba a dejar que lo detuvieran por aparcar un coche robado en el lugar incorrecto. Esa noche, no. Apagó el motor, bajó del coche y examinó el montón de ladrillos que estaba enfrente y que declaraba ser el bar Los tres cuervos, con un trío de aves de metal posadas en el cartel sobre la puerta. A la izquierda del bar había un callejón, y mientras los dos hombres cruzaban la calle, Víctor divisó la entrada lateral en la pared de ladrillos manchada. Cuando llegaron a la acera de enfrente, Víctor se encaminó hacia el callejón, y Mitch se dirigió al bar. En su mente, Víctor veía las piezas de su juego alineándose en el tablero con la forma de la ciudad: ajedrez, batalla naval y Risk. Era su turno.

—Oye —dijo, cuando la mano de Mitch se apoyó en la puerta del bar—. Ten cuidado.

Mitch respondió con una sonrisa ladeada y entró.



HACE CINCO AÑOS CÁRCEL DE WRIGHTON

—¿Quieres más leche?

Eso fue lo primero que le dijo Victor Vale a Mitchell Turner.

Estaban sentados en la cafetería. Mitch llevaba tres días preguntándose cómo sería la voz de Víctor, si alguna vez se decidiría a hablar. Si *podía* hablar. Durante el almuerzo, de hecho, Mitch había empezado a imaginar que no podía, que por debajo del cuello de su camisa de recluso tenía una cicatriz horrible que le dibujaba una sonrisa en la garganta, o que detrás de sus labios curvos no tenía lengua. Parecía extraño, pero la cárcel era aburrida, y la imaginación de Mitch solía tomar rumbos insólitos. Por eso, cuando Víctor por fin abrió la boca y le preguntó con dicción perfecta si quería otro cartón de leche, Mitch quedó entre la sorpresa y la decepción.

—Eh... Sí. Claro —respondió con dificultad.

Detestó haber sonado tan estúpido, tan lerdo, pero Víctor solo rio entre dientes y se levantó de la mesa.

—Mantiene el cuerpo fuerte —dijo, antes de cruzar la cafetería hasta el mostrador.

En cuanto se retiró, Mitch supo que debería haberlo seguido. Llevaba tres

días siguiendo a su compañero de celda como si fuera su sombra, pero la pregunta lo había tomado desprevenido, y ahora tenía el mal presentimiento de que acababa de sacrificar su oportunidad de acabar con la maldición. Estiró el cuello en busca de Victor, pero alguien lo aplastó contra la mesa y le rodeó el hombro con un brazo. Desde el otro lado del salón podía haber parecido un gesto amistoso, pero Mitch vio la hoja afilada en la mano de Ian Packer, apuntando a su mejilla. Mitch lo doblaba en tamaño, pero era consciente del daño que podía infligirle Ian antes de que alcanzara a quitárselo de encima. Además, Packer era una de esas personas que, más allá de su altura, tenían poder, influencia en la cárcel. Demasiado para un lugar tan reducido.

—Hola, hola —dijo Packer, con feo aliento—. ¿Estás haciendo de cachorrito?

—¿Qué quieres? —gruñó Mitch, con los ojos clavados en la bandeja que tenía delante.

—Hace un año que quiero que seas el perro guardián de mi grupo, que te tengo paciencia con todo tu pacifismo —a Mitch lo sorprendió (y hasta lo impresionó un poco) que Packer conociera la palabra *pacifismo*—, y un buen día aparece ese cabrón remilgado y no te separas de él. —Chasqueó la lengua junto al oído de Mitch—. Debería darle una buena paliza por desperdiciar tu tiempo y tu talento, Turner.

Un cartón pequeño de leche se apoyó en su bandeja, y al levantar la vista Mitch vio a Victor allí de pie, observando la situación con leve interés. Packer aferró con más fuerza la hoja afilada al volcar su atención al recién llegado, y a Mitch se le fue el alma al suelo. Otro compañero de celda perdido.

Pero Victor ladeó la cabeza y miró a Parker con curiosidad.

—¿Eso es una navaja? —preguntó, mientras apoyaba el pie en el banco, y la mano, en la rodilla—. En aislamiento no las teníamos. —¿*Aislamiento?*, pensó

Mitch—. Siempre he querido ver una.

—Ah, pues voy a mostrártela bien de cerca, gilipollas.

El brazo de Packer desapareció de los hombros de Mitch. Se lanzó hacia Víctor, que no hizo más que bajar el pie al suelo y cerrar el puño, y Packer, a mitad de camino, cayó al suelo, gritando. Mitch lo miró, sorprendido, confundido por lo que acababa de ocurrir... y no ocurrir. Víctor ni siquiera lo había tocado.

Todos en la estancia entraron en movimiento al oír los gritos: los demás reclusos se pusieron de pie y los guardias acudieron, mientras Mitch, sentado, y Víctor de pie, observaban cómo Packer aullaba y se retorció en el suelo, con la mano ensangrentada por aferrar el metal afilado mientras se agitaba y gritaba. Hubo un momento, antes de que nadie llegara, en que Mitch vio sonreír a Víctor. Una sonrisa de lobo, fina y mordaz.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó un guardia, al llegar a la mesa junto con otro.

Mitch miró a Víctor, que se limitó a encogerse de hombros. La sonrisa se había borrado, y tenía el ceño levemente fruncido con preocupación.

—No tengo ni idea —respondió—. Este tío venía a hablar. Estaba bien, y de pronto... —Víctor chasqueó los dedos, y Mitch se sobresaltó—... empezó a tener convulsiones. Sería mejor que le echaran un vistazo antes de que se haga daño.

Los guardias sujetaron a Packer, que seguía retorciéndose, en el suelo. Le quitaron la hoja de la mano cortada mientras los gritos del hombre se iban convirtiendo en gemidos y luego cesaban. Packer se había desmayado. En algún momento entre el ataque de Packer a Víctor, que lo había derribado con solo mirarlo, y la llegada de los guardias, Mitch se había levantado del banco y ahora estaba detrás de su compañero de celda, bebiendo sorbos de su leche

y observando los acontecimientos, maravillado en parte por la escena, y en parte porque, por una vez, no lo habían culpado a él.

Pero ¿qué diablos había sucedido?

Seguramente Mitch formuló la pregunta en un susurro, porque Victor lo miró con una ceja pálida levantada y se volvió en dirección a las celdas. Mitch lo siguió.

—¿Y bien? —le preguntó Victor mientras caminaban por los pasillos de concreto—. ¿Te parece que estoy desperdiciando tu tiempo y tu talento?

Mitch observó a aquel hombre imposible que iba a su lado. Algo había cambiado. La incomodidad, la aversión que había sentido durante tres días había desaparecido. Todos los demás parecían apartarse a su paso, pero Mitch no sentía otra cosa más que asombro y, debía reconocerlo, un poco de miedo. Cuando llegaron a la celda y Mitch seguía sin responder, Victor se detuvo, apoyó la espalda contra los barrotes y lo miró. Ni sus hombros enormes ni sus grandes puños con sus nudillos cubiertos de cicatrices, ni los tatuajes que tenía hasta en el cuello; lo miró a la cara. Lo miró a los ojos, aunque para hacerlo tuvo que levantar un poco la vista.

—No necesito un guardaespaldas —dijo Victor.

—Ya lo veo —respondió Mitch.

Victor soltó una risa que parecía una tos.

—Bueno —dijo—, pero no quiero que todos los demás se den cuenta.

Mitch había estado en lo cierto. Victor Vale era un lobo entre ovejas. Y no era fácil lograr que cuatrocientos sesenta y tres delincuentes rudos hicieran el papel de ovejas.

—¿Qué es lo que quieres, entonces? —le preguntó.

Los labios de Victor se curvaron en aquella sonrisa peligrosa.

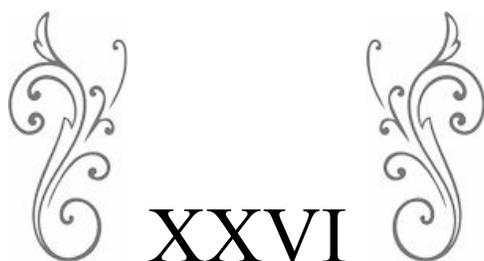
—Un amigo.

—¿Eso es todo? —preguntó Mitch, incrédulo.

—Un buen amigo, señor Turner, es muy difícil de encontrar.

Mitch observó a Víctor apartarse de los barrotes, entrar a la celda y levantar del catre un libro de la biblioteca antes de acomodarse allí.

Mitch no sabía qué acababa de ocurrir en la cafetería, pero una década entrando y saliendo de la cárcel le había enseñado algo. Había personas a las que era mejor no acercarse, personas que envenenaban todo lo que estaba a su alcance. Había personas con las que uno quería quedarse, capaces de persuadir a cualquiera y de resolver cualquier cosa. Y luego estaban aquellos con quienes convenía quedarse a su lado, porque eso significaba no estorbarles el camino. Mitch no sabía quién era, qué era ni qué estaba tramando Víctor Vale; lo único que sabía era que no quería ser un estorbo para él.



DOS HORAS ANTES DE MEDIANOCHE EL BAR LOS TRES CUERVOS

Eli desbloqueó su teléfono con un golpecito y se puso tenso al ver la hora. Victor seguía sin aparecer, y Dominic era como un elemento fijo del bar. Frunció el ceño y marcó el número de Serena, pero ella no contestó. Cuando escuchó su contestador, Eli cortó la llamada a toda prisa, antes de que las palabras suaves y melódicas de Serena pudieran darle instrucciones. Pensó en la amenaza de Víctor.

Es astuto usar la base de datos de la policía para encontrar a tus objetivos. Me siento un poco insultado porque todavía no aparezco en ella, pero dales tiempo. Acabo de llegar.

Eli se conectó a la base de datos, con la esperanza de hallar algún indicio, pero eran más de las diez, y el único perfil marcado pertenecía al hombre que estaba instalado en la barra, acunando su tercer vaso de whisky con refresco de cola. Eli frunció el ceño y guardó el teléfono. Aparentemente, su anzuelo no estaba atrayendo a ningún pez. El asiento contiguo al de Dominic se desocupó —se había ocupado y desocupado tres veces en el transcurso de aquella hora— y Eli, cansado de esperar, terminó su cerveza y se deslizó hasta el borde

del asiento. Estaba a punto de levantarse para acercarse a Dominic cuando apareció un hombre, se acercó a la barra y se sentó en ese taburete.

Eli se detuvo y se quedó en el borde del asiento.

Había visto antes a aquel hombre. En el vestíbulo del Esquire, y si bien en el bar su presencia resultaba menos sorprendente —su aspecto era más acorde al de los habituales de Los tres cuervos que a la clientela del hotel de cuatro estrellas—, su presencia lo sobresaltó. Había algo más en él. La primera vez que lo había visto no lo había pensado, pero allí, tras la presentación en la comisaría de policía de Merit, le resultó obvio. No existían fotografías de Mitchell Turner, el cómplice de Víctor, pero sí había descripciones generales: alto, corpulento, cabeza rapada, tatuado. Esa descripción se ajustaba a decenas de hombres, pero ¿cuántos se cruzarían en el camino de Eli dos veces en dos días?

Hacía mucho que Eli había abandonado la noción de casualidad.

Si ese hombre era Turner, Víctor no podía estar lejos.

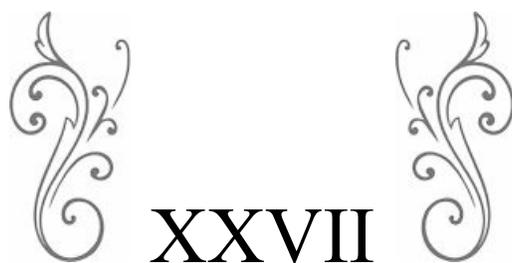
Recorrió el bar con la mirada, en busca del pelo rubio de Víctor y su sonrisa mordaz, pero no vio a nadie que se le pareciera, y cuando volvió a mirar hacia la barra, Mitchell estaba hablando con Dominic Rusher. Su corpachón estaba inclinado hacia el exsoldado como una sombra, y aunque el bullicio del lugar no le permitió oír la conversación, Eli vio que sus labios se movían con rapidez, y que Dominic se tensaba al oírlo. Y luego, apenas un momento después de sentarse, Mitchell volvió a levantarse. Sin ordenar nada, sin otra palabra. Eli lo observó mirar alrededor, vio cómo sus ojos lo pasaron de largo sin registrarlo, y se posaron en el cartel que decía SERVICIOS con luz amarilla de neón. Mitchell Turner se encaminó hacia allá, y al hacerlo pasó entre Dominic y el resto del bar; por un momento, apenas un abrir y cerrar de ojos, su enorme cuerpo ocultó al hombre. Cuando terminó de dar el paso, cuando

cruzó de un lado del exsoldado al otro, Dominic había desaparecido.

Y Eli estaba de pie.

El taburete donde había estado su objetivo durante casi una hora de pronto estaba desocupado, y no había rastros de Dominic Rusher por ninguna parte. *No es posible*, podría haber pensado el cerebro de Eli. Solo que Eli sabía que era muy posible, *demasiado* posible. En la mente de Eli, la pregunta de a dónde había ido el hombre era secundaria a *por qué*, y esa pregunta tenía una sola respuesta. Lo habían asustado. Lo habían *prevenido*. La mirada de Eli recorrió el salón hasta que vio cerrarse la puerta del baño de hombres detrás de Mitchell Turner.

Dejó un billete sobre la mesa, junto a su vaso vacío, y lo siguió.



NOVENTA MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE EL HOTEL ESQUIRE

Sydney estaba sentada en la silla del escritorio, rodeando con los brazos sus rodillas. Su atención oscilaba entre el reloj de pared, el reloj del ordenador (el de pared estaba noventa segundos adelantado) y el botón de «Publicar», iluminado en verde brillante en el programa que estaba abierto en la pantalla de Mitch. Justo encima del botón estaba el perfil que habían creado. Arriba se leía *Victor Vale*, y como segundo nombre, *Eli*. Donde debería estar su fecha de nacimiento, estaba escrita la fecha actual. En el espacio reservado a su último paradero conocido, figuraba la dirección de la obra en construcción del Falcon Price. Todos los demás espacios —aquellos reservados para los antecedentes, para uso policial—, estaban llenos con una sola palabra que se repetía: *medianoche*.

A la izquierda del perfil estaba la fotografía, o mejor dicho, el espacio reservado para ella. En lugar de fotografía, estaba la imagen de las letras gruesas del lomo del libro, que formaban la palabra *VALE*.

El libro que habían usado para la foto, el que había comprado Victor durante su caminata del día anterior, estaba debajo de la pila de papeles que Sydney

debía empezar a quemar pronto, y encima de todo estaba el mechero azul, como un toque de color. Sacó el enorme libro de debajo de las carpetas y recorrió la cubierta con el pulgar. Lo había visto antes, o había sido uno igual. Sus padres tenían un juego en su estudio (con los lomos intactos, claro está). Sydney abrió el libro y fue a mirar la primera página, pero era un muro negro. Siguió pasando las hojas, y vio que cada una de las primeras treinta y tres páginas estaba sistemáticamente tachada. El Sharpie que estaba entre las páginas treinta y tres y treinta y cuatro sugería que la única razón por la que las siguientes páginas estaban intactas era que Víctor aún no había llegado a ellas. Solo mientras volvía a pasar esas páginas hacia la portada del libro, Sydney reparó en dos palabras que se habían salvado del marcador negro.

Para y siempre.

Era obvio que Victor había querido separar las palabras.

Para.

Siempre.

Pasó los dedos por la página, pensando que se le mancharían, pero no fue así. Dol gimoteó levemente debajo de la silla, donde había logrado meterse de alguna manera, o al menos buena parte de su mitad delantera; Sydney cerró el libro y miró el reloj. Tanto el reloj de pared como el del ordenador indicaban que eran más de las diez y media. El dedo índice de Sydney se acercó a la pantalla.

Sabía lo que significaba pulsar ese botón.

Incluso sin conocer el plan de Víctor, sabía que, si apretaba «Publicar» no habría vuelta atrás, y al menos uno de ellos moriría, y al día siguiente todo volvería a ser horrible.

Ella estaría sola.

De una u otra manera, sola. Una EO con un brazo herido y una hermana que

quería verla muerta, que tenía un don extraño y vil y padres ausentes, y que tal vez huiría o tal vez la matarían también. Nada de eso le resultaba demasiado atractivo.

Pensó por un momento en *no* pulsar el botón. Podía fingir que el ordenador se había colgado, ganar un día más. ¿Por qué Victor tenía que hacer eso? ¿Por qué él y Eli tenían que encontrarse? Pero, al mismo tiempo que se planteaba esas preguntas, conocía la respuesta. La conocía porque su pulso se aceleraba, desafiante, al pensar en Serena; porque, aunque la razón le indicaba que debía alejarse lo más posible de su hermana, la gravedad del deseo volvía a atraerla. No lograba salirse de la órbita.

Pero sí podía evitar caer. ¿Acaso Victor no podía esperar un poco más? ¿No podían mantenerse en el aire? ¿Seguir con vida? Pero entonces recordó la advertencia de Mitch —«en este juego no hay hombres buenos»— y, cuando cerró los ojos para no pensar en eso, vio a Victor Vale, no como estaba aquel primer día bajo la lluvia, ni siquiera como cuando ella lo había despertado sin querer, sino como estaba esa misma tarde, de pie junto al cadáver del policía, con el aire vibrando a su alrededor mientras le ordenaba revivir al muerto.

Sydney abrió los ojos y pulsó el botón «Publicar».



SETENTA Y CINCO MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE

EL BAR LOS TRES CUERVOS

Victor estaba recostado contra la fría pared de ladrillos del bar, en el callejón, repasando el perfil de Dominic Rusher, cuando de la nada, en el espacio estrecho entre los edificios, apareció un hombre que concordaba con la fotografía. Victor se quedó impresionado, sobre todo porque nunca se había abierto la puerta del bar, pero hizo lo posible por disimular con tal de mantener la ventaja.

Dominic, por su parte, miró una vez a Victor —tenía un ojo negro y el otro azul, y según su legajo, el azul era postizo— y empezó a caminar, dolorido, aferrándose el costado, hasta que se desplomó sobre una rodilla, que crujió contra el cemento. Victor no le había hecho nada. El hombre estaba mal, y lo que había hecho para esfumarse en las sombras no lo había favorecido.

—Sabe, señor Rusher —dijo Victor, al tiempo que cerraba la carpeta—, no debería mezclar la metahidricona con alcohol. Y si está así de mal con treinta y cinco miligramos, una copa no le va a hacer bien.

—¿Quién es usted? —Jadeó Dominic.

—¿Y mi amigo? —preguntó Victor—. ¿El que entró a prevenirlo?

—Se quedó adentro. Solo me dijo que había un hombre...

—Sé lo que le dijo. Yo le pedí que lo hiciera. Hay un hombre que quiere matarlo.

—Pero ¿por qué?

A Victor no le gustaba la persuasión tanto como la coerción. Demoraba mucho más.

—Porque usted es un EO —respondió—. Porque es antinatural. Algo por el estilo. Y debo aclararle que ese hombre no solo quiere matarlo. *Va* a matarlo.

Dominic se puso de pie con esfuerzo y miró a Víctor a los ojos.

—Como si me asustara morir... —dijo, con una obstinada intensidad en los ojos.

—Bueno —prosiguió Víctor—, no puede ser tan difícil, ¿verdad? Ya lo hizo una vez. Pero una cosa es tener miedo y otra es no estar dispuesto. Yo no creo que usted *quiera* morir.

—¿Cómo lo sabe? —gruñó Dominic.

Victor dejó la carpeta sobre un bote de basura.

—Porque ya lo habría hecho. Está hecho un desastre. Tiene dolor constante. Cada momento del día, seguramente, pero no le pone fin, lo cual habla de su resiliencia o bien de su estupidez, pero también de su deseo de vivir. Y porque ha venido aquí. —Señaló el callejón—. Mitch le dijo que viniera aquí si deseaba vivir. Podría haberse marchado y correr el riesgo, aunque quién sabe si habría llegado muy lejos en ese estado. Lo cierto es que no se ha marchado. Ha venido aquí. Así que, aunque no dudo de que sea capaz de volver a enfrentar la muerte con todo el honor de un soldado, no creo que esté ansioso por hacerlo.

Mientras hablaba, Victor imaginaba el tablero, las piezas que iban acomodándose para hacer lugar a un talento que él apenas había vislumbrado,

pero que ya sabía que quería.

—Estoy dándole una opción —agregó—. Vuelva a entrar y espere la muerte. O vaya a su casa a esperar la muerte. O quédese conmigo y viva.

—¿Y a usted qué le importa?

—No me importa —respondió Victor—. Es decir, no me importa usted. Pero ¿el que quiere matarlo? A ese lo quiero muerto. Y usted puede ayudarme.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Victor suspiró.

—¿Además de la razón obvia de sobrevivir? —Extendió la mano vacía, con la palma hacia arriba, y sonrió—. Porque voy a recompensarlo.

Al ver que Dominic no tomaba su mano, Víctor se la apoyó en el hombro. Pudo sentir y ver cómo el dolor abandonaba el cuerpo de Dominic; lo observó desaparecer de sus piernas, su mandíbula, su frente y sus ojos, que se dilataron de asombro.

—¿Qué... qué ha hecho...?

—Señor Rusher, me llamo Víctor Vale. Soy un EO, y puedo quitarle el dolor. Todo. Para siempre. O... —Apartó la mano del hombro del joven, y un instante después el rostro de Dominic se contorsionó al volver el dolor, redoblado—. Puedo devolvérselo, y dejarlo aquí, para que siga sufriendo o muera a manos de un extraño. No es la mejor muerte para un soldado.

—No —murmuró Dominic con los dientes apretados—. Por favor. ¿Qué tengo que hacer?

Victor sonrió.

—Una noche de trabajo por toda una vida sin dolor. ¿Qué está *dispuesto* a hacer?

Cuando Dominic no respondió, Víctor hizo girar el selector en su mente y observó cómo el hombre se rompía.

—Lo que sea —jadeó Dominic por fin—. Lo que sea.



Mitch estaba en el baño, de pie ante el lavabo, levantándose las mangas del abrigo para lavarse las manos. Abrió el grifo y, por encima del sonido del agua, oyó que se abría la puerta. Su corpachón ocupaba todo el espejo, de modo que no llegó a ver al hombre que estaba detrás de él, pero no fue necesario. Oyó que Eli Ever cruzaba el umbral, y luego ponía el cerrojo de la puerta, para que nadie entrara. Y quedaron encerrados.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó la voz de Eli desde atrás.

Mitch cerró el grifo, pero se quedó junto al lavabo.

—¿A quién?

—Al hombre que estaba en la barra. Los he visto hablando, y luego él ha desaparecido.

Las toallas de papel estaban lejos, y Mitch sabía que no le convenía hacer movimientos bruscos, así que se secó las manos con el abrigo y se dio vuelta.

—Es un bar —respondió, encogiéndose de hombros—. La gente viene y va.

—No —replicó Eli—. Literalmente ha desaparecido. Se ha esfumado.

Mitch soltó una risa forzada.

—Mire, amigo —dijo, y pasó junto a Eli hacia la puerta como si no hubiera notado que estaba cerrada—. Me parece que ha bebido demasiadas...

Oyó que Eli sacaba la pistola de la chaqueta; sus palabras quedaron inconclusas, y sus pasos se hicieron más lentos hasta que se detuvo. Eli amartilló el arma. Mitch se dio cuenta de que era una automática por el roce metálico de la mitad superior al echarla hacia atrás y dejarla en posición. Giró lentamente hacia el sonido. La pistola estaba en la mano de Eli, con el silenciador ya colocado, pero en lugar de apuntar a Mitch, colgaba de su mano a un lado. Y eso lo puso más nervioso, la tranquilidad con que sostenía el

arma, casi sin hacer presión con los dedos; no solo se mostraba cómodo con la pistola, sino que demostraba que tenía el control. Su actitud indicaba que se sentía en control de la situación.

—Lo he visto antes —dijo Eli—. En el Esquire, en el centro.

Mitch ladeó la cabeza y levantó una de las comisuras de la boca.

—¿Acaso le parezco la clase de gente que va a esos lugares?

—No. Y precisamente por eso me fijé en usted. —A Mitch se le borró la sonrisa. Eli alzó el arma y lo observó por encima de la mira—. Alguien ha borrado todas las imágenes de los archivos policiales, pero estoy dispuesto a apostar que es usted Mitchell Turner. Dígame, ¿dónde está Víctor?

Mitch pensó en fingir ignorancia, pero al final decidió no arriesgarse. De todos modos, nunca había mentido bien, y sabía que era mejor no abusar.

—Usted debe ser Eli. Víctor me habló de usted. Dijo que le gusta matar a personas inocentes.

—No son inocentes —gruñó Eli—. ¿Dónde está Víctor?

—No lo he visto desde que llegamos a la ciudad y nos separamos.

—No le creo.

—No me importa.

Eli tragó en seco, y sus dedos se acercaron al gatillo.

—¿Y Dominic Rusher?

Mitch se encogió de hombros, pero dio un paso atrás.

—Desapareció, sin más.

Eli dio un paso adelante y apoyó el dedo en el gatillo.

—¿Qué le dijo?

Una sonrisa crispó la comisura de la boca de Mitch.

—Le dije que escapara.

Eli lo miró con fastidio. Hizo girar la pistola en la mano, la aferró por el

cañón y con la empuñadura le dio un fuerte golpe en la cabeza a Mitch. El rostro de este se ladeó con un crujido, y empezó a manar sangre de la herida, encima del ojo. Se le empañó la visión por la sangre, y Eli lo golpeó con fuerza y lo derribó al suelo del baño. Eli volvió a girar la pistola y apuntó al pecho de Mitch.

—¿Dónde está Victor? —insistió, apremiante.

Mitch entornó los ojos para verlo entre la sangre.

—Pronto lo verá —respondió—. Es casi medianoche.

Eli mostró los dientes y bajó la cabeza, y a Mitch le pareció verlo articular la palabra *Perdóname*. Luego levantó la vista y apretó el gatillo.



Victor miró su reloj. Eran casi las once de la noche, y Mitch aún no salía.

Dominic estaba cerca de allí, estirándose, girando el cuello y los hombros y balanceando los brazos hacia adelante y atrás y de un lado al otro, como si acabara de soltar una carga muy pesada. Victor supuso que así era, en cierto modo. Al fin y al cabo, él conocía el dolor lo suficiente para saber cuánto había estado sufriendo Dominic, y la verdad es que lo impresionó su umbral de dolor. Pero, aunque podía desenvolverse con dolor, era evidente que este no favorecía sus poderes. Por eso Victor se lo había quitado. Se lo había quitado todo. Sin embargo, le había dejado tanta *sensación* como era posible, lo cual no era fácil, dado que ambas cosas estaban estrechamente conectadas, pero no quería que su nuevo recurso se desangrara accidentalmente por no darse cuenta de que se había cortado.

Victor miró de su reloj al exsoldado, que estaba examinándose. La gente tomaba su cuerpo y su salud como algo seguro. Pero Dominic Rusher parecía disfrutar cada flexión de sus manos, cada paso sin dolor. Era evidente que entendía el regalo que acababan de darle. *Bien*, pensó Victor.

—Dominic —le dijo—. Lo que hice se puede deshacer. Y que conste que no necesito tocarte para hacerlo. Antes lo hice solo por efecto. ¿Entiendes? Lo que te he dado, puedo quitártelo en un abrir y cerrar de ojos, desde otra ciudad o desde otro país. Así que no me hagas enfadar.

Dominic asintió con aire solemne.

En realidad, Víctor solo podía influir en el umbral de dolor de una persona si la tenía a la vista. Lo más lejos que había llegado en la cárcel había sido derribar a un hombre que estaba al otro lado del patio del tamaño de un campo de fútbol con solo simular una pistola con los dedos. Una vez había logrado atacar a un recluso que estaba en el otro extremo del sector de celdas y de quien solo asomaba una mano entre los barrotes. Si no los tenía a la vista, su precisión se perdía al instante. Aunque Dominic no tenía por qué saber nada de eso.

—Tu poder —preguntó Víctor—, ¿cómo funciona?

—No sé explicarlo con exactitud. —Dominic se miró las manos, las flexionó y estiró como para quitarse la rigidez que quedaba—. Sí, aunque camine por las sombras del valle de la muerte...

—Sin alusiones bíblicas, por favor.

—Después de la explosión en la mina, quedé mal. No podía... Era inhumano ese dolor. Era un dolor animal y estaba por todos lados. Y yo no quería morir. Dios mío, no quería, pero sí quería la quietud y la oscuridad y... Es difícil de explicar.

No fue necesario. Víctor lo entendió.

—Me sentía destrozado, y lo estaba. El caso es que me rescataron, pero no lograban curarme del todo. Pasé semanas en coma. Durante todo ese tiempo, podía sentir el mundo. Podía oírlo. Juré que también podía verlo, pero era como si todo estuviera muy lejos. Borroso. Y no podía extender la mano, no

podía tocar nada. Luego desperté, y todo era tan intenso y brillante y lleno de dolor otra vez, y lo único que quería era encontrar aquel lugar, aquel sitio apagado y silencioso. Y entonces lo encontré. Yo lo llamo caminar entre las sombras, porque no conozco otro término. Entro a la oscuridad y puedo ir de un lugar a otro sin ser visto. Sin que pase el tiempo. Sin nada. Es una especie de teletransportación, supongo, pero tengo que moverme físicamente. Podría atravesar una ciudad en el tiempo que a ti te llevaría parpadear, pero a mí me llevaría horas. Tendría que caminar todo el trayecto. Y es difícil. Como caminar en el agua. El mundo se resiste cuando rompemos sus reglas.

—¿Puedes llevar a otros contigo?

Dominic se encogió de hombros.

—Nunca he hecho la prueba.

—Bien —dijo Victor, al tiempo que tomaba del brazo a Dominic, e ignoró su reacción instantánea de apartarse—. Esta es tu prueba.

—¿A dónde vamos?

—Mi amigo sigue allí adentro —respondió Victor, señalando hacia el bar—. Debería haber salido después de ti. Pero no lo ha hecho.

—¿Ese grandote? Dijo que iba a cubrirme.

Victor frunció el ceño.

—¿De quién?

—Del hombre que quiere matarme —dijo Dominic, con el ceño fruncido—. Intenté decírtelo: ese hombre se sentó a mi lado y me dijo que había alguien que quería matarme, y que estaba *en el bar*.

Victor aferró con más fuerza la manga de Dominic. *Eli*.

—Llévame adentro. *Ahora*.

Dominic inhaló para prepararse y apoyó la mano en la de Victor.

—No sé si esto va a...

Las demás palabras se perdieron; no fueron desvaneciéndose, sino que cayeron de pronto en el silencio mientras el aire se estremecía alrededor, y se abría para dejar paso a los dos hombres. Apenas Dominic y Víctor cruzaron la abertura, todo se acalló, se oscureció y se aquietó. Víctor veía al hombre cuyo brazo estaba tocando, igual que veía el callejón en el que estaban, pero todo estaba envuelto en una especie de sombra, no tanto como sucede por la noche sino más bien como si la escena se hubiera fotografiado en blanco y negro y luego la fotografía hubiera envejecido, se hubiera desgastado y quedado gris. Cuando caminaban, se formaban ondulaciones en el mundo que los rodeaba; el aire parecía viscoso. Ejercía presión sobre ellos, les pesaba. Cuando llegaron a la puerta del bar y Dominic intentó abrirla, esta se resistió, pero por fin, lentamente, cedió.

Dentro seguía el mundo de fotografía. La gente estaba inmovilizada en mitad de un trago, en mitad de un tiro de billar, en mitad de un beso, en mitad de una pelea y en mitad de muchas otras cosas, todos detenidos entre una inhalación y la siguiente. Y todo el sonido estaba apagado, así que en el lugar reinaba un silencio pesado y horrible. Víctor seguía aferrado al brazo de Dominic como un ciego, pero no lograba apartar la vista de la estancia. Recorrió con la mirada los rostros inmóviles.

Y entonces lo vio.

Víctor se detuvo en seco, y al hacerlo tiró de Dominic hacia atrás. Este lo miró por encima del hombro y le preguntó qué ocurría; articuló las palabras, pero nunca llegaron a formarse. Y, de todos modos, no importaba, porque Víctor no vio el movimiento de sus labios. No veía otra cosa más que al hombre de pelo oscuro, paralizado en mitad de un paso entre la multitud, alejándose de ellos en dirección a la salida, con la mano extendida hacia la puerta. Víctor se preguntó cómo era posible que lo reconociera sin verle el

rostro. Fue por la postura, los hombros anchos y el modo arrogante de sostenerlos; se veía el borde de su mentón marcado al apartarse.

Eli.

La mano de Victor empezó a resbalar por el brazo de Dominic. Eli Ever estaba *allí mismo*. A medio salón de distancia. Dándole la espalda. Distráido y con el cuerpo inmovilizado entre segundos. Victor podía hacerlo. El bar estaba atestado, pero si derribaba a todos a la vez, tendría una oportunidad... *No*. Victor necesitó toda su concentración para seguir aferrándose a la manga de Dominic. Había esperado. Había esperado mucho tiempo. No iba a abandonar sus planes, su iniciativa, su control. No le saldría bien allí, no como debía salir. Logró apartar la vista de la espalda de Eli y se obligó a observar el resto del salón, pero no había rastros de Mitch. Su mirada siguió recorriendo, hasta que se detuvo en los baños. En la puerta del baño de hombres había un cartel. FUERA DE SERVICIO, decía con letras gruesas, subrayadas a mano con varias líneas para mayor énfasis. Instó a Dominic a seguir caminando entre el aire pesado, hasta que llegaron a la puerta y entraron.

Mitchell Turner yacía en el suelo de linóleo, con la cara contra el suelo junto a un pequeño charco de sangre que manaba de un corte que tenía en la sien. Victor soltó el brazo de Dominic e hizo una mueca cuando la habitación de pronto cobró vida a su alrededor, con una oleada de color, ruido y tiempo. Dominic apareció un momento después, de brazos cruzados, observando el cuerpo.

—Es el grandote —dijo en voz baja.

Victor se arrodilló con cuidado junto a Mitch y lamentó haber dejado a Sydney en el hotel.

—¿Está...? —empezó a preguntar Dominic mientras Victor extendía la mano

y acercaba las puntas de los dedos al orificio de bala en la chaqueta de Mitch. Cuando retiró la mano, estaba seca. Suspiró y palmeó la mandíbula de Mitch. El hombre gimió.

—Hijo... de puta...

—Veo que ya has conocido a Eli —dijo Victor—. Siempre fue de gatillo fácil.

Mitch se incorporó con un gruñido y se tocó la cabeza, donde ya se le estaba formando un hematoma bajo la sangre casi seca. Su mirada se dirigió a Dominic.

—Veo que sigues con vida. Buena elección.

Intentó ponerse de pie y se apoyó en una rodilla, pero hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Una ayudita? —dijo, con una mueca.

Los labios de Victor se crisparon, y el aire vibró ligeramente por un momento, hasta que la vibración cesó y se llevó consigo el dolor de Mitch. Este se puso de pie, se tambaleó y se sostuvo de la pared con una mano ensangrentada; luego se acercó a la hilera de lavabos para limpiarse la herida.

—¿Y él qué es? ¿A prueba de balas? —preguntó Dominic.

Mitch rio, y luego se abrió la chaqueta para mostrarle el chaleco que tenía debajo.

—Algo así —dijo—. Pero no soy un EO, si es eso lo que quieres saber.

Victor mojó un puñado de toallas de papel e hizo lo posible para limpiar la sangre de Mitch del suelo y la pared, mientras este terminaba de lavarse la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó Victor, al tiempo que arrojaba las toallas usadas al cesto.

Dominic miró su reloj.

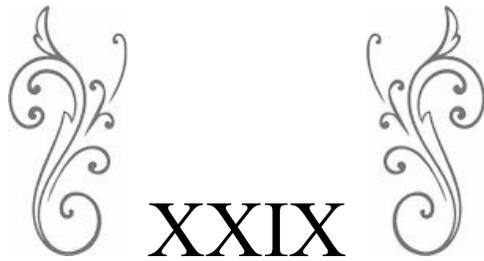
—Las once. ¿Por qué?

Mitch cerró el grifo.

—No nos queda mucho tiempo, Vic.

Pero Victor sonrió.

—Dominic —dijo—. Mostrémosle a Mitch lo que puedes hacer.



SESENTA MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE EL HOTEL ESQUIRE

Serena se secó el pelo con una toalla y levantó algunos mechones para examinarlos a la luz del baño, para asegurarse de que no le quedaran manchas de Zachary Flinch. Había tenido que ducharse tres veces para quitarse de la piel la sensación de los sesos y la sangre que la habían salpicado, e incluso ahora, con la piel enrojecida de tanto frotarse y el cabello probablemente dañado por tanto lavado, no se *sentía* limpia.

Resultaba evidente que, cuando se mataba a alguien, la limpieza no era un asunto superficial.

Era solo la segunda ejecución que había presenciado. La primera había sido la de Sydney. Serena se sobrecogió al recordarlo. Tal vez por eso había querido estar presente, para borrar de su mente el recuerdo del casi asesinato de su hermana y reemplazarlo con un horror más reciente, como si se pudiera pintar una escena encima de la otra.

O tal vez había pedido ir porque sabía que Eli detestaría que lo hiciera — ella sabía lo importantes que eran para él sus exclusiones, cuánto le *pertenecían*— y que se resistiría. A veces, esos momentos en los que él se

resistía, cuando ella veía aquella chispa de desafío, eran los únicos instantes que la hacían sentir viva. Odiaba vivir en un mundo tan pusilánime; cada mirada vidriosa y cada asentimiento le recordaban que nada tenía importancia. Ella empezaba a aflojar, entonces Eli se resistía y la obligaba a doblegarlo. Se preguntó con entusiasmo si algún día Eli lograría incluso liberarse.

Satisfecha al fin de ver que no le quedaban manchas de sangre, se secó el pelo, se puso una bata y salió a la sala de estar, donde activó el ordenador con un golpecito. Entró en la base de datos de la policía y completó el campo de «Segundo nombre» en el formulario de búsqueda con *ELI*, suponiendo que no habría ningún resultado, ya que a esa altura Eli habría despachado a Dominic, pero la búsqueda arrojó dos perfiles. El primero pertenecía a Dominic.

El segundo era de *Víctor*.

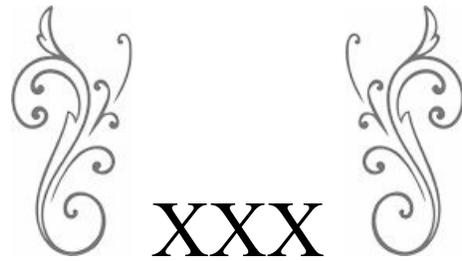
Leyó el perfil tres veces, mordiéndose el labio, y luego buscó su teléfono, que había dejado sobre la cama al llegar. Lo encontró bajo una pila de ropa y de toallas, y estaba marcando el número de Eli cuando se detuvo.

Faltaba menos de una hora para la medianoche.

Era una trampa. Eli también lo sabría, desde luego, pero iría de todos modos. ¿Por qué no? Lo que el enemigo de Eli estaba tramando, fuera lo que fuese, podía terminar de una sola manera: con Víctor Vale en una bolsa para cadáveres. ¿Y Sydney? A Serena se le oprimió el pecho. La última vez había flaqueado; no sabía si tenía fuerzas para ver a Eli intentarlo otra vez. Aunque no fuera realmente su hermana, sino solo una sombra de la chiquilla que se había aferrado a ella durante doce años, una impostora con la forma de su hermana. Aunque así fuera.

Sus dedos flotaron sobre la pantalla. Podía arrastrar el archivo a la papelera. Eli no lo encontraría a tiempo. Pero solo sería demorar el final. Víctor quería encontrar a Eli, y Eli quería encontrar a Víctor, y de una u otra

manera lo lograrían. Serena miró por última vez el perfil de Víctor e intentó imaginar al hombre que había sido amigo de Eli, que lo había resucitado, lo había convertido en lo que era, había salvado a su hermana... Y por un momento, mientras terminaba de marcar el número de Eli, casi deseó que pudiera ganar.



CINCUENTA MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE

EL BAR LOS TRES CUERVOS

Eli salió del bar Los tres cuervos hecho una furia, mientras marcaba el número del detective Stell y le decía que enviara a un agente para que limpiara los restos de un incidente.

—Era un EO, ¿verdad? —preguntó Stell, y la pregunta, así como la sombra de duda en la voz del detective al formularla, fastidió profundamente a Eli. Pero no tenía tiempo para encargarse ahora de la resistencia de Stell; el tiempo se iba agotando.

—Por supuesto que sí —respondió, alterado, y cortó la comunicación.

Eli se detuvo bajo los cuervos de metal de la marquesina del bar, se pasó los dedos por el pelo y escudriñó la calle en busca de algún rastro de Dominic Rusher o Victor Vale, pero no vio más que borrachos, vagabundos y coches que pasaban a demasiada velocidad como para reconocer a sus conductores o pasajeros. Soltó una palabrota y dio una patada con todas sus fuerzas al cubo de basura más cercano; disfrutó del dolor incluso mientras se desvanecía, a medida que el daño se reparaba; huesos, tejidos y piel volvían a unirse.

No debería haber matado a Mitchell Turner.

Lo sabía. Pero el hombre tampoco era inocente, en realidad. Eli había visto la ficha policial. Turner había pecado. Y quienes se alían con monstruos son, a su vez, poco menos que monstruos. No obstante, no había sentido el silencio, el momento de paz que seguía al acto, y a Eli se le oprimió el pecho al ver que se le negaba la calma, la tranquilidad de saber que no había errado.

Eli bajó la cabeza e hizo la señal de la cruz. Sus nervios apenas empezaban a aplacarse cuando sonó su teléfono.

—¿Qué? —Atendió, bruscamente, mientras se dirigía a su coche, que estaba en el aparcamiento de enfrente.

—Victor ha publicado en la base de datos —le informó Serena—. La obra en construcción del Falcon Price. Planta baja. —Eli oyó que se abría la puerta de cristal del balcón—. Es aquí mismo, frente al hotel. ¿Te has encargado de Dominic Rusher?

—No —gruñó—. Pero Mitchell Turner está muerto. ¿El plazo sigue siendo a medianoche?

Mientras caminaba, se le iba diluyendo la furia; la concentración cerraba esa herida del mismo modo que su cuerpo cerraba las heridas de su piel. Todo seguía según el plan. No *su* plan, pero un plan al fin y al cabo.

—A medianoche, sí —respondió Serena—. ¿Y la policía? ¿Quieres que llame a Stell? ¿Le digo que envíe a sus hombres al edificio en construcción?

Eli tamborileó con los dedos sobre el coche y pensó en la pregunta de Stell, en el tono que había usado.

—No. No antes de medianoche. Turner está muerto, y Victor es mío. Dile que estén allí a las doce, no antes, y que esperen fuera hasta que hayamos terminado. Diles que es peligroso. —Subió al vehículo y su aliento empañó las ventanillas—. Voy para allá. ¿Quieres que pase a recogerte?

Ella no respondió.

—¿Serena?

Tras otra larga pausa, Serena finalmente dijo:

—No, no. Aún no estoy vestida. Te veré allí.



Serena cortó.

Estaba apoyada en la barandilla del balcón, y casi no reparó en el frío del hierro bajo sus codos porque estaba distraída mirando una leve columna de humo.

Dos pisos más abajo y varias habitaciones hacia el lado, el humo salía por unas puertas abiertas y llegaba hasta donde ella se encontraba. Olía a papel quemado. Serena lo sabía porque, en la escuela secundaria, ella y sus amigos siempre encendían una hoguera en la primera noche de las vacaciones de verano, y en ella arrojaban sus ensayos y exámenes, como quien arroja a las llamas el año que pasó.

Pero, aunque las habitaciones del Esquire eran muy bonitas, ninguna tenía chimenea.

Seguía pensando con curiosidad en aquel humo cuando al balcón en cuestión salió un enorme perro negro. El perro se quedó un momento mirando por entre los barrotes de la barandilla hasta que una chica lo llamó para que entrara.

«Dol», llamó la chica. «¡Dol! Ven aquí».

Un estremecimiento recorrió a Serena. Conocía esa voz.

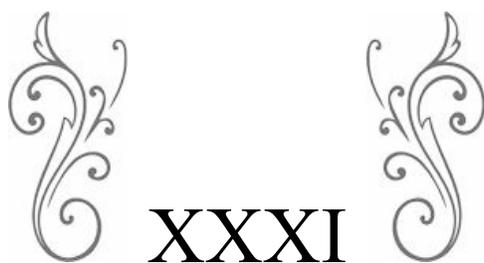
Un momento después, la niña rubia a la que tanta gente había tomado por melliza de Serena salió al balcón y tiró del perro por el pescuezo.

«Vamos», dijo Sydney. «Entremos».

El perro se volvió, obediente, y la siguió adentro.

¿Cuál es la habitación? Serena empezó a contar. Dos pisos más abajo. Tres habitaciones más allá.

Giró sobre sus talones y entró.



CUARENTA MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE

EL BAR LOS TRES CUERVOS

Dominic aferró a Víctor y a Mitch, y entre el silencio y las sombras, salieron del baño, atravesaron el bar y emergieron en el callejón.

Víctor hizo una señal con la cabeza y Dominic los soltó, y el mundo volvió a cobrar vida alrededor. Incluso el callejón desierto retumbaba en comparación con el pesado silencio del mundo intermedio. Víctor hizo girar los hombros y miró la hora.

—Qué cosa... más rara —comentó Mitch, cuyo estado de ánimo parecía haberse agriado considerablemente desde el disparo de Eli.

—Ha estado perfecto —repuso Víctor—. Vámonos.

—Entonces, ¿he aprobado? —preguntó Dominic, flexionando aún las manos.

Víctor vio el miedo en sus ojos, la ilusión desesperada de que el dolor no regresara. Valoró la transparencia de los deseos de Dominic. Simplificaba las cosas.

—La noche aún no ha terminado —respondió—. Pero hasta ahora vas bien.

Mientras se dirigían a la salida del callejón, Mitch rezongó por el orificio que tenía ahora en la chaqueta. Víctor sabía que era lo primero que se había

comprado después de salir de la cárcel: una chaqueta de buena confección, rellena con plumas de ganso teñidas de oscuro que ahora escapaban en pequeños soplidos al bajar la calle.

—Mira el lado bueno —le sugirió Victor—. Estás vivo.

—La noche aún es joven —dijo Mitch por lo bajo mientras cruzaban la calle.

Dijo otra cosa, o empezó a decirla, pero lo interrumpió el súbito estrépito de las sirenas.

Un coche patrulla giró en la esquina y tomó la calle hacia donde estaban ellos, con luces rojas, azules y blancas y con ondas de ruido estridente. Mitch dio media vuelta, Victor se puso tenso y el tiempo se hizo más lento. Y de pronto, el tiempo *se detuvo*. Victor sintió la mano que le aferró el brazo un segundo antes de que la noche perdiera todo color y sonido. El vehículo policial se paralizó, suspendido entre momentos detrás de la cortina de sombras de Dominic. La otra mano de Dominic se apoyó en la muñeca de Mitch, y ahora los tres estaban en la penumbra de su mundo intermedio, congelados como si ellos también estuvieran detenidos en el tiempo. Tal vez Victor habría admitido —de haber *podido* hacerlo, si sus palabras hubieran tenido forma y sonido— lo útil que estaba resultando Dominic Rusher, pero como no pudo, simplemente señaló con la cabeza hacia el aparcamiento, y los tres hombres caminaron lentamente entre el aire denso.

Victor sabía que estaban en un aprieto.

Si bien estaba mucho mejor, Dominic no se encontraba en condiciones de arrastrarlos por media ciudad. Necesitaban el coche. Pero no podían usarlo a menos que salieran de las sombras, y en cuanto lo hicieran, la realidad se reanudaría y el coche patrulla seguiría camino al bar Los tres cuervos. Victor encabezó la marcha hacia el sedán robado, seguido por los otros dos en fila, y

cuando llegaron les hizo señas de que se agacharan en el espacio entre su vehículo y el siguiente del lado por donde se acercaba la policía, un vehículo que antes había sido un descapotable y ahora era una camioneta considerablemente más grande. Respiró hondo por última vez y dijo una palabrota por lo bajo, que era lo más cerca de rezar que llegaba Víctor. Luego hizo una señal a Dominic, cuya mano desapareció de su hombro, y con ella se desvaneció la quietud y su mundo volvió a sumirse en el caos.

El coche patrulla llegó a toda velocidad hasta la puerta del bar, donde se detuvo en seco, con las sirenas a pleno. Víctor contuvo el aliento y aplastó su cuerpo contra el costado del sedán para espiar por el angosto espacio que quedaba entre el parachoques delantero de este y el de la camioneta. Las sirenas cesaron de repente, y los oídos de Víctor se quedaron zumbando.

Bajaron dos agentes, que se reunieron en la entrada.

Uno de los policías entró al bar, pero el otro se quedó en la acera y confirmó su llegada por radio. Dijo algo sobre un cuerpo. Habían ido a por el cadáver de Mitch. Lo cual era problemático, ya que *no había* ningún cadáver, algo que estaban a punto de descubrir.

Entra, le rogó al segundo policía.

El hombre no se movió. Víctor tomó su pistola y la alzó hasta apuntar directamente a la cabeza del agente. Sería un disparo fácil. Inhaló y contuvo el aliento. Víctor no sentía culpa, ni miedo, ni siquiera tenía sentido de las consecuencias, como las personas normales. Hacía años que todas esas cosas habían muerto en él, o al menos se habían apagado hasta el punto de ser inútiles. Pero había entrenado a su mente para reconstruir esos sentimientos de memoria y congregarlos en una especie de código. Nada tan complicado como las reglas de Eli; apenas un simple deseo de no matar a personas ajenas, de ser posible. No le parecía mal apoyar el dedo en el gatillo, pero su mente le

aportaba la palabra *mal*. Bajó apenas el arma, sabiendo que al sacrificar un tiro mortal sacrificaba también la certeza de escapar.

Exhaló, y justo entonces se oyó la radio del policía. Aunque Víctor no llegó a entender el mensaje, sí oyó la respuesta del agente: «¿Qué clase de problema?». Y, un momento después: «¿Cómo que no? Según Ever y Stell... Olvídalo. Ya voy».

Y así como así, el segundo policía se volvió hacia la puerta. Víctor bajó el arma y alzó los ojos al cielo, donde unos nubarrones grises debilitaban la negrura de la noche. Nunca había sido religioso, nunca había tenido la fe de Eli, nunca había necesitado señales, pero si tales cosas existían, si existía el destino, o algún poder superior, quizá también le molestaban los métodos de Eli. El segundo policía entró al bar, y Víctor, Mitch y Dominic se pusieron de pie y subieron al coche incluso antes de que acabaran de cerrarse las puertas del bar.

Un papel amarillo —una multa— flameaba contra el parabrisas, sujeto bajo uno de los limpiaparabrisas. Víctor se asomó por la ventanilla, lo retiró, lo estrujó y lo arrojó al suelo. El viento lo levantó al instante, y la multa se alejó rebotando.

—No tires basura —lo reprendió Mitch mientras Víctor ponía el coche en marcha.

—Esperemos que no sea ese el delito más grave que cometa esta noche —repuso Víctor.

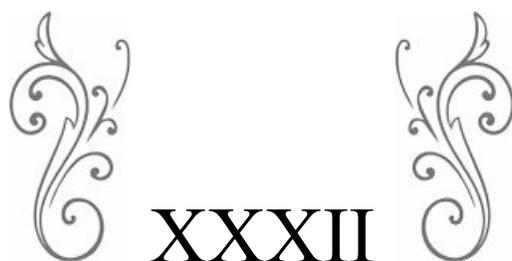
Salieron del aparcamiento y se alejaron del bar Los tres cuervos y del coche policial con rumbo al centro de la ciudad, mientras seguían pasando los minutos que faltaban para la medianoche.

—Llama a Sydney. Entérate si por allí va todo bien.

Una ambulancia se cruzó con ellos a toda velocidad, en dirección al bar. No

sería necesaria.

—Si no te conociera —comentó Mitch, mientras marcaba el número—, pensaría que te importa.



TREINTA MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE EL HOTEL ESQUIRE

Quemar los papeles le llevó más tiempo del que Sydney había calculado, y al llegar a la séptima u octava hoja, la novedad de destrozar algo se había perdido, y en su lugar había quedado un complicado sentido de la obligación. Estaba junto al fregadero, quieta sobre el libro de Victor, acercando una página cada vez a la llama del pequeño mechero azul, y esperaba hasta que cada una se redujera a una capa de cenizas antes de empezar con la siguiente. Tenía la fuerte sospecha de que Victor le había encomendado esa tarea solo para mantenerla ocupada. No le molestaba tanto. Era mejor que estar sentada sin hacer nada, mirando el reloj y preguntándose cuándo regresarían.

Si regresaban.

Dol estaba de pie a su lado, casi apoyando el hocico en la encimera junto a los papeles que quedaban; gemía levemente cada vez que ella acercaba una hoja a la llama del mechero. Sydney esperaba tanto como se atrevía antes de dejar caer la hoja en llamas al fregadero, un poquito más cada vez, y luego observaba cómo se ennegrecían y arrugaban los rostros tachados de las víctimas de Eli, mientras el fuego consumía sus nombres, sus fechas, sus vidas.

Sydney sintió un escalofrío.

La habitación estaba helada, con las puertas del balcón abiertas, y Dol ya había salido una vez, inquieto por el fuego; pero tenía que dejarlas así por el humo que se levantaba de las páginas chamuscadas, y Sydney pasó toda la tarea esperando a que sonaran las alarmas. Tuvo que resistir la tentación de quemar el resto de la carpeta de una sola vez y terminar, pero le preocupaban las alarmas y por eso siguió trabajando en forma lenta y metódica. La cantidad de humo que creaba una sola hoja no parecía suficiente para dispararlas, pero si quemaba toda la carpeta de una vez sin duda se dispararían.

Dol pronto perdió el interés y volvió a salir al balcón. A Sydney no le gustaba que estuviera allí afuera, así que lo llamó para que entrara, y casi se chamuscó los dedos porque se le olvidó soltar la página que tenía en la mano.

Sonó un teléfono en el bolsillo de Sydney.

Victor se lo había comprado. O, mejor dicho, Victor lo había comprado, y luego se lo había regalado al ver lo que ella era capaz de hacer. A los ojos de Sydney, el teléfono era una invitación a quedarse. Ella, Mitch y Victor tenían el mismo modelo, y eso, en cierto modo, la hacía feliz. Era como pertenecer a un club. En el colegio, ella había querido pertenecer a un club, pero nunca había sido buena para los deportes, no le importaba ser delegada estudiantil (de todos modos, en su curso era un chiste), y desde que había resucitado a un hámster en la clase de ciencias, no se atrevía a participar mucho en un club de ciencias naturales fuera del horario de clases. De todas formas, en el instituto los clubes serían más divertidos, había razonado.

Si lograba llegar con vida al instituto.

Volvió a sonar el teléfono. Sydney dejó el mechero y sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Hola? —descolgó.

—Hola, Syd. —Era Mitch—. ¿Todo bien por allí?

—Estoy terminando con los papeles —respondió.

Tomó de nuevo el mechero y prendió fuego otra hoja. Era el perfil de la chica de pelo azul. El mismo azul, casi, que el del mechero. Sydney la observó mientras la cara de la chica se deformaba hasta desaparecer.

—¿Vais a pensar con qué más me mantenéis ocupada?

Mitch rio, pero no parecía muy contento.

—Eres una niña. Ve un poco de televisión. Volveremos más tarde.

—Oye, Mitch —dijo Sydney, con voz más queda—. Tú... vas a volver, ¿verdad?

—En cuanto pueda, Syd. Te lo prometo.

—Más te vale. —Encendió otra hoja—. Si no, me tomaré toda tu leche con cacao.

—No te atreverías —repuso Mitch, y Sydney casi pudo oír la sonrisa en su voz antes de cortar.

Sydney guardó el teléfono y prendió fuego a la última hoja. Era la suya. Acercó el mechero al ángulo de la página y sostuvo el papel de modo tal que el fuego consumiera primero un lado antes de llegar a la foto, la versión en papel de la niña rubia de pelo corto y ojos celestes. Luego quemó la imagen y finalmente no quedó nada. Dejó que el fuego le lamiera los dedos antes de soltar el papel al fregadero, y sonrió.

Esa chica estaba muerta.

Alguien llamó a la puerta de la habitación, y casi se le cayó el mechero.

Llamaron por segunda vez.

Sydney contuvo el aliento. Dol se irguió, emitió una especie de gruñido y se colocó directamente entre ella y la puerta.

Llamaron por tercera vez, y luego alguien habló.

—¿Sydney?

Ni aunque se pusiera de puntillas, Sydney conseguiría espiar por la mirilla, pero no era necesario. Reconoció la voz; la conocía mejor que a la suya. Levantó una mano y se tapó la boca para contener la sorpresa, la respuesta, el sonido de su respiración, como si no pudiera confiar en sus labios para nada.

—Sydney, por favor. —Le llegó la voz de Serena a través de la puerta, suave y baja.

Por un momento, Sydney casi lo olvidó todo: el hotel, el disparo y el lago roto, y fue como si estuvieran en casa jugando al escondite, y Sydney se hubiera escondido demasiado bien o Serena se hubiera dado por vencida, o se hubiera aburrido, e implorara a su hermana pequeña que saliera de su escondite. De haber estado en casa, Serena le hubiera dicho que tenía galletas o limonada, o ¿qué tal si iban a ver esa película que Sydney quería ver? Podían hacer palomitas de maíz. Nada de eso era verdad, claro. Incluso entonces, Serena era capaz de decir cualquier cosa con tal de hacer salir a su hermana pequeña, y a Sydney no le importaba, en realidad, porque había ganado.

Pero no estaban en casa.

Estaban muy lejos de casa.

Y ese juego estaba amañado, porque su hermana no necesitaba mentir, ni sobornarla, ni hacer trampa. Lo único que necesitaba hacer era decir las palabras.

—Sydney, ven a abrir la puerta.

Sydney dejó el mechero, se alejó del libro de Victor y cruzó la habitación. Apoyó la mano en la madera por un momento, hasta que sus dedos traicioneros se dirigieron al picaporte de la puerta y lo giraron. Serena estaba en la entrada, con una chaqueta verde de lana, de estilo marinero, y unos *leggings*

enfundados en botas negras de tacón alto. Tenía las manos apoyadas en el marco de la puerta, a ambos lados. Una mano estaba vacía; en la otra tenía una pistola. La mano que sostenía la pistola se deslizó por el marco de la puerta con un roce metálico hasta apoyarse en el costado de Serena. Al ver el arma, Sydney se echó levemente hacia atrás.

—Hola, Sydney —dijo Serena mientras, con aire distraído, se golpeteaba los *leggings* con la pistola.

—Hola, Serena —respondió su hermana.

—No corras.

A Sydney no se le había ocurrido hacerlo. Pero no pudo discernir si había tenido la idea de hacerlo y las palabras de su hermana la habían disuadido, o si era tan valiente que ni siquiera se le había ocurrido escapar, o si simplemente era lo bastante lista para saber que no podía librarse dos veces de las balas, especialmente sin un bosque a mano y sin ventaja.

Por la razón que fuese, Sydney se quedó muy pero muy quieta.

Dol gruñó cuando Serena entró a la habitación, pero cuando ella le ordenó sentarse, el perro obedeció y sus patas traseras se plegaron a regañadientes. Serena pasó junto a su hermana menor, observó las cenizas en el fregadero y el cartón de leche con cacao que estaba sobre la encimera (Sydney había decidido beberla, al menos en parte, si Mitch no regresaba pronto), y luego se volvió hacia su hermana pequeña.

—¿Tienes teléfono? —le preguntó.

Sydney asintió, y su mano se dirigió con voluntad propia al bolsillo para sacar el móvil que Víctor le había regalado. El que era igual al de él y al de Mitch. El que los convertía en un equipo. Serena extendió la mano, y la mano de Sydney se extendió sola y depositó el aparato en la mano de su hermana. Serena salió entonces al balcón, donde las puertas aún estaban abiertas para

que se disipara el humo, y arrojó el teléfono por encima de la barandilla, hacia la noche.

A Sydney se le fue el alma al suelo junto con el rectángulo de metal. Le gustaba mucho ese teléfono.

Después, Serena cerró las puertas del balcón y se sentó en el respaldo del sofá, frente a su hermana y con la pistola apoyada sobre una rodilla. Se sentaba igual que Sydney, o mejor dicho, Sydney se sentaba como siempre se había sentado *ella*, con solo la mitad de su peso, como si fuera a necesitar levantarse a toda prisa en cualquier momento. Pero mientras que Sydney parecía estar al acecho cuando se sentaba así, a Serena le daba un aspecto informal, incluso indolente, a pesar de la pistola.

—Feliz cumpleaños —dijo.

—Todavía no es medianoche —respondió Sydney en voz baja.

Puedes venir y quedarte hasta tu cumpleaños, le había prometido Serena. Sonrió con tristeza.

—Solías quedarte despierta hasta que daban las doce, a pesar de que mamá te decía que no lo hicieras porque sabía que al día siguiente estarías cansada. Te quedabas despierta leyendo, y esperabas, y cuando el reloj daba las doce, encendías una vela que habías escondido debajo de la cama y pedías un deseo.

Había una chaqueta sobre el respaldo del sofá, la que Sydney se había quitado cuando Victor le pidió que se quedara, y Serena se puso a jugar con uno de los botones.

—Era como una fiesta secreta de cumpleaños —añadió suavemente—. Solo para ti, antes de que los demás pudieran celebrar algo contigo.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Sydney.

—Soy tu hermana mayor —respondió Serena—. Es mi trabajo saber las cosas.

—Dime, entonces —pidió Sydney—. ¿Por qué me odias?

Serena la miró a los ojos.

—No te odio.

—Pero quieres que muera. Crees que no estoy bien. Que estoy rota.

—Creo que todos lo estamos —repuso Serena, al tiempo que le arrojaba el abrigo rojo—. Ponte esto.

—Yo no me siento rota —replicó Sydney en voz baja mientras se ponía las mangas demasiado grandes—. Y aunque lo esté, puedo componer a otros.

Serena observó a su hermana.

—No puedes componer a los muertos, Syd. Los EO son la prueba de eso. Además, no te corresponde intentarlo.

—Y a ti no te corresponde controlar la vida de la gente —replicó Sydney.

Serena arqueó una ceja, divertida.

—¿Quién te ha enseñado a cantar tan alto? La Sydney que yo conocía apenas sabía gorjear.

—Ya no soy aquella Sydney.

Serena se puso seria. Aferró el arma con fuerza.

—Vamos a dar un paseo —anunció.

Sydney fue echando vistazos hacia atrás, mientras sus pies seguían a Serena hacia la puerta con la misma obediencia simple que había hecho que sus manos le entregaran el teléfono. Extremidades traicioneras. Quería dejar una nota, una pista, algo, pero Serena se impacientó, la tomó por la manga y tiró de ella hacia el pasillo. Dol se quedó sentado en mitad de la habitación, y gimió cuando ellas pasaron.

—¿Puede venir?

Serena se detuvo un momento y extrajo el cargador de la pistola para ver cuántas balas tenía.

—Está bien —dijo, al tiempo que volvía a colocarlo—. ¿Dónde está su correa?

—No tiene.

Serena sostuvo la puerta abierta y suspiró.

—Sigue a Sydney —le ordenó a Dol.

El perro se levantó de inmediato, se acercó y se colocó al lado de Sydney, muy cerca de ella.

Serena los condujo por la escalera de cemento que bajaba junto al ascensor hasta el garaje del hotel, una estructura de paredes abiertas ubicada contra la espina dorsal del Esquire. El lugar olía a gasolina, había poca luz y el aire estaba muy frío, porque soplaba un viento lateral en ráfagas cortas e intensas.

—¿Vamos en coche? —preguntó Sydney, arrebujándose en su abrigo.

—No —respondió Serena, volviéndose hacia su hermana.

Alzó la pistola hasta la frente de Sydney y se la apoyó contra la piel, entre sus ojos celestes. Dol gruñó. Sydney levantó una mano y se la apoyó en el lomo para tranquilizarlo, pero sin dejar de mirar a Serena, aunque no era fácil enfocar la vista alrededor del cañón del arma.

—Antes teníamos los mismos ojos. —Observó Serena—. Ahora tú los tienes más claros.

—Me gusta que por fin seamos diferentes —respondió Sydney, conteniendo un estremecimiento—. No quiero ser tú.

Se hizo silencio entre las hermanas. Un silencio lleno de piezas en movimiento.

—No necesito que seas yo —respondió Serena finalmente—. Pero sí necesito que seas valiente. Necesito que seas fuerte.

Sydney cerró los ojos con fuerza.

—No tengo miedo.



Serena estaba en el garaje con el dedo en el gatillo, el cañón apoyado entre los ojos de Sydney, y se paralizó. La chica que estaba al otro lado de la pistola era y no era su hermana. Tal vez Eli se equivocaba y no todos los EO estaban rotos, al menos no del mismo modo. O quizás Eli tenía razón y la Sydney que ella conocía ya no estaba; pero aun así, esta nueva Sydney no estaba hueca, no era oscura, no estaba realmente muerta. Esta Sydney estaba viva como la anterior nunca lo había estado. Tenía un brillo interior que se le notaba en la piel.

Sus dedos se relajaron, y apartó el arma del rostro de su hermana. Sydney mantuvo los ojos bien cerrados. La pistola le había dejado una marca en la frente, una pequeña mella donde había estado apoyada, y Serena extendió la mano y se la suavizó con el pulgar. Solo entonces Sydney abrió los ojos, y la fortaleza que había en ellos vaciló.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar.

—Ahora necesito que pongas atención —la interrumpió Serena con su tono parejo, al que nadie, ni siquiera Eli, sabía negarse. Un poder absoluto—. Necesito que hagas lo que te digo.

Colocó la pistola en las manos de Sydney; luego la tomó por los hombros y le dio un apretón.

—Vete —le dijo.

—¿A dónde? —preguntó Sydney.

—A algún lugar seguro.

Serena la soltó y le dio un empujoncito hacia atrás, como alejándola; un gesto que alguna vez habría resultado juguetón, normal. Pero la expresión de sus ojos, la pistola en las manos de Sydney y la noche cada vez más fría fueron vívidos recordatorios de que ya nada era normal. Sydney guardó la pistola en

su abrigo, pero no apartó los ojos de su hermana ni se movió.

—*Vete* —insistió Serena.

Esta vez, Sydney obedeció. Dio media vuelta, aferró a Dol por la piel del pescuezo y los dos echaron a correr entre los coches. Serena los observó hasta que su hermana se redujo a un puntito rojo, y luego, a nada. Al menos tendría una oportunidad.

Sonó un teléfono en el bolsillo de la chaqueta de Serena. Esta se frotó los ojos y atendió.

—Ya he llegado —anunció Eli—. ¿Dónde estás?

Serena se enderezó.

—Estoy en camino.



VEINTE MINUTOS ANTES
DE MEDIANOCHE
EL EDIFICIO EN CONSTRUCCIÓN
FALCON PRICE

Sydney corrió.

Atravesó el garaje del Esquire y salió a una calle lateral que daba la vuelta hasta el frente del hotel y terminaba pocos metros a la izquierda de la entrada principal. Había un policía cerca de la puerta, dándole la espalda, bebiendo café y hablando por teléfono. Sydney sintió el peso de la pistola en su bolsillo —como si el arma oculta fuera a llamar más la atención que una chica perdida con chaqueta roja y un enorme perro negro—, pero el policía nunca se dio vuelta. Era tarde y circulaban pocos vehículos por la calle; el tráfico iba aletargándose conforme avanzaba la noche, y Sydney y Dol cruzaron la calle a la carrera sin ser vistos.

Sydney sabía con exactitud a dónde se dirigía.

Serena no le había dicho que se fuera *a casa*. No le había dicho que *escapara*. Le había dicho que fuera a algún lugar *seguro*. Y para Sydney, durante la semana, *seguro* había dejado de ser un lugar y había pasado a ser

una persona.

Específicamente, su lugar seguro había pasado a ser Víctor.

Y por eso Sydney corrió hacia el único lugar donde sabía que Víctor iba a estar (al menos, según el perfil que le había hecho subir esa noche a la base de datos de la policía, el que había leído una decena de veces mientras esperaba y se armaba de coraje para pulsar el botón de «Publicar»).

El edificio en construcción Falcon Price.

La obra parecía una mancha oscura en la ciudad, como una sombra entre las luces callejeras. Estaba rodeada por un cerco delgado de madera, paredes de dos pisos, de las que a la gente le encantaba vandalizar porque eran provisionales y a la vez sumamente visibles. El cerco estaba empapelado con anuncios y carteles, alguna muestra de arte callejero aquí y allá, y un logo de la constructora.

Oficialmente, había una sola manera de entrar a la obra: por una puerta que había en el frente, también hecha de placas de madera, que estaba cerrada con una cadena desde hacía unos meses.

Pero ese día, antes, cuando Mitch la había llevado allí para que resucitara al agente Dane, le había mostrado otra vía de entrada, no por la puerta encadenada, sino por la parte trasera del edificio, a través de un punto en la cerca donde dos grandes paneles de madera se superponían ligeramente. Él había agrandado la brecha entre las placas para que pudieran pasar, y los paneles habían vuelto a cerrarse después. Sydney sabía que podía escurrirse hacia el interior sin tocar las paredes, porque incluso estando cerrados los paneles quedaba un pequeño espacio triangular cerca de la base. Soltó el pescuezo de Dol y le preocupó que el perro saliera corriendo, pero no lo hizo: se quedó observando cómo ella cruzaba la abertura. Dol parecía angustiado por la decisión de Sydney, y a la vez, decidido a seguirla. Cuando ella llegó al

otro lado y se puso de pie, sacudiéndose la tierra de los pantalones, el perro se agachó y, arrastrándose y retorciéndose, logró cruzar por el espacio entre las tablas.

«Bien hecho», susurró Sydney, mientras Dol se levantaba y se sacudía.

Al otro lado de la cerca había una especie de patio, una extensión de tierra cubierta de piezas de metal, madera multilaminada y bolsas de cemento. El patio estaba a oscuras, sombras sobre sombras que hacían peligroso el trayecto desde la cerca hasta el edificio. Este en sí era inmenso, incompleto, un esqueleto de acero y hormigón con cortinas de plástico que parecían gasas.

Pero en la planta baja, más allá de varias capas de plástico, Sydney divisó una luz.

Era tan difusa que, si el patio no hubiera estado tan oscuro, quizá no la hubiera visto. Pero la vio. Dol se pegó al costado de Sydney, que estaba de pie en el patio, sin saber bien qué hacer. ¿Estaría Víctor ya allí? Ella no tenía su teléfono, y no podía calcular la hora por la luna aunque hubiera sabido *cómo* hacerlo, porque no había luna: solo una gruesa capa de nubes que reflejaban tenuemente la luz de la ciudad.

En cuanto a la luz que había dentro del edificio, era estable, constante, más como una lámpara que como una linterna, y en cierto modo eso hizo que Sydney se sintiera mejor. Alguien la había colocado allí, había preparado el lugar, había planificado. Víctor planeaba las cosas. Pero cuando dio un paso hacia el edificio, Dol le bloqueó el paso. Cuando ella lo rodeó, las mandíbulas del animal la sujetaron con firmeza por el antebrazo. Ella se torció, pero no logró soltarse, y aunque el perro era cuidadoso y no la mordía, la tenía bien aferrada.

«Suéltame», susurró Sydney.

El perro no se movió.

Entonces, al otro lado del edificio, más allá del delgado muro de madera, se cerró la puerta de un coche. Dol soltó el brazo de Sydney y giró la cabeza hacia el sonido. El ruido, súbito y metálico, le recordó al de un disparo, con lo cual se le aceleró el pulso y la palabra *seguro seguro seguro seguro* resonaba en sus oídos con cada latido. Sydney corrió hacia el edificio, hacia las cortinas de plástico, el acero y el refugio, y tropezó con una barra suelta de hierro antes de llegar al armazón hueco del edificio. Dol la siguió, y los dos entraron al Falcon Price mientras, en el lado opuesto, alguien abría la puerta delantera.



Mitch cerró de un golpe la puerta del coche y vio cómo se alejaban Víctor y Dominic. Había pensado dar la vuelta al edificio, mover el panel suelto y entrar por allí, pero cuando se acercó a la puerta del frente vio que no era necesario. Las cadenas estaban cortadas y en el suelo, enroscadas como una serpiente. Ya había alguien adentro.

«Genial», murmuró Mitch, y sacó la pistola que Víctor le había dado.

Mitch siempre había odiado las armas de fuego, y los acontecimientos de esa noche no lo habían hecho cambiar de parecer. Abrió la puerta e hizo una mueca cuando las bisagras respondieron con un chirrido metálico. El patio estaba oscuro y, por lo que alcanzaba a ver, vacío. Expulsó el cargador de la pistola, lo revisó, volvió a colocarlo y golpeteó el cañón del arma con nerviosismo contra la palma de su mano mientras se dirigía al centro del patio, a medio camino entre el muro de madera y el esqueleto de acero, hasta un espacio de tierra lo más abierto posible.

Un resplandor tenue que provenía del edificio no lo iluminaba mucho, pero dado su tamaño y la ausencia de otras personas, Mitch tuvo la dolorosa seguridad de que lo verían, y pronto. A unos metros había una pila de vigas de

madera, cubiertas con una lona para protegerlas de la intemperie. Mitch se sentó sobre ellas, revisó la pistola por segunda vez, y esperó.



El teléfono de Serena volvió a sonar mientras cruzaba y caminaba por la calle, ahora casi desierta, hacia el edificio Falcon Price.

—Serena —dijo quien llamaba. No era Eli.

—Detective Stell —respondió.

Oyó que la puerta de un coche se abría y se cerraba.

—Estamos en camino —le informó el detective.

La línea enmudeció por un momento mientras Stell cubría el micrófono del teléfono e impartía órdenes.

—Recuerde —dijo Serena— que deben esperar afuera...

—Conozco las órdenes —respondió—. No la llamo por eso.

Serena vio los carteles del edificio abandonado y aminoró el paso.

—¿Qué sucede, entonces?

—El señor Ever me hizo enviar agentes a un bar para que limpiaran la escena de un incidente. Supuestamente había un cadáver.

—Sí, el de Mitchell Turner —respondió Serena.

—Acaban de llamarme los agentes. No había ningún cadáver. Ni rastros de que lo hubiera habido.

Las botas de Serena aminoraron el paso y se detuvieron.

—No sé lo que está ocurriendo —prosiguió Stell—, pero es la segunda vez que las cosas no salen como deberían y...

—Y no llamó a Eli —lo interrumpió en voz baja.

—Disculpe si he hecho mal...

—¿Por qué me ha llamado a mí?

—Confío en usted —respondió el detective, sin vacilar.

—¿Y en Eli?

—Confío en usted —repitió.

El corazón de Serena se aceleró un poquito, tanto por la pequeña muestra de evasión del detective, el desafío que implicaba, como por el control que ella ejercía sobre él. Empezó a caminar nuevamente.

—Ha hecho bien —le dijo, al llegar al cerco de madera de la obra. Y allí, por la brecha en la puerta rota, vio la figura inmensa de Mitch—. Yo me encargo —susurró—, confíe en mí.

—Lo hago —respondió el detective.

Serena cortó y empujó la puerta.



DIEZ MINUTOS ANTES DE LA MEDIANOCHE

EL EDIFICIO EN CONSTRUCCIÓN FALCON PRICE

A Mitch le pareció oír algo que provenía del edificio, detrás de él, pero cuando aguzó el oído, los sonidos que llegaban al patio eran tan irregulares y leves que bien podría haber sido el viento entre las cortinas de plástico, o una tubería suelta. Habría ido a ver qué era, pero las órdenes de Victor habían sido explícitas, y aunque hubiera tenido ganas de desafiarlo, en ese mismo instante volvió a chirriar la puerta delantera al abrirse, y una chica entró al patio.

Se parecía a Sydney, pensó Mitch. Si Sydney hubiera crecido treinta centímetros y tuviera varios años más. El mismo pelo rubio que caía sobre unos ojos brillantes y azules, aun en la oscuridad. Tenía que ser Serena.

Cuando vio a Mitch esperando, se cruzó de brazos.

—Señor Turner —dijo, adelantándose; sus botas negras esquivaban sin dificultad los objetos desperdigados por el patio—. Tiene una resiliencia impresionante a la muerte. ¿Es obra de Sydney?

—Piense que soy un gato —respondió Mitch, al tiempo que se ponía de pie—. Todavía me quedan varias vidas. Y para que lo sepa —añadió, alzando la pistola—, me gusta pensar que hay un lugar especial en el Infierno para las chicas que entregan a sus hermanas pequeñas a los lobos.

Serena se puso seria.

—Debería tener cuidado, con las armas no se juega —dijo—. Tarde o temprano, va a recibir un balazo.

Mitch amartilló el arma.

—Eso dejó de ser una novedad cuando su novio practicó tiro al blanco con mi pecho.

—Y sin embargo, aquí está —repuso Serena. Su voz tenía una dulzura lenta, casi indolente—. Es obvio que su mensaje no ha tenido suficiente *impacto*.

Mitch aferró la pistola con más fuerza y apuntó a Serena.

Ella sonrió.

—Apuntemos eso en una dirección menos peligrosa —dijo—. Ponga la pistola contra su sien.

Mitch hizo todo lo posible por mantener la mano quieta, pero fue como si ya no le perteneciera. Su codo se ablandó, se le dobló el brazo y sus dedos cambiaron de posición hasta que el cañón se apoyó al lado de su cabeza.

Tragó en seco.

—Hay peores maneras de morir —dijo Serena—. Y cosas peores por las que morir. Le prometo que lo haré rápido.

Mitch la miró. Aquella chica se asemejaba mucho a Sydney, y sin embargo se le parecía muy poco. No podía mirarla a los ojos —eran más brillantes que los de su hermana, pero a la vez vacíos, con una mirada mala, muerta—, así que observó cómo sus labios formaban las palabras.

—Apriete el gatillo.

Y Mitch obedeció.



Sydney y Dol iban a mitad de camino hacia el centro de la planta baja del edificio cuando oyó pasos —no de ella ni del perro, sino más pesados— y se detuvo en seco. Apenas llevaba unos días con Víctor y Mitch, pero ese poco tiempo le había bastado para familiarizarse con los sonidos de cada uno. No solo con sus voces, sino con sus sonidos cuando no hablaban, el modo en que respiraban, reían y se movían, cómo llenaban un espacio y se trasladaban en él.

Mitch era enorme, pero sus pasos eran cuidadosos, como si fuera consciente de su tamaño y no quisiera aplastar algo por accidente. Víctor era casi silencioso, de pisadas suaves y tenues como casi todo en él.

Los pasos que Sydney oyó a través de varias capas de plástico eran más fuertes, el golpeteo orgulloso de unos zapatos de calidad. Eli usaba zapatos buenos. A pesar del frío y de estar saliendo con una universitaria, y del hecho de que él mismo parecía un estudiante, el día que lo había conocido llevaba puestos zapatos de cuero bajo sus vaqueros. Zapatos que producían un sonido muy marcado al caminar.

Sydney contuvo el aliento; sacó del bolsillo la pistola de Serena y le quitó el seguro. Una vez, Serena le había enseñado a usar un arma, pero esta era demasiado grande para sus manos, demasiado pesada y mal balanceada por el peso del silenciador que tenía enroscado en el extremo. Miró hacia atrás y se preguntó si podría encontrar el modo de regresar por el laberinto de cortinas de plástico y salir al patio antes de que Eli...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando reparó en que los pasos se habían detenido.

Observó las cortinas a su alrededor en busca de sombras que se movieran,

pero no vio ninguna, así que siguió avanzando y atravesó otra cortina plástica; allí la luz era más brillante, quedaban muy pocas cortinas entre ella y el origen de la luz. Victor ya debía estar allí. No lo oía, pero era porque él siempre era muy silencioso, se dijo. Siempre era silencioso. Y seguro.

Sydney, mírame, le había dicho. Nadie va a hacerte daño. ¿Sabes por qué? Porque yo se lo haré primero.

Seguro. Seguro. Seguro.

Hizo a un lado la última cortina. Solo tenía que encontrar a Victor; con él estaría a salvo.

Eli estaba sentado en una silla en mitad de la habitación, con una mesa hecha de tablones de madera apoyados en bloques de cemento, sobre la cual había un juego de cuchillos de cocina, que resplandecían bajo la luz de una lámpara. Esta no tenía pantalla, así que la bombilla iluminaba toda la habitación, de cortina a cortina, y a Eli en el medio. De su mano colgaba relajadamente una pistola, y tenía los ojos distantes, desenfocados.

Hasta que vio a Sydney.

—¿Y esto? —preguntó, poniéndose de pie—. Un monstruito.

Sydney no esperó. Levantó el arma de Serena y le disparó una vez, a la cara. El arma era pesada y le falló la puntería, pero aunque el retroceso le hizo soltar el arma, la bala dio en la mandíbula de Eli y lo hizo trastabillar, aferrándose la cara, con sangre y hueso entre los dedos. Sydney dio media vuelta e intentó escapar, pero él extendió la mano y alcanzó a aferrarle la manga, y aunque no logró retenerla, el súbito cambio de dirección la hizo caer a cuatro patas sobre el cemento.

Dol se lanzó hacia adelante mientras Sydney giraba de espaldas y Eli se enderezaba; su mandíbula crujía, chasqueaba y se curaba, y solo quedaba un rastro de sangre en la piel cuando levantó su pistola y apretó el gatillo.



CLIC.

Un leve sonido cuando Mitch apretó el gatillo: el sonido del resorte interno al empujar el percutor contra el tope mecánico. Porque no había balas.

La pistola estaba descargada.

Mitch lo sabía: la había revisado tres veces para asegurarse.

Vio cómo la sorpresa se extendía en el rostro de Serena, la vio convertirse en confusión, y empezar a transformarse en algo más duro, pero la transformación nunca llegó a completarse, pues en ese momento se partió la oscuridad. Detrás de Serena Clarke, las sombras se movieron y se separaron, y dos hombres aparecieron de la nada. Dominic traía en la mano un bidón rojo con gasolina; Victor dio un solo paso hacia Serena, le acercó una navaja a la garganta y se la cortó limpiamente.

Empezó a manar sangre, y los labios de Serena se separaron, pero el corte había sido profundo y no logró emitir ningún sonido.

—Y Ulises se cubrió los oídos para no oír el canto de las sirenas —recitó Victor, y se quitó los tapones de los oídos mientras Serena se desplomaba al suelo de tierra—, pues era la muerte.

—Cielos —dijo Dominic, apartando la vista—. Era apenas una chica.

Victor contempló el cuerpo. Bajo el rostro de Serena estaba formándose un charco de sangre, brillante y oscura.

—No la insultes —replicó—. Era la mujer más poderosa de la ciudad. Además de Sydney, claro.

—Hablando de Sydney... —dijo Mitch, mirando a la chica muerta. Desde ese ángulo parecía más menuda, y con el rostro girado de esa manera, con el pelo bajo el cuello de la chaqueta, el parecido era impresionante—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Dominic apoyó el bidón de plástico junto al cadáver.

—Incinerar el cuerpo —respondió Víctor, al tiempo que cerraba su navaja—. No quiero que Sydney la vea. Y mucho menos, que le ponga una mano encima. Lo último que queremos es que Serena vuelva a la vida.

Mitch acababa de recoger el bidón cuando se oyó un disparo en el interior del edificio, y el disparo iluminó sus huesos como el flash de una cámara.

—¿Y eso? —gruñó Víctor.

—Parece que Eli ha llegado primero —dijo Mitch.

—Pero si yo estoy aquí afuera, ¿a qué diablos le está disparando? —Se aferró al hombro de Dominic—. Llévame adentro. Ahora.

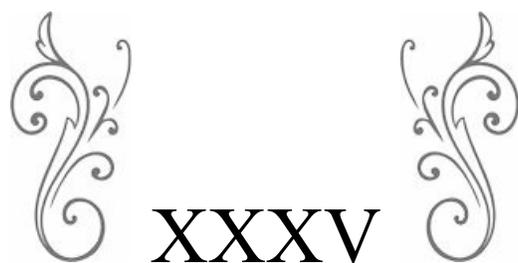


El sonido de la pistola de Eli resonó contra el cemento y el cuerpo de Dol se dobló, y aunque no parecía sentir el dolor del balazo, cayó de lado, jadeando. Su pecho subía y bajaba, subía y bajaba... Hasta que se detuvo. Eli vio que la chica se extendía hacia el perro, pero volvió a amartillar el arma y apuntó.

«Adiós, Sydney», dijo.

Entonces la oscuridad se movió alrededor de Sydney, y un par de manos aparecieron de la nada y la tiraron hacia la nada. Eli apretó el gatillo y la bala dio contra la cortina plástica donde había estado Sydney.

Emitió un sonido de frustración y disparó dos veces más hacia el espacio que había sido Sydney. Pero ella ya no estaba.



MEDIANOCHE

EL EDIFICIO EN CONSTRUCCIÓN FALCON PRICE

Sydney sintió que alguien la aferraba y tiraba de ella hacia la oscuridad.

Primero tenía ante ella el cañón de la pistola de Eli, y un segundo después estaba de la mano con el hombre del perfil que le había dado a Victor. Miró alrededor, pero no lo soltó. Aún estaban en la habitación envuelta en plástico, pero a la vez no lo estaban. Era como estar quietos fuera de la vida, atrapados en un mundo demasiado inmóvil que la asustaba más de lo que admitiría jamás. Podía ver a Eli, la bala que había disparado flotando en el aire donde ella había estado, y a Dol en el suelo, sin vida.

Y a Victor.

No estaba allí un momento antes, pero ahora sí: un poco detrás de Eli, que no lo había visto, con una mano ligeramente extendida hacia adelante, como para apoyarla en el hombro de Eli.

Sydney intentó decirle al hombre que la tenía de la mano que tenía que ir con Dol, pero de sus labios no salió ningún sonido, y él ni siquiera la miró; solo la arrastró por aquel mundo pesado y retrocedieron entre las cortinas de plástico hasta llegar al lugar donde empezaba el patio de tierra. En el patio había una

luz brillante que proyectaba sombras contra los huesos metálicos del edificio, pero el hombre la llevó en la dirección contraria, hasta un rincón oscuro en el fondo del lugar. Volvieron a salir al mundo, y la burbuja de quietud estalló en vida y sonido alrededor de ellos. Incluso el sonido de la respiración, del paso del tiempo, resultaba ensordecedor en comparación con el silencio de las sombras.

—Tiene que volver allí —dijo Sydney, arrodillándose en la tierra.

—No puedo. Son órdenes de Victor.

—Pero tiene que ir a buscar a Dol.

—Sydney... eres Sydney, ¿verdad? —El hombre se arrodilló frente a ella—. Yo he visto al perro, ¿entiendes? Lo siento. Era demasiado tarde.

Sydney lo miró a los ojos, tal como Serena la había mirado a ella. Con calma, con ojos fríos y sin parpadear. Sabía que no tenía el don de su hermana, ese poder de controlar, pero incluso antes de tenerlo, Serena sabía salirse con la suya, y ella era su hermana, y necesitaba que Dominic entendiera.

—Vuelva allí —le dijo, severa—. Traiga. A. Dol.

Y aparentemente dio resultado, porque Dominic tragó en seco, asintió y desapareció.



Eli disparó al aire hasta que se le acabaron las balas, pero ya no había rastros de ellos. Gruñó y expulsó el cargador, que cayó al suelo con estrépito mientras buscaba otro lleno en su chaqueta.

—Te observo, y es como observar a dos personas distintas.

Eli dio media vuelta al oír la voz, y vio a Victor recostado contra una columna de hormigón.

—Vic...

Victor no vaciló. Disparó tres veces al pecho de Eli, imitando la ubicación

de las cicatrices en su propio cuerpo, tal como había imaginado que lo haría durante los últimos diez años.

Y se sintió *bien*. Le había preocupado la posibilidad de que, después de tanta espera y tanto deseo, la realidad de dispararle a Eli no estuviera a la altura de sus sueños, pero no fue así. El aire vibró alrededor, y Eli gimió y se sostuvo de la silla al multiplicarse el dolor.

—Por eso te permití quedarte —dijo Víctor—. Por eso me caías bien. Todo ese encanto por fuera, y toda esa personalidad diabólica por dentro. Tenías un monstruo dentro de ti, mucho antes de morir.

—No soy un monstruo —gruñó Eli mientras se extraía una de las balas del hombro, y dejaba caer al suelo el metal ensangrentado—. Dios me...

Pero Víctor ya estaba allí, hundiéndole una navaja en el pecho. Por la inhalación de Eli, supo que le había perforado un pulmón. La boca de Víctor se crispó; su rostro reflejaba paciencia, pero sus nudillos estaban blancos en torno a la empuñadura.

—Basta —dijo Víctor. Detrás de sus ojos, el selector aumentó la intensidad. Eli gritó—. No eres ningún ángel vengador, Eli. No eres santo, ni divino, ni llevas ninguna carga. Eres un experimento científico.

Víctor extrajo la navaja. Eli cayó sobre una rodilla.

—No lo entiendes —jadeó Eli—. Nadie lo entiende.

—Cuando *nadie* te entiende, suele ser un buen indicio de que estás equivocado.

Eli se puso de pie con dificultad e intentó alcanzar la mesa improvisada mientras su piel volvía a unirse.

La mirada de Víctor se desvió hacia la mesa y vio la hilera de cuchillos. Igual que aquel día.

—Qué nostálgico estás.

Levantó un pie y volcó la mesa, con lo cual las armas se desparramaron sobre el suelo de cemento. Notó que el cuerpo del perro ya no estaba.

—No puedes matarme, Victor —dijo Eli—. Lo sabes.

La sonrisa de Victor se hizo más amplia al clavarle la navaja entre las costillas.

—Lo sé —dijo en voz alta. Tuvo que levantar la voz por los gritos—. Pero tendrás que darme el gusto. Llevo mucho tiempo esperando hacer el intento.



Un segundo después, Dominic reapareció, trayendo en brazos a un perro muy grande y muy muerto. Se agachó junto al cuerpo del animal, respirando con agitación. Sydney se acercó enseguida, le dio las gracias y luego le pidió que se apartara. Dominic retrocedió y la observó acariciar el costado del perro, rozando ligeramente la herida. La palma de su mano salió teñida de rojo oscuro, y Sydney frunció el ceño.

—Te lo dije —le recordó Dominic—. Lo siento.

—Shhh —dijo Sydney.

Apoyó las manos, con los dedos extendidos, en el pecho del perro, e inhaló, temblorosa, cuando el frío empezó a subir por sus brazos.

—Vamos —susurró—. Vamos, Dol.

Pero nada ocurrió. Se le cayó el alma al suelo. Sydney Clarke daba segundas oportunidades. Pero el perro ya había tenido la suya. Ya lo había reparado una vez, pero no sabía si podía volver a hacerlo. Se apoyó con más fuerza y sintió que el frío extraía algo de ella.

El perro seguía muerto y tieso como los tablones que había en el patio de la obra.

Sydney se estremeció; sabía que no debería ser tan difícil. Lo intentó, no con las manos, sino con otra cosa, como si pudiera encontrar en el cuerpo una

chispa de calor y aferrarse a ella. Intentó llegar más allá del pelaje, de la piel y de la rigidez; le dolían las manos, se le oprimieron los pulmones, pero continuó insistiendo.

Y entonces lo sintió, y se aferró a eso, y de un momento al otro, el cuerpo del perro se ablandó, se relajó. Se le crisparon las patas y su pecho se elevó una vez, se detuvo, bajó, y luego volvió a subir, hasta que el animal se desperezó y se sentó.

Dominic se puso de pie a toda velocidad.

—Dios mío —susurró, e hizo la señal de la cruz.

Sydney se incorporó, jadeando, y apoyó la cabeza contra el hocico del perro.

—Eso es, Dol.



Victor sonrió. Estaba disfrutando como loco al matar a Eli. Cada vez que pensaba que su amigo se había dado por vencido, este se recomponía y le daba la oportunidad de volver a intentarlo. Deseó poder seguir un rato más, pero al menos estaba seguro, mientras el cuerpo de Eli se doblaba de dolor, de que contaba con *toda* su atención. Eli inhaló súbitamente y se puso de pie con dificultad, y casi resbaló por la sangre.

El suelo estaba cubierto de sangre. La mayor parte era de Eli, Victor lo sabía. Pero no toda.

A Victor le sangraban dos cortes superficiales, en un brazo y en el abdomen, que le había hecho Eli con un cuchillo de cocina de aspecto temible que había logrado recoger del suelo la última vez que Victor le había disparado. Ahora las dos pistolas estaban descargadas, y los dos hombres estaban enfrentados, sangrando, ambos armados: Eli, con un cuchillo de sierra, y Victor, con una navaja.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Eli, mientras recolocaba la empuñadura del cuchillo en la mano—. No puedes ganar.

Victor inhaló profundamente e hizo una leve mueca de dolor. Había tenido que reducir su propio umbral porque no podía desangrarse, aún no, y desde luego, no sin darse cuenta. Oyó las sirenas policiales a lo lejos. Se acababa el tiempo. Se lanzó hacia Eli y logró rozarle la camisa, pero Eli le desvió la mano con un golpe y clavó el cuchillo en la pierna de Victor. Este ahogó una exclamación de dolor y se le aflojó la pierna.

—¿Cuál era tu plan? —lo reprendió Eli, y extendió la mano, no hacia Victor sino hacia la silla, para alcanzar algo que estaba allí enrollado, algo en lo que Victor no había reparado hasta que estuvo en las manos de Eli—. ¿Oyes? Ya viene la policía. Todos están de mi lado. Nadie viene a salvarte a ti.

—Esa es la idea. —Tosió Victor, mientras sus ojos se enfocaban en lo que Eli tenía en la mano. Alambre de metal. Afilado como una navaja.

—Tú y tus ideas —dijo Eli, furioso—. Pues bien, yo también he estado pensando.

Victor intentó ponerse de pie, pero fue demasiado lento. Eli levantó el alambre, formó un bucle con él, ensartó la muñeca de Victor, y tiró con fuerza. El alambre se le clavó, le cortó la piel y lo hizo sangrar; así lo obligó a soltar la navaja, que cayó con estrépito sobre el cemento. Eli atrapó con fuerza la mano libre de Victor y la envolvió también con el alambre. Victor intentó retroceder, pero solo hizo que el alambre se le clavara más.

El alambre, observó entonces, estaba enlazado con la silla, y Eli debía haberla sujetado al suelo porque en ningún momento se había movido, ni durante la pelea ni ahora que Eli tiraba su extremo del alambre para tensarlo, y al hacerlo atrajo las manos de Victor hacia el respaldo de la silla. La sangre manaba de sus muñecas con demasiada rapidez. Su cabeza empezaba a dar

vueltas. Oyó las sirenas, ahora con toda claridad, y hasta le pareció ver el rojo y el azul de las luces de los coche patrulla a través de las cortinas de plástico. Veía colores ante sus ojos.

Sonrió con aire sombrío, y apagó lo que le quedaba de dolor.

—Nunca vas a matarme, Eli. —Lo provocó.

—En eso te equivocas, Víctor. Y esta vez —agregó, al tiempo que sujetaba el alambre—, voy a ver cómo te desangras hasta que se te apague la vida en los ojos.



Mitch observó arder el cuerpo de Serena, e intentaba no prestar atención a los sonidos de disparos que provenían del interior del edificio. Tenía que confiar en Víctor. Víctor siempre tenía un plan. Pero ¿dónde estaba? ¿Y dónde estaba Dominic?

Volvió a concentrarse en el cadáver y en la tarea del momento hasta que, más allá de la cerca de madera, aparecieron unas luces intermitentes rojas y azules que se proyectaban contra el edificio a oscuras. Eso no era bueno. La policía aún no había entrado al patio, pero en pocos minutos estarían por doquier. Mitch no podía arriesgarse a salir por la puerta delantera, de modo que rodeó el edificio hacia la brecha en la cerca, y allí encontró a Sydney inclinada sobre Dol, que estaba medio muerto, y a Dominic, de pie junto a ambos, rezando en silencio.

—Sydney Clarke —la reprendió—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Ella me ordenó que fuera a algún lugar seguro —susurró Sydney, mientras acariciaba a Dol.

Ella, pensó Mitch. La misma *ella*, supuso, que estaba quemándose del otro lado del edificio.

—¿Y has venido *aquí*?

—El perro estaba muerto —susurró Dominic—. Yo lo vi... Estaba más que muerto... Y ahora...

Mitch aferró la manga de Dominic.

—Sácanos de aquí. *Ahora*.

Dominic alzó la vista de la chica y el perro y vio por primera vez las luces que se reflejaban en la cerca de madera y en el edificio. Se oyeron puertas de coches que se cerraban. Botas en el pavimento.

—*Mierda*.

—Sí, exactamente.

—¿Y Victor? —preguntó Sydney.

—Tenemos que esperararlo en alguna parte. Aquí no, Syd. El plan no era que lo esperáramos aquí.

—Pero ¿y si necesita ayuda? —protestó.

Mitch intentó sonreír.

—Es Victor —dijo—. No hay nada que no pueda resolver.

Pero mientras Sydney aferraba a Dol, y Dominic aferraba a Sydney, y Mitch aferraba a Dominic, y todos se esfumaban en las sombras, Mitch tuvo un horrible presentimiento de que se equivocaba, y de que su maldición lo había seguido hasta allí.



Eli oyó los pasos, a los hombres gritando órdenes al tiempo que se acercaban a toda velocidad, atravesando cortinas plásticas de habitación en habitación. Victor se desplomó en el suelo; la parte que rodeaba la silla estaba cubierta de su sangre. Tenía los ojos abiertos, pero empezaban a desenfocarse. Eli quería que aquel asesinato fuera suyo, no de la policía de Merit, y menos aún de Serena.

Suyo.

Vio la navaja de Víctor en el suelo, cerca de allí; la recogió y se agachó delante de él.

—Vaya héroe. —Oyó susurrar a Víctor con sus últimas dos inhalaciones trabajosas. Eli apoyó la hoja con cuidado por debajo de las costillas de Víctor.

—Adiós, Víctor —dijo.

Y le clavó la navaja.



A Dominic se le doblaron las piernas.

Cayó a cuatro patas en un callejón, a cuatro calles del edificio en construcción, una distancia segura de la multitud de policías, de la chica que estaba quemándose y de las armas de fuego. Gritó, y al mismo tiempo, Sydney se aferró el brazo, y Mitch, las costillas golpeadas. El dolor cayó sobre ellos como una corriente, como una exhalación, algo que estaba contenido y ahora regresaba. Y entonces, uno por uno, comprendieron lo que eso significaba.

—¡No! —gritó Sydney, y se volvió hacia el edificio.

Mitch la atrapó por la cintura, e hizo una mueca de dolor cuando ella pataleó, gritó y le pidió que la bajara.

—Se acabó —le susurró, mientras ella se resistía—. Se acabó. Se acabó. Lo siento. Se acabó.



Eli observó cómo los ojos de Víctor se dilataban y luego quedaban vacíos, y su frente cayó contra las barras de metal de la silla. Muerto. Era extraño que justamente Eli hubiera pensado que Víctor era invencible. Y se había equivocado. Arrancó la navaja del pecho de Víctor y se quedó allí, de pie en la habitación bañada en sangre, esperando la quietud delatora, el momento de

paz. Cerró los ojos y echó la cabeza atrás, y esperó, y seguía esperando cuando entraron los policías con mucho ímpetu, encabezados por el detective Stell.

—Apártese del cuerpo —le ordenó Stell, al tiempo que alzaba su pistola.

—Tranquilos —dijo Eli. Abrió los ojos y los recorrió con la mirada—. Se acabó.

—¡Las manos sobre la cabeza! —gritó otro policía.

—¡Suelte el cuchillo! —ordenó otro.

—Tranquilos —repitió Eli—. Ya no es peligroso.

—¡Manos arriba! —exigió Stell.

—Ya me he ocupado de él. Está muerto. —Eli señaló, indignado, la habitación empapada de sangre, y al muerto sujeto con alambres a la silla—. ¿No se dan cuenta? Soy un *héroe*.

Los hombres lo apuntaron con sus armas, le gritaron y lo miraron como si fuera un monstruo. Y entonces Eli cayó en la cuenta. No tenían los ojos vidriosos. No estaban hechizados.

—¿Y Serena? —preguntó, pero la pregunta se perdió entre las sirenas y los gritos de los policías—. ¿Dónde está? ¡Ella se lo dirá!

—Suelte el *arma* —repitió Stell, por encima del bullicio.

—Ella se lo dirá. ¡Soy un héroe! —gritó Eli, al tiempo que arrojaba el cuchillo—. ¡Acabo de salvarles la vida a todos ustedes!

Pero cuando la navaja cayó al suelo, los policías corrieron hacia él y lo sujetaron contra el suelo. Desde allí vio la cara de Víctor, y le pareció que le sonreía.

—Eli Ever, queda detenido por el asesinato de Víctor Vale...

—¡Esperen! —gritó mientras le colocaban las esposas—. El cadáver.

Stell le leyó sus derechos mientras dos policías lo ponían de pie. Otro

agente se acercó a Stell a toda prisa y le informó algo sobre un incendio en el patio.

Eli forcejeó.

—¡Tienen que incinerar el cuerpo!

Stell hizo una seña, y los policías se llevaron a Eli a rastras entre las cortinas de plástico.

—¡Stell! —gritó Eli una vez más—. ¡Tiene que incinerar el cuerpo de Vale!

Sus palabras resonaron en el cemento mientras iba perdiendo de vista la habitación ensangrentada y el cadáver de Víctor.



DOS NOCHES MÁS TARDE

CEMENTERIO DE MERIT

Sydney volvió a colocarse la pala al hombro.

El aire estaba frío pero era una noche clara; la luna iluminaba las lápidas rotas y las depresiones en el césped mientras caminaba por el cementerio, con Dol trotando a su lado. La segunda vez había sido más difícil revivirlo, pero ahora iba a su lado, como si su vida estuviera verdaderamente atada a la de ella.

Mitch los seguía de cerca, con dos palas más. Se había ofrecido a cargar también la de ella, pero a Sydney le parecía importante hacerlo ella misma. Dominic venía varios metros más atrás, embriagado de analgésicos y whisky, tropezando cada poco con alguna mata o alguna piedra suelta. A Sydney no le gustaba así, inútil por tanto alcohol y antipático por tanto dolor, pero intentaba no pensar en eso. Tampoco quería pensar en su propio dolor, en la herida de bala que aún le quemaba el brazo mientras el músculo y la piel sanaban lentamente. Esperaba que le quedara una cicatriz, algo que pudiera ver, que le recordara el momento en que todo había cambiado.

Aunque no creía que alguna vez fuera a olvidarlo.

Volvió a colocar la pala sobre el hombro y se preguntó si Eli viviría para

siempre, y cuánto de esa eternidad se podía recordar, especialmente si no quedaba ninguna marca.

A propósito, Eli había sido un festín para la prensa.

Ella y Mitch lo habían visto en las noticias. El demente que había asesinado a dos personas en el edificio Falcon Price y que todo el tiempo afirmaba ser una especie de cazador de monstruos, un *héroe*. La prensa decía que había matado a una joven en el terreno de la obra en construcción y había incinerado su cuerpo, y luego había torturado y asesinado a un exconvicto en la planta baja. La identidad de la mujer no había trascendido —tendrían que basarse en sus fichas dentales— pero Sydney sabía que era Serena. Lo supo incluso antes de hacer que Mitch hackeara los informes del forense. Percibía la ausencia de su hermana, aquel lugar en ella misma donde antes estaban los hilos que las unían. Lo que no sabía era por qué Eli lo había hecho. Pero pensaba averiguarlo.

A la prensa no le interesaba tanto Serena como Eli.

Aparentemente, lo habían encontrado de pie junto al cadáver de Victor, cubierto de sangre, con el cuchillo en la mano y gritando que era un héroe. Que los había salvado a todos. Al ver que nadie le creía aquello del héroe, había intentado declarar que había sido una pelea. Pero dado que su contrincante estaba cubierto de cortes y él no tenía un solo rasguño, eso tampoco le había salido muy bien. Además, con los papeles que habían encontrado en el bolso de Eli en la habitación del hotel —obviamente no había tenido la misma previsión que Victor de quemar cualquier cosa que pudiera servir de prueba— la cantidad de víctimas de Eli trepó rápidamente a los dos dígitos. Los telediarios no mencionaron la participación de la policía de Merit en buena parte de los asesinatos recientes, pero ahora Eli esperaba el juicio y una evaluación psiquiátrica.

Por supuesto, no se mencionaba que fuera un EO, pero ¿por qué iban a hacerlo? Lo único que significaba para Eli era que, si alguien lo acuchillaba en la cárcel, él sobreviviría y volvería a ocurrirle lo mismo. Si tenía suerte, lo pondrían en aislamiento, como a Victor. Sydney esperaba que no lo pusieran en aislamiento. Pensaba que tal vez, si descubrían que podía curarse a sí mismo, herirlo pasaría a ser el juego más popular en toda la cárcel.

Sydney tomó nota mentalmente de filtrar ese detalle dondequiera que Eli fuera a parar.

Había demasiado silencio en el cementerio; solo se oían sus pasos amortiguados por el césped en la oscuridad, por eso Sydney intentó tararear como lo había hecho Victor cuando habían ido a desenterrar a Barry. Pero no sonaba bien en sus labios; resultaba triste y espeluznante, así que calló y se concentró en seguir el mapa que había dibujado con un Sharpie en el dorso de su mano. Lo había dibujado a la luz del día, pero el cementerio de Merit, como la mayoría de las cosas, parecía diferente por la noche.

Por fin divisó la tumba reciente y apretó el paso. La tumba no tenía ninguna marca salvo el libro de Victor, que Sydney había colocado como una señal sobre el montículo de tierra aquella mañana, tras esperar a la sombra de un ángel de piedra hasta que los sepultureros terminaron y se retiraron. Aquel detective, Stell, también había estado presente. Se había quedado hasta ver que bajaban el féretro en la tumba y lo cubrían con tierra.

Mitch la alcanzó, y los dos contemplaron la tumba un momento. Luego Sydney clavó su pala en el suelo y puso manos a la obra. Dol empezó a pasearse por las cercanías, pero sin perder nunca de vista a Sydney, y a la larga Dominic también se acercó, se sentó sobre una lápida y montó guardia mientras los otros dos cavaban.

Chaf.

Chaf.

Chaf.

Hundieron las palas en la tierra hasta que el aire parecía más templado y la noche, menos oscura, y a lo lejos la luz empezó a acariciar el horizonte, entre los edificios de Merit. En algún momento antes del amanecer, la pala de Sydney tocó madera; entonces retiraron lo que quedaba de tierra encima del ataúd y levantaron la tapa.

Sydney observó el cadáver de Víctor. Luego se apoyó en el borde del féretro y le apoyó las manos en el pecho, hasta donde pudo alcanzar. Un momento después, un frío le subió por los brazos. Sydney contuvo la respiración, y bajo sus manos despertaron unos latidos; Víctor Vale abrió los ojos, y sonrió.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por no mirarme como a un bicho raro cuando les dije lo que quería escribir.

A mi agente, Holly, por no mirarme como a un bicho raro cuando le conté lo que había escrito.

A Patricia Riley, por amar a cada integrante de mi grupo variopinto (especialmente a Mitch y su leche con cacao).

A Ruta Sepetys, que me escuchó hablar largo y tendido, y luego me dijo muy seriamente que *terminara este libro*.

A Jen Barnhardt, por acompañarme a ver todas las películas de historietas, incluso las no tan buenas.

A Rachel Stark, por plantearme siempre preguntas difíciles, y por alentarme a hacer lo mismo.

A Matthew Leach y Deanna Maurice, por sus conocimientos médicos.

Y a Sophie, por el término EO.

A mis lectores, por seguirme a través de páramos, por pasillos oscuros, y ahora, hasta el corazón de Merit.

Y a mi editora, Myriam, por hacer que cada paso de este viaje fuera maravilloso. Desde el primer garabato de un narval hasta las charlas trasnochadas sobre moral, mortalidad y villanía, no hubiera querido hacer este libro con nadie más.